

BERNARD CORNWELL

SVEIN, EL DEL CABALLO BLANCO

Sajones, Vikingos y Normandos

II



Lectulandia

En un tiempo y un mundo dominado por el fuego, la espada y la traición, el joven Uhtred se enfrenta a un dilema: luchar al lado de los vikingos daneses entre los que se ha educado o hacerlo al lado del rey Alfredo el Grande de Wessex, por quien no siente simpatía alguna, debido a su forma de imponer el cristianismo entre sus seguidores. Habrá que esperar a ver de dónde sopla el viento para conseguir estar al lado del vencedor en la terrible lucha que, a finales ya del siglo IX, está a punto de sacudir lo que queda del último reino inglés.

Entrelazando las historias personales del guerrero pagano Uhtred y el rey cristiano Alfredo con los acontecimientos históricos, Bernard Cornwell relata con brillantez los embates de los vikingos destinados a acabar de una vez por todas con el reino anglo-sajón.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Svein, el del caballo blanco

Sajones, vikingos y normandos - 02

ePUB v1.2

Roy Batty 28.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Pale Horseman*

Bernard Cornwell, 2005

Traductor: Libertad Aguilera

Editor original: Roy Batty (v1.0 a v1.2)

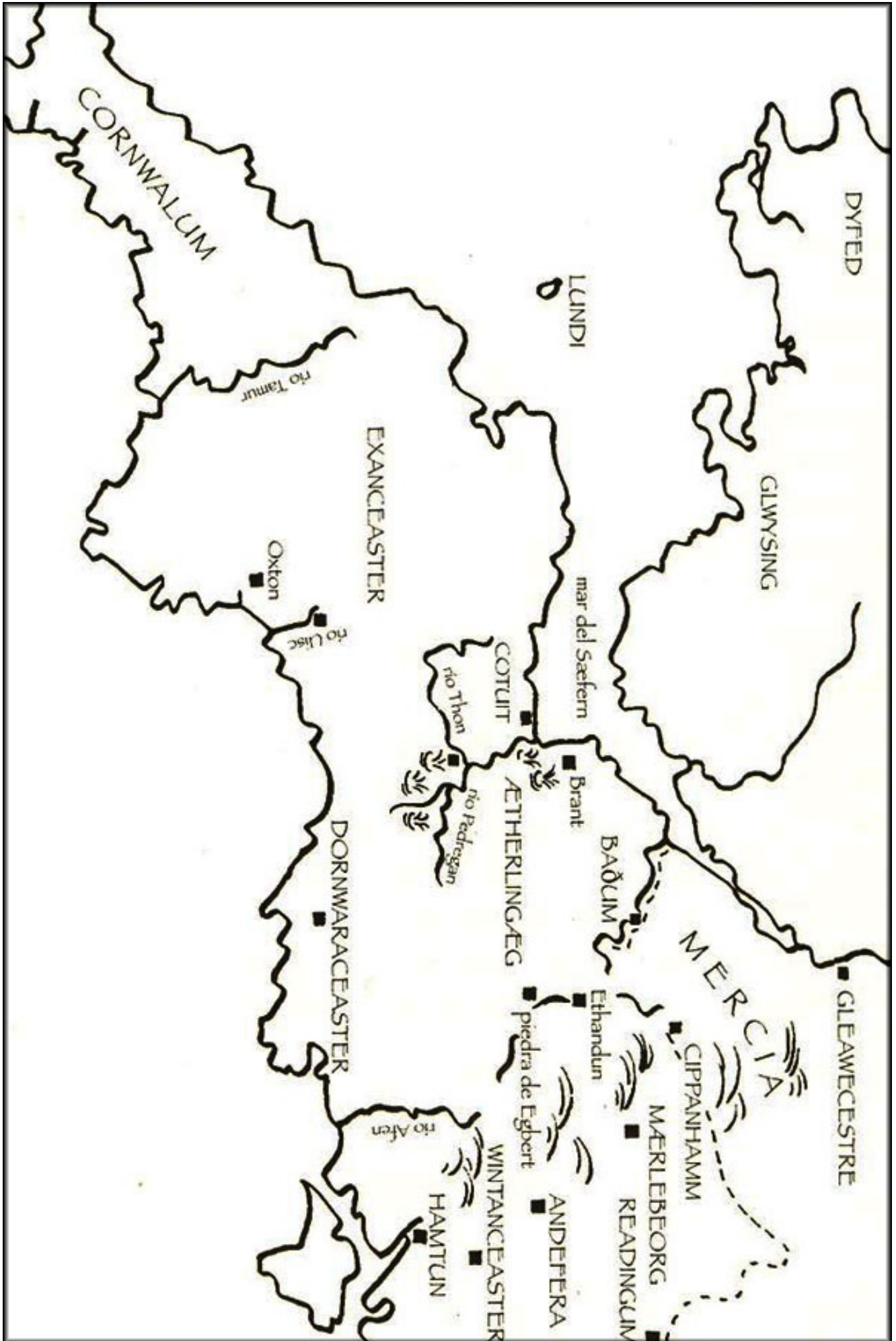
Corrector: Brogor

ePub base v2.0

Svein, El del Caballo Blanco *está dedicado*
a George MacDonald Fraser, con toda mi admiración.

Ac her jorp; berad; filgelas singad, gylled grceghama.

Pues aquí empieza la guerra,
cantan las aves carroñeras
y aúllan los lobos grises.
(De *El fragmento de Finnsburh*)



TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos en la Inglaterra anglosajona era un asunto incierto, incoherente y en el que no hay acuerdo siquiera en el propio nombre. Así, Londres podía aparecer de cualquiera de las siguientes maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Sin duda, algunos lectores preferirán otras versiones de los nombres enumerados abajo, pero he empleado normalmente la ortografía citada en el *Oxford Dictionary of English Place Names* [Diccionario Oxford de topónimos ingleses] durante los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande, 871-899 d. de C, pero ni siquiera esa solución es infalible. La isla Hayling, en 956, se escribía tanto Heilincigae como Haeglingaiggae. Ni tampoco yo he sido totalmente coherente; he preferido el moderno Inglaterra a Englalund y he utilizado Northumbria en lugar de Noróhymbraland para evitar sugerir que los límites del antiguo reino coinciden con los del actual condado. Así que esta lista, como la ortografía misma de los nombres, es caprichosa:

Æbbanduna - Abingdon, Berkshire
Æsc, colina de - Ashdown, Berkshire
Badum (se pronuncia Bathum) - Bath, Avon
Basengas - Basing, Hampshire
Beamfleot - Benfleet, Essex
Beardastopol - Barnstable, Devon
Bebbanburg - Bamburgh Castle, Northumbria
Berrocscire - Berkshire
Blaland - Norte de África
Cantucton - Cannington, Somerset
Cetreht - Catterick, Yorkshire
Cippanhamin - Chippenham, Wiltshire
Cirrenceastre - Cirencester, Gloucestershire
Contwaraburg - Canterbury, Kent
Cornwalum - Cornualles
Cridianton - Crediton, Devon
Cynuit - Fortaleza de Cynuit, cerca de Cannington, Somerset
Dalriada - oeste de Escocia
Defnascir - Devonshire
Deoraby - Derby, Derbyshire
Dic - Diss, Norfolk
Dunholm - Durham, condado de Durham

Eoferwic - York (también la danesa Jorvic, que se pronuncia Yorvik)
Exanceaster - Exeter, Devon
Fromtun - Frampton on Severn, Gloucestershire
Gegnesburh - Gainsborough, Lincolnshire
el Gewæsc - el Wash
Gleawecestre - Gloucester, Gloucestershire
Gyruum - Jarrow, condado de Durham
Haithabu - Hedeby, ciudad comercial en el sur de Dinamarca
Hamanfunta - Havant, Hampshire
Heilincigae - isla de Hayling, Hampshire
Hreapandune - Repton, Derbyshire
Kenet - río Kennet
Ledecestre - Leicester, Leicestershire
Lindisfarena - Lindisfarne (isla sagrada), Northumbria
Lundene - Londres
Mereton - Marten, Wiltshire
Meslach - Matlock, Derbyshire
Pedredan - río Parrett
Pictland - este de Escocia
el Poole - bahía de Poole, Dorset
Readingum - Reading, Berkshire
Sæfern - río Severn
Scireburnan - Sherborne, Dorset
Snotengaham - Nottingham, Nottinghamshire
Solente - Solent
Streonshall - Strensall, Yorkshire
Sumorsæte - Somerset
Suth Seaxa - Sussex (sajones del sur)
Synningthwait - Swinithwaite, Yorkshire
Temes - río Támesis
Thornsæta - Dorset
Tine - río Tyne
Trente - río Trent
Tuede - río Tweed
Twyfyrde - Tiverton, Devon
Uisc - río Exe
Werham - Wareham, Dorset
Wiht - isla de Wight
Wiire - río Wear

Wiltun - Wilton, Wiltshire

Wiltuncir - Wiltshire

Winburnan - Wimborne Minster, Dorset

Wintanceaster - Winchester, Hampshire

CAPÍTULO I

Estos días miro a los jóvenes de veinte años y se me antojan patéticamente imberbes, apenas destetados de los pechos de sus madres. Con todo, cuando yo tenía esa edad me consideraba un hombre hecho y derecho. Había tenido un hijo, luchado en un muro de escudos, y detestaba dejarme aconsejar por nadie. Por no alargarlo, era arrogante, estúpido e indomeñable. Motivo por el cual, tras nuestra victoria en Cynuit, obré equivocadamente.

Habíamos luchado contra los daneses junto al océano, donde desemboca el río procedente del enorme pantano y el mar del Safern lame una orilla fangosa, y allí los habíamos derrotado. Fue una gran matanza, y yo, Uhtred de Bebbanburg, había cumplido con la parte que me correspondía. Incluso fui más allá de lo que me correspondía, pues al final de la batalla, cuando el gran Ubba Lothbrokson, el más temido de los jefes daneses, se abrió paso entre nuestro muro de escudos con su gran hacha de guerra, me enfrenté a él, lo vencí, y lo envié a unirse con los *einherjar*, el ejército de los inertes que festeja y retoza en el salón de los muertos de Odín.

Lo que tendría que haber hecho entonces, lo que Leofric me dijo que hiciera, era dirigirme a toda prisa a Exanceaster, donde Alfredo, rey de los sajones del oeste, asediaba a Guthrum. Tendría que haber llegado en el corazón de la noche, despertado al rey de su sueño, y haber tendido el estandarte de batalla de Ubba con el cuervo negro y su enorme hacha de guerra, aún impregnada de sangre seca, a los pies de Alfredo. Tendría que haberle dado al rey las buenas noticias de que el ejército danés había sido vencido, de que los pocos supervivientes se habían precipitado a sus barcos con cabeza de dragón, de que Wessex estaba a salvo, y de que yo, Uhtred de Bebbanburg, había conseguido todas esas cosas.

Pero lo que hice fue regresar junto a mi mujer y mi hijo.

A los veinte años prefería trabajarme los campos de Mildrith que recoger la recompensa de mi buena fortuna, y eso es lo que hice mal, aunque, en retrospectiva, tengo poco de lo que arrepentirme. El destino es inexorable, y Mildrith, aunque había sido obligado a casarme con ella y acabaría aborreciéndola, era un dulce campo que trabajarse.

De modo que, aquella tardía primavera del año 877, dediqué el sábado a cabalgar hasta Cridianton en lugar de ir a ver a Alfredo. Me llevé veinte hombres conmigo, le prometí a Leofric que estaría en Exanceaster a mediodía del domingo y que me aseguraría de que Alfredo supiera que habíamos ganado su batalla y salvado su reino.

—Odda *el Joven* estará allí ahora —me advirtió Leofric, quien me doblaba casi en edad, un guerrero endurecido por años de lucha contra los daneses—. ¿Me estás escuchando? —me preguntó cuando yo no respondí—. Odda *el Joven* estará ya allí —repitió—, y es un pedazo de mierda de ganso que se va a llevar toda la gloria.

—La verdad no puede ocultarse —repuse con arrogancia.

Leofric se burló de la apreciación. Era un pedazo de bruto con barba que tendría que haber comandado la flota de Alfredo, pero no era de alta cuna y Alfredo me había encomendado de mala gana los doce barcos por ser *ealdorman*, un noble, y lo que correspondía era que un ricohombre comandara la flota de los sajones del oeste, aunque fuera tan raquítica que no sirviera para enfrentarse a la enorme concentración de barcos daneses que había llegado por la costa sur de Wessex.

—Hay ocasiones —rezongó Leofric— en las que eres un auténtico *earsling*. — Un *earsling* era algo que había sido expulsado por los cuartos traseros de alguna criatura, y uno de los insultos preferidos de Leofric. Éramos amigos.

—Veremos a Alfredo mañana —repuse.

—Y Odda *el Joven* —repuso Leofric con paciencia— lo hará esta noche.

Odda *el Joven* era hijo de Odda *el Viejo*, quien había proporcionado cobijo a mi esposa; al hijo no le gustaba yo mucho. No le gustaba porque quería beneficiarse a Mildrith, motivo suficiente para que yo le disgustara. También era, como Leofric había dicho, un pedazo de mierda de ganso, ladino y muy poco de fiar, motivo suficiente para que a mí me disgustara él.

—Veremos a Alfredo mañana —repetí, y a la mañana siguiente cabalgamos todos hasta Exanceaster; mis hombres escoltaban a Mildrith, a nuestro hijo y a su aya, y dimos con Alfredo en la parte norte de la ciudad, donde el estandarte verdiblanco del dragón ondeaba sobre sus tiendas. Otros estandartes se agitaban con virulencia al viento húmedo: un abigarrado despliegue de bestias, cruces, santos y armas que anunciaban que los grandes hombres de Wessex apoyaban a su rey. Uno de aquellos estandartes lucía un venado negro, lo que confirmaba las suposiciones de Leofric: Odda *el Joven* estaba allí, en el sur de Defnascir. Fuera del campamento, entre la linde sur y las murallas de la ciudad, había un gran pabellón de lona y postes sujetos con vientos, lo que me indicó que Alfredo, en lugar de pelear con Guthrum, estaba entablando negociaciones. Había propuesto una tregua, aunque aquel día, dado que era domingo, Alfredo decidió posponer cualquier encuentro. Lo encontré hincado de hinojos en una iglesia provisional, también de lona y postes, con todos sus nobles y jefes dispuestos detrás de él, y algunos de aquellos hombres se dieron la vuelta al oír los cascotes de nuestros caballos. Odda *el Joven* era uno de los que se volvió, y en su rostro estrecho detecté temor.

El obispo encargado del servicio se detuvo para que la congregación pudiera responder, y eso le proporcionó a Odda una excusa para apartar la mirada. Estaba arrodillado cerca de Alfredo, muy cerca, lo que sugería que gozaba del favor del rey, y no dudé ni por un instante que había llevado a Exanceaster el estandarte del cuervo y el hacha de guerra del cadáver de Ubba, y que se había atribuido el mérito de la batalla junto al mar.

—Un día —le dije a Leofric— voy a rajar a ese cabrón desde la ingle hasta la garganta, y bailaré luego sobre sus vísceras.

—Tendrías que haberlo hecho ayer.

Había un cura arrodillado junto al altar, uno de los muchos que siempre acompañaban a Alfredo, y al verme, se escabulló tan sigilosamente como pudo hasta poder ponerse de pie y venir a toda prisa hacia mí. Tenía el pelo rojo, la mano izquierda paralizada y era bizco; su feo rostro dibujaba una expresión de alegría perpleja.

—¡Uhtred! —gritó mientras corría hacia nuestros caballos—. ¡Uhtred! ¡Pensábamos que habías muerto!

—¿Yo? —sonreí socarrón al cura—. ¿Muerto?

—¡Eras un rehén!

Había sido uno de la docena de rehenes ingleses retenidos en Werham, pero mientras los otros habían sido asesinados por Guthrum, yo había salvado la vida gracias al conde Ragnar, un jefe guerrero danés que era para mí como un hermano.

—Pues no la palmé, padre —le contesté al cura, que atendía a la gracia de Beocca—, y me sorprende que no lo sepáis.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Porque estuve en Cynuit, padre, y Odda *el Joven* os podría haber dicho que estuve allí y que estaba vivo.

Miraba a Odda mientras hablaba y Beocca captó el tono lúgubre de mi voz.

—¿Estuviste en Cynuit? —me preguntó nervioso.

—¿Es que Odda *el Joven* no os lo ha contado?

—No dijo nada.

—¡Nada! —Espoleé al caballo, de modo que avanzó entre los hombres arrodillados y me acercó más a Odda. Beocca intentó detenerme, pero yo aparté su mano de mis riendas. Leofric, más sabio que yo, se mantuvo detrás, pero yo metí el caballo entre las últimas filas de la congregación hasta que ya no pude avanzar más, y entonces miré a Odda mientras hablaba con Beocca—. ¿No describió la muerte de Ubba? —pregunté en voz alta.

—Dijo que Ubba murió en el muro de escudos —respondió Beocca, y su voz era un susurro para no perturbar la misa—, y que muchos hombres contribuyeron a su muerte.

—¿Eso os ha contado?

—Dijo que él mismo se enfrentó a Ubba —repuso Beocca.

—¿Así que quién creen los hombres que mató a Ubba Lothbrokson? —pregunté.

Beocca presintió los problemas e intentó calmarme.

—Podemos hablar de estas cosas después —dijo—, pero ahora, Uhtred, únete a nosotros en oración. —Empleó mi nombre en lugar de llamarme señor porque me

conocía desde que era niño. Beocca, como yo, era de Northumbria, y había sido el cura de mi padre, pero cuando los daneses invadieron nuestro país, había venido a Wessex para unirse a aquellos sajones que aún se resistían a los invasores—. Este es un momento de oración —insistió—, no de peleas.

Pero yo estaba para peleas.

—¿Quién dicen los hombres que mató a Ubba Lothbrokson? —volví a preguntar.

—Dan gracias a Dios porque el pagano haya muerto. —Beocca evitó la pregunta e intentó acallarme con gestos desesperados de la mano tonta.

—¿Quién creéis que mató a Ubba? —pregunté, y cuando Beocca no contestó, le proporcioné yo la respuesta—. ¿Creéis que lo mató Odda *el Joven*?—Era obvio que Beocca así lo creía, y la ira se apoderó de mí—. Ubba luchó conmigo cuerpo a cuerpo —proseguí, en voz demasiado alta ya—, hombre contra hombre, sólo él y yo. Mi espada contra su hacha. Estaba incólume cuando empezó la batalla, padre, y al final estaba muerto. Se reunió con sus hermanos en el salón de los muertos.

Estaba furioso y mi voz se había elevado hasta los gritos. La congregación al completo, alertada, se volvió para mirarme. El obispo, al que reconocí como el obispo de Exanceaster, el mismo hombre que me había casado con Mildrith, puso mala cara preso del nerviosismo. Sólo Alfredo parecía no inmutarse por la interrupción, pero entonces, de mala gana, se puso en pie y se dio la vuelta mientras su esposa, Ælswith, la carita de amargada, le susurró algo al oído.

—¿Hay aquí algún hombre —seguía gritando— que niegue que yo, Uhtred de Bebbanburg, maté a Ubba Lothbrokson en combate hombre a hombre?

Se hizo el silencio. No tenía intención de interrumpir el servicio, pero mi orgullo desaforado y mi ira indomable me empujaban al desafío. Los rostros me miraban, los estandartes ondeaban con desgana al viento, y una fina lluvia goteaba de los bordes del toldo de lona. Seguían sin responderme, pero los hombres vieron que estaba mirando a Odda *el Joven* y algunos buscaron una respuesta en su cara. El, sin embargo, parecía haberse quedado mudo.

—¿Quién mató a Ubba? —le grité.

—Esto no es apropiado —intervino Alfredo enfadado.

—¡Esto mató a Ubba! —declaré, y desenvainé a *Hálito-de-Serpiente*.

Y ése fue mi siguiente error.

* * *

Mientras yo pasaba el invierno encerrado en Werham como uno de los rehenes entregados a Guthrum, se había aprobado una nueva ley en Wessex, una ley que decretaba que ningún hombre, salvo la guardia real, podía empuñar un arma en presencia del rey. La ley no era sólo para proteger a Alfredo, sino también para prevenir que las peleas entres sus hombres se volvieran letales y, al desenvainar a

Hálito-de-Serpiente, había infringido la ley sin ser consciente de ello, de modo que sus tropas me rodearon repentinamente con lanzas y espadas, hasta que Alfredo, con capa roja y la cabeza descubierta, gritó a todo el mundo que se quedara quieto.

Entonces caminé hacia mí y vi la ira en su cara. Tenía un rostro estrecho, de nariz y barbilla alargadas, la frente alta y los labios finos. Normalmente iba perfectamente afeitado, pero se había dejado crecer una barba corta que lo hacía parecer mayor. Aún no tenía treinta años, y ya parecía estar cerca de los cuarenta. Era dolorosamente delgado, y sus frecuentes dolencias habían dado a su rostro una expresión amarga. Parecía más un cura que el rey de los sajones del oeste, pues poseía la expresión irritada y pálida del hombre que pasa demasiado tiempo lejos del sol abocado a los libros, aunque sus ojos despedían una autoridad indudable. Eran ojos muy claros, tan grises como la cota de malla, implacables.

—Has perturbado mi paz —dijo— y ofendido la paz de Cristo.

Envainé a *Hálito-de-Serpiente*, más que nada porque Beocca me había susurrado que dejara de hacer el imbécil y guardara mi espada, y ahora me tiraba de la pierna derecha, intentando indicarme que desmontara y me arrodillara ante Alfredo, a quien adoraba. *Ælswith*, la esposa de Alfredo, me observaba con auténtico desprecio.

—Debería ser castigado —gritó.

—Ve ahí —dijo el rey señalando una de sus tiendas— y espera mi veredicto.

No tenía otra elección que obedecer, pues sus tropas, todos armados con cotas y cascos, me empujaron hasta sacarme de allí; me condujeron a la tienda, donde desmonté y me agaché para entrar. El ambiente olía a hierba aplastada y húmeda. La lluvia salpicaba el lienzo del techo, y algunas gotas caían sobre un altar con un crucifijo y dos portavelas vacíos. La tienda era evidentemente la capilla privada del rey, y Alfredo me hizo esperar allí un buen rato. La congregación se dispersó, la lluvia cesó, y un sol acuoso surgió de entre las nubes. Un arpa sonaba en alguna parte, quizá para entretener a Alfredo y su esposa mientras comían. Un perro entró en la tienda, se me quedó mirando, levantó la pata delante del altar y volvió a salir. El sol se desvaneció tras una nube, y la lluvia volvió a salpicar la lona; entonces vi que la abertura de la tienda se movía y entraron dos hombres. Uno de ellos era *Etelwoldo*, el sobrino del rey y el hombre que tendría que haber heredado el trono de Wessex de su padre; sin embargo, se había considerado que era demasiado joven, y la corona había ido a parar a manos de su tío. Me sonrió con cierto aire borreguil y dejó que hablara el segundo hombre, que era robusto, lucía una espesa barba y tenía diez años más que *Etelwoldo*. Se presentó estornudando, sonándose en la mano y limpiándose los mocos en el jubón de cuero.

—La primavera —farfulló; después me miró con expresión malhumorada—. Lluvia del demonio que no para nunca

—¿Sabes quién soy?

—Wulfhere —repuse—, *ealdorman* de Wiltunscir. —Era primo del rey y uno de los poderes de Wessex.

Asintió.

—¿Y sabes quién es este mamarracho? —preguntó señalando a Etelwoldo, que cargaba con un hatillo de tela blanca.

—Nos conocemos —contesté. Etelwoldo no era mucho más joven que yo, un mes o así, y tenía suerte, supongo, de que su tío Alfredo fuera tan buen cristiano, pues lo lógico es que le hubiera correspondido una daga en mitad de la noche. Tenía mucho mejor aspecto que Alfredo, pero era un insensato, un cabeza de chorlito, y solía estar borracho, aunque aquella mañana de domingo parecía bastante sobrio.

—Ahora estoy a cargo de Etelwoldo —prosiguió Wulfhere—, y de ti. Y el rey me ha enviado para castigarte. —Rumió sobre el asunto un instante— Lo que su esposa quiere que haga es sacarte las tripas por ese culoapestoso tuyo y echárselas a los cerdos. —Su mirada era de odio—. ¿Sabes cuál es la pena por desenvainar en presencia del rey?

—¿Una multa? —supuse.

—¡La muerte, tocino, la muerte! Desde que se instauró la nueva ley el mes pasado.

—¿Y cómo iba yo a saberlo?

—Pero Alfredo se siente misericordioso. —Wulfhere hizo caso omiso de mi pregunta—. Así que no vas a colgar de una horca. Por lo menos, no va a ser hoy. Pero quiere que le asegures que mantendrás la paz.

—¿Qué paz?

—¿Cuál va a ser, merluzo? ¡La suya propia! Quiere que peleemos contra los daneses, no que nos rebanemos el cuello entre nosotros. Así que, por el momento, tienes que jurar que vas a mantener la paz.

—¿Por el momento?

—Por el momento —repuso en tono neutro, y yo me limité a encogerme de hombros. Lo interpretó como una aceptación—. ¿Así que despachaste a Ubba? —me preguntó.

—Vaya que sí.

—Eso me han dicho —Volvió a estornudar—. ¿Conoces a Edor?

—Lo conozco —repuse. Edor era uno de los jefes de batalla del *ealdorman* Odda, un guerrero de los hombres de Defnascir, y había luchado a nuestro lado en Cynuit.

—Edor me contó todo lo que pasó —prosiguió Wulfhere—, pero sólo porque confía en mí. ¡Por el amor de Dios, deja de incordiar! —Este último grito iba dirigido a Etelwoldo, que estaba investigando debajo del mantel del altar, presumiblemente en busca de algo valioso. Alfredo, en lugar de asesinar a su sobrino, parecía empeñado en aburrirlo hasta la muerte. A Etelwoldo no le estaba permitido luchar, no fuera a

labrarse una reputación; así que lo había obligado a aprender a leer, cosa que él detestaba, de modo que perdía el tiempo cazando, bebiendo, putañeando y llenándose de resentimiento por no ser el rey—. Sólo quédate quieto un rato, muchacho —le gruñó.

—¿Edor os lo contó... —inquirí, incapaz de suprimir la indignación de mi voz— porque confía en vos? ¿Queréis decir que lo que ocurrió en Cynuit es un secreto? ¡Mil hombres me vieron matar a Ubba!

—Pero Odda *el Joven* se ha llevado la gloria —respondió Wulfhere—, y su padre está muy malherido; si muere, Odda *el Joven* se convertirá en uno de los hombres más ricos de Wessex, y comandará más tropas y pagará más curas de los que tú podrás permitirte nunca, así que los hombres no quieren ofenderle, ¿te parece lo suficientemente lógico? Fingirán que le creen, para que siga siendo generoso. El rey le cree ya, ¿y por qué no debería hacerlo? Odda llegó aquí con el estandarte de Ubba Lothbrokson y su hacha de guerra. Los tendió a los pies de Alfredo, se arrodilló, dio gracias al Señor y prometió construir una iglesia y un monasterio en Cynuit; en cambio tú... ¿qué hiciste tú? Meterte con un caballo en misa y sacar la espada de los cojones. Desde luego, no es lo más inteligente con Alfredo.

Casi sonreí ante eso, porque Wulfhere tenía razón. Alfredo era exageradamente pío, y una manera segura de tener éxito en Wessex era darle coba a esa piedad, imitarla, y atribuir toda la buena suerte a Dios.

—Odda es un capullo —rezongó Wulfhere, cosa que me sorprendió—, pero ahora es el capullo de Alfredo; y no vas a cambiar eso.

—Pero yo he matado a...

—¡Ya sé que lo has hecho! —me interrumpió Wulfhere—. Y Alfredo probablemente sospecha que dices la verdad, pero cree que Odda lo hizo posible. Piensa que tanto tú como Odda luchasteis contra Ubba. Probablemente ni siquiera le importe que ninguno lo hiciera en realidad, salvo porque Ubba está muerto y eso es una buena noticia; fue Odda quien trajo esa noticia, así que el sol sale y brilla por el culo de Odda, y si lo que quieres es que las tropas del rey te cuelguen de una rama bien alta, pues adelante, ve y monta un follón con Odda. ¿Me entiendes?

—Sí.

Wulfhere suspiró.

—Leofric me había dicho que recobrarías el juicio si te sacudía lo suficiente.

—Quiero ver a Leofric.

—No puedes —espetó Wulfhere—. Lo devuelven a Hamtun, ése es su lugar. Pero tú no vas a volver. La flota quedará al mando de algún otro. Tienes que mostrar arrepentimiento.

Por un momento, pensé que lo había entendido mal.

—¿Que tengo que hacer qué? —pregunté.

—Vas a tener que postrarte. —Etelwoldo habló por primera vez. Con sonrisa socarrona. No éramos amigos exactamente, pero nos habíamos emborrachado juntos suficientes veces y parecía gustarle—. Vas a tener que vestirte como una chica —prosiguió Etelwoldo—, hincarte de hinojos y ser humillado.

—Y vas a tener que hacerlo ahora mismo —añadió Wulfhere.

—¡Que me aspen si...!

—Te van a aspar lo mismo —rugió Wulfhere, que le arrebató el hatillo blanco a Etelwoldo y me lo tiró a los pies. Era un hábito de penitente, y lo dejé en el suelo—. Por el amor de Dios, chico —dijo Wulfhere—, ten un poco de sentido común. Tienes mujer y tierras aquí, ¿no? ¿Qué pasará si no obedeces sus órdenes? ¿Quieres que te proscriban? ¿Quieres que metan a tu mujer en un convento? ¿Quieres que la Iglesia se quede con tus tierras?

Me lo quedé mirando.

—Lo único que he hecho es matar a Ubba y contar la verdad.

Wulfhere suspiró.

—Eres de Northumbria —prosiguió—, y no sé cómo serán las cosas allí, pero esto es el Wessex de Alfredo. Puedes hacer lo que quieras en Wessex menos mearte en su iglesia, y eso es justo lo que acabas de hacer. Te has meado encima, hijo, y ahora la Iglesia te va a mear encima a ti. —Hizo una mueca cuando la lluvia golpeó con más fuerza sobre la tienda. Después frunció el ceño mientras miraba el charco que se extendía en la entrada. Se quedó callado durante un largo rato, antes de darse la vuelta y mirarme de un modo extraño—. ¿Piensas que algo de esto es importante?

Lo pensaba, pero estaba tan sorprendido por su pregunta, hecha en un tono quedo y cargado de amargura, que me quedé sin habla.

—¿Piensas que la muerte de Ubba supone alguna diferencia? —preguntó, y de nuevo volví a pensar que no había comprendido bien—. Incluso si Guthrum firma la paz —prosiguió—, ¿crees que hemos ganado? —Su tosco rostro parecía de repente salvaje—. ¿Cuánto tiempo será rey Alfredo? ¿Cuánto pasará antes de que los daneses gobiernen aquí?

Seguía sin tener nada que decir. Etelwoldo, me percaté, lo escuchaba con atención. Anhelaba ser rey, pero no tenía seguidores, y Wulfhere había sido claramente nombrado su guardián para evitar que diera problemas. Pero las palabras de Wulfhere sugerían que los problemas surgirían igualmente.

—Limítate a hacer lo que quiere Alfredo —me aconsejó el noble—, y después busca un modo de mantenerte con vida. Es lo único que podemos hacer todos. Si Wessex cae, todos buscaremos un modo de seguir con vida, pero mientras tanto, ponte el hábito de los cojones y terminemos de una vez con esto.

—Nos lo pondremos los dos —intervino Etelwoldo, que recogió el hatillo y lo abrió, mostrándome dos hábitos.

—¿Tú también? —le gruñó Wulfhere—. ¿Estás borracho?

—Me arrepiento de haber estado borracho. O estaba borracho y ahora estoy arrepentido. —Me sonrió socarrón, después se puso el hábito por la cabeza—. Acompañaré a Uhtred al altar —dijo con la voz amortiguada por la ropa.

Wulfhere no podía impedirlo, pero Wulfhere sabía, como yo, que Etelwoldo se burlaba del rito. Y yo sabía que Etelwoldo me estaba haciendo un favor, aunque por lo que yo sabía no me debía ninguno. Aun así, se lo agradecí, de modo que me puse el hábito de los cojones y, mano a mano con el sobrino del rey, me dirigí a mi humillación pública.

* * *

Significaba poco para Alfredo. Contaba con una veintena de grandes señores en Wessex, y al otro lado de la frontera, en Mercia, había aún más señores y jefes que vivían bajo el yugo danés, pero que lucharían por Wessex si Alfredo les daba la oportunidad. Todos aquellos grandes señores le podían proporcionar soldados, podrían unir espadas y lanzas al estandarte del dragón de Wessex, mientras que yo nada podía darle salvo mi espada, *Hálito-de-Serpiente*. Ciertamente, era un señor, pero estaba lejos de Northumbria y no comandaba hombres, de modo que mi único valor para él se situaba en un futuro lejano. Eso aún no lo comprendía. A su debido tiempo, a medida que el mandato de Wessex se extendiera hacia el norte, mi valor aumentaría, pero entonces, en el 877, cuando no era más que un veinteañero cabreado, no sabía nada, nada aparte de mis propias ambiciones.

Y aprendí humillación. Incluso hoy, toda una vida después, recuerdo la amargura de aquella postración penitente. ¿Por qué me obligó Alfredo a algo así? Le había conseguido una gran victoria, y aun así insistía en avergonzarme, ¿por qué? ¿Porque había interrumpido un servicio eclesiástico? En parte por eso, pero sólo en parte. Amaba a su dios, amaba la Iglesia, y creía apasionadamente que la supervivencia de Wessex dependía de la obediencia a la Iglesia, así que la protegería con tanta fiereza como lucharía por su país. Y amaba el orden. Había un lugar para todas las cosas, yo no encajaba, y él creía genuinamente que si conseguía de mí la obediencia a Dios, podría formar parte de su bienamado orden. En pocas palabras, me consideraba un cachorro rebelde que necesitaba unos buenos azotes antes de unirme a la disciplinada jauría.

Así que fui obligado a postrarme.

Y Etelwoldo se puso en ridículo.

No al principio. Al principio fue todo solemnidad. Todos los hombres del ejército de Alfredo estaban allí para ser testigos, y formaron dos filas bajo la lluvia. Las filas llegaban hasta el altar bajo las lonas donde Alfredo y su esposa esperaban con el obispo y la caterva de curas.

—De rodillas —me dijo Wulfhere—. Tienes que ir de rodillas —insistió con tono neutro—, y arrastrarte hasta el altar. Besa el mantel del altar, y después te quedas tumbado boca abajo.

—¿Y después qué?

—Después Dios y el rey te perdonarán —me miró fijamente—. Hazlo y punto —gruñó.

Así que lo hice. Me hiqué de rodillas y me arrastré por el barro; las filas de hombres en silencio me observaron, y entonces Etelwoldo, bien cerca de mí, empezó a desgañitarse acusándose de ser un pecador. Levantó los brazos al cielo, se dejó caer de bruces, aulló que se arrepentía y se desgañitó con lo de que era un pecador; al principio los hombres sintieron vergüenza, pero después empezaron a divertirse.

—¡He conocido mujeres! —gritó Etelwoldo a la lluvia—. ¡Y eran mujeres malas! ¡Perdonadme!

Alfredo parecía furioso, pero no podía evitar que un hombre se pusiera en ridículo ante Dios. Quizá pensara que el remordimiento de Etelwoldo era genuino.

—¡He perdido la cuenta de cuántas mujeres! —se desgañitaba Etelwoldo, y golpeaba el barro con los puños—. Oh, Dios, ¡me encantan las tetas! Dios, adoro a las mujeres desnudas. ¡Dios, perdóname por eso! —La risa empezó a extenderse, y todos los hombres debieron de recordar que Alfredo, antes de que la piedad se apoderara de él, había sido famoso por todas las mujeres que perseguía—. ¡Tienes que ayudarme, Dios! —berreaba Etelwoldo mientras nos arrastrábamos hacia el altar—. ¡Envíame un ángel!

—¿Para tirártelo? —gritó alguien desde la multitud, y la risa se convirtió en carcajada.

Ælswith fue despachada con premura, no fuera a oír algo indecoroso. Los curas susurraban, pero la penitencia de Etelwoldo, aunque extravagante, parecía real. Estaba llorando. Yo sabía que por dentro se partía de risa, pero él aullaba como si su alma estuviera agonizando.

—¡No me envíes más tetas, Dios! —berreaba—. ¡No más tetas! —Se estaba poniendo en ridículo, pero como los hombres ya lo consideraban ridículo, no le importaba—. ¡Mantenme alejado de las tetas, Dios! —gritaba, y fue entonces cuando se marchó Alfredo, consciente de que la solemnidad del día se había ido al garete, y la mayoría de los curas se marcharon con él, de modo que Etelwoldo y yo nos arrastramos hasta un altar vacío, donde Etelwoldo devolvió su hábito manchado de barro y se apoyó en la mesa.

—Lo detesto —dijo en voz baja, y yo sabía que se refería a su tío—. Lo detesto —prosiguió—, y ahora me debes un favor, Uhtred.

—Vaya que sí —respondí.

—Ya pensaré en algo —repuso.

Odda *el Joven* no se había marchado con Alfredo. Parecía divertido. Mi humillación, que sin duda había pensado que iba a disfrutar, se había convertido en una chanza, y era consciente de que los hombres le observaban, juzgaban su veracidad. Se acercó a un hombre enorme que era evidentemente uno de sus guardaespaldas. Aquel hombre era alto y tenía un pecho amplísimo, pero era su rostro lo que llamaba la atención, pues parecía como si le hubieran estirado demasiado la piel de la cara, de modo que era incapaz de cualquier expresión aparte del odio puro y un hambre voraz. La violencia exudaba de aquel hombre como el hedor de un perro mojado, cuando me miró sentí los ojos implacables de una bestia y entendí instintivamente que aquel sería el hombre que me mataría si Odda tenía la oportunidad de acabar conmigo. Odda no era nada, el hijo mimado de un hombre rico, pero su dinero le otorgaba poder para mandar sobre asesinos. Entonces Odda tiró de la manga del gigante y ambos se dieron la vuelta y se marcharon.

El padre Beocca era el único cura que se había quedado junto al altar.

—Bésalo —me ordenó—, y después tumbate.

En vez de eso, me puse en pie.

—Besadme vos el culo, padre —repliqué. Estaba enfadado, y mi ira asustó a Beocca, que dio un paso atrás.

Pero había hecho lo que el rey quería. Había mostrado mi arrepentimiento públicamente.

* * *

El hombre alto que estaba junto a Odda *el Joven* respondía al nombre de Steapa. Steapa *Snotor*, lo llamaban los hombres, o Steapa *el Listo*.

—Es un chiste —me aclaró Wulfhere, mientras yo me arrancaba el hábito y me volvía a poner la cota.

—¿Un chiste?

—Porque es más burro que un arado —repuso Wulfhere—. Tiene sopas en lugar de sesos. Es imbécil, pero no es un guerrero imbécil. ¿No lo viste en Cynuit?

—No —repliqué sin más.

—¿Y por qué te interesa Steapa? —preguntó Wulfhere.

—Por nada —repuse. Le había preguntado al *ealdorman* quién era el guardaespaldas de Odda, para saber el nombre del hombre que podía intentar matarme, pero aquel posible asesinato no era asunto de Wulfhere.

Wulfhere vaciló, pues quería indagar más, pero decidió que mejor se quedaba con aquella respuesta.

—Cuando vengan los daneses —dijo—, serás bienvenido entre mis hombres.

Etelwoldo, el sobrino de Alfredo, sostenía mis dos espadas, sacó a *Hálito-de-Serpiente* de su vaina, y se quedó mirando los dibujos enroscados de la hoja.

—Si los daneses vienen —hablaba con Wulfhere—, tenéis que dejarme pelear.

—Tú no sabes pelear.

—Pues tenéis que enseñarme. —Volvió a meter a *Hálito-de-Serpiente* en su funda—. Wessex necesita un rey que sepa pelear —prosiguió—, en lugar de rezar.

—Tendrías que vigilar esa lengua, muchacho —le contestó Wulfhere—, no te la vayan a cortar. —Le arrebató las espadas a Etelwoldo y me las tendió—. Los daneses vendrán —me dijo—, así que únete a mí cuando lo hagan.

Asentí, pero no dije nada. «Cuando los daneses vengan —pensé—, planeo estar con ellos.» Me habían criado los daneses tras ser capturado a la edad de diez años, y podían haberme matado, pero lo que hicieron fue tratarme bien. Había aprendido su idioma y adorado a sus dioses hasta no saber si era danés o inglés. Si el conde Ragnar *el Viejo* no hubiese muerto, jamás los habría abandonado, pero había muerto, asesinado en una noche de traición y fuego, y yo había huido al sur, hacia Wessex. Ahora regresaría. En cuanto los daneses se marcharan de Exanceaster, me uniría al hijo de Ragnar, Ragnar *el Joven*, si es que seguía vivo. El barco de Ragnar *el Joven* se contaba entre los de la flota que había perecido en la gran tormenta. Veintenas de barcos se habían hundido, y los restos de la flota habían llegado hasta Exanceaster, donde los barcos eran ahora reducidos a cenizas en la orilla, junto a la ciudad. No sabía si Ragnar había sobrevivido. Confiaba en que así fuera, y recé para que pudiera escapar de Exanceaster y ofrecerle mi espada, para cargar con ella contra Alfredo de Wessex. Algún día vestiría a Alfredo con un hábito y lo haría reptar de rodillas hasta un altar dedicado a Thor. Después lo mataría.

Esos eran mis pensamientos camino de Oxton, la hacienda que Mildrith había aportado a nuestro matrimonio; era un hermoso lugar, pero tan hasta arriba de deudas que suponía más una carga que un placer. La granja se encontraba en las laderas de las colinas que descendían hasta a la amplia desembocadura del Uisc, y tras la casa había densos bosques de robles y fresnos, de los que fluían arroyos claros que atravesaban los campos de centeno, trigo y cebada. La casa era un edificio lleno de humo construido con barro, boñigas, roble y paja de centeno, y tan largo y bajo que parecía un montículo verde cubierto de musgo, del que salía humo por el agujero central del techo. En el corral había cerdos, gallinas y montañas de estiércol tan grandes como la casa. El padre de Mildrith la había cultivado, ayudado por un administrador llamado Oswald, una verdadera comadreja, y aún me causó más problemas aquel domingo lluvioso de camino a la granja.

Me sentía furioso, resentido y con ánimo de venganza. Alfredo me había humillado, y Oswald tuvo poco acierto al elegir aquella tarde de domingo para bajar un roble de los bosques. Me regocijaba en los placeres de la venganza, dejando que mi caballo tomara el camino del bosque, cuando vi ocho bueyes tirando del enorme tronco hacia el río. Tres hombres guiaban a los bueyes, y un cuarto, Oswald, iba

montado encima del tronco con un látigo. Me vio y bajó de un salto, y por un instante pareció como si quisiera correr hacia los árboles, pero después reparó en que no podía evitarme, así que se limitó a esperarme allí de pie, hasta que llegué junto al tronco.

—Señor —me saludó Oswald. Estaba sorprendido de verme. Probablemente creía que había muerto con los demás rehenes, y esa convicción lo volvió descuidado.

Mi caballo estaba nervioso por el hedor a sangre que despedían los costados de los bueyes, y dio unos pasitos nerviosos hacia delante y atrás, hasta que lo calmé dándole unas palmadas en el cuello. Entonces miré el tronco de roble, que debía de medir doce metros y era tan grueso como un hombre de alto.

—Buen árbol —le dije a Oswald.

El miró hacia Mildrith, que venía a nuestro encuentro montando una yegua.

—Buen día, señora —dijo, quitándose el sombrero de lana que llevaba encima del frondoso pelo rojo.

—Un día lluvioso, Oswald —le respondió ella. Su padre había nombrado al administrador, y Mildrith tenía en él una confianza inocente.

—He dicho —hablé más alto— que es un buen árbol. ¿Dónde lo habéis talado? Oswald se metió el sombrero en el cinto.

—Arriba del todo, señor —respondió con vaguedad.

—¿Arriba del todo... en mis tierras?

Vaciló. Sin duda se sintió tentado de afirmar que procedía de la tierra de un vecino, pero esa mentira pronto se habría descubierto, así que no dijo nada.

—¿En mis tierras? —volví a preguntar.

—Sí, señor —admitió.

—¿Y adonde va?

Volvió a vacilar, pero no tuvo más remedio que responder.

—Al molino de Wigulf.

—¿Wigulf va a comprarlo?

—Lo va a partir, señor.

—No he preguntado qué va a hacer con él —repuse—, sino si lo va a comprar.

Mildrith, al detectar la dureza en mi voz, intervino para comentar que su padre enviaba a veces madera al molino de Wigulf, pero yo le pedí que se callara.

—¿Va a comprarlo? —le pregunté de nuevo a Oswald.

—Necesitamos la madera, señor, para hacer reparaciones —repuso el administrador—, y Wigulf se cobra en tablones.

—¿Y le llevas el árbol en domingo? —Nada tenía que responder a eso—. Dime —proseguí—, si necesitamos planchas para reparaciones, ¿por qué no partimos nosotros el árbol? ¿Es que nos faltan hombres? ¿O cuñas? ¿O mazos?

—Wigulf lo ha hecho siempre —repuso Oswald en tono molesto.

—¿Siempre? —repetí, y Oswald no dijo nada—. ¿No vive Wigulf en

Exanmynster? —supuse. Exanmynster quedaba a unos dos kilómetros al norte, y era la aldea más cercana a Oxton.

—Sí, señor —repuso Oswald.

—De modo que, si me acerco ahora Exanmynster —dije—, Wigulf me dirá cuántos árboles parecidos le has llevado en el último año.

Se hizo el silencio, salvo por la lluvia que goteaba de las hojas y el intermitente canto de los pájaros. Acerqué el caballo unos pasos hacia Oswald, que se agarró al mango de su látigo, como preparándose para azotarme.

—¿Cuántos? —exigí, aún más alto.

—Esposo —me gritó Mildrith.

—¡Silencio! —le grité, y Oswald me miró a mí, después a ella y de nuevo a mí—. ¿Y cuánto te ha pagado Wigulf? —le pregunté—. ¿Cuánto se saca de un árbol como éste? ¿Ocho chelines? ¿Nueve?

La ira que tan impetuosamente me había hecho actuar en el servicio de la iglesia se volvió a despertar. Estaba claro que Oswald estaba robando la madera y sacando dinero de ello, y lo que tendría que haber hecho era acusarlo de robo, y hacerlo comparecer ante un tribunal donde un jurado de hombres decidiría sobre su culpabilidad o inocencia, pero no estaba de humor para tanto proceso. Desenvainé a *Hálito-de-Serpiente* y espoleé a mi caballo. Mildrith gritó en protesta, pero yo la ignoré. Oswald echó a correr, y eso fue un error, porque lo atrapé con facilidad, una única estocada de *Hálito-de-Serpiente* y le abrí la nuca, de modo que pude verle los sesos y la sangre al caer. Empezó a retorcerse sobre el lecho de hojas muertas y, tras obligar a mi caballo a dar la vuelta, le hincé el arma en la garganta.

—¡Eso ha sido un asesinato! —me gritó Mildrith.

—Eso ha sido justicia —le gruñí yo—, algo de lo que Wessex carece —escupí en el cuerpo de Oswald, que seguía retorciéndose—. El muy cabrón ha estado robándonos.

Mildrith espoleó a su caballo y condujo al aya que llevaba a nuestro hijo colina arriba. La dejé marchar.

—Subid el tronco a la casa —ordené a los esclavos que guiaban a los bueyes—. Si es demasiado grande para subirlo, partidlo aquí y llevad arriba los pedazos.

Esa tarde registré la casa de Oswald y encontré cincuenta y tres chelines enterrados en el suelo. Me quedé con la plata, y confisqué los utensilios de cocina, el espetón, los cuchillos, los cubos, y una capa de piel de ciervo; después expulsé a su esposa y a sus tres hijos de mis tierras. Uhtred había vuelto a casa.

CAPÍTULO II

Mi ira no se vio aplacada por la muerte de Oswald. La muerte de un administrador deshonesto no era consuelo para lo que yo percibía como una injusticia monstruosa. Por el momento, Wessex estaba a salvo de los daneses, pero sólo porque yo había matado a Ubba Lothbrokson, y mi recompensa había sido la humillación.

No podía dejar de compadecer a Mildrith. Era una mujer apacible e ingenua que no pensaba mal de nadie, y ahora se veía casada con un guerrero resentido y furibundo. Temía la ira de Alfredo, le aterrorizaba que la Iglesia me castigase por perturbar su paz, y le preocupaba que los familiares de Oswald reclamaran un *wergilder* a mí. Y lo harían. Un *wergilder*, el precio en sangre que todo hombre, mujer y niño poseía. Si matabas a un hombre, debías pagar su precio o morir, y sin duda la familia de Oswald acudiría a Odda *el Joven*, que había sido nombrado *ealdorman* de Defnascir porque su padre estaba demasiado malherido para seguir siéndolo; sin duda alguna, Odda daría órdenes al alguacil de la comarca para perseguirme y someterme a juicio, pero a mí no me importaba. Cazaba ciervos y jabalíes, le daba vueltas al asunto y esperaba noticias de las negociaciones de Exanceaster. Esperaba que Alfredo hiciera lo que siempre hacía, es decir, firmar la paz con los daneses y liberarlos; cuando lo hiciera, iría al encuentro de Ragnar.

Mientras esperaba, encontré a mi primer vasallo. Era un esclavo y lo descubrí en Exanmynster un bonito día de primavera. Había una feria de mano de obra en la que los hombres buscaban empleo en los atareados días de la cosecha y la siega, y como en todas las ferias había malabaristas, cuentacuentos, zancudos, músicos y acróbatas. También había un hombre alto, de pelo blanco, con el rostro arrugado y grave, que vendía bolsas de cuero encantadas que convertían el hierro en plata. Nos mostró cómo lo hacía: lo vi colocar dos clavos normales en la bolsa y al instante siguiente eran de plata pura. Dijo que teníamos que meter un crucifijo de plata en la bolsa y dormir una noche con ella colgada al cuello para que la magia funcionara. Le pagué tres chelines de plata por una bolsa, y jamás funcionó. Pasé meses buscando al hombre, pero nunca volví a dar con él. Incluso hoy, cuando me cruzo con hombres y mujeres como aquél, vendiendo cajas o bolsas encantadas, los saco de mis tierras a latigazos; pero entonces tenía sólo veinte años y no creía más que en lo que veían mis ojos. Aquel hombre había atraído a una multitud, pero aún había más gente reunida junto a la puerta de la iglesia, de donde cada cierto tiempo surgían gritos. Me acerqué con el caballo hasta las últimas filas, y los que sabían que había matado a Oswald me miraron mal, pero nadie se atrevió a acusarme de asesinato, dado que iba armado tanto con *Hálito-de-Serpiente* como con *Aguijón-de-Avispa*.

Había un joven junto a la puerta de la iglesia. Estaba desnudo de cintura para arriba, descalzo, lo tenían atado por una soga alrededor del cuello, y ésta estaba atada

al pilar de la puerta. En la mano llevaba una duela corta y recia. Su pelo era rubio y estaba alborotado, y sus ojos azules expresaban su indómita terquedad; estaba manchado de sangre por todo el pecho, vientre y brazos. Tres hombres lo vigilaban. También ellos eran rubios y de ojos azules, y gritaban con un acento extraño.

—¡Venid, venid a pelear con el pagano! ¡Tres peniques por hacer sangrar a este cabrón! ¡Venid y pelead!

—¿Quién es? —pregunté.

—Un danés, señor, un danés pagano. —El hombre se quitó el sombrero para hablar conmigo, después regresó a la multitud.

—¡Venid y pelead con él! ¡Vengaos! ¡Haced sangrar a un danés! ¡Sed buenos cristianos! ¡Hacedle daño a un pagano!

Los tres hombres eran frisios. Sospeché que habían estado en el ejército de Alfredo, y ahora que negociaba con los daneses en lugar de pelear con ellos, los tres habrían desertado. Los frisios venían del otro lado del mar y lo hacían sólo por un motivo: dinero; y aquel trío había conseguido capturar al joven danés y se estaban aprovechando de él mientras durase. Y por lo visto, eso podía llevar un tiempo, pues era bueno. Un joven y fuerte sajón pagó tres peniques y recibió una espada. Se abalanzó con fiereza contra el prisionero, pero el danés paró todos los golpes, las astillas salían despedidas de su duela, y cuando vio un hueco, le asestó un golpe en la cabeza a su oponente con suficiente fuerza como para hacerle sangrar un oído. El sajón se apartó tambaleándose, y el danés arremetió con la duela contra su estómago y, mientras el sajón se doblaba en dos para coger aliento, la duela silbó en el aire en un movimiento que le habría abierto la cabeza como un huevo, de no ser porque los frisios tiraron de la cuerda, de modo que el danés cayó de espaldas.

—¿Tenemos algún otro héroe? —gritó uno de los frisios mientras ayudaban al sajón a levantarse—. ¡Venga, chicos! ¡Demostrad vuestra fuerza! ¡Reducid a pulpa a un danés!

—Yo lo reduzco —dije. Desmonté y me abrí paso entre la multitud. Le entregué las riendas de mi caballo a un chico, y desenvainé a *Hálito-de-Serpiente*—. ¿Tres peniques? —pregunté a los frisios.

—No, señor —contestó uno de ellos.

—¿Por qué no?

—Porque no queremos un danés muerto, ¿verdad que no? —respondió el hombre.

—¡Sí lo queremos! —jaleó alguien desde la multitud. No gustaba demasiado a las gentes del valle del Uisc, pero los daneses aún les gustaban menos, y se relamían ante la perspectiva de ver masacrar a un prisionero.

—Sólo podéis herirle, señor —prosiguió el friso—. Y debéis usar nuestra espada. —Me tendió el arma. Le eché un vistazo, vi el filo romo y escupí.

—¿Debo? —pregunté.

El frisio no quería discutir.

—Sólo podéis hacerle sangrar, señor —repuso.

El danés se apartó el pelo de la cara y me miró de arriba abajo. Mantenía la duela baja. Estaba tenso, pero no había miedo en sus ojos. Se había enfrentado probablemente a más de cien batallas desde que los frisios lo capturaran, pero aquellos puños sólo habían peleado contra hombres que no eran soldados, y debía de saber, por mis dos espadas, que yo era un guerrero. Tenía la piel amoratada, surcada de sangre y cicatrices, y seguro que esperaba recibir otra herida de *Hálito-de-serpiente*, pero estaba decidido a darme guerra.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté en danés.

Parpadeó sorprendido.

—Tu nombre, chico —dije. Le llamé «chico», aunque no era mucho más joven que yo.

—Haesten —repuso.

—¿Haesten de quién?

—Haesten Storrison —contestó dándome el nombre de su padre.

—¡Deja de hablar con él, pelea! —gritó una voz desde la multitud.

Me volví para ver al hombre que había gritado y fue incapaz de sostener mi mirada, después me di la vuelta rápido, muy rápido, y golpeé con *Hálito-de-Serpiente* en un barrido rápido que Haesten paró instintivamente, de modo que la espada partió la duela como si estuviera podrida. A Haesten le quedó un pedazo de madera en la mano, el resto de su arma, un metro de grueso fresno, quedó en el suelo.

—¡Mátalo! —gritó alguien.

—Hacedlo sangrar sólo, señor —pidió el frisio—, por favor, señor. No es un mal chico, para ser danés. Hacedlo sangrar y os pagaremos.

Le di una patada a la vara de fresno para apartarla de Haesten.

—Recógela —le dije.

Me miró nervioso. Para recogerla tendría que llegar al límite de su cuerda y agacharse, y en ese momento expondría la espalda a *Hálito-de-Serpiente*. Me observó, con la mirada cargada de amargura bajo el flequillo sucio, después pareció convencerse de que no le atacaría mientras se agachaba. Se acercó a la vara y, al inclinarse, le di una patada que la separó unos palmos más.

—Recógela —repetí.

Aún sostenía el pedazo de fresno en la mano y, al dar otro paso, forzando la cuerda, se dio la vuelta repentinamente e intentó golpearme con él en el estómago. Fue rápido, pero yo medio esperaba el movimiento, y le agarré la muñeca con la mano izquierda. Apreté fuerte, hasta hacerle daño.

—Recógela —repetí por tercera vez.

Esta vez obedeció, se esforzó por llegar a ella y en el movimiento, tensó la cuerda

al máximo. Yo le metí un tajo con *Hálito-de-Serpiente* y la corté, de modo que Haesten, que se estaba inclinando hacia delante para alcanzar la vara, cayó de bruces al suelo. Le puse el pie izquierdo en la espalda y dejé que la punta de *Hálito-de-Serpiente* descansara sobre su columna.

—Alfredo —le dije a los frisios— ha ordenado que todos los prisioneros daneses sean llevados ante él.

Los tres se me quedaron mirando, sin decir nada.

—Así que, ¿por qué motivo no habéis llevado a este hombre al rey? —les exigí.

—No lo sabíamos, señor —dijo uno de ellos—. Nadie nos lo dijo. —Cosa nada sorprendente, dado que Alfredo no había dado esa orden.

—Lo llevaremos ante el rey ahora mismo, señor —me aseguró otro.

—Os evitaré la molestia —repuse. Levanté el pie de encima de Haesten—. Levántate —le dije en danés. Le lancé una moneda al chico que sostenía mi caballo y monté. Desde arriba, le ofrecí una mano a Haesten—. Sube detrás de mí —le ordené.

Los frisios protestaron y se acercaron a mí con las espadas desenvainadas, así que desnudé a *Aguijón* y se la tendí a Haesten, que aún no había montado. Entonces volví el caballo hacia los frisios y les sonreí.

—Esta gente —y señalé con *Hálito-de-Serpiente* a la multitud— ya me considera un asesino. También soy el hombre que se enfrentó a Ubba Lothbrokson junto al mar y lo mató allí mismo. Os lo cuento para que podáis fanfarronear de que matasteis a Uhtred de Bebbanburg.

Bajé la espada, de modo que apuntaba con ella al hombre más cercano, y él retrocedió. Los otros, con tan pocas ganas de luchar como el primero, se unieron a él. Haesten subió conmigo y yo espoleé a mi caballo entre la multitud, que se apartó de mala gana. En cuanto estuvimos lo suficientemente lejos, le dije a Haesten que desmontara y me devolviera a *Aguijón-de-Avispa*.

—¿Cómo te capturaron? —le pregunté.

Me contó que iba en uno de los barcos de Guthrum que se vieron sorprendidos por la tormenta, que se había hundido, aunque consiguió agarrarse a un resto del naufragio y llegó hasta la orilla, donde los frisios lo encontraron.

—Éramos dos, señor —me dijo—, pero mi compañero murió.

—Ahora eres un hombre libre —le respondí.

—¿Libre?

—Eres mi hombre —le dije—, me prestarás juramento y yo te daré una espada.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque en cierta ocasión un danés me salvó la vida —le contesté—, y me gustan los daneses.

También quería a Haesten porque necesitaba hombres. No confiaba en Odda el *Joven*, y temía a Steapa *Snotor*, el guerrero de Odda, así que tendría espadas en

Oxton. Mildrith, por supuesto, no quería daneses armados en casa. Quería agricultores y campesinos, muchachas para ordeñar y sirvientes, pero yo le dije que era un señor, y un señor debe tener espadas a su servicio.

Soy, de hecho, un señor, un señor de Northumbria. Soy Uhtred de Bebbanburg. Mis ancestros, cuyo linaje se remonta al dios Woden, el Odín danés, fueron antaño reyes en el norte de Inglaterra, y si mi tío no me hubiese arrebatado Bebbanburg cuando no tenía más que diez años de edad, aún viviría allí como señor de Northumbria, seguro en la inexpugnable fortaleza bañada por el mar. Los daneses habían capturado Northumbria, y su rey pelele, Ricsig, gobernaba en Eoferwic, pero Bebbanburg era demasiado fuerte para los daneses y mi tío y Ælfric gobernaba aquellas tierras, llamándose así mismo *ealdorman Ælfric*, de modo que los daneses lo dejaban tranquilo mientras no diera problemas. A menudo soñaba con regresar a Northumbria para reclamar mi derecho de nacimiento. ¿Pero cómo? Para capturar Bebbanburg necesitaría un ejército, y lo único que tenía era un joven danés llamado Haesten.

También tenía otros enemigos en Northumbria. Estaba el conde Kjartan y su hijo Sven, que había perdido un ojo por mi culpa; ambos me matarían gustosos, y mi tío les pagaría por ello. Así que no tenía ningún futuro en Northumbria, no por aquel entonces. Pero regresaría. Ese era el deseo de mi alma, y regresaría con Ragnar *el Joven*, mi amigo, que aún vivía porque su barco había capeado la tormenta. Lo sabía porque se lo había oído decir a un cura que había estado presente en las negociaciones de Exanceaster, y estaba seguro de que el conde Ragnar había sido uno de los señores daneses en la delegación de Guthrum.

—Un hombre grande —me dijo el cura—, con un vozarrón. —La descripción me convenció de que Ragnar vivía y mi corazón se alegraba por ello, pues sabía que mi futuro estaba con él, no con Alfredo, cuando las negociaciones terminaran y se firmara la tregua, los daneses se marcharían sin duda de Exanceaster, y yo le entregaría mi espada a Ragnar y cargaría con ella contra Alfredo, a quien detestaba. Y no cabía duda de que él me detestaba también a mí.

Le dije a Mildrith que abandonaríamos Defnascir e iríamos a encontrarnos con Ragnar, que le ofrecería mi espada y que podría vengarme de mi tío y de Kjartan bajo el estandarte del águila de Ragnar, y Mildrith respondió con lágrimas y más lágrimas.

No soporto el llanto de una mujer. Mildrith se sintió herida y confundida, y yo me enfadé. Nos gritamos como gatos salvajes, la lluvia siguió cayendo, y yo me desesperaba como una bestia enjaulada. Deseaba que Alfredo y Guthrum dejaran de una vez de negociar, porque todos sabían que Alfredo dejaría marchar a Guthrum, y en cuanto Guthrum se marchara de Exanceaster, yo podría unirme a los daneses. No me importaba si Mildrith me seguía o no, mientras mi hijo, que llevaba mi nombre, viniera conmigo. Así que de día cazaba, y de noche bebía y soñaba con la venganza.

Hasta que una tarde, al regresar a casa, encontré allí al padre Willibald.

Willibald era un buen hombre. Había sido el capellán de la flota de Alfredo cuando aquellos doce barcos estaban a mi mando, y me contó que regresaba a Hamtun, pero que pensaba que me gustaría saber en qué habían quedado las largas conversaciones entre Alfredo y Guthrum.

—Se ha firmado la paz, señor —me dijo—. Gracias a Dios haya paz.

—Gracias a Dios —repitió Mildrith.

Yo estaba limpiando la sangre de la hoja de una lanza para jabalíes y no dije nada. Pensaba que Ragnar habría sido liberado del sitio y que me podría unir a él.

—El tratado fue firmado ayer con votos solemnes —prosiguió Willibald—, así que tenemos paz.

—Ya se dieron votos solemnes el año pasado —repliqué con amargura. Alfredo y Guthrum habían firmado la paz en Werham, pero Guthrum había roto la tregua y asesinado a los rehenes que retenía como prisioneros. Once de doce habían muerto, y sólo yo había sobrevivido porque Ragnar estaba allí para protegerme—. ¿Y cuáles han sido las condiciones? —inquirí.

—Los daneses van a entregar todos sus caballos —me contó Willibald—, y se replegarán de nuevo en Mercia.

Bien, pensé, porque allí era donde yo iría. No se lo dije a Willibald, pero me burlé de que Alfredo los dejara marchar sin más.

—¿Por qué no se enfrenta a ellos? —pregunté.

—Porque son demasiados, señor. Porque demasiados hombres morirían en ambos bandos.

—Tendría que matarlos a todos.

—La paz es mejor que la guerra —contestó Willibald.

—Amén —coreó Mildrith.

Empecé a afilar la lanza, pasando la piedra por la larga hoja. Alfredo me parecía absurdamente generoso. Guthrum, después de todo, era el único cabecilla de cierto mérito que quedaba en el bando danés, y había quedado atrapado. De haber sido yo Alfredo, no habría habido condiciones, sólo un sitio, y a su fin, el poder danés en el sur de Inglaterra se habría visto truncado. En cambio. Guthrum se marchaba de Exanceaster en paz.

—Es la mano de Dios —comentó Willibald.

Me lo quedé mirando. Era unos años mayor que yo, pero siempre parecía más joven. Era honesto, entusiasta y amable. Había sido un buen capellán para los doce barcos, aunque el pobre se mareaba siempre, y perdía el color al ver la sangre.

—¿Dios ha firmado la paz? —pregunté escéptico.

—¿Quién envió la tormenta que hundió los barcos de Guthrum? —replicó Willibald con devoción—. ¿Quién nos entregó a Ubba?

—Eso lo hice yo —respondí.

Hizo caso omiso.

—Tenemos un rey piadoso, señor —repuso—, y Dios recompensa a quienes le sirven fielmente. ¡Alfredo ha derrotado a los daneses! ¡Y ellos son conscientes de que es así! ¡Guthrum es capaz de reconocer la intervención divina! Ha estado haciendo preguntas sobre Cristo.

No dije nada.

—Nuestro rey cree —prosiguió el cura— que Guthrum no está lejos de ver la auténtica luz de Cristo. —Se inclinó hacia delante y me tocó en una rodilla—. Hemos ayunado, señor —dijo—, hemos rezado, y el rey cree que los daneses pueden ser traídos a Cristo, y cuando eso suceda, la paz será permanente.

Estaba convencido de cada una de las palabras que hilaban aquella sarta de tonterías, y, por supuesto, para los oídos de Mildrith eran dulce música. Era una buena cristiana y tenía mucha fe en Alfredo, y si el rey creía que su dios le traería la victoria, también ella habría de creerlo. A mí me parecía toda una locura, pero no dije nada mientras un sirviente nos traía cerveza, pan, caballa ahumada y queso.

—Tendremos una paz cristiana —proclamó Willibald, y se persignó sobre el pan antes de comer—, sellada por lo demás con rehenes.

—¿Hemos vuelto a entregar rehenes a Guthrum? —pregunté atónito.

—No —repuso Willibald—. Pero él ha accedido a entregárnoslos a nosotros. ¡Incluidos seis condes!

Dejé de afilar la lanza y miré a Willibald.

—¿Seis condes?

—¡Incluido vuestro amigo Ragnar! —Willibald parecía complacido con la idea, pero a mí me dejó descompuesto. Si Ragnar no estaba con los daneses, tampoco yo podía volver con ellos. Era mi amigo, y sus enemigos eran los míos, pero sin la protección de Ragnar quedaría a merced de Kjartan y Sven, el padre y el hijo que habían asesinado al padre de Ragnar y que estarían encantados de verme muerto. Sin Ragnar, lo sabía, no podía abandonar Wessex.

—¿Ragnar es uno de los rehenes? —pregunté—. ¿Estáis seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. Quedará a cargo del *ealdorman* Wulfhere. Todos los rehenes estarán a cargo de Wulfhere.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante todo el que Alfredo desee, o hasta que Guthrum se bautice. Además, Guthrum ha aceptado que nuestros sacerdotes hablen con sus hombres. —Willibald me miró suplicante—. Debemos tener fe en Dios —prosiguió—. Debemos darle tiempo a Dios para que haga mella en los corazones de los daneses. ¡Guthrum por fin entiende que nuestro dios tiene poder!

Me puse en pie y me dirigí a la puerta, aparté la cortina de cuero y me quedé

mirando la desembocadura del Uisc. Estaba desesperado. Detestaba a Alfredo, no quería estar en Wessex, y ahora parecía que me condenaban a quedarme allí.

—¿Y yo qué hago? —pregunté.

—El rey os perdonará, señor —repuso Willibald.

—¿Perdonarme? —me volví hacia él—. ¿Y qué cree el rey que ocurrió en Cynuit? Vos estuvisteis allí, padre —le dije—, ¿se lo habéis contado?

—Se lo conté.

—¿Y?

—Sabe que sois un valeroso guerrero, señor —repuso Willibald—, y que vuestra espada es un valor para Wessex. Volverá a recibirnos, estoy seguro, y os recibirá lleno de alegría. Acudid a la iglesia, pagad vuestras deudas, y demostrad que sois un buen hombre de Wessex.

—No soy un sajón del oeste —espeté—. ¡Provengo de Northumbria!

Y ése era parte del problema. Era un forastero. Hablaba un inglés distinto. Los hombres de Wessex estaban ligados por lazos familiares, y yo procedía del desconocido norte; la gente creía que era un pagano, me llamaban asesino por la muerte de Oswald, y a veces, cuando cabalgaba por la hacienda, los hombres se persignaban para alejar el mal que veían en mí. Me llamaban *Uhtredcerwe*, que significaba Uhtred *el Pérfido*, y a mí no me desagradaba el insulto, pero a Mildrith sí. Les aseguraba que era cristiano, pero con ello mentía, y nuestra infelicidad fue enconándose durante todo el verano. Ella rezaba por mi alma, yo me desesperaba por recuperar mi libertad, y cuando me rogó que asistiera con ella a la iglesia de Exanmynster, yo le rugí que jamás volvería a poner un pie en la iglesia en toda mi vida. Cuando le dije aquello, lloró, y sus lágrimas me alejaban de la casa; mis cacerías duraban cada vez más, y en ocasiones la persecución me llevaba hasta el límite del agua, donde me quedaba observando el *Heahengel*.

Estaba embarrancado en la orilla fangosa, las mareas lo elevaban y bajaban una y otra vez, abandonado. Era uno de los barcos de la flota de Alfredo, uno de los doce grandes barcos de guerra que había construido para hostigar a las embarcaciones danesas que asaltaban la costa de Wessex. Leofric y yo habíamos navegado en el *Heahengel* desde Hamtun, persiguiendo a la flota de Guthrum, habíamos sobrevivido a la tormenta que envió a tantos daneses a la tumba, y habíamos conseguido que embarrancase allí, sin mástil ni vela. Seguía en la orilla del Uisc, pudriéndose, aparentemente olvidado.

Arcángel. Eso era lo que significaba su nombre. Alfredo había elegido el nombre y yo siempre lo había odiado. Un barco debe tener un nombre orgulloso, no una palabra religiosa que invita al lloriqueo, y debería llevar una bestia en la proa, alta y desafiante, la cabeza de un dragón que desafiara el mar, o un lobo rugiendo para aterrorizar al enemigo. A veces subía a bordo del *Heahengel* y veía que los aldeanos

lo habían despojado de algunos de los tablones superiores; tenía el vientre lleno de agua, y yo recordaba sus orgullosos días en el mar: aún podía ver cómo el viento azotaba el velamen y oír el estrépito de la embestida contra un barco danés.

Ahora, como a mí, dejaban que el *Heahengel* se pudriera, y en ciertas ocasiones soñaba con repararlo, buscarle nuevas jarcias y velas, reunir una tripulación y sacar su alargado casco al mar. Quería estar en cualquier parte menos donde estaba, quería irme con los daneses, y cada vez que se lo decía a Mildrith, ella se echaba otra vez a llorar.

—¡No puedes obligarme a vivir entre los daneses!

—¿Por qué no? Yo lo hice.

—¡Son paganos! ¡Mi hijo no se convertirá en un pagano!

—Es mi hijo también —repuse—, y adorará a los dioses que yo adoro. — Entonces lloraba aún más, y yo salía furioso de la casa y me llevaba a los perros a los bosques, preguntándome por qué el amor se agriaba como la leche. Tras Cynuit sólo deseaba ver a Mildrith, y ahora, sin embargo, no soportaba su tristeza y su mojigatería; ella, por lo demás, no podía soportar mi ira. Lo único que quería que hiciera era labrar mis campos, ordeñar mis vacas y recoger la cosecha para pagar la enorme deuda que había traído con su matrimonio. La deuda procedía de una promesa que había hecho el padre de Mildrith, una promesa de entregar a la Iglesia los frutos de casi la mitad de sus tierras. Aquella promesa era perpetua, y comprometía también a sus herederos, pero los ataques daneses y las malas cosechas habían arruinado la propiedad. Con todo, la Iglesia, venenosa como una serpiente, seguía insistiendo en que se pagara la deuda, y decían que si no podía pagarla, la tierra sería ocupada por los monjes. Cada vez que iba a Exanceaster tenía que soportar la ávida mirada de los curas y monjes, que disfrutaban de la perspectiva de su enriquecimiento. Exanceaster volvía a ser inglesa, dado que Guthrum había entregado a los rehenes y se había marchado al norte, de modo que una suerte de paz se extendía por Wessex. Los *fyrds*, los ejércitos de cada comarca, habían sido disueltos, y los hombres enviados de nuevo a sus granjas. Se entonaban salmos en las iglesias, y Alfredo, para conmemorar su victoria, enviaba regalos a todos los monasterios y conventos. Odda *el joven*, que era tratado como campeón de Wessex, recibió todas las tierras que rodeaban el lugar donde se había disputado la batalla de Cynuit, y había ordenado construir una iglesia. Se rumoreaba que la iglesia poseería un altar de oro para dar gracias a Dios por permitir que Wessex sobreviviera.

¿Pero por cuánto sobreviviría? Guthrum seguía vivo, y yo no compartía la creencia cristiana de que Dios había enviado la paz a Wessex. Y no era el único, pues para el solsticio de verano Alfredo regresó a Exanceaster y convocó a su *witan*, un consejo del reino compuesto por los *thane* más importantes y los hombres de la Iglesia. Wulfhere de Wiltunscir era uno de los hombres convocados. Yo fui a la

ciudad una tarde y me dijeron que el *ealdorman* y sus hombres estaban alojados en El Cisne, una taberna junto a la puerta este. Wulfhere no se encontraba allí, pero Etelwoldo, el sobrino de Alfredo, se esforzaba todo lo que podía en acabar con las reservas de cerveza.

—No me jodas que el muy cabrón te ha convocado al *witan* —me saludó cargado de amargura. El «muy cabrón» era Alfredo; Etelwoldo no le perdonaba que le hubiera arrebatado el trono.

—No —repuse—. He venido a ver a Wulfhere.

—El *ealdorman* está en la iglesia —añadió—, y yo no. —Sonrió ladino y me señaló el banco de enfrente—. Siéntate y bebe. Emborráchate conmigo. Después nos buscaremos un par de chicas. O tres. Cuatro, si prefieres.

—Olvidas que estoy casado —repuse.

—Como si eso fuera un impedimento.

Tomé asiento y una de las muchachas me trajo una cerveza.

—¿Estás tú en el *witan*?

—¿Tú qué crees? ¿Te parece que ese cabrón quiere mi consejo? Le diría «Majestad, ¿por qué no os despeñáis por un acantilado y rezáis para que Dios os dé alas? —Empujó hacia mí un plato de costillas de cerdo—. Sólo estoy aquí para que me puedan tener vigilado. Así se aseguran de que no estoy tramando una traición.

—¿Y lo estás?

—Por supuesto —sonrió—. ¿Te vas a unir a mí? Me debes un favor.

—¿Quieres mi espada a tu servicio? —le pregunté.

—Sí —lo decía en serio.

—Así que estamos tú y yo —le dije— contra todo Wessex. ¿Quién más se va a unir a nosotros?

Adoptó un semblante pensativo, pero no se le ocurrió ningún nombre. Se quedó mirando a la mesa y me dio pena. Siempre me había gustado Etelwoldo, pero jamás confiaría en él porque era tan descuidado como irresponsable. «Alfredo —pensé— lo había juzgado correctamente. Si lo dejaba a su aire, bebería y putañearía hasta la extenuación.»

—Lo que tendría que hacer —respondió— es unirme a Guthrum.

—¿Y por qué no lo haces?

Levantó su turbia mirada y la clavó en mí. Quizá conocía la respuesta, que Guthrum le daría la bienvenida, le rendiría honores, lo utilizaría y acabaría matándolo. Aun así aquélla era una perspectiva más digna que su vida actual. Se encogió de hombros y se recostó, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara. Era un joven sorprendentemente atractivo. Y también eso lo perjudicaba, pues las muchachas se sentían atraídas por él como los curas por el oro.

—Lo que Wulfhere cree —me dijo, y se le engolaba la voz ligeramente— es que

Guthrum volverá para matarnos a todos.

—Probablemente —repuse.

—Y si mi tío muere —prosiguió, sin preocuparse en bajar el tono, aunque había más de una veintena de hombres en la taberna—, su hijo es demasiado joven para ser rey.

—Cierto.

—¡Así que será mi turno! —sonrió.

—O el de Guthrum.

—Pues bebe, amigo mío —contestó—, porque estamos todos metidos en la mierda. —Me sonrió, y su encanto se volvió evidente de forma repentina—. Así que si no vas a luchar por mí —preguntó—, ¿qué propones para devolverme el favor?

—¿Cómo querrías que te lo devolviera?

—¿Puedes despachar al abad Hewald? ¿De un modo horrible y lento?

—Puedo —repuse. Hewald era abad en Winburnan, y famoso por la dureza con que enseñaba a los chicos a leer.

—Por otro lado —prosiguió Etelwoldo—, me encantaría cargarme a ese cabrón canijo yo mismo, así que no lo hagas por mí. Pensaré en algo que disguste a mi tío. A ti tampoco te gusta, ¿no es cierto?

—Lo es.

—Pues ya se nos ocurrirá alguna maldad. Oh, Dios. —Esta última imprecación obedecía a que la voz de Wulfhere se oía ahora perfectamente fuera de la taberna— Está cabreado conmigo.

—¿Por qué?

—Una de las lecheras está preñada. Creo que quería hacerlo él mismo, pero yo me la cepillé antes. —Vació la cerveza de un trago—. Me voy a las Tres Campanas. ¿Te vienes?

—Tengo que hablar con Wulfhere.

Etelwoldo salió por la puerta de atrás, al tiempo que el *ealdorman* entraba por la de enfrente. Wulfhere iba acompañado por una docena de *thane*, pero me vio y cruzó la sala para sentarse conmigo.

—Han estado reconsagrando la iglesia del obispo —rezongó—. ¡Horas y horas, demonios! No han hecho otra cosa que cantar y rezar, horas y horas de oraciones para eliminar la mancha pecaminosa de los daneses del lugar. —Se sentó pesadamente—. ¿Era Etelwoldo ése que he visto aquí?

—Sí.

—Quería que te unieras a su rebelión, ¿no?

—Sí.

—Si será pollino. ¿Y para qué has venido? ¿A ofrecerme tu espada? —Se refería a prestarle juramento y convertirme así en uno de sus guerreros.

—Quiero ver a uno de los rehenes —dije—, así que he venido a pedirlos permiso.

—Los rehenes... —chasqueó los dedos para que le trajeran una cerveza—. Los rehenes de los cojones. He tenido que construir nuevos edificios para alojarlos. ¿Y quién paga por eso?

—¿Vos?

—Por supuesto que pago yo. ¿Y también tengo que darles de comer? ¿Alimentarlos? ¿Vigilarlos? ¿Encerrarlos? ¿Y paga Alfredo algo?

—Decidle que estáis construyendo un monasterio —le sugerí.

Se me quedó mirando como si estuviera loco, después comprendió la chanza y se rió.

—Desde luego, entonces sí me pagaría, vaya que sí. ¿Has oído lo del monasterio que están construyendo en Cynuit?

—Cuentan que tendrá un altar de oro.

Volvió a reírse.

—También lo he oído. No me lo creo, pero corre ese rumor. —Observó a una de las chicas de la taberna que iba de un lado a otro—. No es mi permiso el que necesitas para ver a los rehenes —dijo—, sino el de Alfredo, y sin duda no te lo dará.

—¿El permiso de Alfredo? —pregunté.

—No son simplemente rehenes —prosiguió—, sino prisioneros. Tengo que mantenerlos bajo llave y vigilarlos día y noche. Ordenes de Alfredo. Quizá crea que Dios nos trajo la paz, pero vaya si se ha asegurado de que sean de alto rango. ¡Seis condes! ¿Sabes cuánta escolta se han traído? ¿Cuántas mujeres? ¿Cuántas bocas que alimentar?

—Si voy a Wiltunscir —le dije—, ¿podré ver al conde Ragnar?

Wulfhere puso mala cara.

—¿Al conde Ragnar? ¿El que arma escándalo? Me gusta. No, chico, no puedes, porque a nadie se le permite verlos, salvo a un cura del demonio que habla su idioma. Alfredo lo envió y está intentando convertirlos al cristianismo, y si vas allí sin permiso, Alfredo se enterará y me pedirá una explicación. Nadie puede ver a esos pobres cabrones. —Se detuvo para cazar un piojo bajo el cuello—. También tengo que darle de comer al cura, ni siquiera eso paga Alfredo. ¡No me paga ni para darle de comer a ese mangante de Etelwoldo!

—Cuando estuve en Werham —le aclaré—, el conde Ragnar me salvó la vida. Guthrum mató a los demás, pero Ragnar veló por mí. Dijo que tendrían que matarlo a él antes de matarme a mí.

—Pues parece un tipo difícil de matar —repuso Wulfhere—; sin embargo, si Guthrum ataca Wessex, eso es lo que se supone que tengo que hacer. Cargármelos a todos. Quizá no haga falta matar a las mujeres. —Miró con ojos sombríos al patio de la taberna, donde un grupo de sus hombres jugaba a los dados a la luz de la luna— Y

Guthrum atacará... —añadió en voz baja.

—No es eso lo que yo he oído. Me miró con desconfianza.

—¿Y qué es lo que has oído, joven?

—Que Dios nos ha enviado la paz.

Wulfhere se rió de mis burlas.

—Guthrum está en Gleawecestre —dijo—, y eso no queda ni a medio día de marcha de nuestra frontera. Y dicen que cada día llegan más barcos daneses. Están en Lundene, en el Humber, en el Gewsesc. —Se le agrió la expresión—. Más barcos, más hombres, ¡y Alfredo construyendo iglesias! Además está el tipo ese, Svein.

—¿Svein?

—Ha traído sus barcos de Irlanda. El muy cabrón está ahora en Gales, pero no se va a quedar allí, ¿te apuestas algo? Vendrá a Wessex. Y dicen que se le unen más daneses desde Irlanda. —Meditó sobre tan malas noticias. Yo no sabía si era cierto, pues tales rumores eran moneda corriente, pero estaba claro que Wulfhere lo creía—. Tendríamos que atacar Gleawecestre —prosiguió—, y cargármolos a todos antes de que ellos intenten acabar con nosotros, pero claro, tenemos un reino gobernado por curas.

Eso era cierto, pensé, como también lo era que Wulfhere no me lo ponía fácil para ver a Ragnar.

—¿Le daríais un mensaje a Ragnar? —le pregunté.

—¿Y cómo podría hacerlo? Yo no hablo danés. Podría pedírselo al cura, pero él se lo contará a Alfredo.

—¿Tiene Ragnar a una mujer con él? —le pregunté.

—Todos las tienen.

—Una chica delgada —le dije—. Pelo oscuro. El rostro como el de un halcón. Asintió con cautela.

—Eso parece. Una que siempre va con un perro, ¿verdad?

—Tiene un perro —contesté—, y se llama *Nihtgenga*.

Se encogió de hombros, como para indicar que se la traía al paio cómo se llamaba el perro. Entonces comprendió el significado del nombre.

—¿Un nombre inglés? —preguntó—. ¿Una danesa llama a su perro *Duende*?

—No es danesa —repuse—. Se llama Brida, y es sajona.

Se me quedó mirando, y después estalló en carcajadas.

—Menuda zorra más larga, pues nos ha estado espiondo, ¿no es así?

Vaya si era larga. Brida había sido mi primera amante, una muchacha de Anglia Oriental que había sido criada por el padre de Ragnar y que ahora era su amante.

—Hablad con ella —le dije—, saludadla de mi parte, y decidle que si llega la guerra... —me detuve, pues no estaba seguro de qué decir. No tenía sentido prometerle que haría lo que pudiera para rescatar a Ragnar, dado que si había guerra

los rehenes serían aniquilados mucho antes de que yo pudiera llegar a ellos.

—Si llega la guerra... —me apremió Wulfhere.

—Si llega la guerra... —dije, repitiendo las palabras que él me había transmitido antes de anunciarme mi penitencia— todos buscaremos un modo de seguir con vida.

Wulfhere se me quedó mirando de hito en hito y su silencio me indicó que, aunque no había conseguido encontrar un mensaje para Ragnar, sí se lo había entregado a Wulfhere. Dio un trago a su cerveza.

—¿Así que la zorra habla inglés?

—Es sajona.

Como yo lo era, pero yo detestaba a Alfredo y me uniría a Ragnar en cuanto pudiera, si podía, lo quisiera Mildrith o no, o eso pensaba entonces. Sin embargo, en lo más hondo de la tierra, donde la serpiente de los muertos roe las raíces de Yggdrasil, el árbol de la vida, hay tres hilanderas, tres mujeres que determinan nuestro destino. Podemos creer que tomamos decisiones, pero lo cierto es que nuestras vidas están en manos de las hilanderas. Ellas conforman nuestras vidas, y el destino lo es todo. Los daneses lo saben, incluso los cristianos lo saben. *Wyrd bid ful arad*, decimos los sajones, «el destino es inexorable», y las hilanderas habían decidido mi destino porque, una semana después de la reunión del *witan*, cuando Exanceaster estaba de nuevo tranquilo, enviaron un barco en mi busca.

* * *

La primera noticia que tuve de su llegada provino de un esclavo que vino corriendo desde los campos de Oxton para informar de que había un barco danés en el estuario del Uisc. Me calcé las botas y la malla, agarré las espadas, grité que me ensillaran un caballo y cabalgué hasta el estuario donde el *Heahengel* se pudría.

Allí, erguido en el largo banco de arena que protege el Uisc del mar, otro barco se aproximaba. Llevaba la vela enrollada en la verga mayor, los remos goteantes subían y bajaban como alas, y su largo casco dejaba una estela que centelleaba argentada bajo el sol naciente. La proa era alta, y allí había un hombre vestido de arriba abajo con malla, casco y lanza; detrás de mí, donde vivían unos cuantos pescadores en casuchas junto al barro, la gente se apresuraba hacia las colinas con las escasas pertenencias que pudieron recoger. Le grité a uno de ellos.

—¡No es danés!

—¿Señor?

—Es un barco sajón —les grité, pero no me creyeron y se marcharon a toda prisa con el ganado. Llevaban años haciendo aquello. Veían un barco y salían corriendo, pues los barcos traían daneses, y los daneses traían muerte. Pero aquella embarcación no llevaba ni dragones, ni lobos ni águilas en la proa. Lo conocía. Era el *Eftwyrd*, el de mejor nombre de todos los barcos de Alfredo, que solían lucir apelativos meapilas

como *Heahengel*, *Apostólo Cristenlic*. *Eftwyrd* significaba Día del Juicio, que, aunque cristiano en inspiración, describía con precisión lo que había traído a muchos daneses.

El hombre de la proa saludó con la mano y, por primera vez desde que me postrara de rodillas ante el altar de Alfredo, me animé. Era Leofric. La proa del *Eftwyrd* varó en la playa y el largo casco se detuvo a saltos. Leofric ahuecó las manos frente a su boca y gritó:

—¿Hasta dónde llega el cieno?

—¡Nada! —le contesté también yo a gritos—. ¡No más de un palmo!

—¿Puedo caminar por él?

—¡Pues claro que puedes, hombre!

Pegó un salto, y como ya sabía que ocurriría, se hundió hasta los muslos en el denso fango negro. Yo solté una carcajada desde mi caballo, y la tripulación del *Eftwyrd* la compartió conmigo mientras Leofric maldecía. Nos llevó diez minutos sacarlo de la porquería, y para entonces seríamos unos veinte los que nos pringamos con la maloliente sustancia. La tripulación, en su mayoría mis antiguos remeros y guerreros, desembarcó la cerveza, el pan y la carne seca, y almorzamos junto a la marea que subía lentamente.

—Eres un *earsling* —rezongó Leofric mientras se sacaba el barro pegado a los eslabones de su cota.

—Soy un *earsling* aburrido —repuse.

—¿Aburrido? —preguntó Leofric—. Pues nosotros también. —Parecía que la flota no salía a navegar. Había sido puesta bajo el mando de un hombre llamado Burgweard, un soldado soso y competente cuyo hermano era obispo de Scireburnan, y Burgweard tenía órdenes de no perturbar la paz—. Si los daneses no costean —prosiguió Leofric—, nosotros tampoco.

—¿Y qué estáis haciendo aquí?

—Nos han enviado a rescatar este pedazo de mierda —y señaló con la cabeza el *Heahengel*—. Verás, parece que quiere tener otra vez doce barcos.

—Pensaba que estaban construyendo más.

—Estaban, pero tuvieron que parar porque unos ladrones malintencionados robaron la madera mientras nosotros peleábamos en Cynuit; por lo visto alguien se acordó del *Heahengel* y aquí estamos. Burgweard no se puede apañar sólo con once.

—Pero si no está navegando —pregunté—, ¿para qué quiere otro barco?

—Por si acaso tiene que salir —me aclaró Leofric—; si lo hace, entonces quiere doce. No once, ni diez, ni trece, quiere doce.

—¿Doce? ¿Por qué?

—Porque —Leofric se detuvo para darle un mordisco a un pedazo de pan—, porque dice el evangelio que Cristo envió a sus discípulos de dos en dos, y así es

como nosotros tenemos que ir, dos barcos juntos, bien bendecidos, y si sólo tenemos once, eso quiere decir que en realidad sólo tenemos diez, no sé si me sigues.

Me lo quedé mirando, aún no muy seguro de si estaba bromeando.

—¿Burgweard insiste en que navegúéis de dos en dos?

Leofric asintió.

—Eso dice el libro del padre Willibald.

—¿El evangelio?

—Eso nos dice el padre Willibald —afirmó Leofric completamente serio; después, al ver mi expresión, se encogió de hombros—. ¡Lo juro! Y Alfredo está de acuerdo.

—Pues claro que está de acuerdo.

—Y si hacemos lo que dice el evangelio —prosiguió Leofric, aún serio—, nada saldrá mal, ¿a que no?

—Nada —repuse—. ¿Así que estáis aquí para volver a botar al *Heahengel*?

—Mástil nuevo —contestó Leofric—, vela nueva, jarcias nuevas, sustituir la madera, calafatear, y después remolcarlo hasta Hamtun. ¡Podría llevarnos un mes!

—Por lo menos.

—Y nunca he sido demasiado bueno construyendo. Sirvo para destruir, eso sí, y me trasiego tanta cerveza como el más pintado, pero jamás se me han dado demasiado bien los mazos, las cuñas o las azuelas. A ellos sí. —Señaló con un gesto a una docena de hombres que eran desconocidos para mí.

—¿Quiénes son?

—Carpinteros de ribera.

—¿Así que ellos harán todo el trabajo?

—¡No voy a hacerlo yo! —protestó Leofric—. ¡Yo estoy al mando del *Eftwyrd*!

—¿Entonces, tus planes son beberte mi cerveza y comerte mi comida durante un mes mientras esos doce hacen el trabajo?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

Miré el *Eftwyrd*. Era un barco bien construido, más largo que los de los daneses, y con bordas altas que lo convertían en una buena plataforma en la batalla.

—¿Qué te ha ordenado Burgweard exactamente? —le pregunté.

—Rezar —respondió Leofric con amargura—, y ayudar a reparar el *Heahengel*.

—He oído decir que hay un nuevo jefe danés en el mar del Saefern —le dije—, y me gustaría saber si es verdad. Un hombre llamado Svein. Y también he oído que se le están uniendo más barcos desde Irlanda.

—¿Está en Gales, ese tal Svein?

—Eso he oído.

—Pues entonces vendrá a Wessex —repuso Leofric.

—Si es cierto que está allí.

—Así que lo que estás pensando... —dijo Leofric; sólo entonces se detuvo, al darse cuenta realmente de lo que tenía en mente.

—Lo que pienso es que no le hace ningún bien, ni a un barco ni a una tripulación, pasarse un mes en una playa —respondí—, y que podríamos sacar algo de botín en el mar del Saefern.

—Y si Alfredo se entera de que hemos estado luchando por allí arriba —contestó Leofric—, nos saca las tripas.

Señalé con la cabeza río arriba, hacia Exanceaster.

—Quemaron allí arriba un centenar de barcos daneses —le dije—. Y los restos aún siguen en la orilla del río. Una cabeza de dragón habrá, por lo menos, para ponérsela en la proa.

Leofric miró el *Eftwyrd*.

—¿Disfrazarlo?

—Disfrazarlo —contesté, porque con una cabeza de dragón, nadie sabría que el *Eftwyrd* era un barco sajón. Lo tomarían por un barco danés, un asaltante marítimo, parte de la pesadilla de Inglaterra.

Leofric sonrió.

—Tampoco necesito órdenes para salir a patrullar, ¿no es cierto?

—Claro que lo es.

—Y no hemos peleado desde Cynuit —añadió con nostalgia—, y si no hay pelea, tampoco hay botín.

—¿Y la tripulación? —pregunté.

—La mayoría son unos cabrones desalmados —dijo—. No les importará. Y a todos les vendrá bien una parte del botín.

—Y entre nosotros y el mar del Saefern están los britanos.

—Y son todos ellos un hatajo de ladrones hijos de perra, todos sin excepción —añadió Leofric. Me miró y sonrió—. ¿Así que si Alfredo no va a la guerra, iremos nosotros?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

Leofric no respondió durante un buen rato. Tiraba piedrecitas a un barco, como para pasar el rato. Yo no dije nada, me limité a quedarme mirando las pequeñas salpicaduras y a observar el dibujo de las ondas, y supe que buscaba una señal del destino. Los daneses lanzaban las varillas de runas, nosotros observábamos el vuelo de las aves, intentábamos escuchar los susurros de los dioses, y Leofric miraba las piedras caer para hallar su sino. La última golpeó una anterior, rebotó y cayó en el barro, señalando el sur, hacia el mar.

—No —contestó—. No se me ocurre ninguna mejor.

Y yo dejé de aburrirme, porque íbamos a convertirnos en vikingos.

* * *

Encontramos una veintena de cabezas de bestia junto al río, bajo las murallas de Exanceaster, todas ellas parte del naufragio anegado y enmarañado que había quedado en el lugar donde fue quemada la flota de Guthrum; escogimos un par de las tallas menos chamuscadas y las llevamos a bordo del *Eftwyrd*. La proa y la popa terminaba en simples postes, y tuvimos que rebajarlos hasta que las dos cabezas encajaron en ellos. La criatura de la popa, la más pequeña de las dos, era una serpiente con las fauces abiertas que probablemente pretendía representar a Comecadáveres, el monstruo que devoraba a los muertos en el otro mundo danés, mientras que la que colocamos en la proa era una cabeza de dragón, aunque estaba tan desfigurada que parecía más la de un caballo. Hurgamos en los ojos hasta encontrar madera intacta, e hicimos lo propio en la boca abierta. Cuando terminamos, aquello tenía un aspecto fiero y aterrador.

—Ahora parece un *gyrdraca* —comentó Leofric contento. Un dragón de fuego.

Los daneses quitaban a voluntad las cabezas de las proas y popas de sus barcos cuando no querían que las horrendas criaturas asustaran a los espíritus de las tierras amigas, y sólo las mostraban cuando estaban en aguas enemigas. Nosotros hicimos lo propio, y ocultamos nuestras cabezas de *gyrdraca* y serpiente en las sentinas del *Eftwyrd* al volver río abajo, hasta donde los carpinteros de ribera empezaban el trabajo en el *Heahengel*. Escondimos las cabezas de las bestias porque Leofric no quería que se enteraran de que planeábamos maldades.

—Ése —dijo mientras señalaba con la cabeza a un tipo alto, enjuto y con el pelo canoso, que estaba al mando de la tarea es más cristiano que el papa. Iría a lloriquear ante los curas locales si supiera que pensamos ir a enfrentarnos a alguien, los curas se lo contarían a Alfredo, y Burgweard me quitaría el *Eftwyrd*.

—¿No te gusta Burgweard?

Leofric escupió por respuesta.

—Tenemos suerte de que no haya daneses por la costa.

—¿Es cobarde?

—No es cobarde. Pero piensa que Dios ganará las batallas. Pasamos más tiempo de rodillas que a los remos. Cuando tú comandabas la flota, hacíamos dinero. Ahora hasta las ratas del barco mendigan migajas.

Habíamos hecho algún buen botín capturando barcos daneses y apropiándonos de sus reservas, y aunque ninguno se había hecho rico, todos tuvimos nuestra plata. Yo aún tenía suficiente dinero porque guardaba un tesoro en Oxton, un tesoro que era el legado de Ragnar *el Viejo*, y un tesoro que la Iglesia y los familiares de Oswald harían suyo si pudieran; sin embargo, en lo que a plata respecta, un hombre nunca tiene bastante. La plata compra tierra, la lealtad de los guerreros, es el poder de un señor, y sin plata el hombre debe doblar la rodilla o convertirse en esclavo. Los daneses guiaban a los hombres con la promesa de plata, y nosotros no éramos

distintos. Si tenía que convertirme en señor, si pretendía lanzarme sobre las murallas de Bebbanburg, necesitaría hombres, y necesitaría un gran tesoro para comprar espadas, escudos, lanzas y corazones de guerreros, así que zarparíamos en busca de plata, aunque les contamos a los carpinteros que sólo planeábamos patrullar la costa. Cargamos barriles de cerveza, cajas de pan, quesos, toneles de truchas ahumadas y piezas de beicon.

Le conté a Mildrith la misma historia, que navegaríamos arriba y abajo por las orillas de Defnascir y Thornsæta.

—Que es lo que tendríamos que estar haciendo de todos modos —dijo Leofric—, por si acaso llegan los daneses.

—Los daneses están quietecitos —le dije.

Leofric asintió.

—Y cuando el danés está quieto es porque se avecinan problemas.

Tenía razón. Guthrum no estaba lejos de Wessex, y Svein, si existía, se encontraba a un día de viaje de la costa norte. Alfredo podría creer que su tregua aguantaría, y que los rehenes la sellaban, pero yo sabía desde mi infancia lo hambrientos de tierras que estaban los daneses, y cuánto codiciaban los fértiles campos y ricos pastos de Wessex. Vendrían, y si Guthrum no los comandaba, otro jefe danés reuniría barcos y hombres y traería sus espadas y hachas al reino de Alfredo. Los daneses, después de todo, gobernaban en los tres reinos ingleses. Poseían mi propia Northumbria, traían colonos a la Anglia Oriental, su idioma se extendía hacia el sur por Mercia, y no querían que el último reino inglés floreciera al sur. Eran como lobos: por el momento merodeaban en las sombras, pero sólo para observar cómo engordaba el rebaño de ovejas.

Recluté a once jóvenes de mis tierras y los embarqué en el *Eftwyrd*, y me traje también a Haesten, que resultó útil, pues había pasado buena parte de su juventud a los remos. Sólo entonces, en una mañana neblinosa, mientras la fuerte marea bajaba en dirección oeste, desembarrancamos el *Eftwyrd* de la orilla, remamos hasta pasar el banco de arena que protege el Uisc y nos lanzamos a los enérgicos vaivenes del mar. Los remos crujían en sus agujeros forrados de cuero, el pecho de la proa cortaba las olas en dos y despedía espuma blanca a ambos lados del casco, y el timón forcejeaba conmigo. Me animé al sentir la brisa, miré al cielo perlado y di gracias a Thor, Odín, Njord y Hoder.

Pequeños botes pesqueros faenaban aquí y allá, junto a las aguas más cercanas a la orilla, pero a medida que nos dirigíamos al sur y al oeste, lejos de la tierra, el mar se vació. Me volví para mirar las bajas colinas pardas, moteadas de verde intenso, donde los ríos perforaban la costa, hasta que el verde se volvió gris, la tierra una sombra, y nos quedamos solos con los gritos de las aves blancas. Sólo entonces sacamos de las sentinas la cabeza de la serpiente y del *Jydraca*, y las colocamos en

proa y popa, las sujetamos, y viramos rumbo al oeste.

El *Eftwyrd* había desaparecido. Ahora navegaba el *Jydraca*, y buscaba problemas.

CAPÍTULO III

La tripulación del *Eftwyrd* convertido en *Jydraca* había estado conmigo en Cynuit. Eran grandes guerreros, y se sentían muy ofendidos por el hecho de que Odda *el Joven* se hubiese atribuido el mérito de una batalla que habían ganado ellos. También habían estado ociosos desde entonces. De vez en cuando, me contó Leofric, Burgweard ejercitaba a su flota sacándola al mar, pero la mayor parte del tiempo esperaban en Hamtun.

—Aunque una vez salimos a pescar —admitió Leofric.

—¿A pescar?

—El padre Willibald soltó un sermón sobre alimentar a cinco mil con dos pedazos de pan y un capazo de arenques —dijo—, así que Burgweard dijo que cogiéramos las redes y saliéramos a pescar. Verás, quería que alimentáramos a la ciudad. Está llena de gente hambrienta.

—¿Pescasteis algo?

—Caballa. Kilos de caballa.

—¿Y ningún danés?

—Ni uno solo —repuso Leofric—, y tampoco arenques, sólo caballa. Los cabrones de los daneses habían desaparecido.

Más tarde supimos que Guthrum había dado órdenes de que ningún barco danés asaltara las costas de Wessex y rompiera la tregua. Había que arrullar a Alfredo para hacerle creer que la paz había llegado, y eso significaba que no había piratas entre Kent y Cornwalum. La ausencia de barcos daneses en la zona animaba a los comerciantes a salir de las tierras al sur para vender vino o comprar lana. El *Jydraca* se encontró con dos de esos barcos en los primeros cuatro días. Ambos eran barcos francos, de cascos rechonchos y no más de seis remos por cada lado, y ambos creyeron que el *Jydraca* era un barco vikingo al ver los mascarones y oírnos hablar en danés; también repararon en mis brazaletes. No matamos a las tripulaciones, sólo les robamos las monedas, las armas y la parte de su cargamento que podíamos llevar. Uno iba cargado de balas de lana, pues las gentes al otro lado del mar apreciaban el producto sajón, pero sólo nos llevamos tres por miedo a abarrotar los bancos del *Jydraca*.

Por la noche, buscábamos el abrigo de una ensenada o la desembocadura de un río, y de día remábamos hasta el mar en busca de presas. Cada día nos adentrábamos más al oeste, hasta que estuve seguro de haber llegado a la costa de Cornwalum, territorio enemigo. Era el antiguo enemigo que se había enfrentado a nuestros ancestros cuando llegaron por primera vez del mar del Norte para construir Inglaterra. Aquella gente hablaba un idioma extraño: algunos vivían al norte de Northumbria y otros en Gales o Cornwalum, lugares situados en los agrestes límites de la isla de

Britania, donde habían sido relegados tras nuestra llegada. Eran cristianos. De hecho, el padre Beocca me había contado que eran cristianos antes que nosotros, y aseguraba que ningún cristiano podía ser de verdad enemigo de otro cristiano. Aun así, los britanos nos odiaban. Algunas veces se aliaban con los hombres del norte para atacarnos. En otras ocasiones los hombres del norte los asaltaban. Otras más nos declaraban la guerra por su cuenta. En el pasado, los hombres de Cornwallum habían dado muchos problemas a Wessex, aunque Leofric aseguraba que habían recibido un castigo tan duro que ahora se meaban encima cada vez que veían a un sajón.

Tampoco es que viéramos ningún britano al principio. Los lugares en que nos resguardábamos estaban desiertos, todos excepto la desembocadura de un río, donde un hombre medio desnudo sacó un bote hecho con pieles de la orilla, se acercó remando hacia nosotros y sostuvo en alto unos cangrejos, que quería vendernos. Compramos un capazo de aquellos bichos y le pagamos dos peniques. Al atardecer, varamos el *Jydraca* aprovechando la marea y recogimos agua fresca de un arroyo; Leofric y yo subimos a una colina e inspeccionamos tierra firme. Vimos algunas columnas de humo en los valles lejanos, pero no había nadie a la vista, ni siquiera pastores.

—¿Qué buscas —preguntó Leofric—, enemigos?

—Un monasterio —contesté.

—¡Un monasterio! —Le hizo gracia—. ¿Quieres rezar?

—Los monasterios tienen plata —repuse yo.

—No, por estas partes más bien poca. Son pobres como ratas. Además...

—¿Además qué?

Indicó con la cabeza hacia la tripulación.

—Llevas a bordo una docena de buenos cristianos. También nos acompañan malos cristianos a puñados, por supuesto, pero por lo menos llevas una docena de los buenos. No van a asaltar un monasterio contigo. —Tenía razón. Algunos de los hombres habían mostrado ciertos escrúpulos ante la piratería, pero yo les había asegurado que los daneses empleaban barcos comerciales para espiar al enemigo. Y si bien eso era cierto, dudaba yo mucho de que ninguna de nuestras víctimas estuviera al servicio de los daneses. Aun así, ambos barcos iban tripulados por extranjeros y, como todos los sajones, la tripulación del *Jydraca* sentía un saludable rechazo por cualquier tipo de foráneo, aunque hacían una excepción con Haesten y la docena de frisios que venía con nosotros. Los frisios eran piratas por naturaleza, tan agresivos como los daneses, y esos doce habían venido a Wessex a enriquecerse con la guerra, así que estaban más que contentos de que el *Jydraca* saliera de saqueo.

A medida que nos acercábamos a la costa oeste, empezamos a ver asentamientos, y algunos eran sorprendentemente grandes. Cenwulf, que había luchado con nosotros en Cynuit y era un buen hombre, nos contó que los bótanos de Cornwallum extraían

estaño de debajo de la tierra y se lo vendían a los extranjeros. Lo sabía porque su padre había sido comerciante y navegaba frecuentemente por aquella costa.

—Si venden estaño —dije—, tienen que tener dinero.

—Que guardan buenos hombres —replicó Cenwulf con sequedad.

—¿Tienen rey?

Nadie lo sabía. Parecía probable, sin embargo, que tampoco fuéramos capaces de averiguar dónde vivía el rey o quién era; además, como sugirió Haesten, era muy probable que hubiera más de un rey. Sí tenían armas porque, una noche, cuando el *Jyrdra* fondeó en una cala, una flecha salió volando de lo alto de un acantilado y fue engullida por el mar junto a los remos. Bien podríamos no habernos enterado nunca, pero dio la casualidad de que yo estaba mirando hacia arriba y la vi, emplumada con plumas grises y sucias, precipitándose desde el cielo para desaparecer con un chapoteo. Una flecha, y no siguieron más, así que quizá se tratara de un aviso; esa noche echamos el ancla, y al alba vimos un par de vacas pastando junto a un arroyo: Leofric echó mano de su hacha.

—Las vacas están ahí para matarnos —nos advirtió Haesten con su nuevo y no demasiado pulido inglés.

—¿Las vacas van a matarnos? —le pregunté divertido.

—Lo he visto antes, señor. Ponen vacas para llevarnos a tierra. Luego atacan.

Tuvimos misericordia con las vacas, y remamos hacia la salida de la cala. Entonces oímos un aullido tras nosotros y vi a un montón de hombres armados que salían de detrás de arbustos y árboles. Me quité uno de los brazaletes de plata del brazo izquierdo y se lo entregué a Haesten. Era su primer brazalete, y dado que se trataba de un danés, se sentía desmesuradamente orgulloso de él. Se pasó toda la mañana sacándole brillo.

La costa se volvió más agreste y nos resultaba más difícil encontrar refugio, pero el tiempo era apacible. Capturamos una pequeña embarcación de ocho remos que regresaba a Irlanda, y la aligeramos de dieciséis piezas de plata, tres cuchillos, un montón de lingotes de estaño, un saco de plumas de ganso y seis pieles de cabras. Pocas riquezas acumulábamos, pero la panza del *Jyrdra* estaba quedando abarrotada de pieles, lana y lingotes de estaño.

—Tenemos que venderlo todo —dijo Leofric.

La cuestión era dónde y a quién. No conocíamos a nadie que comerciara por aquellos lares. Lo que teníamos que hacer, pensaba yo, era tomar tierra junto a alguno de los asentamientos mayores y robarlo todo. Quemar las casas, matar a los hombres, saquear la casa del jefe del poblado y regresar al mar. Pero los bótanos tenían puestos de vigía en los cabos y siempre nos veían venir; cada vez que nos acercábamos a alguna de las ciudades, había hombres armados esperándonos. Habían aprendido a lidiar con los vikingos, motivo por el cual, me contó Haesten, los hombres del norte

navegaban ahora con flotas de cinco o seis barcos.

—Las cosas mejorarán —dije— cuando doblemos por la costa. —Sabía que Cornwalum terminaba en algún lugar del oeste, y podríamos entonces dirigirnos hacia el mar del Saefern, donde encontraríamos algún barco danés que regresara de Irlanda, pero Cornwalum parecía no tener fin. Cada vez que divisábamos un cabo que yo pensaba podía señalar el fin del territorio, acabábamos decepcionándonos, pues detrás siempre había otro acantilado, otra ensenada, otro cabo, y en ocasiones la marea iba con tanta fuerza que, incluso cuando navegábamos hacia el oeste, regresábamos al este. Ser vikingo estaba resultando más difícil de lo que creía, me convencí más aún de ello cuando, al cuarto día de navegación, el viento refrescó del oeste, las olas se levantaron, con las crestas hechas jirones y chubascos negros empezaron a rasgar el cielo bajo; pusimos rumbo norte para buscar refugio al abrigo de un cabo. Soltamos el ancla y esperamos; el *Jydraca* se sacudía con violencia y tiraba de la larga cuerda de cuero trenzado como un caballo asustadizo.

El temporal tardó toda la noche y todo el día siguiente en pasar el cabo. El mar rompía en los acantilados en grandes estallidos blancos. Estábamos a salvo, pero se nos acababa la comida, y yo casi había decidido que debíamos abandonar los planes de convertirnos en ricos y regresar al Uisc, donde podríamos fingir que sólo habíamos estado patrullando la costa. Pero al segundo amanecer al abrigo de aquel acantilado, a medida que el viento y la lluvia remitían hasta convertirse en una fría llovizna, vimos aparecer un barco al este de la lengua de tierra.

—¡Escudos! —gritó Leofric, y los hombres, helados y disgustados, buscaron sus armas y formaron una fila en la borda del barco.

Era más pequeño que el nuestro, mucho más pequeño. Rechoncho, de proa alta y con un recio mástil que sostenía una verga amplia, donde estaba recogida la sucia vela. Media docena de remeros lo propulsaban y el timonel lo dirigía directamente hacia el *Jydraca*; cuando se acercaron y la pequeña proa partió el agua en espuma blanca, vi que en el mástil llevaban atada una rama verde.

—Quieren hablar —dije.

—Esperemos que quieran comprar —rezongó Leofric.

Había un sacerdote en la pequeña embarcación. No me di cuenta al principio, pues parecía tan harapiento como el resto de la tripulación, pero gritó que deseaba hablar con nosotros, y lo hizo en danés, aunque no demasiado bien, así que dejé que el barco se acercara por el flanco resguardado del viento, desde donde aquellos hombres podrían ver la hilera de guerreros armados con escudos que les esperaba. Cenwulf y yo subimos al cura a nuestro barco. Pretendieron acompañarle dos hombres más, pero Leofric los amenazó con una lanza y prefirieron esperar a su barco, que se apartó un poco mientras el cura hablaba con nosotros.

Se llamaba padre Mardoc y, en cuanto subió a bordo y se sentó en uno de los

bancos mojados del *Jyrdraca*, vi la cruz colgada en su pecho.

—Detesto a los cristianos —dije—, ¿qué me impide convertirte en comida para Njord?

Hizo caso omiso de mi amenaza, o quizás ignoraba que Njord era uno de los dioses del mar.

—Os traigo un regalo —comenzó— de mi señor —y sacó de debajo de su capa dos brazaletes bastante machacados.

Los acepté. Eran baratijas, no más que un par de aros de cobre, viejos, mugrientos y llenos de verdín, sin apenas valor, y por un momento me sentí tentado de lanzarlos al mar a modo de desprecio, pero eché cuentas y nuestro viaje había sacado tan poco beneficio que valía la pena conservar incluso aquellos ridículos tesoros.

—¿Quién es tu señor? —pregunté.

—El rey Peredur.

Casi me pongo a reír. ¿El rey Peredur? Lo mínimo que se le podía pedir a un rey era que fuera famoso, pero yo jamás había oído hablar de Peredur, lo que indicaba que probablemente no fuera más que un jefecillo local con un título rimbombante.

—¿Y por qué ese tal Peredur —pregunté— me envía estos miserables regalos?

El padre Mardoc aún no sabía mi nombre y estaba demasiado asustado para preguntarlo. Se encontraba rodeado de hombres armados con cuero, malla, escudos, espadas, hachas y lanzas, y creía que todos éramos daneses, pues yo había ordenado a los miembros de la tripulación del *Jyrdraca* que llevaban cruces o crucifijos que los escondieran debajo de la ropa.

Sólo hablábamos Haesten y yo, y si al padre Mardoc le pareció raro, se lo guardó para sí. Lo que sí me dijo fue que su señor, el rey Peredur, había sido atacado traicioneramente por un vecino llamado Callyn, que las fuerzas de Callyn habían tomado una elevada fortaleza junto al mar, y que Peredur nos pagaría bien si le ayudábamos a recapturar la fortaleza, a la que llamaban Dreyndynas.

Envié al padre Mardoc a sentarse en la proa del *Jyrdraca* mientras discutíamos su petición. Algunas cosas eran evidentes. Que nos pagaran bien no quería decir que nos convertirían en hombres ricos, sino que Peredur intentaría engatusarnos con lo menos posible y, probablemente, una vez nos lo hubiese dado, procuraría recuperarlo matándonos a todos.

—Lo que tendríamos que hacer —aconsejó Leofric— es buscar a ese tal Callyn y ver qué nos paga él.

Buen consejo donde los hubiera, pero el problema era que ninguno de nosotros sabía cómo encontrar a Callyn, de quien más tarde supimos que también era rey, y que tampoco significaba demasiado, pues cualquier hombre con un séquito de más de cincuenta hombres armados se llamaba a sí mismo rey en Cornwalum. Así que me acerqué a la proa del *Jyrdraca* y hablé de nuevo con el padre Mardoc. Me dijo que

Dreyndynas era una fortaleza elevada, construida por las gentes antiguas, y que guardaba la carretera hacia el este. Mientras Callyn dominara la fortaleza, la gente de Peredur seguiría en sus manos.

—Tenéis barcos —señalé.

—Como Callyn —dijo—, y no podemos transportar ganado en los barcos.

—¿Ganado?

—Tenemos que vender el ganado para vivir —repuso él.

Así que Callyn había rodeado a Peredur y nosotros representábamos una posibilidad de nivelar la balanza en aquella pequeña guerra.

—¿Y cuánto nos va a pagar tu rey? —pregunté.

—Cien piezas de plata —respondió él. Desenvainé a *Hálito-de-Serpiente*.

—Yo profeso la religión de los auténticos dioses —le dije—, y soy siervo de Hoder, y a Hoder le gusta la sangre. Hace muchos días que no le sirvo nada.

El padre Mardoc estaba aterrorizado, algo sensato por su parte. Parecía joven, aunque era difícil de decir porque su pelo y barba eran tan espesos que la mayoría del tiempo no era más que una nariz rota y un par de ojos rodeados de una grasienta maraña negra. Me dijo que había aprendido a hablar danés cuando fue hecho esclavo por un jefe llamado Godfred, pero que había logrado escapar cuando Godfred asaltó las Sillans, unas islas que quedaban bastante lejos, en el baldío mar al oeste.

—¿Hay riquezas en las Sillans? —le pregunté.

Había oído hablar de las islas, aunque algunos hombres aseguraban que eran míticas y otros que iban y venían con las lunas, pero el padre Mardoc me dijo que existían y que las llamaban las Islas de los Muertos.

—¿Así que nadie vive allí? —quise saber.

—Algunos —respondió—, pero los muertos tienen allí sus casas.

—¿También son ricos?

—Vuestros barcos se lo han llevado todo —respondió.

Luego me prometió que Peredur sería más generoso, aunque no sabía cuánto. Dijo que el rey estaba dispuesto a pagar mucho más de cien monedas de plata por nuestra ayuda, así que le indicamos que gritara a su barco que nos guiara por la costa hasta el poblado de Peredur. No dejé que el padre Mardoc regresara a su barco, pues serviría de rehén si lo que nos había contado era falso y Peredur nos estaba tendiendo una emboscada.

No fue así. El hogar de Peredur era un amasijo de edificios construidos en una pronunciada colina junto a una cala, sólo protegido por una empalizada de espinos. La gente vivía dentro de la empalizada. Algunos eran pescadores, otros ganaderos ninguno muy rico. El rey, sin embargo, poseía un edificio de techo alto donde nos dio la bienvenida, aunque no antes de que tomáramos más rehenes. Tres rehenes, que nos aseguraron eran hijos de Peredur. fueron puestos bajo custodia en el *Jydraca*, y di

órdenes a la tripulación de que los mataran a los tres si yo no regresaba. Después bajé a tierra con Haesten y Cenwull. Fui vestido para la guerra, con cota de malla y casco pulido, y la gente de Peredur nos observó aterrorizada al pasar. Aquel lugar apestaba a pescado y a mierda. La gente iba vestida con harapos, y sus casas no eran sino tugurios construidos en las laderas de la empinada colina coronada con el salón de Peredur. Había una iglesia junto al salón, con la paja del techo completamente cubierta de moho y rematada con una cruz de madera blanqueada por el mar, probablemente recogida de la playa.

Peredur me doblaba en edad, era un hombre rechoncho con mirada aviesa y barba oscura bifurcada. Nos dio la bienvenida desde un trono, que no era más que una silla con el respaldo alto, y espero nuestras reverencias, pero ninguno estaba por la labor, lo que sin duda no le gustó. Una docena de hombres lo acompañaban, evidentemente sus cortesanos, aunque ninguno parecía muy pudiente y eran todos ancianos, salvo por uno mucho más joven que llevaba hábito de monje cristiano, y destacaba en aquella casa ennegrecida por el humo como un cuervo entre una bandada de gaviotas, pues llevaba el hábito negro limpio, el rostro bien afeitado y el pelo primorosamente tonsurado. Era apenas mayor que yo, delgado y de rostro adusto, y su mirada era inteligente. También mostraba una expresión de evidente disgusto por nuestra presencia. Éramos paganos, o al menos Haesten y yo éramos paganos, y le había dicho a Cenwulf que mantuviera la boca cerrada y el crucifijo oculto, así que el monje supuso que los tres éramos daneses. El monje hablaba danés mucho mejor que el padre Mardoc.

—El rey os saluda —dijo—. Tenía una voz tan fina como sus labios, y tan poco amistosa como sus ojos verde claro—. Os saluda y quiere saber quién sois.

—Mi nombre es Uhtred Ragnarson —respondí.

—¿Y qué hacéis aquí, Uhtred Ragnarson? —preguntó el cura.

Le observé. No sólo lo miré, lo estudié como un hombre estudiaría un buey antes de matarlo, de un modo que sugería que me estaba preguntando por dónde cortar; él entendió el significado y no esperó la respuesta a la pregunta, una respuesta obvia dado que éramos daneses. Estábamos allí para robar y matar, por supuesto. ¿Qué otra cosa pensaba que podía hacer un barco vikingo?

Peredur habló con el monje y ambos murmuraron durante algún tiempo. Mientras lo hacían, observé la estancia buscando alguna evidencia de riqueza. No vi casi nada, salvo tres huesos de ballena apilados en una esquina, pero estaba claro que Peredur poseía algún tesoro, pues él lucía un gran y pesado torqués de bronce, anillos de plata en los dedos rechonchos, un broche de ámbar en el cuello de su capa y un crucifijo de oro oculto en los pliegues roídos de la capa. Tendría el tesoro enterrado, pensé, pero dudé de que ninguno de nosotros acabara convirtiéndose en un hombre rico con aquella alianza; a decir verdad, tampoco nos estábamos haciendo ricos con el viaje, y

por lo menos Peredur nos daría de comer mientras regateábamos.

—El rey —el monje interrumpió mis pensamientos— desea saber cuántos hombres podéis dirigir contra el enemigo.

—Suficientes —respondí sin más.

—¿No depende eso —observó el monje astutamente— de cuántos posee el enemigo?

—No —repuse—. Depende de esto —y le di una palmada a la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente*. Era una respuesta buena y arrogante, y probablemente lo que el monje esperaba. Y lo cierto es que resultaba convincente, pues yo era de espaldas anchas y un gigante en aquella casa, donde sacaba más de una cabeza a cualquier otro—. ¿Y quién eres tú, monje? —quise saber.

—Me llamo Asser —respondió. Era un nombre britano, por supuesto, y en la lengua inglesa su nombre significaba burro, así que a partir de aquel momento pensé en él como el Burro. Y eso fue bastantes veces, pues aunque aún no lo sabía, acababa de conocer al hombre que me perseguiría toda mi vida con la obstinación de un pollino. Acababa de conocer a otro enemigo, aunque aquel día en la casa de Peredur no era más que un extraño monje britano que sobresalía entre sus compañeros porque se lavaba. Me invitó a seguirlo por una pequeña puerta a un extremo de la estancia y, tras hacer una señal a Haesten y Cenwulf para que se quedaran donde estaban, agaché la cabeza y me metí por la puerta para encontrarme encima de un montón de estiércol, aunque el objetivo de sacarme fuera había sido el de enseñarme la vista hacia el este.

Ante mí se extendía un valle. En la loma más cercana, estaban los tejados ennegrecidos por el humo del poblado de Peredur. Después venía la empalizada de espinos, que se prolongaba por un arroyo que discurría hasta el mar. Al otro extremo del arroyo, las colinas ascendían con suavidad hasta una cordillera lejana y allí, rompiendo la línea del horizonte como si fuera un forúnculo, se encontraba Dreyndynas.

—El enemigo —me aclaró Asser.

Un pequeño fuerte, me dije.

—¿Cuántos hombres hay allí?

—¿Os importa? —preguntó Asser con sorna, devolviéndomela por no haberle querido decir antes cuántos comandaba yo, aunque yo había supuesto que el padre Mardoc habría echado la cuenta de la tripulación mientras estaba a bordo del *Jydraca*, así que mis bravuconadas no habían sido más que eso: pura jactancia.

—Vosotros los cristianos —le dije— creéis que tras la muerte, vais al cielo, ¿no?

—¿Y?

—Sin duda os encantará ese destino. Estar cerca de vuestro dios.

—¿Me estáis amenazando?

—Yo no amenazo a alimañas —dije, disfrutando—. ¿Cuántos hombres hay en ese fuerte?

—¿Cuarenta? ¿Cincuenta? —Estaba claro que no lo sabía—. Nosotros podemos reunir cuarenta.

—Pues mañana —le dije—, tu rey tendrá otra vez su fuerte.

—No es mi rey —replicó Asser, irritado por la suposición.

—Sea o no tu rey —contesté—, puede recuperar su fuerte siempre y cuando nos pague como es debido.

La negociación se prolongó hasta bien entrada la noche. Peredur, como el padre Mardoc había dicho, estaba dispuesto a pagar más de cien monedas de plata, pero temía que nos lleváramos el dinero y nos marcháramos sin pelear, así que quería algún tipo de garantía. Quería rehenes, cosa que yo me negaba a darle, por lo que, tras más de una hora de discusión, seguíamos sin llegar a un acuerdo, y fue entonces cuando Peredur convocó a su reina. Para mí no significaba nada, pero vi que el Burro se enderezaba como si se sintiera ofendido, y que los demás hombres de la casa se mostraban inquietos. Asser protestó, pero el rey zanjó con un gesto de la mano, se abrió una puerta al fondo de la estancia e Iseult entró en mi vida.

Iseult. Encontrarla fue como descubrir una joya de oro en un estercolero. La vi y olvidé a Mildrith. La oscura Iseult, Iseult la de cabellos negros, la de ojos grandes. Era menuda, delgada como un elfo, con un rostro luminoso y el pelo tan negro como el plumaje de un cuervo. Llevaba una capa negra, aros de plata alrededor del cuello, pulseras y tobilleras del mismo material, y las joyas tintineaban con suavidad al caminar hacia nosotros. Era quizá dos o tres años menor que yo, pero de algún modo, a pesar de su juventud, conseguía acobardar a los cortesanos de Peredur. que se alejaron de ella. El rey parecía nervioso, mientras Asser, de pie a mi lado, se persignó y escupió para alejar el mal.

Yo me la quedé mirando, fascinado. Había dolor en su rostro, como si la vida le pareciera insoportable, y había miedo en el rostro de su esposo al hablar con ella, con una voz queda y respetuosa. Se estremeció al hablar él, y pensé que quizás estuviera loca, pues la mueca de su rostro era horrenda, desfiguraba su belleza, pero después se calmó y se me quedó mirando, mientras el rey volvía a hablar con Asser.

—Tenéis que decirle a la reina quién sois y qué vais a hacer por el rey Peredur —me dijo Asser con voz distante y en un tono de evidente desaprobación.

—¿Habla danés? —pregunté.

—Por supuesto que no —espetó él—. Decídselo y terminemos con esta farsa.

La miré a los ojos, aquellos ojos grandes y oscuros, y tuve la asombrosa sospecha de que veía a través de mi mirada y descifraba mis más íntimos pensamientos. Pero por lo menos no hacía muecas al mirarme, como había hecho al hablar con su marido.

—Me llamo Uhtred Ragnarson —dije—, y he venido a luchar por vuestro esposo

si me paga lo que valgo. Si no me paga, nos marcharemos.

Pensaba que Asser traduciría, pero el monje se quedó callado.

Iseult seguía mirándome, y yo le sostuve la mirada. Su piel estaba impoluta, no había sido tocada por la enfermedad, y tenía un rostro enérgico, aunque triste. Triste y hermosa. Fiera y hermosa. Me recordaba a Brida, la angla que había sido mi amante y estaba ahora con Ragnar, mi amigo. Brida estaba tan llena de furia como una vaina llena de espada, y presentí lo mismo en aquella reina tan joven, extraña, oscura y encantadora.

—Me llamo Uhtred Ragnarson —me oí decir al volver a tomar la palabra, aunque ni siquiera había sido consciente de que era necesario volver a hablar—, y obro milagros.

No sé por qué lo dije. Más tarde supe que ella no tenía ni idea de lo que había dicho, pues en aquella época la única lengua que hablaba era la de— los britanos, pero aun así pareció entenderme y sonrió. Asser tomó aire.

—Cuidado, danés —susurró—. Es una reina.

—¿Una reina? —pregunté aún mirándola—, ¿o la reina?

—El rey ha sido bendecido con tres esposas —contesto el monje en tono de reproche.

Iseult se dio la vuelta y habló con el rey. Él asintió, después le indicó con un gesto respetuoso la puerta por la que había venido. Estaba claro que la habían invitado a salir, y ella se marchó obedientemente, pero se detuvo allí y me echó una última e intrigante mirada. Luego salió.

Y de repente fue fácil. Peredur accedió a pagarnos un tesoro en plata. Nos mostró el botín, que estaba oculto en la sala de— atrás. Había monedas, joyas rotas, copas abolladas, y tres candelabros de una iglesia, y cuando pesé la plata, usando una balanza del mercado, descubrí que valía trescientos dieciséis chelines, que no era una nimia cantidad. Asser la dividió en dos pilas, una mucho más pequeña que la otra.

—Os entregaremos esta noche la porción más pequeña —dijo el monje—, y el resto cuando recuperemos Dreyndynas.

—¿Me tomas por idiota? —le pregunté, consciente de que tras la pelea sería difícil hacerse con el resto.

—¿Y vos a mí? —replicó, consciente de que si nos entregaba toda la plata, el *Jyrdraca* se desvanecería al alba.

Al final, acordamos que nos llevaríamos un tercio entonces, y que los otros dos tercios restantes serían transportados al campo de batalla, de modo que fueran fácilmente accesibles. Peredur confiaba en que dejara la parte más grande en mi casa, y entonces habría tenido que enfrentarme a una pelea colina arriba a través de sus calles cubiertas de estiércol, una pelea que sin duda habría perdido: probablemente había sido la perspectiva de dicha batalla la que había evitado que los hombres de

Callyn atacaran la casa de Peredur. Esperaban matarlo de hambre, o al menos eso creía Asser.

—Háblame de Iseult —quise saber del monje cuando terminamos de negociar.

Adoptó un aire despectivo.

—Puedo leer vuestra mente con la misma facilidad con que leería un misal —dijo.

—Sea un misal lo que sea —contesté fingiendo ignorancia.

—Un libro de oraciones —replicó—. Y vais a necesitarlas, si la tocáis. —Se persignó otra vez—. Es malvada —añadió con vehemencia.

—Es una reina, una reina joven —dije—. ¿Cómo puede ser malvada?

—¿Qué sabéis de los britanos?

—Que apestan como mofetas —contesté—, y que son ladrones como las urracas.

Me miró cargado de amargura y, por un momento, pensé que se negaría a decir mas, pero se tragó su orgullo britano.

—Somos cristianos —dijo—, y gracias a Dios por esa gran misericordia, pero entre nuestras gentes aún medran las antiguas supersticiones. Los modos paganos. Iseult forma parte de ello.

—¿Qué parte?

No le gustaba hablar de eso, pero él había sacado el tema de la maldad de Iseult, así que a regañadientes se explicó.

—Nació en primavera —dijo—, hace dieciocho años, durante su nacimiento hubo un eclipse de sol, y la gente de estas tierras son unos crédulos insensatos y creen que una niña oscura nacida durante la muerte del sol tiene poder. La han convertido en una... —se detuvo, pues no conocía la palabra danesa—, en una *gwrach* —una palabra que no significaba nada para mí—. *Dewines* —añadió irritado, y cuando seguí sin comprender, encontró por fin la palabra—. Una hechicera.

—¿Una bruja?

—Y Peredur se casó con ella. La convirtió en su reina de las sombras. Eso es lo que hacían antaño los reyes con esas chicas. Las meten en sus familias para poder usar su poder.

—¿Qué poder?

—La habilidad que el demonio da a las reinas de las sombras, por supuesto —prosiguió irritado—. Peredur cree que puede ver el futuro. Pero es una habilidad que sólo conservará mientras se mantenga virgen.

Me reí de eso.

—Si tanto os desagrada, monje, entonces os haría un favor si la desvirgara. —Hizo caso omiso o, por lo menos, no dio más respuesta que una mueca agria—. ¿Puede ver el futuro?

—Os vio victorioso —dijo—, y le dijo al rey que podía confiar en vos, así que

vos sabréis.

—En ese caso, está claro que puede ver el futuro.

El hermano Asser mostró su desdén por la respuesta.

—Tendrían que haberla estrangulado con su propio cordón al nacer —espetó—. Es una perra pagana, una herramienta del demonio, lleva la maldad en sus entrañas.

Aquella noche hubo una fiesta, una fiesta para celebrar nuestro pacto, y yo esperé ver a Iseult, pero no apareció. La esposa mayor de Peredur estaba presente, pero era una criatura hosca y mugrienta con dos forúnculos purulentos en el cuello que apenas hablaba. Con todo, fue una fiesta sorprendentemente buena. Había pescado, buey, cordero, pan, cerveza, aguamiel, y queso, y, mientras comíamos, Asser me contó que venía del reino de Dyfed, que quedaba al norte del mar del Saefern, y que su rey, que tenía un nombre britano imposible y que sonaba como un hombre tosiendo y escupiendo al mismo tiempo, lo había enviado a Cornwalum para disuadir a los reyes britanos de que apoyaran a los daneses.

Eso me sorprendió, hasta el punto que, por una vez, aparté la mirada de las muchachas que servían la comida. Un arpista tocaba al otro extremo de la casa, y un par de las chicas se balanceaban al ritmo de la música al caminar.

—No te gustan los daneses —dije.

—Sois paganos —replicó Asser cargado de desdén.

—¿Y cómo es posible que hables la lengua pagana? —pregunté.

—Porque mi abad quería enviar misioneros a tierras danesas.

—Deberías ir —le dije—. Sería un camino rápido hacia el cielo. Ignoró el comentario.

—Aprendí también la lengua de los sajones. Y vos, creo, no nacisteis en Dinamarca.

—¿Cómo lo sabéis?

—Por vuestra voz —dijo—. ¿Sois de Northumbria?

—Soy un hombre del mar —repuse.

Se encogió de hombros.

—En Northumbria —prosiguió con severidad—, los daneses han corrompido tanto a los sajones que se consideran daneses. —No tenía razón, pero yo no estaba en posición de corregirlo—. Peor aún —prosiguió—, han extinguido la luz de Cristo.

—¿Es la luz de Thor demasiado deslumbrante para ti?

—Los sajones del oeste son cristianos —dijo—, y es nuestra obligación apoyarlos, no porque les tengamos aprecio, sino por nuestro amor común a Cristo.

—¿Has conocido a Alfredo de Wessex? —le pregunté con amargura.

—Tengo muchas ganas de conocerlo —replicó cargado de fervor—, pues me cuentan que es un buen cristiano.

—Eso me cuentan también a mí.

—Y Cristo lo recompensa —prosiguió Asser.

—¿Lo recompensa?

—Cristo envió la tormenta que destruyó la flota danesa —dijo Asser—, y los ángeles de Cristo destruyeron a Ubba. Esa es la prueba del poder de Dios. Si luchamos contra Alfredo, nos alinearemos en contra de Cristo, así que no debemos hacerlo. Ese es mi mensaje para los reyes de Cornwalum.

Me impresionó que un monje britano en el extremo de la tierra de Britania supiera tanto de lo que ocurría en Wessex, y pensé que a Alfredo le habría encantado oír las estupideces de Asser, aunque, evidentemente, Alfredo había enviado muchos mensajeros a los britanos. Sus mensajeros eran curas o monjes, y aquellos predicaban el evangelio de su Dios masacrando daneses. Estaba claro que Asser había acogido su mensaje de manera entusiasta.

—¿Y por qué luchas contra Callyn? —le pregunté.

—Porque pretende unirse a los daneses —repuso Asser.

—Y vamos a ganar —le dije—, así que Callyn es sensato.

Asser sacudió la cabeza.

—Dios se impondrá.

—Eso esperas —dije, jugueteando con el martillo de Thor—. Pero si te equivocas, monje, tomaremos Wessex, y Callyn compartirá el botín.

—Callyn no va a compartir nada —repuso Asser con rencor—, porque vos vais a matarlo mañana.

Los britanos jamás aprendieron a apreciar a los sajones. De hecho, nos odian, y en aquellos años en que el último reino inglés estaba al borde de la destrucción, habrían nivelado la balanza uniéndose a Guthrum. En cambio, contuvieron el brazo de la espada, y por ello los sajones deben dar gracias a la iglesia. Los hombres como Asser habían decidido que los herejes daneses eran peor enemigo que los ingleses cristianos, y si yo fuera britano, les guardaría rencor, porque los britanos habrían podido recuperar buena parte de sus tierras perdidas de haberse aliado con los paganos hombres del norte. La religión hace extraños compañeros de cama.

Como la guerra: Peredur nos ofreció a Haesten y a mí a dos de las sirvientas para sellar nuestro trato. Yo había enviado a Cenwulf de vuelta al *Jydraca* con un mensaje para Leofric en el que le avisaba de que estuviera listo para pelear por la mañana, y pensé que quizás Haesten y yo deberíamos regresar al barco, pero las sirvientas eran guapas, así que nos quedamos; tampoco hacía falta preocuparse: nadie intentaría matarnos por la noche, ni tampoco cuando Haesten y yo llevamos el primer tercio de la plata a la orilla para que un pequeño bote lo transportara a bordo.

—Hay dos veces eso esperándonos —le dije a Leofric.

Removió el saco de plata con el pie.

—¿Y dónde estabas anoche?

—En la cama, con una britana.

—Eres un *earsling* —dijo—. Así que, ¿con quién peleamos?

—Con un hatajo de salvajes.

Dejamos diez hombres de guardia. Si la gente de Peredur se tomaban en serio lo de capturar el *Jydraca*, aquellos diez habrían tenido guerra, y probablemente una guerra perdida, pero contábamos con los tres rehenes que podían o no ser hijos de Peredur, un riesgo que había que asumir, y no parecía demasiado alto porque Peredur había reunido a su ejército en la parte este del poblado. Digo ejército, aunque sólo eran cuarenta hombres, a los que yo sumaba treinta, y mis treinta estaban todos bien armados y parecían feroces con sus cueros. Leofric, como yo, vestía malla, como media docena de hombres de mi tripulación, y yo tenía un buen casco con visera, así que por lo menos servidor parecía señor de batallas.

Peredur vestía cuero, y se había atado colas de caballo negras al pelo y a las dos puntas de su barba, de modo que colgaban bastante y le daban un aspecto salvaje y fiero. Sus hombres estaban armados sobre todo con lanzas, aunque Peredur poseía una buena espada. Algunos de sus soldados portaban escudos y unos pocos lucían cascos, y aunque no dudé de su valentía, tampoco me parecieron formidables. Mi tripulación sí era formidable. Se había enfrentado a los barcos daneses de la costa de Wessex y había luchado en el muro de escudos de Cynuit. No albergaba ninguna duda de que podían destruir cualquier tropa que Callyn hubiera apostado en Dreyndynas.

Llegó la tarde antes de que subiéramos la colina. Tendríamos que haber atacado por la mañana, pero algunos de los hombres de Peredur se estaban recuperando aún de la resaca, y las mujeres de su asentamiento no dejaban de lloriquear tirando de unos y otros, porque no querían que murieran. Peredur y sus consejeros se reunieron en la plaza central y hablaron de cómo organizar la batalla, aunque yo no sabía de qué demonios había que hablar. Los hombres de Callyn estaban en el fuerte. Nosotros, fuera. Había que atacar a aquellos cabrones. Nada sutil, sólo un ataque, pero los britanos discutieron durante horas, y el padre Mardoc dijo una oración, o más bien la dijo a voces, pero entonces yo me negué a avanzar porque no habían cargado con el resto de la plata.

Llegó, transportada en un cofre por dos hombres, así que al fin, bajo el sol de la tarde, subimos la colina este. Algunas mujeres nos siguieron, aullando gritos de guerra, que fueron una pérdida de tiempo porque el enemigo estaba demasiado lejos para oírlos.

—Bueno, ¿qué hacemos? —me preguntó Leofric.

—Formar una cuña —indiqué—. Nuestros mejores hombres en la primera fila y tú y yo delante de ellos, y después nos cargamos a esos cabrones.

Hizo una mueca.

—¿Has asaltado alguna vez una fortaleza de las gentes antiguas?

—Nunca.

—Puede ser duro —me avisó.

—Si es muy duro —le dije—, nos cargamos a Peredur y a los suyos y nos llevamos la plata igualmente.

El hermano Asser, con su primoroso hábito negro embarrado hasta las faldas, se apresuró hacia mí.

—¡Vuestros hombres son sajones! —me dijo en tono acusador.

—Odio los monjes —le gruñí—. Los odio más de lo que odio a los curas. Me encanta matarlos. Me encanta destriparlos. Me gusta ver a esos cabrones morir. Ahora lárgate y muérete antes de que te rebane el cuello.

Se fue corriendo hacia Peredur con la noticia de que éramos sajones. El rey nos miró con aire taciturno. Pensaba que había reclutado una tripulación de vikingos daneses, y ahora que había descubierto que éramos sajones del oeste no parecía complacido, así que desenvainé a *Hálito-de-Serpiente* y la sacudí contra mi escudo de tilo.

—¿Queréis empezar esta batalla o no? —le pregunté a través de Asser.

Peredur decidió que quería pelear, o más bien que quería que peleáramos por él, así que subimos la colina a trancas y barrancas, y como tenía dos crestas falsas, se hizo bien entrada la tarde antes de que llegáramos a la cumbre estrecha y llana y viéramos las murallas de hierba de Dreyndynas en el cielo. Allí ondeaba un estandarte. Era un triángulo de tela, sujeto por un hasta en forma de cruz, y el estandarte mostraba un caballo blanco brincando en un verde prado.

Entonces me detuve. El estandarte de Peredur era la cola de un lobo colgada de un asta, pero yo no llevaba ninguno; como el de la mayoría de los sajones, el mío habría sido rectangular. Sólo conocía un pueblo que izara estandartes triangulares, y me volví hacia el hermano Asser, que sudaba colina arriba.

—Son daneses —le acusé.

—¿Y? —espetó—. Pensaba que erais daneses, y todo el mundo sabe que los daneses se enfrentarán a quien sea por plata, incluso a otros daneses. ¿Es que les tenéis miedo, sajón?

—Tu madre no te parió —le dije—, te echó al mundo de un pedo por un agujero del culo reseco.

—Habéis aceptado la plata de Peredur —dijo Asser—, tenéis que pelear.

—Una palabra más, monje, y te corto esas pelotas minúsculas. —Observaba el alto de la colina, intentaba hacer cálculos. Todo había cambiado desde que había visto el estandarte del caballo blanco: en lugar de luchar contra britanos salvajes y mal armados, teníamos que enfrentarnos a una tripulación de daneses letales; sin embargo, si yo estaba sorprendido, los daneses estaban igualmente perplejos de

vernos. Se apiñaban en las murallas de Dreyndynas, de tierra, rodeadas por un foso y coronadas de espinos. Era una muralla difícil de atacar, pensé, sobre todo defendida por daneses. Conté cuarenta hombres en el horizonte y sabía que habría otros que no veía, y sólo el número me indicó que el asalto fracasaría. Podíamos iniciar el ataque, e incluso llegar hasta la empalizada de espinos, pero no creía que pudiéramos abrirnos paso a golpe de espada a través de ella, y los daneses se cargarían una veintena de los nuestros en el intento. Tendríamos suerte de poder retirarnos colina abajo sin mayores pérdidas.

—Estamos en la mierda —comentó Leofric.

—Hasta el cuello.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Nos volvemos contra ellos y nos llevamos el dinero?

No respondí a eso, porque los daneses habían apartado una sección de la valla de espinos y tres de ellos bajaban ahora de la muralla y se acercaban hacia nosotros. Querían hablar.

—¿Quién coño es éste? —preguntó Leofric.

Miraba al jefe danés. Era un tipo enorme, tan grande como Steapa *Snotor*, y vestía una malla bruñida con arena hasta deslumbrar. El casco, tan pulido como la malla, llevaba una máscara de jabalí, con un hocico ancho y recio, y de la coronilla del casco sobresalía una cola de caballo blanca. Vestía brazaletes sobre la malla, aros de plata y oro que lo delataban como jefe guerrero, un danés de espada, un señor de la guerra.

Caminaba por la colina como si la poseyera, y lo cierto es que la poseía, pues el fuerte estaba en sus manos.

Asser se apresuró hacia los daneses, con Peredur y dos de sus cortesanos. Yo les seguí y al llegar junto a ellos encontré a Asser intentando convertir a los daneses. Les dijo que Dios nos había traído y que los masacraríamos a todos, que lo mejor era rendirse ahora y entregar sus almas paganas a Dios.

—Os bautizaremos —dijo Asser— y grande será el alborozo en el cielo.

El jefe danés se quitó lentamente el casco: su rostro infundía casi tanto temor como la máscara de jabalí. Era un rostro amplio, endurecido por el sol y el viento, con los ojos inexpresivos del asesino. Tendría unos treinta años, llevaba una barba bien recortada y una cicatriz que le recorría toda la mejilla desde el rabillo del ojo izquierdo. Entregó el casco a uno de sus hombres y, sin decir una palabra, se levantó la falda de su cota y empezó a mearse en el hábito de Asser. El monje dio un salto atrás. El danés, aún meando, me miró.

—¿Quién eres tú?

—Uhtred Ragnarson. ¿Y tú?

—Svein, el del Caballo Blanco —replicó desafiante, como si yo tuviera que conocer su reputación; por un instante, me quedé en silencio. ¿Era éste el mismo

Svein que había estado reuniendo tropas en Gales? ¿Entonces, qué estaba haciendo allí?

—¿Eres Svein de Irlanda? —pregunté.

—Svein de Dinamarca —repuso. Dejo caer la cota de malla y le echó una mirada asesina a Asser, que amenazaba a los daneses con la venganza celestial—. Si quieres vivir —le dijo al monje—, cierra ese sucio pico. —Asser lo cerró—. Ragnarson. —Svein volvió a mirarme—. ¿El conde Ragnar? ¿Ragnar Ravnson? ¿El Ragnar que sirvió a Ivar?

—El mismo —respondí.

—Entonces, ¿eres el hijo sajón?

—Lo soy. ¿Y tú? —pregunté—. ¿Eres el Svein que ha traído hombres de Irlanda?

—He traído hombres de Irlanda —admitió.

—¿Y estás reuniendo tropas en Gales?

—Hago las cosas que hago —repuso vagamente. Miró a mis hombres, evaluando qué tal pelearían. Después me miró a mí de arriba abajo, reparó en la malla y el casco, y especialmente en mis brazaletes, y cuando terminó la inspección indicó con un movimiento brusco de la cabeza que él y yo deberíamos hablar en privado.

Asser puso objeciones, asegurando que cualquier cosa que se dijera debía ser oída por todos, pero yo no le hice ni caso y seguí a Svein colina arriba.

—No podéis tomar la fortaleza —me dijo Svein.

—Cierto.

—¿Y qué vais a hacer?

—Pues volver al poblado de Peredur, por supuesto.

Asintió.

—¿Y si ataco el poblado?

—Lo tomarás —le dije—, pero perderás hombres. Quizás una docena.

—Que supondrá una docena menos de remeros —dijo pensativo, después miró a los dos hombres que esperaban detrás de Peredur, los que cargaban con la caja.

—¿Es ése tu precio de la batalla?

—Aja.

—¿Nos lo partimos?

Vacilé por un instante.

—¿Y nos partimos lo que hay en el poblado? —le pregunté.

—De acuerdo —dijo, después miró a Asser, que cuchicheaba al oído de Peredur con urgencia—. Sabe lo que estamos planeando —comentó—, así que va a ser necesario un engaño. —Estaba intentando comprender qué quería decir, cuando me partió la cara. Me había atizado fuerte, mi mano se disparó hacia *Hálito-de-Serpiente* y sus dos hombres corrieron hacia él, espadas en mano—. Saldré del fuerte y me uniré a ti —me dijo Svein en voz baja, después, ya gritando, añadió—: ¡Cabrón,

pedazo de cagarro de cabra!

Yo le escupí y sus dos hombres fingieron que nos apartaban. Después, regresé con Asser a grandes zancadas.

—Nos los vamos a cargar a todos —anuncié salvajemente—. ¡A todos!

—¿Qué os ha dicho? —preguntó Asser. Se temía, no sin equivocarse, que Svein y yo hubiésemos sellado nuestra propia alianza, pero el rápido despliegue de Svein le había metido la duda en el cuerpo, y yo la alimenté despotricando como un loco, gritando a Svein mientras se retiraba que iba a enviar su lamentable alma a Hel, que era la diosa de los muertos—. ¿Vais a pelear?

—¡Por supuesto que vamos a pelear! —le grité. Después me acerqué a Leofric—. Estamos en el mismo bando que los daneses —le dije en voz baja—. Nos cargamos a los britanos, capturamos la población y nos lo partimos todo con ellos. Díselo a los hombres, pero díselo discretamente.

Svein, fiel a su palabra, sacó a sus hombres de Dreyndynas. Esto tendría que haber puesto sobre aviso a Asser y a Peredur de la traición, porque ningún hombre sensato abandonaría una posición defensiva como aquella para enfrentarse a una batalla en campo abierto, pero lo atribuyeron a la arrogancia danesa. Supusieron que Svein creía que podría destruirnos a todos en campo abierto, y él volvió aún más creíble la suposición al disponer a veinte de los suyos a caballo, de modo que sugería que pretendía romper nuestro muro de escudos a golpe de hacha y espada, para después rematar a los supervivientes con las lanzas de la caballería. Montó su propio muro de escudos frente a los jinetes, y yo armé el mío a la izquierda de la línea de Peredur. Cuando estuvimos bien colocados, empezamos a insultarnos. Leofric recorría nuestra línea, susurrando a los hombres, y yo envié a Cenwulf y a un par más a la retaguardia, con sus propios hombres, y justo entonces vino Asser corriendo hacia nosotros.

—Atacad —exigió el monje— señalando a Svein.

—Cuando estemos listos —le dije, pues Leofric aún no había terminado de dar sus órdenes.

—¡Atacad ahora! —El monje me escupió, y por poco lo destripió allí mismo, lo que me habría ahorrado muchos disgustos futuros, pero me armé de paciencia y Asser regresó con Peredur, donde empezaron a rezar, ambos con las manos al cielo, exigiendo de Dios que enviara un fuego divino que calcinara a los paganos.

—¿Confías en Svein? —Leofric había vuelto a mi lado.

—Confío —le dije. ¿Por qué? Sólo porque era danés y a mí me gustaban los daneses. Estos días, por supuesto, todos coincidimos en que eran la semilla del diablo, paganos en los que no se podía confiar, salvajes, y cualquier cosa que queramos llamarlos, pero lo cierto es que los daneses son guerreros que respetan a los guerreros, y aunque es cierto que Svein habría podido convencerme para atacar a

Peredur de modo que después pudiera atacarnos a nosotros, yo no lo creía así. Además, había algo en casa de Peredur que yo quería, y para conseguirlo, tenía que cambiar de bando.

—¡*Jydraca!* —grité. Esa era nuestra señal, así que giramos los escudos a la derecha y nos abalanzamos sobre ellos.

Fue, por supuesto, una escabechina sencilla, los hombres de Peredur no tenían estómago para la batalla. Confiaban en que nosotros nos llevaríamos lo peor del asalto danés y que ellos podrían después saquear a los heridos de Svein, pero nos volvimos contra ellos y los hombres de Peredur huyeron sin más. Ahí fue cuando los jinetes de Svein espolearon a sus bestias, levantaron las lanzas, y cargaron.

No fue una batalla, sino una masacre. Dos de los hombres de Peredur opusieron cierta resistencia, pero Leofric apartó con el hacha sus dos lanzas y murieron gritando. Peredur cayó bajo mi espada, sin resistencia alguna: parecía resignado a una muerte que administré con bastante rapidez. Cenwulf y sus dos compañeros hicieron lo que les había ordenado, interceptar el baúl de plata, y nosotros los rodeamos mientras los jinetes de Svein perseguían a los fugitivos. El único hombre que escapó fue Asser, el monje, cosa que consiguió echando a correr hacia el norte en lugar de hacia el oeste. Los jinetes de Svein recorrían la colina ensartando a los hombres de Peredur por la espalda, y Asser vio enseguida que por aquella vía solo había muerte, de modo que con una rapidez sorprendente y los faldones recogidos, cambió de dirección y echó a correr a toda velocidad dejando atrás a mis hombres: yo les grité a los de mi derecha que mataran a aquel cabrón, pero ellos me miraron y lo dejaron huir.

—¡Os he dicho que lo matéis! —les grité.

—¡Es un monje! —repuso uno de ellos—. ¿Queréis que vaya al infierno?

Observé a Asser bajar corriendo por el valle: lo cierto era que tampoco me importaba demasiado si vivía o moría. Pensé que los jinetes de Svein lo atraparían, pero quizá no lo vieran. Sí pillaron en cambio al padre Mardoc, y uno de ellos le rebanó la cabeza al cura de un solo movimiento, lo que provocó que algunos de mis hombres se persignaran.

Los jinetes remataron la faena, pero los demás daneses de Svein formaron un muro de escudos enfrentado a nosotros: en el centro, bajo el estandarte del caballo blanco, estaba el propio Svein con la máscara de jabalí. Su escudo lucía un caballo pintado sobre los tableros, y su arma era un hacha: el hacha de guerra más grande que había visto nunca. Mis hombres se pusieron nerviosos.

—¡Quietos! —les rugí.

—Hasta el cuello —murmuró Leofric.

Svein nos miraba, y note el brillo de la muerte en sus ojos. Tenía ganas de sangre, y nosotros éramos sajones. Se oía el acoplarse de los escudos al montar el muro sus

hombres, así que lance a *Hálito-de-serpiente* al aire. La lancé tan alto que la enorme hoja giró reflejando el sol: evidentemente todos estaban pendientes de si la recogería o caería al suelo de un golpe.

La cogí, le hice un guiño a Svein y envainé el arma. Él se rió, y las ganas de sangre pasaron al echar cuentas de que no podía permitirse las bajas que inevitablemente le infligiríamos al enfrentarse a nosotros.

—¿De verdad creías que iba a atacaros? —me gritó desde el otro lado de la mullida hierba.

—Confiaba en que lo hicieras —le grité yo en respuesta—, así no tendría que compartir el botín contigo.

Bajó el hacha, se acercó a nosotros, yo me acerqué a él y nos abrazamos. Los hombres de ambos bandos bajaron las armas.

—¿Nos llevamos también por delante al pueblo cochambroso de ese cabrón? —preguntó Svein.

Así que bajamos todos colina abajo, dejando atrás los cuerpos de los hombres de Peredur, y como no había nadie defendiendo la empalizada de espinos del poblado, no tuvimos dificultad alguna para entrar. Unos pocos hombres intentaron proteger sus casas: duraron poco, la mayor parte de la gente huyó a la playa, pero no había suficientes barcos para todos, así que los hombres de Svein los rodearon y empezaron a dividirlos entre útiles y muertos. Los útiles eran las mujeres jóvenes y los que podían ser vendidos como esclavos, los inútiles eran el resto.

Yo no participé en aquello. En cambio, con todos mis hombres, me dirigí directamente a la casa de Peredur. Algunos daneses, convencidos de que allí estaría la plata, también subieron la colina, pero yo llegue primero, abrí la puerta, y... encontré a Iseult esperándome.

Juro que me estaba esperando, pues su rostro no mostraba miedo ni sorpresa. Estaba sentada en el trono del rey, pero se puso en pie como para darme la bienvenida cuando entré en la estancia. Entonces se quitó la plata del cuello, las muñecas y los tobillos y me la entregó sin mediar palabra, a modo de ofrenda. Yo la cogí y se la lancé a Leofric.

—Lo compartiremos con Svein —le dije.

—¿Y a ella? —parecía divertido—. ¿La compartiremos también?

En vez de contestar le quité la capa a Iseult. Debajo llevaba un vestido negro. Aún tenía en la mano a *Hálito-de-Serpiente* y usé la hoja ensangrentada para cortar la capa. Iseult me observaba con el rostro impertérrito. Cuando hube cortado una tira, le devolví la capa, y até un extremo de la tela a su cuello y el otro a mi cinturón.

—Ella es mía —repuse.

Entraron más daneses en la casa; algunos lanzaron miradas voraces a Iseult, pero entonces llegó Svein y les rugió a todos que empezaran a excavar el suelo de la casa

en busca de monedas o plata. Sonrió al ver la correa de Iseult.

—Puedes quedártela, sajón —me dijo—. Es guapa, pero a mí me gustan con más carne.

Mantuve a Iseult a mi lado durante el festín de aquella noche. Había considerable cantidad de cerveza y aguamiel en el poblado, de modo que ordené a mis hombres evitaran pelearse con los daneses; Svein siguió mi ejemplo, y más o menos nos obedecieron, aunque inevitablemente algunos hombres se enfrentaron por las mujeres capturadas y uno de los chicos que me había traído de mi hacienda acabó con un cuchillo en la barriga y murió a la mañana siguiente.

A Svein le divertía que hubiéramos llegado allí con un barco sajón.

—¿Os ha enviado Alfredo? —me preguntó.

—No.

—No quiere pelear, ¿verdad?

—Peleará —contesté—, pero cree que su dios se hará cargo de la batalla.

—Pues es imbécil —contestó Svein—. Los dioses no obran según nuestra voluntad. Ojalá fuera así. —Sorbió un hueso de cerdo—. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Busco dinero —repuse—. Como tú.

—Yo busco aliados —contestó él.

—¿Aliados?

Estaba suficientemente borracho para hablar con más libertad que la primera vez que nos encontramos, y me convencí de que aquél era de hecho el Svein que, se decía, reclutaba hombres en Gales. Lo admitió, pero también añadió que no poseía aún suficientes guerreros.

—Guthrum puede conducir a dos mil hombres a la batalla, ¡quizá más! Yo tengo que igualarle.

Así que era rival de Guthrum. Reservé ese dato para más adelante.

—¿Creías que los cornualleses lucharían a tu lado?

—Eso prometieron —dijo, escupiendo un trozo de cartílago—. Para eso vine. Pero los muy cabrones me mintieron. Callyn no es un rey de verdad, ¡es el jefe de un poblado! Aquí pierdo el tiempo.

—¿Podríamos derrotar entre los dos a Callyn? —le pregunté.

Svein pensó en ello, después asintió.

—Podríamos. —Repentinamente frunció el ceño, dirigió la mirada a la zona en sombra de la estancia, y vi que estaba observando a uno de sus hombres, que tenía una chica en el regazo. Enseguida fue evidente que le gustaba la chica, porque pegó un manotazo a la mesa, la señaló, hizo un gesto para que se acercaran y el hombre la llevó hasta él a regañadientes. Svein la sentó, le abrió la túnica para verle los pechos, y le entregó su cuenco de cerveza—. Me lo pensaré.

—¿O estás pensando en atacarme a mí? —le pregunté.

El sonrió.

—Eres Uhtred Ragnarson —me dijo—, y he oído hablar de la batalla junto al río en la que mataste a Ubba.

Evidentemente poseía más reputación entre mis enemigos de la que tenía entre mis mal llamados amigos. Svein insistió en que le contara la historia de la muerte de Ubba, cosa que hice, y le conté la verdad sin omitir detalle alguno: Ubba había resbalado y se había caído, y eso me permitió arrebatarme la vida.

—Sin embargo, los hombres dicen que peleaste bien —respondió Svein.

Iseult parecía escuchar con atención. No hablaba nuestra lengua, pero sus grandes ojos parecían seguir cada palabra, cuando el festín terminó, me la llevé a una de las pequeñas estancias en la parte de atrás de la casa, y ella empleó la correa para tirar de mí hasta su habitación de madera. Yo preparé una cama con nuestras capas.

—Cuando terminemos —le dije en palabras que no podía entender—, habrás perdido tu poder.

Ella me puso un dedo sobre los labios para que me callara y, como era una reina, la obedecí.

Por la mañana, terminamos de saquear el poblado. Iseult me enseñó qué casas podían guardar algo de valor, y en gran parte acertó, aunque la búsqueda implicaba destrozar las casas, pues la gente ocultaba sus pequeños tesoros en la paja del tejado. Así que pusimos en fuga a ratas y ratones mientras acometíamos contra la paja enmohecida, y después excavamos debajo de cada hogar, o en cualquier lugar donde un hombre pudiera enterrar plata. Recogimos cada pedazo de metal, cada olla o gancho de pesca, y el registro llevó todo el día. Por la noche, dividimos el botín en la playa.

Estaba claro que Svein había pensado en Callyn, y que había pensado en él estando sobrio: había decidido que era demasiado fuerte.

—Podríamos vencerle sin dificultad —me dijo—, pero perderíamos hombres.

La tripulación de un barco sólo puede hacer frente a un número determinado de pérdidas. No habíamos perdido a un solo hombre contra Peredur, pero Callyn era un rey más poderoso y era lógico que sospechara de Svein, lo que significaba que tendría a sus tropas preparadas para la batalla.

—Y tampoco hay tanto que repartirse —añadió Svein con desprecio.

—¿Te paga?

—Me paga —contestó Svein—, como te pagaba Peredur.

—Pero yo he partido lo que me ofreció contigo —repuse.

—No el dinero que te entregó antes de la pelea —dijo Svein con una sonrisa picara—, ése no lo has repartido.

—¿Qué dinero? —contesté yo.

—Estamos a la par —repuse; y era cierto: a ambos nos había salido bastante

rentable la muerte de Peredur, pues Svein había conseguido más esclavos y ambos poseíamos más de novecientos chelines en plata y metal, que no era una fortuna, especialmente una vez repartido entre los hombres, pero era mejor de lo que había conseguido hasta la fecha en mi viaje. Además tenía a Iseult. Ya no la llevaba atada, pero seguía a mi lado, y presentía que a ella le parecía bien. Sin duda había obtenido un placer perverso al ver su hogar destruido, y decidí que debía de odiar a Peredur. El la temía y ella lo detestaba, y si era cierto que era capaz de ver el futuro, entonces me había visto y había aconsejado mal a su marido para que el futuro se volviera cierto.

—¿Y adonde vas ahora? —me preguntó Svein. Caminábamos por la playa y habíamos dejado atrás al montón de esclavos, que nos observaban con ojos oscuros y cargados de resentimiento.

—Estaba pensando —le conté— acercarme al mar del Saefern.

—Allí no queda nada —repuso con desdén.

—¿Nada?

—Ya está limpio —contestó, lo que quería decir que los barcos daneses de los hombres del norte habían desangrado las costas hasta hacerse con todos sus tesoros—. Lo único que vas a encontrar en el mar del Saefern —prosiguió— es a nuestros barcos, que traen hombres de Irlanda.

—¿Para atacar Wessex?

—¡No! —me sonrió—. Se me ha ocurrido empezar a comerciar con los reinos de Gales.

—Y a mí se me ha ocurrido —contesté—, acercarme con mi barco a la luna y montar allí un salón de festines.

Estalló en carcajadas.

—Hablando de Wessex —dijo—, he oído que van a construir una iglesia donde mataste a Ubba.

—Eso parece.

—Una iglesia con altar de oro.

—También yo lo he oído —concedí. Oculté mi sorpresa porque conociera los planes de Odda *el Joven*, pero no tendría que haberme sorprendido. Los rumores del oro se extendían como la mala hierba—. Lo he oído, pero no me lo creo.

—Las iglesias tienen dinero —dijo pensativo, después frunció el ceño—, pero ése es un lugar extraño para construir una.

—¿Extraño por qué?

—¿Tan cerca del mar? ¿Un lugar tan fácil de atacar?

—Quizá quieran precisamente eso: que ataques —repuse—, y tengan hombres preparados para defenderla.

—¿Una trampa, quieres decir?

—Pensó en ello.

—¿Y no ha dado Guthrum órdenes de que no hay que provocar a los sajones del oeste?

—Guthrum puede ordenar lo que le plazca —repuso Svein cortante—, pero yo soy Svein, el del Caballo Blanco, y no acepto órdenes de Guthrum. —Prosiguió con el paseo, con expresión cariacontecida mientras pisaba las redes de pesca que hombres ahora muertos habían extendido en la arena para repararlas—. Los hombres dicen que Alfredo no es un insensato.

—No lo es.

—Si ha puesto objetos valiosos junto al mar —dijo—, no va a dejarlos sin protección. —Era un guerrero, pero como los mejores guerreros no era ningún loco. Cuando la gente habla estos días de los daneses, parecen estar convencidos de que eran paganos salvajes, que en su terrible violencia no meditaban, pero la mayoría eran como Svein y temían perder hombres. Ése había sido siempre el gran miedo danés, y su gran debilidad. El barco de Svein se llamaba el *Caballo Blanco* y poseía una tripulación de cincuenta y tres hombres; si una docena de esos hombres caían en combate o recibían heridas graves, el *Caballo Blanco* quedaría debilitado de manera fatal. Una vez en la batalla, por supuesto, era como todos los daneses, terrorífico, pero siempre lo pensaba mucho antes de enzarzarse en una. Se rascó la cabeza para acabar con un inquieto piojo, después señaló con un gesto hacia los esclavos que sus hombres habían capturado—. Además, tengo a éstos.

Lo que implicaba que no iría a Cynuit. Los esclavos le reportarían plata; sin duda había echado cuentas y descartado Cynuit porque no le compensaba.

A la mañana siguiente, Svein necesitó mi ayuda. Su barco estaba en la bahía de Callyn, y me pidió que lo lleváramos a él y a una veintena de sus hombres para recogerlo. Dejamos al resto de su tripulación en el poblado de Peredur. Guardaban a los esclavos que iban a llevarse, y de paso lo quemaron todo mientras transportábamos a su jefe hacia el este, hasta el asentamiento de Callyn. Allí esperamos un día; mientras Svein aclaraba las cuentas con aquel reyezuelo, nosotros aprovechamos el tiempo para vender a los comerciantes de Callyn la lana y el estaño, y aunque nos los pagaron bastante mal, era mejor viajar con plata que con un cargamento voluminoso. La bodega del *Jydraca* relucía de plata, y la tripulación, consciente de que recibiría su parte correspondiente, estaba contenta. Haesten quería que nos uniéramos a Svein, pero yo rechacé su petición.

—Te salvé la vida —le dije—, y tienes que servirme más tiempo para pagármelo. —El lo aceptó y le complació que le entregara un segundo brazalete por los hombres que había matado en Dreyndynas.

El *Caballo Blanco* de Svein era algo más pequeño que el *Jydraca*. En la proa lucía la efigie de un caballo, y en la popa la de un lobo. Le pregunté a Svein por el caballo y él estalló en carcajadas.

—Cuando tenía dieciséis años —me contó—, aposté que el semental de mi padre vencería al caballo blanco del rey. Tenía que vencer al campeón del rey en lucha cuerpo a cuerpo y con espada. Mi padre me dio una paliza por apostar, ¡pero gané! Así que el caballo blanco me trae suerte. Sólo monto caballos blancos. —Así que su barco era el *Caballo Blanco* y yo lo seguí por la costa hasta donde una espesa columna de humo señalaba el lugar en el que había gobernado Peredur.

—¿Nos quedamos con él? —preguntó Leofric, perplejo de vernos regresar hacia el oeste en lugar de dirigirnos a Defnascir.

—Me gustaría ver dónde termina Britania —le dije; no tenía ningún deseo de regresar al Uisc y a la tristeza de Mildrith.

Svein metió a los esclavos en la panza de su barco. Pasamos una noche más en la cala, bajo la densa humareda, y por la mañana, cuando el sol despuntaba al otro lado del mar, salimos de allí a remo. Al pasar el cabo que quedaba al oeste, en dirección al ancho océano, vi a un hombre observarnos desde lo alto de un acantilado. Reparé en que llevaba un hábito negro y, aunque estaba lejos, me pareció reconocer a Asser. Iseult lo vio también, y se erizó como un gato, cerró un puño con fuerza y lo señaló con él, abriendo la mano en el último momento, como si le lanzara un hechizo al monje.

Después lo olvidé, porque el *Jydraca* había regresado a mar abierto y nos dirigíamos al fin del mundo.

Y me acompañaba una reina de las sombras.

CAPÍTULO IV

Adoro el mar. Crecí junto a él, aunque mis recuerdos de los mares de Bebbanburg son grises, normalmente apagados, y rara vez bañados por el sol. No son nada en comparación con las grandes aguas que llegan de las Islas de los Muertos para atronar y romperse contra las rocas del oeste de Britania. El mar se agita en ese lugar, como si los dioses del océano flexionaran sus músculos; las aves blancas gritan sin cesar, y el viento hace vibrar la espuma contra los acantilados. El *Jydraca*, delante de aquel viento alegre, dejaba un rastro en el mar, y el timón forcejeaba conmigo, latiendo con la vida del agua, el escotarse del barco y la alegría de la tripulación. Iseult me miraba, sorprendida por mi regocijo, pero entonces le entregué el timón y vi cómo su frágil cuerpo forcejeaba con la potencia del mar hasta que comprendió el poder del remo y fue capaz de mover el barco: entonces se echó a reír.

—Viviría en el mar —le dije, aunque no me entendía. Le había dado uno de los brazaletes del tesoro de Peredur, un anillo de plata para uno de los dedos del pie y un collar de dientes de monstruo, todos largos y blancos, ensartados en un cable de plata.

Me volví para mirar el *Caballo Blanco* de Svein sesgar las aguas. La proa partía de vez en cuando alguna ola, de modo que la parte delantera del casco, oscuro por el verdín, se levantaba hacia el cielo antes de sumergirse de nuevo en el agua: la cabeza de caballo enseñaba los dientes y los mares estallaban de blanco bajo las cuadernas. Sus remos, como los nuestros, habían sido retirados, y las chumaceras tapadas, y ambos navegábamos a la vela. El *Jydraca* era más rápido, pero no porque estuviera mejor construido, sino porque el casco era más largo.

Es tanto el gozo que produce un buen barco, sobre todo cuando lleva la panza llena con la plata de otros hombres. Para un vikingo, conducir una embarcación con cabeza de dragón a través de un mar azotado por el viento hacia un futuro lleno de banquetes y risas es el placer supremo. Los daneses me lo enseñaron y por ello los aprecio, por muy cerdos paganos que sean. En aquel instante, navegando delante del *Caballo Blanco* de Svein, era tan feliz como se puede ser, libre de todos los curas, leyes y obligaciones de Alfredo de Wessex; aun así, había llegado el momento de dar la orden de que arriaran la vela, y una docena de hombres soltaron los cabos y la enorme lona descendió por el mástil. Habíamos llegado al fin de Gran Bretaña y debía virar. Saludé a Svein con la mano cuando el *Caballo Blanco* pasó a nuestro lado. El devolvió el saludo, mientras observaba al *Jydraca* bambolearse en el oleaje.

—¿Ya has visto bastante? —me preguntó Leofric.

Yo observaba el fin de la tierra, donde las rocas soportaban el asalto del mar.

—Penwith —dijo Iseult, y con ello me facilitaba el nombre britano de aquel cabo.

—¿Quieres volver a casa? —le pregunté a Leofric.

El se encogió de hombros. La tripulación giraba la verga, colocándola de proa a

popa para que descansara en sus apoyos, mientras otros hombres ataban la vela para que no flameara. Prepararon los remos para dirigirnos al este, mientras el *Caballo Blanco* se hacía cada vez más pequeño, camino del mar del Saefern.

Miré a Svein lleno de envidia.

—Necesito hacerme rico —le dije a Leofric.

El se rió.

—Tengo un camino que seguir —proseguí—, y es en dirección norte. Al norte, de vuelta a Bebbanburg. Y Bebbanburg jamás ha sido capturado, así que necesito muchos hombres. Muchos hombres buenos y muchas espadas afiladas.

—Tenemos plata —comentó señalando la sentina del barco.

—No es suficiente —respondí con amargura. Mis enemigos tenían dinero, Alfredo aseguraba que debía cierta suma a la Iglesia, y los tribunales de Defnascir debían de estar persiguiéndome por *wergild*. Sólo podía regresar a casa cuando tuviera suficiente plata para pagar a la Iglesia, sobornar a los tribunales y atraer hombres bajo mi estandarte. Contemplé el *Caballo Blanco*, que no era ya más que una vela encima de un mar agitado por el viento, y sentí la vieja tentación de volver con los daneses. Podía esperar a que Ragnar recuperara su libertad y entregarle mi espada, pero entonces me vería obligado a luchar contra Leofric, y seguiría necesitando dinero, hombres, para ir al norte y luchar por mi derecho de nacimiento. Me toqué el martillo de Thor y recé por una señal.

Iseult escupió. Bueno, no exactamente. Emitió un sonido que parecía una mezcla entre aclararse la garganta, escupir y asfixiarse, todo al mismo tiempo, y señaló por la borda del barco, donde vi un extraño pez arquear el lomo fuera del agua. El pez era tan grande como un ciervo y poseía una aleta triangular.

—Una marsopa —aclaró Leofric.

—*Llamhydydd* —repitió Iseult, dándole al pez el nombre britano.

—Traen suerte a los marineros —añadió él.

Jamás había visto antes una marsopa, pero de repente nos vimos rodeados por una docena. Eran grises y sus lomos relucían al sol, y todas se dirigían al norte.

—Izad la vela —le dije a Leofric.

Se me quedó mirando. La tripulación estaba soltando los remos y sacando los tapones de sus agujeros.

—¿Quieres la vela arriba? —preguntó Leofric.

—Nos vamos al norte. —Le había pedido a Thor una señal y las marsopas estaban allí, dirigiéndose al norte.

—No hay nada en el mar del Saefern —repuso Leofric—. Te lo dijo Svein.

—Svein me dijo que no quedaba nada por saquear —contesté—, porque los daneses se lo habían llevado todo, lo que significa que el botín lo tienen los daneses. —Sentí una felicidad tan intensa que le pegué un puñetazo al hombro a Leofric y

abracé a Iseult—. Y también me dijo que sus barcos venían de Irlanda.

—¿Y? —preguntó Leofric mientras se masajeaba el hombro.

—¡Hombres de Irlanda! —le dije a Leofric—. Daneses que vienen de Irlanda para atacar Wessex. Y si traes una tripulación de Irlanda, ¿qué más traerás contigo?

—Todo lo que posees —repuso Leofric en tono neutro.

—¡Y no saben que estamos aquí! Son como ovejas inocentes, y nosotros un dragón de fuego.

Sonrió.

—Tienes razón —contestó.

—¡Por supuesto que tengo razón! ¡Soy un señor! ¡Tengo razón y voy a hacerme rico! ¡Todos vamos a hacernos ricos! Comeremos en bandejas de oro, nos mearemos en las gargantas de nuestros enemigos, y convertiremos a sus mujeres en nuestras putas. —Aullaba todas estas tonterías mientras caminaba por el centro del barco, soltando los amarres de la vela—. Seremos todos ricos, calzaremos zapatos de plata y llevaremos gorros de oro. ¡Seremos más ricos que reyes! ¡Nadaremos en plata, ducharemos a nuestras furcias con oro y cagaremos pedazos de ámbar! ¡Recoged esos remos! Tapad las chumaceras, nos vamos al norte, ¡a hacernos tan ricos como obispos, todos nosotros! —. Los hombres sonreían, complacidos porque compartía mi entusiasmo a gritos.

Tenían sus reparos para ir al norte, pues aquello nos apartaría de la tierra, y yo jamás había estado tan lejos de la orilla. También yo tenía miedo, pues Ragnar *el Viejo me* había contado historias de hombres del norte que se habían visto tentados por los páramos marinos a navegar siempre hacia el oeste, y dijo que allí había tierra, tierra más allá de las Islas de los Muertos, tierras por las que caminaban fantasmas, aunque nunca estuve seguro de que me contara la verdad. De lo que sí estoy seguro, sin embargo, es de que también me contó que muchos de aquellos barcos no regresaron jamás. Viajan al sol poniente, y siguen hacia delante porque no pueden soportar regresar, así que siguen navegando hasta donde los barcos perdidos mueren en el oscuro fin del mundo.

Con todo, el mundo no terminaba hacia el norte. Eso lo sabía, aunque tampoco estaba seguro de qué había en el norte. Estaba Dyfed, en alguna parte, e Irlanda, y había otros lugares con nombres bárbaros y gente salvaje que vivía como perros hambrientos en los límites más agrestes de la tierra, pero también estaban los eriales del mar, una vasta llanura de olas vacías, de modo que en cuanto la vela estuvo izada y el viento empujó al *Jyrdraca* en dirección norte, me apoyé sobre el timón para guiarlo ligeramente hacia el este, por miedo a que nos perdiéramos en la inmensidad del océano.

—¿Sabes adonde vas? —preguntó Leofric.

—No.

—¿Te importa?

Por respuesta obtuvo una sonrisa maliciosa. El viento, que había estado soplando del sur, llegó entonces del oeste, y la marea nos condujo hacia el este, de modo que por la tarde vi tierra, y pensé que debía de ser la tierra de los britanos situada en la orilla norte del Saefern; sin embargo, a medida que nos acercábamos comprendí que se trataba de una isla. Más tarde descubrí que era el lugar que los hombres del norte llaman Lundi, pues es la palabra con la que nombran a los frailecillos, y los elevados acantilados de aquella isla están abarrotados de dichas criaturas, que nos gritaron enloquecidos cuando intentamos refugiarnos en una gruta en el lado norte de la isla, un lugar incómodo para anclar porque el mar batía con fuerza. Así que arriamos la vela, sacamos los remos, y dimos la vuelta a los acantilados hasta hallar refugio en la orilla este.

Bajé a la playa con Iseult, e inspeccionamos los nidos de los frailecillos en busca de huevos, pero los polluelos ya habían nacido, así que nos conformamos con matar un par de cabras para la cena. La isla estaba desierta, aunque había estado habitada en el pasado, porque encontramos las ruinas de una pequeña iglesia y un camposanto. Los daneses lo habían quemado todo, derruido la iglesia y profanado las tumbas en busca de oro. Subimos hasta un promontorio elevado e inspeccionamos el mar en busca de alguna vela, y aunque no vi ninguna, me pareció divisar tierra al sur. Era difícil de decir, porque las nubes cubrían gran parte de esa zona, pero una franja más oscura del horizonte podían ser colinas, y supuse que veía Cornwalum o la parte occidental de Wessex. Iseult cantaba para sí.

La observé. Estaba destripando una de las cabras muertas, con no demasiada maña porque no estaba acostumbrada a tales tareas. Era delgada, tanto que parecía de los *eelfcynn*, la raza de los elfos, pero era feliz. Con el tiempo sabría lo mucho que había odiado a Peredur. La apreciaba y la había convertido en su reina, pero también la mantenía prisionera en su casa para que sólo él pudiera aprovecharse de sus poderes. La gente pagaba a Peredur por escuchar las profecías de Iseult, y ella era uno de los motivos por los que Callyn había atacado a su vecino. Las reinas de las sombras eran valoradas entre los britanos porque formaban parte de los antiguos misterios, los poderes que rondaban la tierra antes de que llegaran los monjes, e Iseult era una de las últimas reinas de las sombras. Había nacido durante la muerte del sol, pero ahora era libre, y yo iba a descubrir que su alma era tan salvaje como la de un halcón. Mildrith, la frágil Mildrith sólo quería orden y rutina. Quería la casa barrida, las ropas limpias, las vacas ordeñadas, que el sol saliera y se pusiera, y que nada cambiara. Pero Iseult era distinta. Era extraña, nacida en la sombra y llena de misterio. Nada de lo que me dijo durante aquellos primeros días tenía para mí sentido alguno, pues no compartíamos una lengua común, pero en la isla, cuando el sol se puso y yo agarré el cuchillo para terminar de destripar a la cabra, ella arrancó unas

ramitas y tejió una pequeña jaula. Me mostró la jaula, la rompió, y entonces con sus largos y blancos dedos, imitó un pájaro que saliera volando. Se señaló a sí misma, tiró los restos de ramitas y se echó a reír.

A la mañana siguiente, aún en tierra, descubrí una vela en el mar. Eran dos, y navegaban por el oeste de la isla, en dirección norte. Eran dos barcos pequeños, probablemente comerciantes de Cornwall, y llegaban con el viento del sur hacia la orilla oculta, donde yo suponía que Svein habría llevado al *Caballo Blanco*.

Seguimos a los dos barcos. Para entonces, habíamos regresado al *Jyrdraca*, levado el ancla y remado hasta ponernos a sotavento de la isla. Casi habíamos perdido de vista las naves, pero, en cuanto izamos la vela, empezamos a ganarles terreno. Debieron de morir de miedo al ver un barco de dragón salir disparado de una de las ensenadas de la isla, pero arrié un poco la vela para bajar el ritmo y los seguimos durante buena parte del día hasta que, al final, una línea grisazulada apareció en el horizonte, tierra. Izamos la vela al máximo y dejamos atrás las dos pequeñas y rechonchas embarcaciones y de ese modo, por primera vez, pise la orilla de Gales. Los britanos le daban otro nombre, pero nosotros lo llamábamos sencillamente Gales, que significa «extranjeros»; mucho más tarde caí en la cuenta de que debíamos de haber tomado tierra en Dyfed, que era el nombre del clérigo que convirtió a los britanos de Gales al cristianismo: el reino más occidental de los galeses recibió ese nombre en su honor.

Hallamos una profunda ensenada donde refugiarnos. Las rocas guardaban la entrada, y una vez dentro estábamos a salvo de viento y mar. Dimos la vuelta al barco, de modo que la proa quedara mirando a mar abierto, aunque la lengua de mar era tan estrecha que la popa del *Jyrdraca* rascó la roca al virar. Dormimos a bordo, los hombres y sus mujeres tendidos bajo los bancos de los remeros. Había una docena de mujeres a bordo, todas capturadas en el poblado de Peredur, y una de ellas consiguió escapar aquella noche, probablemente escabulléndose por la borda y nadando hasta la orilla. No fue Iseult. Ella y yo dormíamos en el pequeño espacio oscuro situado bajo el timón, un agujero cubierto con una capa, y allí fue donde me despertó Leofric al alba, preocupado porque la fugitiva levantara al país contra nosotros. Me encogí de hombros.

—No nos vamos a quedar mucho tiempo.

Pero esperamos en la ensenada todo el día. Quería tender una emboscada a los bateos que daban la vuelta por la costa, y llegamos a ver dos, pero viajaban juntos y no podíamos atacar a más de un barco al mismo tiempo. Ambos navegaban a vela, aprovechando el viento del suroeste, y ambos eran daneses, o quizá noruegos, e iban cargados de guerreros. Debían de proceder de Irlanda, o quizá de la costa este de Northumbria, y sin duda viajaban para unirse a Svein, excitados por la perspectiva de capturar la buena tierra sajona.

—Burgweard tendría que subir aquí arriba la flota entera —comenté—. Podría despedazar a esos cabrones.

Dos jinetes se acercaron por la tarde para inspeccionarnos. Uno llevaba una cadena brillante alrededor del cuello, lo que sugería que era de alto rango, pero ninguno de ellos bajó a la playa. Observaron desde la cumbre, en el pequeño valle que se precipitaba hasta la cala, y al cabo de un rato se marcharon. El sol estaba bajo, pero era verano, así que los días eran largos.

—Si traen hombres... —dijo Leofric cuando los dos jinetes se marcharon, pero no acabó la frase.

Miré los altos riscos que rodeaban la ensenada. Se podrían lanzar rocas desde allí y aplastar al *Jydraca* como a un huevo.

—Podríamos poner centinelas ahí arriba... —sugerí, pero justo en ese momento Eadric, que comandaba a los hombres de la parte de delante de estribor, gritó que había un barco a la vista. Corrí hasta él y entonces pude verlo: la presa perfecta.

* * *

Era un barco grande, quizá no tanto como el *Jydraca* pero grande igualmente, y su línea de flotación indicaba que iba muy cargado. De hecho, transportaba tanta gente que la tripulación no se atrevía a izar la vela porque, aunque el viento no era fuerte, lo habría escorado peligrosamente. Así que navegaba a remo, y lo hacía cerca de la orilla, sin duda en busca de un lugar donde pasar la noche. La tripulación se había visto tentada por nuestra cala, y sólo ahora reparaban en que ya estaba ocupada. Vi a un hombre en la proa que parecía señalar al timonel otro punto en la costa; mientras tanto, mis hombres empezaron a armarse y yo le grité a Haesten que cogiera el timón. Sabíamos qué hacer y yo estaba seguro de que íbamos a hacerlo bien, aunque supusiera la muerte de algunos compañeros daneses. Cortamos los cabos que nos amarraban a la orilla y enseguida apareció Leofric con mi cota de malla, casco y escudo. Me vestí para la batalla mientras levantábamos los remos, me puse el casco y de repente perdí la visión periférica, pues la visera me la tapaba.

—¡Vamos! —grité, los remos picaron y el *Jydraca* salió. Algunas de las palas chocaban contra las rocas al bogar, pero ninguna se rompió. Yo miraba el barco que teníamos delante, tan cerca. En la proa lucía un lobo rugiendo, vi hombres y mujeres observándonos, sin poder creer lo que veían. Pensaban que era un barco danés, uno de los suyos, pero estaba armado e iba a por ellos. Un hombre empezó a lanzar gritos y todos se abalanzaron a las armas. Leofric gritó a los nuestros que pusieran sus corazones en la boga, y los luchaderos se pandearon por el esfuerzo al saltar el *Jydraca* sobre el pequeño oleaje. Grité que dejaran los remos y subieran a proa, y Cenwulf y los doce hombres que comandaba ya estaban allí cuando nuestra enorme proa chocó y despedazó los remos enemigos de estribor.

Haesten lo había hecho bien. Le había dicho que lo condujera hacia la parte delantera del barco, por donde la borda estaba más baja, y nuestra proa embistió de lado, de modo que lo hundió aún más en el agua. Nos tambaleamos con el impacto, pero entonces salté al vientre del barco con cabeza de lobo, Cenwulf y sus hombres me siguieron y empezó la matanza.

El barco enemigo iba tan cargado de hombres que probablemente nos superaran en número, pero estaban agotados tras un día entero sentados al remo, no esperaban el ataque, y nosotros estábamos hambrientos de riquezas. Lo habíamos hecho antes y la tripulación estaba bien entrenada. Se abrieron paso a tajos, volaban las espadas y hachas, y el agua entraba en el barco por un costado, de modo que nos llegaba ya a los pies al alcanzar los bancos de los remeros. Se tiñó de rojo. Algunas de nuestras víctimas saltaron por la borda y se agarraron a los remos rotos en un intento de escapar de nosotros. Un hombre, de enorme barba y ojos enfurecidos, atacó con una espada gigantesca, y Eadric le hincó una lanza en el pecho al tiempo que Leofric le asestaba un tajo con el hacha, le dio un golpe más y la sangre salpicó la vela, recogida sobre la verga y situada de proa a popa. El hombre cayó de rodillas y Eadric clavó su lanza más hondo aún, de modo que la sangre empezó a derramarse por el agua. Yo casi perdí pie cuando una ola inclinó el barco medio anegado. Otro hombre gritó y se abalanzó sobre mí con una lanza. La paré con el escudo, me la quité de encima y embestí con *Hálito-de-Serpiente* hacia su cara. Por poco se cae al intentar escapar del lance, y yo lo empujé por la borda con los tachones de mi pesado escudo. Presentí movimiento a mi derecha, maniobré con *Hálito-de-Serpiente* como si fuera una guadaña y le di en la cabeza a una mujer. Cayó al suelo como un ternero sacrificado, con una espada en la mano. Le pegué una patada a la espada y pisé el vientre de la mujer. Una niña gritó, la aparte, atacué a un hombre en jubón de cuero, paré el golpe de su hacha y lo ensarte en *Hálito-de-Serpiente*. La espada se clavó profundamente en su estómago, tanto que se quedó atrapada y me tuve que poner encima de él para liberarla. Cenwulf pasó a mi lado, con su rostro fiero cubierto de sangre, haciendo molinetes con la espada. El agua me llegaba por las rodillas; me tambaleé y por poco me caigo, y reparé entonces en que habíamos llegado hasta la orilla y estábamos encallados en las rocas. Había dos caballos atados en la panza del barco, y las bestias relincharon al olor de la sangre. Uno rompió la cuerda y saltó por la borda, nadando con los ojos en blanco hacia mar abierto.

—¡Matadlos! ¡Matadlos! —me oí gritar. El único modo de capturar el barco era vaciándolo de guerreros, pero se estaba vaciando solo pues los supervivientes saltaron a las rocas y se escabulleron como pudieron. Media docena de hombres se habían quedado a bordo del *Jydraca* y lo defendían de las rocas con los remos. Sentí un tajo en la parte de atrás de mi tobillo derecho, y me di la vuelta para descubrir a un hombre herido que intentaba cortarme el tendón con un cuchillo corto. La emprendí a

tajos con él, hasta despedazarlo en las cruentas aguas; creo que fue el último hombre en morir a bordo, aunque unos cuantos daneses seguían aferrados a un costado del barco, y a éstos nos los quitamos de encima a golpes.

El *Jyrdraca* se encontraba entonces en el lado del mar del barco sentenciado, y les grité a los hombres a bordo que lo acercaran. Se tambaleaba arriba y abajo, mucho más alto que el barco semihundido, y lanzamos el botín a la cubierta de nuestro barco. Había sacos, cajas y barriles. La mayoría eran pesados y en algunos tintineaban las monedas en su interior. Dejamos a los muertos limpios: sacamos seis cotas de malla, una docena de cascos y tres cotas más que encontramos en la bodega inundada. Yo cogí ocho brazaletes de hombres muertos. Lanzamos las armas a bordo del *Jyrdraca* y cortamos las jarcias del barco capturado. Solté al otro caballo, que estaba tiritando semihundido en el agua. Cogimos también la verga y la vela del barco, mientras los supervivientes nos observaban desde la orilla, donde algunos habían encontrado un precario refugio encima de unas rocas bañadas por el mar. Me dirigí al espacio bajo la plataforma y encontré allí un enorme casco de guerra, un hermoso objeto con una visera y la cabeza de un lobo moldeada en la coronilla, tiré el viejo casco al *Jyrdraca* y me puse el nuevo, después empecé a pasar los sacos de monedas. Debajo de los sacos había lo que pensé debía de ser un pequeño escudo envuelto en paño negro, y casi lo dejé allí, pero al final acabé lanzándolo al *Jyrdraca*. Éramos ricos.

—¿Quién eres? —me gritó un hombre desde tierra.

—¡Uhtred! —contesté.

Me escupió y yo me reí. Nuestros hombres regresaban al *Jyrdraca*. Algunos recuperaban los remos del agua, y Leofric lo apartaba como podía de la orilla, por miedo a que quedara atrapado en las rocas.

—¡Sube a bordo! —me gritó, y entonces vi que decía el último hombre, así que me agarré a la popa del *Jyrdraca*, puse un pie en un remo, y subí por la borda—. ¡Remad! —gritó Leofric, y así empezamos a alejarnos del naufragio.

Habían subido a un par de jóvenes con el resto del botín y las encontré llorando junto al mástil del *Jyrdraca*. Una no hablaba ningún idioma que yo reconociera, y más tarde descubrimos que era irlandesa, pero la otra era danesa y, en cuanto me agaché a su lado, me abofeteó y me escupió a la cara. Le devolví el bofetón y ella me soltó otro sopapo. Era alta, fuerte, con una maraña de pelo rubio y relucientes ojos azules. Intentó clavarme las uñas en la cara, así que tuve que arrearle otra vez, lo que hizo reír a mis hombres. Algunos la jaleaban para que siguiera peleando conmigo, pero de repente estalló en llanto y se recostó contra el mástil. Me quité el casco y le pregunté su nombre, y aunque su única respuesta fue aullar que quería morir, cuando le dije que era libre para lanzarse al mar, no se movió. Se llamaba Freyja, tenía quince años y su padre era el propietario del barco que habíamos hundido. Era el

hombretón de la espada gigantesca, respondía al nombre de Ivar y había poseído tierras en Dyflin, dondequiera que estuviera aquello, y Freyja empezó a llorar de nuevo al mirar mi nuevo casco, que había pertenecido a su padre.

—Murió sin cortarse las uñas —me dijo en tono acusador, como si yo fuera responsable de tan mala fortuna, y era sin duda una suerte aciaga, pues ahora los seres malignos del mundo subterráneo usarían las uñas de Ivar para construir el barco que traería el caos cuando llegara el fin del mundo.

—¿Adonde os dirigíais? —le pregunté.

Iban a reunirse con Svein, por supuesto. Ivar estaba descontento en Dyflin, un asentamiento que se encontraba en Irlanda, y donde vivían más noruegos que daneses; al parecer, también había en esa zona algunas tribus nativas poco amistosas y más bien salvajes. Le seducía la idea de poseer tierras en Wessex, así que había abandonado su refugio irlandés, cargado sus barcos con todas sus riquezas y posesiones y navegado hacia el este.

—¿Barcos? —le pregunté.

—Éramos tres al zarpar —contesto Freyja—, pero perdimos el contacto con los otros durante la noche.

Supuse que serían los dos barcos que habíamos visto antes, pero los dioses habían sido buenos conmigo, pues Freyja me confirmó que su padre había cargado sus posesiones más valiosas en su propio barco, y ése era el que habíamos capturado; habíamos tenido suerte, pues eran barriles llenos de monedas y cajas de plata. Ámbar, azabache y marfil. Armas y armaduras. Lo contamos por encima mientras el *Jyrdraca* se alejaba de la costa y apenas podíamos creernos nuestra buena suerte. Una caja contenía pequeños pedazos de oro, más o menos en forma de tablas, pero lo mejor de todo era el objeto envuelto que yo imaginé un pequeño escudo, cuando retiramos el paño, resultó ser una gran bandeja de plata con una crucifixión labrada. —Alrededor de la escena de muerte, abarrotando el pesado borde de la bandeja, había santos. Doce. Supuse que serían los apóstoles y que la bandeja formaba parte del tesoro de alguna iglesia o monasterio irlandés, antes de que Ivar la capturara. Se la mostré a mis hombres.

—Esto —dije con reverencia— no es parte del botín. Esto debe regresar a la Iglesia.

Leofric me lanzó una mirada elocuente, pero no se rió.

—Regresa a la Iglesia —repetí, y algunos de mis hombres, los más piadosos, murmuraron que era lo correcto. Envolví la bandeja y la metí bajo la plataforma del timón.

—¿Cuánto dices que le debes a la Iglesia? —me preguntó Leofric.

—Tienes por mente un agujero sucio como el culo de una cabra —le contesté.

El se rió, después miró a mis espaldas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

Pensaba que preguntaba qué debíamos hacer con el resto de nuestras afortunadas vidas, pero lo que hacía era observar la orilla donde, a la luz de la tarde, se apreciaba una lila de hombres armados en la cumbre de un acantilado. Los britanos de Dyfed habían venido a por nosotros, aunque demasiado tarde. Con todo, su presencia implicaba que no podíamos regresar a nuestra cala, así que ordené a los hombres que remaran hacia el este. Los britanos nos siguieron por la orilla. La mujer que había escapado por la noche sin duda les había dicho que éramos sajones, y debieron de andar rezando porque buscáramos refugio en tierra para poder venir a por nosotros. Pocos barcos se quedaban en el mar por la noche, a menos que se vieran obligados a ello, pero yo no me quise arriesgar, así que puse rumbo al sur y nos alejamos de la orilla, mientras el sol en el oeste despedía rayos de un rojo encendido a través de las brechas en las nubes, como si el cielo entero brillara porque dios se desangraba.

—¿Qué vas a hacer con la chica? —me preguntó Leofric.

—¿Freyja?

—¿Así se llama? ¿La quieres?

—No —repuse.

—Pues yo sí.

—Te va a comer vivo —le avisé. Debía de sacarle una cabeza a Leofric.

—Me gustan así —me dijo.

—Toda tuya —repuse; así es la vida: Un día Freyja era la hija mimada de un conde, y al siguiente, una esclava.

Entregue las cotas de malla a aquellos que las merecían. Habíamos perdido dos hombres, y había tres más gravemente heridos, pero era un coste que se podía asumir. Después de todo, habíamos acabado con veinte o treinta daneses, y los supervivientes estaban en la orilla, donde los britanos podían o no tratarlos bien. Lo mejor de todo era que nos habíamos convertido en hombres ricos, y aquel pensamiento fue un consuelo al caer la noche.

Hoder es el dios de la noche, y a él le recé. Lancé mi viejo casco por la borda a modo de ofrenda, pues todos temíamos la oscuridad que nos había engullido, y era de veras oscura, pues habían llegado unas nubes del oeste para emborronar el cielo. Ni luna, ni estrellas. Durante un tiempo se apreció el brillo de una hoguera en la orilla norte, pero se desvaneció y nos quedamos ciegos. El viento sopló y el mar nos balanceaba; subimos los remos a bordo y dejamos que el agua y el aire nos transportaran, dado que no podíamos ni ver ni navegar. Yo me quedé en cubierta, escrutando la oscuridad. Iseult se quedó conmigo, bajo mi capa, y recordé su rostro de felicidad al vernos enzarzarnos en la batalla.

El alba era gris, el mar era gris manchado aquí y allá de bandas blancas, el viento frío, y no había tierra a la vista, pero dos aves blancas volaron sobre nosotros, lo que

yo interpreté como una señal, y remamos en la dirección en que se habían marchado; mas tarde, aquel mismo día, bajo una lluvia fría y sobre un mar amargo, divisamos tierra: resultó ser otra vez la Isla de los Frailecillos, donde nos resguardamos en una cala y encendimos hogueras en la orilla.

—Cuando los daneses se enteren de lo que hemos hecho... —comentó Leofric.

—Vendrán a por nosotros —terminé la frase por él.

—Muchos, demasiados de ellos vendrán a por nosotros.

—Pues ha llegado la hora de volver a casa —repuse.

Los dioses habían sido benevolentes con nosotros y, al alba del día siguiente, en un mar tranquilo, remamos hacia el sur en busca de tierra y seguimos la costa hacia el oeste. Rodearíamos los salvajes cabos donde nadaban las marsopas, viraríamos hacia el este, y encontraríamos nuestro hogar.

* * *

Mucho más tarde, descubrí qué había hecho Svein después de que nos separáramos, pero como lo que hizo afectó mi vida y empeoró mi enemistad con Alfredo, voy a contarlo ahora.

Sospecho que la idea de un altar de oro en Cynuit había estado consumiendo su corazón, pues llevó su sueño a Glwysing, donde se reunían sus hombres. Glwysing era otro reino de los britanos al sur de Gales, un lugar de buenas bahías en que su rey recibía bien a los daneses, pues su presencia evitaba que los hombres de Guthrum intentaran un asalto por la frontera mercia.

Svein ordenó a un segundo barco y su tripulación que lo acompañaran, y juntos atacaron Cynuit. Llegaron al alba, ocultos por una niebla, y me puedo imaginar aquellos barcos con testa de bestia aparecer en la niebla gris de la mañana como monstruos de una pesadilla. Subieron río arriba, con los remos chapoteando, vararon los barcos y las tripulaciones bajaron a la orilla, hombres con malla y cascos, daneses de lanza, daneses de espada, y encontraron la iglesia y el monasterio a medio construir.

Odda *el Joven* estaba construyendo su iglesia, como había prometido, pero sabía que estaba demasiado cerca del mar, de modo que había decidido construirla como fortaleza. La torre de la iglesia iba a ser de piedra, y suficientemente alta para que los hombres pudieran utilizarla como atalaya. Los monjes y curas estarían rodeados por una empalizada y un foso de agua, pero cuando Svein tomó tierra no había nada concluido, así que era indefendible. Además, no había más que una escasa tropa de cuarenta hombres y murieron o huyeron todos a los pocos minutos del desembarco danés. Los daneses quemaron el poco trabajo que se había hecho, y derribaron la cruz de madera que por costumbre señalaba el monasterio y que era lo primero que había sido erigido.

Los constructores eran monjes, la mayoría novicios, y Svein los reunió a todos y les exigió que le mostraran dónde estaban ocultos los objetos valiosos. Les prometió misericordia si decían la verdad, cosa que hicieron. No había nada de demasiado valor, y desde luego, ningún altar de oro, pero había que comprar madera y víveres, así que los monjes guardaban un arcón de peniques de plata, suficiente recompensa para los daneses. Después derruyeron la torre de la iglesia a medio construir, destrozaron la empalizada sin acabar, y sacrificaron parte del ganado. Svein preguntó entonces dónde estaba enterrado Ubba, y sólo recibió por respuesta un silencio hosco, sacó otra vez las espadas y preguntó por segunda vez, y los monjes se vieron obligados a confesar que la iglesia estaba siendo construida directamente sobre la tumba del jefe danés. Aquella tumba había sido un túmulo de tierra, pero los monjes cavaron y lanzaron el cadáver al río; cuando los daneses oyeron aquella historia, la misericordia abandonó sus corazones.

Los monjes fueron obligados a meterse en el río hasta que encontraron algunos huesos, huesos que fueron a parar a una pira itineraria construida con la madera de los edificios a medio construir. Era, se mirara por donde se mirara, una pira enorme, y cuando estuvo encendida y los huesos ardían en su corazón, los monjes fueron arrojados a las llamas. Mientras sus cuerpos ardían, los daneses eligieron a dos chicas, capturadas en los refugios de los soldados, las violaron, las estrangularon y enviaron sus almas a hacer compañía a Ubba en el Valhalla. Nosotros nos enteramos de aquella incursión por dos niños que habían sobrevivido ocultándose en un campo de ortigas, y por algunas personas de una aldea vecina que se acercaron hasta allí para ver de dónde procedía aquella columna de humo hediondo.

—Svein el del Caballo Blanco hizo esto —les dijeron, y fueron obligados a repetir las palabras. Era costumbre danesa dejar testigos de su horror, de modo que los cuentos extendieran el miedo y convirtieran en cobardes a otras gentes que de otro modo se atreverían a armarse. Y desde luego que la historia de los monjes calcinados y las chicas asesinadas corrió por Wessex como el viento por la hierba seca. Se exageró, como suele hacerse con ese tipo de historias. Los monjes muertos pasaron de dieciséis a sesenta, las chicas violadas de dos a veinte, y la plata del arcón de peniques a un tesoro digno de los dioses. Alfredo le envió un mensaje a Guthrum, exigiendo saber por qué no debía hacer matar a los rehenes que estaban en sus manos, y Guthrum le envió un regalo en oro, dos evangelios capturados, y una carta para él humillante en la que aseguraba que los dos barcos no formaban parte de sus tuerzas, sino que eran piratas del otro lado del mar. Alfredo le creyó, así que los rehenes siguieron con vida y la paz se mantuvo, pero el rey ordenó que todas las iglesias de Wessex maldijeran a Svein. El jefe danés tenía que ser condenado por toda la eternidad, sus hombres arder en los fuegos del infierno, y sus hijos y los hijos de sus hijos llevar la marca de Caín. Le pregunté a un cura cuál era esa marca, y él me

explicó que Caín era el hijo de Adán y Eva y el primer asesino, pero no sabía qué marca llevaba. Pensaba que Dios la reconocería.

Así que los dos barcos de Svein zarparon, dejando una columna de humo en la orilla de Wessex, y yo no sabía nada de aquello. Con el tiempo, me enteraría. Por el momento, regresaba a casa tomando todas las precauciones.

Regresamos lentamente, resguardándonos cada noche, siguiendo nuestros pasos de vuelta hasta la colina ennegrecida, donde se había erguido el poblado de Peredur, y aún más adelante, bajo el sol y la lluvia estival, hasta regresar al Uisc.

El *Heahengel* estaba ya a flote, y con el mástil montado, lo que significaba que Leofric podía llevárselo junto con el *Eftwyrd*, pues el *Jyrdraca* ya no existía, de vuelta a Hamtun. Repartimos antes el botín y, aunque Leofric y yo nos quedamos con la mayor parte, todos los hombres se marcharon cargados de dinero. Yo me quedé con Haesten e Iseult, y me los llevé a Oxton, donde Mildrith lloró de alivio porque me creía muerto. Le conté que habíamos estado patrullando la costa, cosa que era cierta, que habíamos capturado un barco danés cargado de riquezas, y dejé caer las monedas y los lingotes por el suelo. Le regalé un brazalete de ámbar y un collar de azabache, y aquellos regalos hicieron que se olvidara de Iseult, que la observaba con ojos grandes y oscuros. Si Mildrith reparó en las joyas de la britana, no dijo nada.

Habíamos regresado a tiempo para la cosecha, aunque era poca, pues había llovido mucho aquel verano. El centeno tenía hongos negros, lo que significaba que ni siquiera servía de forraje, aunque la paja estaba en suficiente buen estado para cubrir el salón que construí. Siempre he disfrutado construyendo. Construí mi salón de arcilla, grava y paja, todo bien mezclado para hacer muros espesos y fuertes. Vigas de roble sostenían las paredes, y viguetas del mismo material afianzaban un techo alto y largo que parecía de oro la primera vez que lo cubrimos de paja. Pintamos las paredes con cal en polvo disuelta en agua, y uno de los aldeanos vertió sangre de buey en la mezcla, de modo que quedaron del color de un cielo de verano en la puesta de sol. La enorme puerta de la casa miraba al este, hacia el Uisc, y le pagué a un hombre de Exanceaster para que labrara las jambas y los dinteles con lobos retorcidos, pues el estandarte de Bebbanburg, mi estandarte, era una cabeza de lobo. Mildrith quería que las tallas representaran santos, pero tuvo que apechugar con los lobos. Pagué bien a los constructores, y cuando otros hombres supieron que tenía plata, vinieron a buscar trabajo. Aunque estaban allí para construir mi casa, sólo contraté a los que tenían experiencia en la batalla. Los equipé con palas, hachas, azuelas, armas y escudos.

—Estás montando un ejército —me acusó Mildrith. Su alivio al verme regresar pronto se agrió cuando se hizo evidente que no había vuelto más cristiano que cuando la dejé.

—¿Diecisiete hombres un ejército?

—Estamos en paz —replicó. Se lo creía porque los curas lo predicaban, y los curas sólo decían lo que les indicaban los obispos que dijeran, que a su vez recibían órdenes de Alfredo. Un cura peregrino pidió cobijo una noche e insistió en que la guerra con los daneses había terminado.

—Seguimos teniendo daneses en la frontera —le dije.

—Dios ha apaciguado sus corazones —insistió el cura, y me contó que Dios había matado a los hermanos Lothbrok, Ubba, Ivar y Halfdan, y que el resto de los daneses estaban tan conmocionados por sus muertes que ya no se atrevían a luchar contra los cristianos—. Lo que digo es cierto, señor —me dijo el cura convencido— Lo he oído predicar en Cippanhamm, y el rey estaba allí y alabó al Señor por la verdad del sermón. Debemos convertir nuestras espadas en rejas de arado, y en guadañas nuestras lanzas.

Me reía ante la idea de convertir a *Hálito-de-serpiente* en una herramienta para arar los campos de Oxton, pero claro, yo tampoco me creía las tonterías del cura. Los daneses esperaban su hora, eso era todo; aun así, es cierto que todo parecía pacífico a medida que el verano discurría imperceptiblemente hacia el otoño. Ningún enemigo cruzó la frontera de Wessex, ni tampoco ningún barco asaltó nuestras costas. Trillamos el grano, atrapamos perdices, cazamos ciervos en las colinas, colocamos las redes en los ríos y practicamos con las armas. Las mujeres hilaron, recogieron nueces, setas y moras. Teníamos manzanas y peras, pues era la época de la abundancia, la época en que se engorda al ganado antes de la matanza de invierno, dominios como revés y, cuando terminé de construir mi nueva casa, di una fiesta. Mildrith vio la cabeza de buey encima de la puerta, y supo que era una ofrenda para Thor, pero no dijo nada.

Mildrith detestaba a Iseult, algo poco sorprendente, pues le había contado que Iseult era reina de los britanos y que la mantenía cautiva por el rescate que ofrecerían. Yo no tenía noticia alguna de que tal rescate fuera a llegar nunca, pero la historia servía para explicar en parte su presencia. Aunque a Mildrith le sentó mal que la muchacha britana recibiera su propia casa.

—Es una reina —le dije.

—Una reina a la que te llevas de caza —me reprochó Mildrith.

Hacía más que eso, pero Mildrith decidió hacer oídos sordos a la mayoría de cosas. Estaba satisfecha con poco más que su iglesia, su bebé y una rutina invariable. Organizaba a las muchachas que muñían a las vacas, preparaban la mantequilla, hilaban la lana y recogían miel, y le producía un inmenso orgullo que todo aquello se hiciera bien. Si venía un vecino de visita, una oleada de pánico recorría la casa mientras la limpiaba de arriba abajo, y se preocupaba mucho por la opinión de los vecinos. Quería que pagara el *wergild* de Oswald. A Mildrith no le importaba que lo

hubiera sorprendido robando, porque pagar el *wergild* supondría la paz en el valle del Uisc. Incluso quería que visitara a Odda *el Joven*.

—Podrías ser amigos —me rogó.

—¿De esa serpiente?

—Y Wirken dice que no has pagado el diezmo.

Wirken era el cura de Exanmynster, un hombre al que yo odiaba.

—Se bebe y se come el diezmo —rugí. El diezmo era el pago que todos los propietarios de las tierras debían hacer a la Iglesia y, por derecho, tendría que haberle enviado a Wirken parte de mi cosecha, pero no lo había hecho. Con todo, el cura venía a Oxton a menudo, cuando pensaba que estaba cazando, se comía mi comida, se bebía mi cerveza y estaba engordando a mi costa.

—Viene a rezar con nosotros —dijo Mildrith.

—Viene a llenarse la panza —dije.

—Y dice que el obispo se quedará con las tierras si no pagamos las deudas.

—La deuda será saldada.

—¿Cuándo? ¡Tenemos el dinero! —Señaló la casa nueva—. ¿Cuándo?

—Cuando yo quiera —le gruñí. No le dije cuándo ni cómo porque, si lo hacía, Wirken el cura lo sabría, y el obispo también lo sabría. No bastaba con pagar la deuda. El padre de Mildrith había donado insensatamente parte de nuestra producción futura a la iglesia; yo quería que nos liberaran de esa carga para que la deuda no se prolongara hasta la eternidad, y para conseguirlo tenía que sorprender al obispo, así que mantuve a Mildrith en la ignorancia, e inevitablemente aquellas discusiones terminaban en llanto. Estaba aburrída de ella y Mildrith lo sabía. Un día la descubrí pegando a la doncella de Iseult. La chica era una sajona que yo le había entregado a Iseult como sirvienta, pero también trabajaba en la lechería y Mildrith la estaba azotando porque no le había dado la vuelta a algunos quesos. Me llevé a Mildrith a rastras y eso, por supuesto, provocó otra discusión. Y resultó que Mildrith no estaba tan sorda porque me acusó de intentar engendrar bastardos en Iseult, cosa bastante cierta, pero yo le recordé que su propio padre había sembrado el valle con unos cuantos, de los que al menos media docena trabajaban ahora para nosotros.

—Deja en paz a Iseult y a su doncella —le dije, y provoqué aún más lágrimas. No eran días felices.

Fue la época en que Iseult aprendió a hablar inglés, o al menos la versión northumbria del inglés, pues sobre todo aprendía de mí.

—Eres mi hombro —me dijo. Era el hombre de Mildrith y el hombro de Iseult. Me dijo que había vuelto a nacer el día en que llegué a la casa de Peredur—. Había soñado contigo —me dijo—, alto y de cabellos dorados.

—¿Ahora ya no sueñas? —le pregunté, pues sabía que sus poderes de adivinación procedían de los sueños.

—Sigo soñando —me dijo con sinceridad—. Mi hermano me habla.

—¿Tu hermano? —le pregunté sorprendido.

—Éramos gemelos —me contó—. Mi hermano nació primero y después, al nacer yo, él murió. Se fue al mundo de las sombras y me cuenta lo que ve desde allí.

—¿Y qué ve?

—Ve a tu rey.

—Alfredo... —dije con amargura—. ¿Eso es bueno o malo? —No lo sé. Los sueños son borrosos.

No tenía nada de cristiana. Creía que todos los lugares y todas las cosas tenían su propio dios o diosa: un arroyo una ninfa, un bosque una dríada, un árbol un espíritu, un dios para el fuego y otro para el mar. El dios cristiano, como Thor u Odín, era una deidad más entre aquella multitud de poderes, y sus sueños, me dijo, eran como escuchar a escondidas a los dioses. Un día, mientras cabalgaba conmigo por las colinas sobre el mar vacío, me dijo de repente que Alfredo me daría poder.

—Me detesta —le dije—. No me va a dar nada.

—Te dará poder —repuso sin más. Me la quedé mirando mientras ella observaba el punto en que las nubes se fundían con las olas. Llevaba el cabello negro suelto, y la brisa marina se lo revolvía—. Me lo ha dicho mi hermano —añadió—. Alfredo te dará poder, recuperarás tu hogar del norte y tu mujer será una criatura de oro.

—¿Mi mujer?

Se me quedó mirando, y había tristeza en su rostro.

—Ahí lo tienes —me dijo—, ahora ya lo sabes. —Y espoleó su caballo y lo hizo correr por la cresta de la colina, con el pelo al viento y los ojos bañados en lágrimas. Quería saber más, pero me había dicho lo que había soñado y debía contentarme con ello.

Al final del verano, llevamos a los cerdos a los bosques para que se alimentaran con las nueces y bellotas caídas. Compré sacos de sal, porque la matanza se acercaba y habría que poner la carne de nuestros cerdos y demás ganado en barriles de salmuera para alimentarnos durante el invierno. Parte de aquella comida provendría de los hombres que arrendaban tierra al borde de la hacienda, y fui a visitarlos para que supieran que esperaba un pago en trigo, cebada y ganado; y para mostrarles lo que les ocurriría si intentaban engañarme, compré una docena de buenas espadas a un herrero de Exanceaster. Entregué las espadas a mis hombres, y a medida que se acortaban los días, practicamos con ellas. Mildrith podría no creer que se avecinaba la guerra, pero yo no creía que Dios hubiera cambiado los corazones daneses.

El final del otoño trajo a Oxton abundantes lluvias y al alguacil de la comarca. Se llamaba Harald, y estaba a cargo de mantener la paz en Defnascir. Vino a caballo, y con él traía otros seis jinetes, todos vestidos con cota de malla y cascos, y todos con espadas y lanzas. Lo esperé en la casa, le hice desmontar y entrar en la penumbra

cargada de humo. Se acercó con cautela, esperando una emboscada. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, me vio de pie frente al hogar central.

—Habéis sido convocado ante el tribunal de la comarca —me dijo.

Los hombres de Harald lo habían seguido a la casa.

—¿Traéis espadas a mi casa? —pregunté.

Harald miró a su alrededor y vio a mis hombres armados con hachas y lanzas. Había visto acercarse a los jinetes, había convocado a mis hombres y les había ordenado que se armaran.

Harald tenía reputación de ser un hombre decente, razonable y justo, y sabía que las armas en una casa podían conducir a una matanza.

—Esperad fuera —les dijo; yo hice una señal a mis hombres para que bajaran las armas—. Habéis sido convocado... —volvió a decir Harald.

—Os he oído.

—Tenéis una deuda que saldar —prosiguió—, la muerte de un hombre que enmendar.

No dije nada. Uno de mis perros gruñó un poco y yo lo acaricié para que se callara.

—El tribunal se reunirá el día de Todos los Santos —prosiguió Harald—, en la catedral.

—Estaré allí —le dije.

Se quitó el casco para revelar una calva rodeada de pelo castaño. Tenía al menos diez años más que yo, era un hombre grande, al que le faltaban dos dedos en la mano del escudo. Cojeaba ligeramente al acercarse a mí. Yo calmé a los perros, esperé.

—Estuve en Cynuit —me dijo en voz baja.

—Como yo —contesté—, aunque los hombres finjan que no.

—Sé lo que hicisteis allí —prosiguió.

—Y yo también.

No hizo caso de mi hosquedad. Me mostraba simpatía, aunque yo era demasiado orgulloso como para demostrar que la apreciaba.

—El *ealdorman* ha enviado hombres —me avisó— para tomar este lugar en cuanto tenga lugar el juicio.

Oí un grito ahogado a mis espaldas y reparé en que Mildrith había entrado en la estancia. Harald le hizo una reverencia.

—¿Nos van a quitar la casa? —preguntó Mildrith.

—Si no se paga la deuda —aclaró Harald—, la tierra será entregada a la Iglesia. —Observó las nuevas vigas como preguntándose por qué habría construido una nueva casa en una tierra condenada a ser entregada a Dios.

Mildrith se acercó y se quedó a mi lado. Estaba claramente preocupada por el anuncio de Harald, pero hizo un gran esfuerzo por recomponerse.

—Siento mucho lo de vuestra esposa —dijo.

Una chispa de dolor cruzó el rostro de Harald mientras se persignaba.

—Llevaba enferma mucho tiempo, señora. Fue una bendición de Dios, creo yo, que se la llevara.

No sabía que era viudo, ni me importaba demasiado.

—Era una buena mujer —dijo Mildrith.

—Lo era.

—Rezo por ella.

—Gracias por eso —repuso Harald.

—Como rezo por Odda *el Viejo* —prosiguió Mildrith.

—Alabado sea Dios, aún sigue con vida. —Harald volvió a persignarse— Aun así, está débil y sufre mucho. —Se tocó el cuero cabelludo, mostrando el lugar en que Odda había sido herido.

—¿Y quién será el juez? —pregunté con rudeza, interrumpiéndolos a los dos.

—El obispo —contestó Harald.

—¿No va a ser el *ealdorman*?

—Está en Cippanhamm.

Mildrith insistió en ofrecer a Harald y sus hombres cerveza y comida. Ella y Harald hablaron durante largo rato, compartiendo noticias de vecinos y familia. Ambos eran de Defnascir, y yo no, así que conocía a pocos de ellos, pero agucé los oídos cuando Harald dijo que Odda *el Joven* iba a casarse con una joven de Mercia.

—Está exiliada allí —dijo—, con su familia.

—¿Bien nacida? —preguntó Mildrith.

—Extremadamente —repuso Harald.

—Les deseo mucha felicidad —dijo Mildrith con evidente sinceridad. Estaba contenta aquel día, la había atemperado la compañía de Harald, aunque cuando se marchó, me regañó por haber sido grosero—. Harald es un buen hombre —insistió—, un hombre amable. Te habría aconsejado. ¡Te habría ayudado!

No le hice ni caso, pero dos días más tarde acudí a Exanceaster con Iseult y todos mis hombres. Incluyendo a Haesten, poseía entonces dieciocho guerreros; los había armado, les había dado escudos y cueros, y los conduje por el mercado que siempre acompañaba las sesiones del tribunal. Había zancudos y malabaristas, un hombre que escupía fuego y un oso danzarín. Había cantantes, arpistas, cuentacuentos, mendigos, y corrales de ovejas, Cabras, vacas y cerdos, gansos, patos y gallinas. Había buenos quesos, pescado ahumado, vejigas de tocino, tarros de miel, bandejas de manzanas y cestos de peras. Iseult, que no había estado antes en Exanceaster, se quedó fascinada con el tamaño de la ciudad, la vida, el bullicio y la disposición de las casas, y yo vi que la gente se persignaba al verla, pues habían oído hablar de la reina de las sombras que vivía conmigo en Oxton, y sabían que era una extranjera y una pagana.

Los mendigos se apiñaban a la puerta del obispo. Había una tullida con un niño ciego, hombres que habían perdido brazos y piernas en las guerras, una veintena de ellos, y les lancé unos cuantos peniques. Entonces, dado que iba a caballo, agaché la cabeza para pasar por el arco del patio frente a la catedral, donde una docena de felones encadenados aguardaban su destino. Un grupo de monjes jóvenes, nerviosos por los hombres encadenados, trenzaban colmenas de abejas, mientras que una veintena de hombres armados se apiñaban alrededor de tres hogueras. Examinaron con desconfianza a mis seguidores cuando un joven cura, con las manos al viento, apareció presuroso saltando entre los charcos.

—¡No se pueden llevar armas en el recinto! —me dijo con severidad.

—Ellos las llevan —le dije señalando a los hombres que se calculaban a las llamas.

—Son los hombres del alguacil.

—Cuanto antes terminemos con mis asuntos —le dije—, antes se marcharán mis armas.

Levantó la mirada, evidentemente nervioso.

—¿Vuestros asuntos?

—Tengo una cita con el obispo.

—El obispo está recogido en oración —me informó con tono reprobador, como si yo hubiera tenido que saberlo—. Y no puede ver a todos los hombres que vienen aquí. Podéis hablar conmigo.

Sonreí y levanté un poco la voz.

—En Cippanhamm, hace dos años —dije—, vuestro obispo era amigo de Eanflaed. Pelirroja, trabaja en la taberna Rey de Codornices. Su oficio es el de puta.

El cura empezó otra vez a manotear, en un intento de convencerme de que bajara la voz.

—Yo he estado con Eanflaed —dije—, y ella me habló del obispo. Dijo...

Los monjes dejaron de fabricar colmenas y se pusieron a escuchar, pero el cura me cortó, casi gritando. —Puede que el obispo tenga un momento libre. —Pues decidle que estoy aquí —contesté complacido.

—¿Sois Uhtred de Oxton? —preguntó.

—No —repuse—. Soy el señor Uhtred de Bebbanburg.

—Sí, señor.

—A veces conocido como *Uhtredcerwe* —añadí con malicia. *Uhtred el Pérfido*.

—Sí, señor —repitió el cura a toda prisa.

El obispo se llamaba Alewold y era realmente obispo de Cridianton, pero aquel lugar no se consideraba tan seguro como Exanceaster, así que durante años los obispos de Cridianton moraban en la ciudad mayor, una solución que, como Guthrum había demostrado, no era la más sabia de las decisiones. Los daneses de Guthrum

habían saqueado la catedral y la casa del obispo, que estaba escasamente amueblada, y encontré a Alewold sentado tras una mesa que parecía haber pertenecido a un carnicero, pues su pesada superficie estaba toda marcada de tajos y manchada de sangre antigua. Me miró indignado.

—No tendríais que estar aquí —me dijo malicioso.

—¿Por qué no?

—Mañana tenéis un asunto que atender ante el tribunal.

—Mañana —le dije— presidiréis ese tribunal como juez. Hoy sois obispo.

Lo reconoció con un leve movimiento de cabeza. Era un hombre anciano, con los carrillos muy colgantes y reputación de juez severo. Había estado con Alfredo en Scireburnan cuando los daneses llegaron a Exanceaster, motivo por el que seguía con vida y, como todos los obispos de Wessex, era un ferviente seguidor del rey. No albergaba ninguna duda de que el desagrado que Alfredo sentía por mí le era conocido a Alewold, lo que quería decir que podía esperar poca clemencia por parte del tribunal.

—Estoy ocupado —dijo Alewold, y señaló unos pergaminos sobre la mesa manchada. Dos escribanos compartían la mesa, y media docena de curas resentidos se habían reunido tras la silla del obispo.

—Mi esposa —le dije— heredó una deuda con la Iglesia.

Alewold miró a Iseult, que había entrado sola conmigo. Parecía hermosa, orgullosa y rica. Llevaba plata en la garganta y en el pelo, y cerraba su capa con dos broches, uno de azabache y otro de ámbar.

—¿Vuestra esposa? —preguntó el obispo cargado de mala intención.

—Vengo a saldar esa cuenta —dije, ignorando su pregunta, y le puse una bolsa llena de monedas y la enorme bandeja de plata que habíamos sacado del barco de Ivar sobre la mesa de carnicero. La plata sonó satisfactoriamente al caer y de repente, en aquella habitación oscura mal iluminada por tres lamparuchas y una ventana pequeña barrada con madera, pareció que hubiese salido el sol. La pesada plata brilló y Alewold se la quedó mirando.

Hay curas buenos. Beocca es uno de ellos, y Willibald otro, pero he descubierto en mi larga vida que la mayoría de los eclesiásticos predicán los méritos de la pobreza cuando ellos codician riquezas. Adoran el dinero, y la Iglesia atrae dinero como una vela atrae a las polillas. Sabía que Alewold era un hombre codicioso, con tanta codicia por la plata como por las delicias de una puta pelirroja de Cippanhamm, y no podía apartar los ojos de la bandeja. Alargó los brazos y acarició el grueso borde, como si apenas pudiera creer lo que estaba viendo, entonces acercó la bandeja hacia sí y examinó los doce apóstoles.

—Una custodia —exclamó reverencialmente.

—Una bandeja —dije yo como quien no quiere la cosa.

Uno de los curas se inclinó sobre el hombro de uno de los escribanos.

—Una obra irlandesa —dijo.

—Parece irlandesa —coincidió Alewold, después me miró sospechosamente—.

¿Se la devolvéis a la Iglesia?

—¿Devolvérsela? —pregunté inocentemente.

—La bandeja ha sido claramente robada —dijo Alewold—, y hacéis bien, Uhtred, en devolverla.

—Encargué la bandeja para vos —respondí.

Le dio la vuelta a la bandeja, con algo de esfuerzo pues era pesada, y en cuanto la hubo girado, señaló las marcas en la plata.

—Es vieja —comentó.

—La encargó en Irlanda —le dije grandilocuientemente—, sin duda los hombres que la trajeron del otro lado del mar la trataron con brusquedad.

Sabía que estaba mintiendo. No me importaba.

—Hay plateros en Wessex que podrían haberos hecho una custodia —espetó uno de los curas.

—Pensé que la luciríais —contesté, y me incliné hacia delante y le arrebaté la bandeja al obispo de las manos—, pero si preferís filigrana sajona —proseguí—, podría...

—¡Devolvedla! —dijo Alewold, y cuando no hice ningún movimiento para obedecer, su voz se tornó suplicante—. Es un objeto muy hermoso. —Ya la veía en su iglesia, o en su casa, y la quería. Se hizo el silencio mientras la observaba. Si hubiese sabido de su existencia, si se lo hubiese contado a Mildrith, habría tenido una respuesta preparada, pero tal como había conducido la situación, conseguí que le superara el deseo por la pesada plata. Una doncella trajo una jarra y él la despidió. Era, caí en la cuenta, pelirroja—. ¿Habéis encargado la bandeja? —dijo Alewold con tono escéptico.

—En Dyflin —contesté.

—¿Es allí dónde fuisteis con el barco del rey? —preguntó el cura respondón de antes.

—Patrullamos la costa —le dije—, nada más.

—El valor de la bandeja —empezó a decir Alewold, después se detuvo.

—Es mucho mayor que la deuda que Mildrith heredó —contesté. Probablemente no era cierto, pero andaba cerca, y veía claramente que a Alewold no le importaba. Iba a conseguir lo que quería.

La deuda quedó saldada. Yo insistí en que lo hicieran constar por escrito, tres veces, y los sorprendí con que sabía leer al descubrir que el primer pedazo de pergamino no hacía ninguna mención a que la Iglesia cedía sus derechos sobre la futura producción de mi hacienda, pero eso quedó corregido y dejé que el obispo se

quedara con una copia mientras yo me guardaba dos.

—No compareceréis por deudas —me dijo el obispo mientras sellaba el lacre de la última copia—, pero aún queda la cuestión del *wergild* de Oswald.

—Confío en vuestro buen y sabio juicio, obispo —le dije, y abrí la bolsa que llevaba colgada de la cintura y saqué un pedazo de oro, asegurándome de que veía que había más en su interior al colocar la pepita sobre la bandeja—. Oswald era un ladrón.

—Su familia jurará que no lo era —contestó el cura.

—Y yo traeré hombres que jurarán que sí —repuse. Un juicio se basaba fundamentalmente en juramentos, pero ambas partes llevaban tantos mentirosos como eran capaces de encontrar, y por lo general se fallaba a favor de los mejores mentirosos o, si los dos eran igualmente convincentes, a favor de quien gozaba de la simpatía de la asistencia. Aunque, sin duda, era mucho mejor gozar de la simpatía del juez. La familia de Oswald podría tener muchos seguidores cerca de Exanceaster, pero el oro es hartos mejor argumento en un tribunal.

Y así resultó. Para asombro de Mildrith, la deuda quedó saldada y a la familia de Oswald le fue denegado un *wergild* de doscientos chelines. Ni siquiera me molesté en acudir al tribunal, confié en el persuasivo poder del oro, y, como esperaba, el obispo desestimó en tono autoritario la demanda por *wergild*, alegando que era bien sabido que Oswald había robado árboles de mi propiedad, así que gané. Eso no me convirtió en más popular. Para la gente del valle del Uisc era un intruso northumbria, y lo que era peor, se sabía que era un pagano, pero nadie se atrevía a enfrentarse a mí porque no iba a ninguna parte más allá de mis propiedades sin mis hombres, y mis hombres no iban a ninguna parte sin sus espadas.

La cosecha estaba en los almacenes. Era la época en que solían llegar los daneses, cuando podían estar seguros de encontrar comida para sus ejércitos, pero ni Guthrum ni Svein cruzaron la frontera. Lo que sí llegó en cambio fue el invierno; sacrificamos el ganado, salamos la carne, curtimos las pieles e hicimos gelatina de pezuña de ternero. Yo prestaba atención a las campanas en las iglesias, por si sonaban a deshora, pues eso habría indicado que atacaban los daneses, pero las campanas no sonaron.

Mildrith rezaba porque la paz continuara y yo, dado que era joven y estaba aburrido, rezaba porque ocurriera lo contrario. Ella rezaba al dios cristiano y yo me llevé a Iseult a los bosques e hice un sacrificio a Hoder, Odín y Thor, y los dioses estaban escuchando, pues en la oscuridad, tras el árbol de la horca, donde las tres hilanderas confeccionan nuestras vidas, un hilo rojo fue unido a la mía. El destino lo es todo, y justo después de Yule, las hilanderas trajeron un mensajero real a Oxton y él, a su vez, me trajo un llamamiento. Parecía posible que Iseult hubiera acertado en sus sueños, y que Alfredo estuviera dispuesto a darme poder, pues el rey me llamo a Cippanhamm. Me habían convocado para el *witan*.

CAPÍTULO V

Mildrith estaba entusiasmada con la convocatoria. El *witan* proporcionaba consejo al rey y su padre jamás había sido suficientemente rico o importante para recibir la invitación, así que se mostraba loca de alegría porque el rey requiriera mi presencia. El *witangemot*, como se llamaba a la reunión, tenía lugar siempre durante la festividad de san Esteban, el día después de Navidad, pero mi presencia se requería para el duodécimo día de Navidad, y eso le dio tiempo a Mildrith a prepararme la ropa necesaria. Había que teñirla, rascarla, secarla y cepillarla; tres mujeres se encargaron de la tarea y tres días costó que Mildrith quedara satisfecha y convencida de que no iba a avergonzarla apareciendo en Cippanhamm como un vagabundo. Ella no fue convocada, ni tampoco esperaba acompañarme, pero se tomó como una cuestión personal contarles a todos nuestros vecinos que iba a aconsejar al rey.

—No deberías llevar eso —me dijo, refiriéndose a mi amuleto del martillo de Thor.

—Siempre lo llevo —respondí.

—Pues escóndetelo —replicó—, ¡y no te pongas beligerante!

—¿Beligerante?

—Escucha lo que otros tengan que decir. Sé humilde, y recuerda felicitar a *Odda el Joven*.

—¿Por qué?

—Porque va a casarse. Dile que rezo por los dos. —Estaba contenta de nuevo, convencida de que al pagar mi deuda con la Iglesia había recuperado el favor de Alfredo, ni siquiera perdió su buen humor cuando le anuncié que me llevaba a Isault conmigo. Torció un poco el gesto al recibir la noticia, pero después dijo que era lo correcto llevar a Iseult a Alfredo—. Si es una reina —comentó—, debería estar en la corte de Alfredo. Éste no es un lugar adecuado para ella. —Insistió en llevar unas monedas de plata a la iglesia de Exanceaster, donde donó el dinero a los pobres y dio gracias por haber recuperado el favor de Alfredo. También dio gracias a Dios por la buena salud de nuestro hijo, Uhtred. Lo veía poco, porque aún era un bebé y nunca tuve demasiada paciencia con los niños, pero las mujeres de Oxton me aseguraban constantemente que era un chico fuerte y lozano.

Nos dimos dos días para el viaje. Me lleve a Haesten y a seis hombres de escolta, pues aunque los hombres del alguacil patrullaban las carreteras, había muchos lugares desprotegidos donde los forajidos asaltaban a los viajeros. Vestíamos cota de malla o túnicas de cuero, espadas, lanzas, hachas y escudos. Todos íbamos a caballo. Iseult montaba una pequeña yegua negra que le había comprado; también le había regalado una capa de piel de nutria, y cuando atravesábamos poblados la gente se la quedaba mirando, pues cabalgaba como un hombre, con el pelo negro recogido con una

cadena de plata. Se arrodillaban ante ella, lo mismo que ante mí, y pedían limosna. No se había traído a su doncella porque yo recordaba lo abarrotadas que estaban todas las tabernas y casas de Exanceaster cuando se reunía el *witan*, y la convencí de que ya nos costaría encontrar alojamiento para nosotros, no digamos para una doncella más.

—¿Qué quiere el rey de ti? —me preguntó mientras cabalgábamos por el valle del Lisc. La lluvia se acumulaba en largos surcos, reflejaba el sol de invierno, y los bosques relucían con el lustre de las hojas de acebo y el colorido de las bayas de serbal, saúco y tejo.

—¿Pero eso no me lo tendrías que decir tú a mí? —le pregunté.

Sonrió.

—Ver el futuro es como viajar por una carretera que no conoces. Por lo común no se suele ver demasiado lejos y, cuando lo consigues, no es más que un atisbo. Y mi hermano no me hace soñar sobre todo.

—Mildrith cree que el rey me ha perdonado —le dije.

—¿Y lo ha hecho?

Me encogí de hombros.

—Quizá. —Lo esperaba, pero no porque quisiera el perdón de Alfredo, sino porque quería el mando de la flota otra vez. Quería estar con Leofric. Quería el viento en mi rostro y la lluvia marítima sobre mis mejillas—. Es bastante raro, sin embargo —proseguí—, que no me haya convocado para todo el *witangemot*.

—¿Es posible —sugirió Iseult— que hayan tratado primero las cuestiones religiosas?

—No me querría allí, entonces —coincidí.

—Pues puede que sea eso. Hablan de su dios, pero al final tienen que hablar de los daneses, y para eso te ha convocado. Sabe que te necesita.

—O puede que me quiera allí para la fiesta —sugerí.

—¿La fiesta?

—La fiesta de la duodécima noche —le aclaré, y ésa me pareció la explicación más convincente; que Alfredo había decidido perdonarme y, para demostrar su aprobación, me permitía asistir a la fiesta de invierno. Confiaba en secreto que fuera así, pero era una esperanza extraña. Sólo unos meses antes había estado dispuesto a matar a Alfredo; con todo, ahora, aunque seguía detestándolo, quería su aprobación. Así es la ambición. Si no podía subir con Ragnar, me labraría una reputación con Alfredo.

—Tu camino, Uhtred —prosiguió Iseult— es como una hoja brillante en un páramo oscuro. Lo veo claramente.

—¿Y la mujer de oro?

No contestó.

—¿Eres tú? —pregunté.

—El día que nació yo se ocultó el sol —me dijo—, así que soy una mujer de oscuridad y de plata, no de oro.

—¿Quién es ella?

—Alguien que está lejos. Uhtred, muy lejos. —Y no quiso decir más. Quizá no supiera más, quizá sólo hacía una suposición.

Llegamos a Cippanhamm de noche, el undécimo día de Yule. Aún había escarcha en los surcos y el sol era una enorme bola roja posada sobre la maraña de ramas negras al entrar por la puerta oeste de la ciudad. La ciudad estaba llena, pero a mí me conocían en la taberna Rey de Codornices donde trabajaba Eanflaed, la puta pelirroja, y ella nos encontró alojamiento en un establo medio derruido en el que habían encerrado a una veintena de perros. Los perros, me contó, pertenecían a Huppa, el *ealdorman* de Thornsæta, pero ella estaba convencida de que los animales sobrevivirían una noche o dos en el patio.

—Quizás Huppa no piensa lo mismo —me dijo—, pero se puede pudrir en el infierno.

—¿No paga? —le pregunté.

Por respuesta, escupió, después me miró con curiosidad.

—Me han contado que Leofric anda por aquí.

—¿Sí? —dije, animado por la noticia.

—Yo no lo he visto —me dijo—, pero alguien me ha contado que lo ha visto en el salón real. Igual se lo ha traído Burgweard —Burgweard era el comandante de la flota, el que quería que los barcos salieran a navegar de dos en dos siguiendo el ejemplo de los discípulos de Cristo—. Aunque preferiría que no fuera así —concluyó Eanflaed.

—¿Y eso?

—Porque no ha venido a verme —replicó indignada—. ¡Por eso! —Tenía unos cinco o seis años más que yo, la cara ancha, la frente alta y el pelo rizado. Era popular, tanto que gozaba de bastante libertad en la taberna, pues debía sus beneficios mucho más a sus habilidades que a la calidad de la cerveza. Sabía que era muy cariñosa con Leofric, pero sospechaba por mi tono que deseaba más que cariño—. ¿Quién es? —me pregunto señalando con la cabeza a Iseult.

—Una reina —contesté.

—Así le llaman ahora, supongo. ¿Cómo está tu mujer?

—Pues allí, en Defhascir.

—Eres como todos los demás. —Se estremeció—. Si tenéis frío esta noche, meted otra vez a los perros dentro. Me voy a trabajar.

Tuvimos frío, pero yo dormí bastante bien y, a la mañana siguiente, el duodécimo día de Navidad, dejé a mis seis hombres en la Rey de Codornices y me llevé a Iseult y

Haesten a los edificios reales, que quedaban detrás de su propia empalizada en el sur de la ciudad, donde el río lamía las murallas. Era lógico que un hombre asistiera al *witangemot* con su séquito, aunque no fuera costumbre que se trataran de un danés y una britana, pero Iseult quería ver a Alfredo, y yo quería complacerla. Además, aquella noche era el gran festín, y aunque le advertí que las fiestas de Alfredo no eran gran cosa, Iseult quería ir de todos modos. Haesten, con su cota de malla y su espada, estaba allí para protegerla, pues sospechaba que no se le permitiría entrar en el salón donde el *witangemot* se reunía, así que probablemente tuviera que esperar hasta la noche para ver al rey.

El guardián de la puerta exigió que entregáramos nuestras armas, cosa que hice muy a mi pesar, pero ningún hombre, salvo las propias tropas del rey, podía presentarse armado en presencia de Alfredo. La discusión del día había empezado ya, nos dijo el guardián, así que nos apresuramos por los establos y la nueva capilla real con sus torres gemelas. Un grupo de sacerdotes estaba arremolinado en la puerta principal del gran salón, y yo reconocí a Beocca, el antiguo capellán de mi padre, entre ellos. Le sonreí a modo de saludo, pero su rostro, al acercarse a nosotros, estaba alicaído y pálido.

—Llegas tarde —espetó.

—¿No os alegráis de verme? —le pregunté sarcástico.

Levantó los ojos para mirarme. Beocca, a pesar de su cojera, el pelo rojo y la mano izquierda paralizada, había adquirido un aire severo de autoridad. Ahora era un capellán real, confesor y confidente del rey, y las responsabilidades habían labrado surcos en su rostro.

—He rezado —me dijo—, para no ver jamás este día. —Se persignó—. ¿Quién es ésa? —me preguntó mirando a Iseult.

—Una reina de los britanos —dije.

—¿Una qué?

—Una reina. Está conmigo. Desea ver a Alfredo.

No sé si me creyó, pero tampoco pareció importarle. Estaba distraído, preocupado, y como vivía en un mundo extraño de privilegios reales y piedad obsesiva, supuse que su tristeza se debía a alguna disputa teológica menor. Había sido el cura de misa durante mi infancia en Bebbanburg y, tras la muerte de mi padre, había huido de las tierras de Northumbria porque no podía soportar vivir entre los paganos daneses. Acabó encontrando refugio en la corte de Alfredo, y se había convertido en amigo del rey. También era amigo mío, al fin y al cabo, era el hombre que había conservado los pergaminos que legitimaban mi derecho a reclamar Bebbanburg, pero en aquel duodécimo día de Yule estaba cualquier cosa menos contento de verme. Me agarró del brazo y tiró de mí hacia la puerta.

—Tenemos que entrar —me dijo—, y que Dios te proteja en su misericordia.

—¿Protegerme?

—Dios es misericordioso —añadió Beocca—, y debes rezar por esa misericordia.

—Entonces los guardias abrieron la puerta

Y entramos en el gran salón. Nadie detuvo a Iseult y, de hecho, había otra veintena de mujeres observando los procedimientos en un extremo del salón.

* * *

También había más de cien hombres, aunque sólo unos cincuenta formaban parte del *witangemot*, y dichos jefes y altos eclesiásticos se hallaban sentados en sillas y bancos dispuestos en semicírculo frente a la tarima donde Alfredo, dos curas y su esposa, *Ælswith*, que estaba embarazada, se encontraban. Detrás de ellos, envuelto en un paño rojo, había un altar con gruesos candelabros y un pesado crucifijo de plata, y frente a las paredes, rodeándolo todo, había plataformas sobre las que, habitualmente, la gente dormía o comía para resguardarse de las terribles corrientes de aire. Aquel día, sin embargo, las plataformas estaban abarrotadas con los seguidores de los jefes y los nobles del *witan*, y entre ellos, por supuesto, había numerosos curas y monjes, pues la corte de Alfredo más parecía un monasterio que un salón real. Beocca hizo un gesto para que Iseult y Haesten se unieran a los espectadores, después me condujo al semicírculo de consejeros privilegiados.

Nadie reparó en mi llegada. El salón estaba oscuro, pues la débil luz del sol invernal apenas conseguía atravesar las pequeñas y elevadas ventanas. Había braseros para proporcionar algo de calor, pero su utilidad era escasa: sólo contribuían a viciar aún más el ambiente cargado de humo que se acumulaba en las altas vigas. En el enorme hogar central el fuego estaba apagado para dejar espacio al círculo de taburetes, sillas y bancos del *witangemot*. Un hombre alto con capa azul estaba en pie al llegar yo. Hablaba de la necesidad de reparar los puentes, de que los jefes locales se escabullían de la obligación y sugería que el rey nombrara un oficial para revisar el estado de las carreteras del reino. Otro interrumpió para quejarse de que dicho nombramiento chocaría con los privilegios de los *ealdormen* de las comarcas, y aquello suscitó un coro de voces, algunas a favor de la propuesta, la mayoría en contra, mientras dos curas, sentados a una pequeña mesa junto a la tarima de Alfredo, intentaban recoger todos los comentarios. Reconocí a Wulfhere, el *ealdorman* de Wiltunscir, que bostezaba prodigiosamente. Junto a él se encontraba Alewold, el obispo de Exanceaster, envuelto en pieles. Seguían sin reparar en mí. Beocca me había mantenido en segundo plano, como si esperara un receso en los procedimientos para encontrarme un asiento. Dos sirvientes trajeron cestos de leña para alimentar los braseros, y fue entonces cuando *Ælswith* me vio, y se inclinó para susurrar algo al oído de Alfredo. El prestaba atención a la discusión, pero por un instante se olvidó de su consejo para mirarme de hito en hito.

Y el silencio se hizo en aquel gran salón. Había surgido un murmullo al ver al rey distraído de la discusión sobre los puentes, entonces todos se volvieron para mirarme y se hizo el silencio, que rompió el estornudo de un cura y el repentino removerse de los hombres que estaban más cerca de mí; aquellos que estaban sentados junto a las frías piedras del hogar se hicieron a un lado. No me dejaban paso, me evitaban.

Ælswith sonreía, y fue entonces cuando supe que tenía problemas. Mi mano se dirigió instintivamente a mi costado izquierdo, pero evidentemente no había ninguna empuñadura que tocar para darme suerte.

—Hablaemos de los puentes más tarde —dijo Alfredo. Se puso en pie. Lucía una diadema de bronce a modo de corona, y una túnica azul rematada en piel, a juego con la de su esposa.

—¿Qué sucede? —le pregunté a Beocca.

—¡Mantendréis silencio! —Era Odda *el Joven*. Iba vestido en toda su gloria guerrera, brillante malla cubierta con una túnica negra, botas altas y un tahalí de cuero rojo del que colgaban sus armas pues a Odda, como comandante de las tropas del rey, se le permitía entrar armado en el salón real. Lo miré a los ojos y vi regocijo en su mirada, el mismo que había en el rostro amargado de la dama Ælswith, y supe que no había venido a recibir el favor del rey, sino para enfrentarme a mis enemigos.

Tenía razón. Llamaron a un cura de la bandada negra junto a la puerta. Era un hombre joven con rostro enfurruñado y colgante. Se movía con rapidez, como si el día no tuviera suficientes horas para completar sus tareas. Hizo una reverencia al rey, después tomó un pergamino de la mesa en la que se sentaban los escribanos y se dirigió al centro del círculo del *witan*.

—Hay una cuestión urgente —dijo Alfredo—, que con el permiso de el contábamos a tratar ahora mismo. —Nadie iba a objetar nada, así que un murmullo bajo mostró su aprobación por interrumpir las cuestiones más mundanas. Alfredo asintió—. El padre Erkenwald leerá los cargos —dijo el rey, y volvió a tomar asiento en su trono.

¿Cargos? Estaba confundido como un jabalí atrapado entre perros y lanzas, y parecía incapaz de moverme, así que me limité a quedarme donde estaba mientras el padre Erkenwald desplegaba el pergamino y se aclaraba la garganta.

—Uhtred de Oxton —dijo, con una voz aguda y precisa—, sois acusado en el día de hoy por el crimen de tomar un barco del rey sin su consentimiento, y con ese barco dirigiros al país de Cornwalum y hacer allí la guerra contra los britanos, de nuevo sin el consentimiento de nuestro rey, y podemos demostrarlo con juramentos. —Se oyó un pequeño murmullo en la sala, un murmullo que Alfredo acalló al levantar su delgada mano—. También sois acusado —prosiguió Erkenwald— de aliaros con el pagano Svein, y con su ayuda asesinar a los cristianos de Cornwalum, a pesar de que aquella gente vivía en paz con nuestro rey, y también esto podemos demostrarlo con

juramentos. —Se detuvo, y el silencio en la sala era total—. Y sois acusado —la voz de Erkenwald era ahora más tenue, como si apenas pudiera creer lo que estaba leyendo—, de uniros al pagano Svein en un ataque al bendito reino de nuestro rey y cometer vil asesinato y un robo impío en Cynuit. —En esta ocasión no hubo murmullo, sino un alboroto indignado que Alfredo no hizo nada por acallar, así que Erkenwald tuvo que alzar la voz para terminar la acusación—. También esto —gritaba mientras los hombres pedían silencio para poder escuchar— podemos probarlo con juramentos. —Bajó el pergamino, me lanzó una mirada de puro odio, y regresó hasta el borde de la plataforma.

—Está mintiendo —rugí.

—Tendréis oportunidad de hablar en su momento —espetó un eclesiástico de mirada fiera sentado junto a Alfredo. Llevaba hábito de monje, pero por encima lucía una media capa de sacerdote ricamente bordada con cruces. Tenía una espesa cabellera cana, y la voz profunda y severa.

—¿Quién es ése? —le pregunté a Beocca.

—El muy santo Eitelredo —dijo Beocca en voz baja, quien, al ver que no reconocía el nombre, añadió—: Arzobispo de Contwaraburg, por supuesto.

El arzobispo se inclinó hacia delante para hablar con Erkenwald. *Ælswith* me miraba, jamás le había gustado, y ahora contemplaba mi destrucción y obtenía gran placer de ella. Alfredo, mientras tanto, estudiaba las vigas del techo, como si jamás hubiera reparado antes en ellas, y yo caí en la cuenta de que no tenía intención de tomar parte en aquel juicio, pues de un juicio se trataba. Dejaría que otros hombres demostraran mi culpabilidad, pero sin duda él pronunciaría la sentencia, y no sólo contra mí, por lo que parecía, porque el arzobispo frunció el ceño.

—¿Está aquí el segundo prisionero?

—En los establos —contestó *Odda el Joven*.

—Tendría que estar aquí —repuso el arzobispo indignado—. Un hombre tiene derecho a escuchar a sus acusadores.

—¿Qué otro hombre? —quise saber.

Ahora *Leofric*, al que trajeron al salón encadenado, y no hubo protestas porque la gente lo percibía como mi seguidor. El crimen era mío, a *Leofric* lo habían metido en la trampa, y ahora iba a sufrir por ello, pero claramente gozaba de la simpatía de los hombres en el salón cuando lo pusieron en pie a mi lado. Lo conocían, era de *Wessex*, mientras que yo era un intruso *northumbrio*. Me dedicó una mirada cargada de reproche cuando los guardias lo pusieron a mi lado.

—Hasta el culo —murmuró.

—¡Silencio! —susurró Beocca.

—Confía en mí —le dije.

—¿Que confíe en ti? —me preguntó *Leofric* con amargura.

Pero yo había mirado a Iseult y ella me dedicó un leve gesto con la cabeza, una indicación, entendí, de que había visto el desenlace de aquel día, y sin duda era bueno.

—Confía en mí.

—Que los prisioneros guarden silencio —dijo el arzobispo.

—Hasta nuestros reales culos —comentó Leofric por lo bajo.

El arzobispo hizo una señal al padre Erkenwald.

—¿Tenéis testigos? —preguntó.

—Los tengo, señor.

—Pues oigamos al primero.

Erkenwald hizo una señal a otro cura que estaba junto a la puerta que conducía al pasadizo tras el salón. La puerta se abrió, y una menuda figura con capa negra entró. No vi su rostro pues llevaba capucha. Se apresuró al frente de la tarima, y allí hizo una profunda reverencia al rey y se hincó de rodillas frente al arzobispo, que le tendió una mano pesadamente enjoyada para que la besara. Sólo entonces se puso el hombre en pie, se quitó la capucha y se volvió para mirarme.

Era el Burro. Asser, el monje galés. Se me quedó mirando mientras otro cura le traía un evangelio sobre el que apoyó su frágil mano.

—Juro —dijo en un inglés con mucho acento, todavía mirándome—, que voy a decir la verdad, y que Dios me ayude en dicho trance y me condene al fuego eterno del infierno si me aparto de ella. —Se postró para besar el evangelio con la ternura de un hombre que acaricia a su amante.

—Hijo de puta —murmuré.

Asser juraba bien. Habló con claridad, describió cómo había llegado a Cornwalum en un barco que lucía una cabeza de bestia en la proa y otra en la popa. Contó que había accedido a ayudar al rey Peredur, que estaba siendo atacado por un vecino que había contratado al pagano Svein, y cómo había traicionado a Peredur al aliarme con el danés.

—Juntos —prosiguió Asser— provocaron una gran matanza, yo mismo vi a un santo padre ajusticiado.

—Corriste como una gallina —le dije—. No pudiste ver nada.

Asser se volvió al rey e hizo una reverencia.

—Corrí, mi señor el rey. Soy un monje, no un guerrero, cuando Uhtred tiñó aquella colina de rojo con sangre cristiana, no dudé en huir. No me siento orgulloso de ello, mi señor el rey, y he buscado sinceramente el perdón de Dios por mi cobardía.

Alfredo sonrió y el arzobispo desestimó las observaciones de Asser con un gesto de la mano, como si no fueran nada.

—Y cuando abandonasteis la matanza —preguntó Erkenwald—, ¿qué ocurrió

entonces?

—Observé desde lo alto de una colina —dijo Asser—, y vi a Uhtred de Oxton abandonar el lugar en compañía del barco pagano. Dos barcos que navegaban hacia el oeste.

—¿Navegaban hacia el oeste? —preguntó Erkenwald.

—Hacia el oeste —confirmó Asser.

Erkenwald se me quedó mirando. Se hizo el silencio en el salón, mientras los hombres se esforzaban por escuchar todas y cada una de las acusatorias palabras.

—¿Y qué quedaba al oeste? —preguntó Erkenwald.

—No puedo decirlo —dijo Asser—. Pero si no fueron al fin del mundo, supongo que darían la vuelta a Cornwalum hasta el mar del Saefern.

—¿Y no sabéis nada más? —preguntó Erkenwald.

—Sé que colaboré en enterrar a los muertos —contestó Asser—, dije oraciones por sus almas, y vi las ascuas humeantes de la iglesia quemada, pero de lo que hizo Uhtred al abandonar aquel lugar de muerte no sé nada. Sólo sé que se dirigió al oeste.

Alfredo ostentadamente no tomaba parte en el procedimiento, pero era claro que le gustaba Asser pues, cuando el galés terminó su testimonio, le hizo un gesto para que se acercara, le recompensó con una moneda y mantuvieron un momento de conversación privada. El *witan* habló entre sí, en ocasiones mirándome con la curiosidad que uno dedica a los condenados. La dama Ælswith, repentinamente llena de gracia, sonrió a Asser.

—¿Tenéis algo que decir? —me preguntó Erkenwald cuando Asser fue despedido.

—Esperaré —dije— a que terminéis con todas vuestras meninas.

Lo cierto, por supuesto, era que Asser había contado la verdad, la había contado de manera llana, clara y convincente. Los consejeros del rey habían quedado impresionados, tan impresionados como quedaron con el segundo testigo de Erkenwald.

Ese testigo era Steapa *Snolor*, el guerrero que jamás se alejaba demasiado de la vera de Odda *el Joven*. La espalda erguida, los hombros recios, y un rostro fiero en el que su piel estirada mostraba expresión sombría. Me lanzó una mirada, hizo una reverencia al rey, después posó una enorme mano sobre el libro del evangelio y dejó que Erkenwald lo guiara en el juramento. Juró decir la verdad por toda la agonía eterna del infierno, y después mintió. Mintió con calma con un tono invariable, tranquilo. Dijo que estaba a cargo de los soldados que guardaban el sitio de Cynuit, donde se estaba construyendo la nueva iglesia, y que dos barcos habían llegado al alba: describió cómo los guerreros bajaron de los barcos, como había peleado contra ellos y matado a seis, pero eran demasiados, demasiados para él, se había visto obligado a retirarse, aunque pudo ver a los atacantes asesinar a los curas, y había oído

al líder pagano gritar su nombre en un alarde.

—Svein, se llamaba.

—¿Y Svein había traído dos barcos?

Steapa se detuvo, frunció el ceño, como si temiera dificultades para contar hasta dos, y asintió.

—Dos barcos.

—¿Comandaba ambos?

—Svein comandaba uno de los barcos —dijo Steapa. Después me señaló con un dedo—. Y él el otro.

El público empezó a gruñir, y el ruido era tan amenazante que Alfredo dio un manotazo al brazo de la silla y al final se tuvo que poner en pie para imponer silencio. Steapa no parecía inmutarse. Se puso en pie, sólido como un roble, y aunque no había contado su historia con tanta convicción como el hermano Asser, había algo muy inculporio en su testimonio. Era tan dado por sentado, contado de un modo tan poco emocional, de una manera tan directa... aunque nada de ello era cierto.

—Uhtred comandaba el segundo barco —intervino Erkenwald—, ¿pero se unió Uhtred a la matanza?

—¿Unirse? —preguntó Steapa—. La comandaba —rugió aquellas palabras, y los hombres del salón expresaron su furia.

Erkenwald se volvió al rey.

—Mi señor el rey —dijo—, Uhtred debe morir.

—¡Y mis tierras y propiedades deben ser requisadas! —gritó el obispo Alewold, con tanta emoción que un escupitajo aterrizó en el brasero más cercano y produjo un chisporroteo—. ¡Requisadas para la Iglesia!

Los hombres del salón patearon el suelo para expresar su aprobación. Ælswith asintió vigorosamente, pero el arzobispo pidió orden con unas palmas.

—No ha hablado aún —recordó a Erkenwald, después me hizo un gesto—. Hablad —ordenó sin más.

—Pide clemencia —me aconsejó Beocca en voz baja.

Cuando estás hasta el culo de mierda, sólo se puede hacer una cosa: atacar, así que admití que había estado en Cynuit, y esa admisión provocó algunos gritos ahogados en el salón.

—Pero no estuve este verano —proseguí—. Estuve en primavera, época en la que mate a Ubba Lothbrokson. ¡Y hay hombres en esta sala que me vieron hacerlo! Aun así, Odda *el Joven* se atribuyó el mérito. Recogió el estandarte de Ubba que yo cercené, se lo llevó a su rey y aseguró haber matado a Ubba. Ahora, para que no extienda la verdad, la verdad de que es un mentiroso y un cobarde, quiere asesinar me con mentiras. —Señalé a Steapa—. Miente.

Steapa escupió para demostrar su desprecio. Odda *el Joven* me miraba enfurecido,

pero no dijo nada, y algunos hombres tomaron nota. Ser llamado cobarde y mentiroso es una invitación a la pelea, pero Odda se quedó mudo como un muñón.

—No podéis probar lo que decís —argumentó Erkenwald.

—Puedo demostrar que maté a Ubba —dije.

—No estamos aquí para discutir esas cuestiones —argumentó con ligereza Erkenwald—, sino para determinar si rompisteis la paz del rey con un ataque impío a Cynuit.

—Pues convocad a mi tripulación —exigí—. Traedla aquí, ponedla bajo juramento, y preguntadle qué hicieron en verano. —Esperé, pero Erkenwald no dijo nada. Miró al rey, como en busca de ayuda, pero Alfredo había cerrado momentáneamente los ojos—. ¿Es que tenéis tanta prisa por matarme que no os atrevéis a esperar a la verdad?

—Poseo el juramento de Steapa —dijo Erkenwald como si aquello hiciera innecesaria cualquier otra prueba. Estaba frustrado.

—Y podéis tener mi testimonio —dije—, y el de Leofric, y el de un hombre de la tripulación que esta aquí. —Me volví y le hice un gesto a Haesten para que se aproximara, que parecía asustado de ser convocado, pero ante la insistencia de Iseult, se acercó a mi lado—. Ponedlo bajo juramento —le exigí a Erkenwald.

Erkenwald no sabía qué hacer, pero algunos hombres del *witan* empezaron a gritar que tenía derecho a convocar testigos, que el recién llegado debía ser oído, así que el cura llevó el evangelio a Haesten. Aparté al cura.

—Jurará sobre esto —le dije—, al tiempo que mostraba el amuleto de Thor.

—¿Pero es cristiano? —preguntó Erkenwald entre sorprendido e indignado.

—Es danés —repuse.

—¿Y como vamos a confiar en la palabra de un danés? —quiso saber Erkenwald.

—Porque nuestro señor, el rey, lo hace —repliqué—. Confía en la palabra de Guthrum para mantener la paz, ¿por qué no íbamos a confiar en la de este otro danés?

Eso provocó algunas sonrisas. Muchos en el *witan* pensaban que Alfredo confiaba demasiado en Guthrum, y sentí la simpatía de la sala desplazarse a mi favor, pero entonces el arzobispo intervino para declarar que el juramento de un pagano no era de ningún valor.

—De ninguno —espetó—. Debe retirarse.

—Pues tomad el juramento de Leofric —exigí— y traed a nuestra tripulación y escuchad su testimonio.

—Y todos mentiréis con una misma lengua —respondió Erkenwald—, y lo que ocurrió en Cynuit no es el único asunto del que se os acusa. ¿Negáis que navegasteis en el barco del rey? ¿Que fuisteis a Cornwalum y allí traicionasteis a Peredur y asesinasteis a sus cristianas gentes? ¿Negáis que el hermano Asser haya dicho la verdad?

—¿Y si la reina de Peredur estuviera aquí para deciros que Asser miente? —pregunté—. ¿Y si os dijera que miente como un perro? —Erkenwald se me quedó mirando. Todos se me quedaron mirando, y yo me volví y señalé a Iseult, que dio un paso al frente, pequeña y delicada, con la plata tintineando en su cuello y muñecas—. La reina de Peredur —anuncié—, a quien exijo que escuchéis bajo juramento, y así oigáis cómo su marido planeaba unirse a los daneses en un asalto a Wessex.

Aquello no eran más que sandeces, por supuesto, pero era lo mejor que podía inventarme en aquel momento, e Iseult, lo sabía, juraría que era cierto. El porqué de que Svein quisiera luchar contra Peredur si el britano planeaba darle apoyo era un cabo peligrosamente suelto en el asunto, pero no importaba demasiado porque había confundido tanto los procedimientos que nadie estaba ya seguro de qué hacer. Erkenwald se había quedado sin habla. Los hombres se ponían en pie para mirar a Iseult, que les devolvía la mirada con calma, y el rey y el arzobispo inclinaban las cabezas en una misma dirección. Ælswith, con una mano sobre su vientre preñado, les cuchicheó algo. Ninguno quería llamar a Iseult por miedo a lo que pudiera decir, y Alfredo, sospecho, sabía que el juicio, que ya estaba plagado de mentiras, sólo podía ir a peor.

—Eres bueno, *earsling* —murmuró Leofric—. Eres muy bueno.

Odda *el Joven* miró al rey, después a sus compañeros del *witan*, y debía de saber que me estaba escabullendo de su trampa porque atrajo a Steapa a su vera. Le habló con urgencia. El rey fruncía el ceño, el arzobispo parecía perplejo, el rostro hinchado de Ælswith mostraba furia, mientras que Erkenwald parecía sin recursos. Entonces Steapa los rescató.

—¡Yo no miento! —gritó.

Parecía no estar seguro de qué decir después, pero había captado la atención del salón. El rey le hizo un gesto, como imitándolo a que continuara, y Odda *el Joven* le susurró algo al oído al anclote.

—Dice que miento —prosiguió Steapa, señalándome—, y yo digo que no, y mi espada dice que no. —Se detuvo en seco, tras hacer lo que había sido, probablemente, el discurso más largo de su vida, pero bastaba. Los pies patearon el suelo y los hombres gritaron que Steapa tenía razón, cosa que no era cierta, pero había reducido el lío de mentiras embarulladas que hacía aquello a un juicio por combate, y a todos les gustó. El arzobispo seguía atribulado, pero Alfredo pidió silencio.

Se me quedó mirando.

—¿Y bien? —preguntó—. Steapa dice que su espada apoyará su verdad. ¿La tuya también?

Habría podido decir que no. Habría podido insistir en que Iseult hablara y que el *witan* aconsejara al rey qué parte había dicho más verdades, pero siempre fui brusco, siempre impetuoso, y la invitación a la pelea resolvía el entuerto de un plumazo. Si

peleaba y ganaba. Leofric y yo seríamos inocentes de todos los cargos.

Ni siquiera se me ocurrió perder. Sólo miré a Steapa.

—Mi espada —le dije— dice que digo la verdad, y que eres un apestoso saco de viento, un mentiroso del infierno, un embustero y un perjurio que merece la muerte.

—Hasta el culo otra vez —exclamó Leofric.

Los hombres vitorearon. Les gustaban las peleas a muerte, que era mucho mejor entretenimiento que escuchar al arpista de Alfredo entonar los salmos. Alfredo vaciló, y vi a Ælswith mirarme a mí y después a Steapa, y debió de juzgarlo mejor guerrero, porque se inclinó hacia delante, le tocó un codo a Alfredo y le susurró con apremio.

Y el rey asintió.

—Concedido —declaró. Parecía cansado, como si se sintiera abatido por tanta mentira e insulto—. Lucharéis mañana, espadas y escudos, nada más. —Levantó una mano para poner fin al griterío—. ¿Mi señor Wulfhere?

—¿Sire? —Wulfhere se puso en pie con dificultad.

—Vos organizaréis la batalla. Que Dios conceda la victoria a la verdad. —Alfredo se puso en pie, se recogió la túnica y se marchó.

Y Steapa, por primera vez desde que lo había visto, sonrió.

—Eres un puto memo —me dijo Leofric. Lo habían liberado de sus cadenas, y le habían permitido pasar la tarde conmigo. Haesten estaba allí, como Iseult y mis hombres, a los que habían traído de la ciudad. Estábamos alojados en un complejo del rey, un establo de vacas que apestaba a estiércol, pero el olor pasaba desapercibido para mí. Era la duodécima noche, así que tenía lugar la gran fiesta en el salón del rey, pero a nosotros nos dejaron al frío, vigilados por dos de los guardias reales

— Steapa es bueno —me avisó Leofric.

—Yo soy bueno.

—Él es mejor —contestó Leofric sin miramientos—. Te va a destrozar.

—No lo hará —repuso Iseult con calma.

—Cojones, ¡que es buenísimo! —insistió Leofric, y yo le creí.

—Es todo culpa de ese monje del demonio —comenté con amargura—. Le ha ido con el cuento a Alfredo, ¿no? —Lo cierto es que Asser había sido enviado por el rey de Dyfed para asegurar a los sajones del oeste que Dyfed no planeaba la guerra, pero Asser había aprovechado la oportunidad de su embajada para narrar la historia del *Eftwyrd*, y de ahí a concluir que nos habíamos quedado con Svein para el ataque de Cynuit no iba más que un paso. Alfredo no tenía pruebas de nuestra culpabilidad, pero Odda *el Joven* había visto una oportunidad para destruirme y había convencido a Steapa para que mintiera.

—Y ahora Steapa va a matarte —rezongó Leofric—, diga ella lo que diga. —Iseult no se molestó en responderle. Empleaba puñados de paja mugrienta para pulir

mi cota de malla. Me habían traído la armadura de la taberna Rey de Codornices y me la habían entregado, pero tendría que esperar al amanecer para recoger las armas, lo que significaba que no estarían recién afiladas. Steapa, como servía a Odda *el Joven*, era uno de los guardaespaldas del rey, así que tendría toda la noche para darle filo a su espada. Las cocinas reales nos habían enviado comida, aunque no tenía apetito.

—Mañana tómatelo con calma —me dijo Leofric.

—¿Con calma?

—Tú pelearás lleno de ira —me dijo Leofric—, y Steapa no se altera nunca.

—Pues mejor estar cabreado —repuse.

—Eso es lo que él quiere. Te parará los golpes, y te los volverá a parar, y esperará hasta que estés cansado. Después te despachará. Así pelea.

Harald nos había contado lo mismo. El alguacil de la comarca de Defnascir, el viudo que me había convocado al tribunal de Exanceaster, también había luchado a nuestro lado en Cynuit, y eso une, así que en algún momento de la noche atravesó lluvia y barro y se acercó a la pequeña hoguera que iluminaba el establo sin calentarlo. Se detuvo en la puerta y me miró con reproche.

—¿Estuvisteis con Svein en Cynuit? —preguntó.

—No —repuse.

—Eso pensaba. —Harald se acercó al pesebre y se sentó junto al fuego. Los dos guardias reales estaban en la puerta y los ignoró, y eso resultaba interesante. Todos servían a Odda, y al joven *ealdorman* no le gustaría oír que Harald había venido a vernos; aun así, estaba claro que Harald confiaba en que los dos guardias no se lo contarán, lo que sugería que había descontento en las filas de Odda. Harald dejó una cuba de cerveza en el suelo.

—Steapa está sentado a la mesa del rey —comentó.

—Pues estará comiendo mal —contesté.

Harald asintió, pero no sonrió.

—No es una gran fiesta —admitió. Miró al fuego por un instante, después a mí—. ¿Cómo está Mildrith?

—Bien.

—Es una buena chica —dijo, y después contempló la belleza oscura de Iseult antes de volver a mirar al fuego—. Habrá un servicio al alba —añadió—, y después Steapa y vos lucharéis.

—¿Dónde?

—En un campo al otro lado del río. —Me acercó el bote de cerveza—. Es zurdo. —Yo no recordaba haber luchado contra ningún hombre que llevara la espada en la mano izquierda, pero tampoco veía en ello una desventaja. Ambos tendríamos los escudos enfrentados en lugar de escudo contra arma, pero eso sería un problema para los dos. Me encogí de hombros—. El está acostumbrado —me aclaró Harald—, y vos

no. Y viste malla hasta aquí —se tocó la pantorrilla—, además lleva una placa de hierro en la bota izquierda.

—¿Es su pie vulnerable?

—Lo pone delante —contestó Harald—, invita al ataque y después te cercena el brazo de la espada.

—Así que es difícil de matar —comenté con un tono levemente irónico.

—Nadie lo ha conseguido aún —respondió Harald sombrío.

—¿No os gusta?

No respondió inmediatamente; bebió un largo trago de cerveza, y después le pasó la cuba a Leofric.

—Me gustaba el Viejo —dijo, y se refería a Odda *el Viejo*—. Tiene mal carácter, pero es justo. ¿Pero el hijo? —Sacudió la cabeza con tristeza—. Creo que el hijo no ha sido puesto a prueba. ¿Steapa? No me disgusta, pero es como un perro. Sólo sabe matar.

Miré el débil fuego, buscando una señal de los dioses en las pequeñas llamas, pero no llegó ninguna, o fui incapaz de verla.

—Pero tiene que estar preocupado —comentó Leofric.

—¿Steapa? —preguntó Harald—. ¿Por qué tendría que estarlo?

—Uhtred mató a Ubba.

Harald sacudió la cabeza.

—Steapa no piensa suficiente para estar preocupado. Sólo sabe que mañana matará a Uhtred.

Recordé la pelea con Ubba. Era un gran guerrero, con una reputación que brillaba dondequiera que navegaran los hombres del norte, y lo había matado, pero lo cierto es que él había metido un pie en las tripas derramadas de un moribundo y había resbalado. Había perdido pie, se había desequilibrado y yo conseguí cortarle los tendones del brazo. Me toqué el amuleto del martillo y pensé que los dioses, después de todo, me habían enviado una señal.

—¿Una placa de hierro en la bota? —pregunté.

Harald asintió.

—No le preocupa cuánto vayáis a atacarle. Sabe que vendréis por la izquierda, y bloqueará la mayoría de vuestros ataques con la espada. Una espada grande, pesada de narices. Pero algunos golpes sí llegarán, y no le va a importar. Los desperdiciaréis en el hierro. En la pesada malla, el casco, la bota, no importa. Será como darle golpes a un roble, y al cabo de un rato cometeréis un error. El estará magullado y vos muerto.

Tenía razón, pensé. Enzarsarse con un hombre armado con una espada rara vez servía para algo más que para amorarlo, porque el filo chocaba con la malla o el casco. Una espada no puede rasgar malla, motivo por el que muchos hombres

llevaban hachas a la batalla. Un lance directo de la espada sí puede perforar malla, pero Steapa no me iba a poner fácil el ataque directo.

—¿Es rápido? —pregunté.

—Bastante —repuso Harald, después se encogió de hombros—. No tan rápido como vos —añadió a regañadientes—, pero tampoco es lento.

—¿Qué dice el dinero? —preguntó Leofric, aunque seguro que sabía la respuesta.

—Nadie apuesta un penique por Uhtred —contestó Harald.

—Vos deberíais hacerlo —repliqué.

Sonrió a eso, pero sabía que no iba a seguir el consejo.

—El dinero, el dinero de verdad es el que Odda *el Joven* va a pagarle a Steapa cuando os mate. Cien chelines.

—Uhtred no los vale —comentó Leofric con un sentido del humor bastante negro.

—¿Por qué me quiere muerto con tantas ganas? —me pregunté en voz alta. No podía ser por Mildrith, pensé, y la discusión de quién había matado a Ubba ya había pasado hacía mucho; aun así, Odda *el Joven* seguía conspirando contra mí.

Harald se lo pensó bastante antes de responder. Había agachado la calva y pensé que estaba rezando, pero entonces levantó la mirada.

—Sois una amenaza para él —respondió en voz baja.

—Si hace meses que no le veo —protesté—, ¿cómo voy a amenazarlo?

Harald se detuvo otra vez, eligiendo sus palabras con cuidado.

—El rey está frecuentemente enfermo —dijo tras una pausa—, ¿y quién puede decir cuánto va a vivir? Dios no lo quiera, pero si muriera pronto, el *witan* no elegiría a su hijo, aún un niño, para ser rey. Elegirían a un noble con reputación en el campo de batalla. Elegirían a un hombre que pueda enfrentarse a los daneses.

—¿Odda? —estallé en carcajadas al pensar en Odda como rey.

—¿Quién si no? —preguntó Harald—. Pero si vos os presentarais ante el *witan* y jurarais sobre la verdad de la batalla en que murió Ubba, podrían no elegirlo. Así que sois una amenaza para él, y os teme por ello.

—Así que va a pagarle a Steapa para que te descuartice —añadió Leofric sombrío, antes de levantar la cuba de cerveza y beber a mi salud.

* * *

Harald se marchó. Era un hombre decente, honesto y trabajador, y había asumido un riesgo al venir a verme, y yo había sido mala compañía, pues no aprecié su gesto. Estaba claro que pensaba que iba a morir por la mañana, y había hecho lo que estaba en su mano para prepararme para la lucha.

A pesar de la predicción de Iseult, tan segura de sí, de que iba a sobrevivir, no dormí bien. Estaba preocupado, y hacía frío. La lluvia se convirtió en aguanieve por

la noche, y el viento azotó el pesebre. Al alba, el viento y la lluvia habían desaparecido; la niebla envolvía los edificios y agua helada goteaba de la paja enmohecida. Desayuné pobremente con pan húmedo, y mientras estaba comiendo aquello el padre Beocca vino y me dijo que Alfredo deseaba hablar conmigo.

Yo estaba de malas pulgas.

—¿Queréis decir que quiere rezar conmigo?

—Quiere hablar contigo —insistió Beocca, y cuando no me moví, dio una patada con el pie cojo al suelo—. No es una petición, Uhtred. ¡Es una orden real!

Me puse la cota, no porque fuera momento de armarme para la batalla, sino porque el forro de cuero me daría algo de calor en la fría mañana. La malla no estaba demasiado limpia, a pesar de los esfuerzos de Iseult. La mayoría de los hombres llevaban el pelo corto, pero a mí me gustaba la manera danesa de dejarlo largo, así que me lo até con una cuerda e Iseult me limpió las briznas de paja que se habían quedado pegadas.

—Debemos apresurarnos —me dijo Beocca, y lo seguí por el barro, pasando cerca del edificio del gran salón y de la iglesia recién construida, hasta unos edificios más pequeños de madera que las inclemencias del clima aún no habían vuelto gris. El padre de Alfredo usaba Cippanhamm como refugio de caza, pero Alfredo lo estaba expandiendo. La iglesia había sido su primer edificio nuevo, y lo había construido incluso antes de reparar la empalizada, lo que daba una clara indicación de sus prioridades. Incluso entonces, cuando la nobleza de Wessex se reunía a un solo día de marcha de los daneses, parecía haber más eclesiásticos que soldados en el lugar, y eso era otro indicio de cómo pensaba Alfredo proteger su reino.

—El rey es gentil —me susurró Beocca al pasar por la puerta—, así que muéstrate humilde.

Beocca llamó a otra puerta, no esperó respuesta, entró y me indicó que pasara. No me siguió, cerró la puerta y me dejó en la penumbra.

Un par de velas de cera titilaban en un altar, y a través de aquella débil luz vi dos hombres arrodillados frente a una cruz de madera sencilla que había entre los dos cirios. Los hombres estaban de espaldas, pero reconocí a Alfredo por la capa azul ribeteada en piel. El segundo hombre era un monje. Ambos rezaban en silencio, y yo esperé. La sala era pequeña, evidentemente una capilla privada, y el único mueble era el altar cubierto y un reclinatorio en el que había un libro cerrado.

—En el nombre del padre... —rompió el silencio Alfredo.

—...Y del hijo —añadió el monje, que hablaba inglés con acento, así que reconocí la voz del Burro.

—...Y del espíritu santo —concluyó Alfredo—. Amén.

—Amén —repitió Asser, y ambos hombres se pusieron en pie, con los rostros emocionados del cristiano devoto que ha dicho bien sus oraciones; Alfredo parpadeó,

como si le sorprendiera verme, aunque tenía que haber oído el golpe de Beocca en la puerta y el ruido de ésta al abrirse y cerrarse.

—Confío en que hayas dormido bien, Uhtred —dijo.

—Y yo en que hayáis dormido vos, mi señor.

—Los dolores me mantuvieron en vela —respondió Alfredo tocándose el estómago. Después se acercó a un lado de la estancia y abrió un par de contraventanas de madera bastante grandes, iluminando la capilla con una luz débil y neblinosa. La ventana daba a un patio, y comprendí que fuera había hombres. El rey se estremeció, pues la capilla estaba helada—. Hoy es san Cedd —me dijo.

Yo no contesté.

—¿Has oído hablar de san Cedd? —me preguntó, y cuando mi silencio traicionó mi ignorancia, sonrió con indulgencia—. Procedía de la Anglia Oriental, si no me equivoco, ¿verdad hermano?

—El muy santo Cedd era un anglo, sin duda, mi señor —confirmó Asser.

—Y su misión estaba en Lundene —prosiguió Alfredo—, pero terminó sus días en Lindisfarena. Seguro que conoces el lugar, Uhtred.

—Lo conozco, señor —repuse. La isla se encontraba a poca distancia a caballo de Bebbanburg, y no hacía tanto que me había acercado al monasterio con el conde Ragnar a ver morir a los monjes bajo las espadas danesas—. Lo conozco bien —añadí.

—¿Y Cedd es famoso en tu tierra?

—No había oído hablar de él, señor.

—Yo pienso en él como un símbolo —dijo Alfredo—, un hombre que nació en la Anglia Oriental, llevó a cabo su tarea en Mercia y murió en Northumbria. —Unió sus largas y pálidas manos de modo que sus dedos quedaron entrelazados—. Los sajones de Inglaterra, Uhtred, se unieron ante Dios.

—Y se unieron en gozosa oración con los britanos —añadió Asser cargado de piedad.

—Le ruego a Dios todopoderoso para que ese feliz día tenga lugar —dijo el rey, sonriéndome, y para entonces ya sabía por dónde iba. Allí estaba, con aspecto tan humilde, sin corona, ni collares o brazaletes, con nada más que un pequeño broche de granate que sostenía la capa, y hablaba de un final feliz, pero lo que buscaba era que todos los sajones se unieran bajo un solo rey. Un rey de Wessex. La piedad de Alfredo ocultaba una ambición monstruosa.

—Debemos aprender de los santos —me dijo Alfredo—. Sus vidas son una guía para la oscuridad que nos rodea, y el santo ejemplo de san Cedd nos enseña que debemos estar unidos, así que detesto derramar sangre sajona en la festividad de san Cedd.

—No tiene por qué haber derramamiento, señor —le dije.

—Me complace oír eso —intervino Alfredo.

—Si se retiran los cargos contra mí.

La sonrisa desapareció de su rostro, se acercó a la ventana neblinosa, miré lo que estaba observando y vi el pequeño espectáculo que montaban para mí. Steapa estaba siendo armado. Dos hombres le colocaban una cota de malla enorme por encima de los anchos hombros, mientras un tercero esperaba con un escudo más grande de lo normal y una espada monstruosa.

—Hablé con Steapa anoche —dijo el rey, dando la espalda a la ventana—, y me dijo que había niebla el día que Svein atacó Cynuit. Una niebla matutina como ésta. —Señaló los vahos de la capilla.

—No sabría decirlo, señor —repuse.

—Así que es posible —prosiguió el rey—, que Steapa se equivocara cuando pensó que os vio. —Casi sonreí. El rey sabía que Steapa había mentado, aunque no pensaba decirlo—. El padre Willibald también habló con la tripulación del *Eftwyrd* —prosiguió el rey—, y ninguno confirmó la historia de Steapa.

La tripulación seguía en Hamtun, así que el informe de Willibald debía de haber llegado de allí, y eso significaba que el rey sabía que era inocente de la matanza de Cynuit incluso antes de que me la imputaran.

—¿Así que se me hizo comparecer bajo cargos falsos? —pregunté bruscamente.

—Te acusaron —me corrigió el rey—, y las acusaciones deben probarse o refutarse.

—O retirarse.

—Puedo retirar los cargos —aceptó Alfredo. Steapa, fuera, se aseguraba de que la cota de malla le quedaba holgada haciendo molinetes con la espada. Y era grande, enorme, un martillo más que una hoja. Entonces el rey medio cerró la contraventana, ocultando a Steapa—. Puedo retirar la acusación de Cynuit —dijo—, pero no creo que el hermano Asser nos mintiera.

—Tengo una reina —dije— que dice que sí.

—Una reina de las sombras —susurró Asser—. ¡Una pagana! ¡Una hechicera! —Miró a Alfredo—. Es malvada, señor —dijo—, ¡una bruja! *Maléficos non patieris vivere*.

—No permitirás que las brujas vivan —me tradujo Alfredo—. Es un mandamiento de Dios, Uhtred, de las sagradas escrituras.

—¿Vuestra respuesta a la verdad —me burlé— es amenazar a una mujer con la muerte?

Alfredo se estremeció.

—El hermano Asser es un buen cristiano —replicó con vehemencia—, dice la verdad. Fuiste a la guerra sin que yo te lo ordenara. Usaste mi barco, mis hombres, ¡y te comportaste de manera traicionera! Tú eres quien miente, Uhtred, ¡tú eres quien

engaña! —Hablaba lleno de furia, pero conseguía controlar su ira—. Estoy convencido —prosiguió— de que has pagado tu deuda a la Iglesia con bienes robados a otros cristianos.

—No es cierto —repuse con dureza. Había pagado la deuda con bienes sustraídos a un danés.

—Pues asume de nuevo la deuda —dijo el rey—, y no tendremos muerte en este sagrado día de San Cedd.

Se me ofrecía la vida. Alfredo esperaba mi respuesta, sonriente. Estaba seguro de que aceptaría la oferta porque a él le parecía razonable. No sentía ningún aprecio por los guerreros, las armas o la matanza. El destino requería que pasara su reinado guerreando, pero no era esa su inclinación. Quería civilizar Wessex, proporcionarle piedad y orden, y dos hombres luchando a muerte en una mañana de invierno no coincidía con su idea de un reino bien gobernado.

Pero yo detestaba a Alfredo. Lo detestaba por haberme humillado en Exanceaster cuando me hizo vestir un hábito de penitente y arrastrarme hasta el altar. Tampoco lo consideraba mi rey. Era un sajón del oeste, yo era northumbrio y creía que mientras él fuera rey, Wessex tenía pocas posibilidades de sobrevivir. El pensaba que Dios lo protegería de los daneses, yo creía que había que derrotarlos con la espada. También se me había ocurrido una ligera idea de cómo derrotar a Steapa; sólo era una idea, pero no sentía deseo alguno de retomar una deuda que ya había pagado, y además era joven, insensato, arrogante y jamás fui capaz de resistirme a un impulso estúpido.

—Todo lo que he dicho es verdad —mentí—, y la defenderé con mi espada.

Alfredo se estremeció al oír mi tono.

—¿Estás diciendo que el hermano Asser miente? —preguntó.

—Retuerce la verdad —dije—, como una mujer el cuello de una gallina.

El rey abrió la ventana de par en par, mostrándome al magnífico Steapa en toda su reluciente gloria guerrera.

—¿De verdad quieres morir? —me preguntó.

—Quiero luchar por la verdad, mi señor el rey —repuse obstinado.

—Entonces eres un insensato —dijo Alfredo, mostrando de nuevo su ira—. Un mentiroso, un insensato y un pecador. —Cruzó hasta la puerta, la abrió y le gritó a un criado que comunicara al *ealdorman* Wulfhere que la lucha iba a tener lugar, después de todo—. Ve —añadió dirigiéndose a mí—, y que tu alma reciba su justa recompensa.

Wulfhere había sido encargado de preparar la contienda, pero el acontecimiento se retrasó porque el *ealdorman* había desaparecido. Se registró la ciudad, los edificios reales, pero no hubo señal de él hasta que un esclavo del establo informó nervioso de que Wulfhere y sus hombres habían salido de Cippanhamm antes del alba. Nadie sabía por qué, aunque algunos supusieron que Wulfhere no quería tomar parte en un

juicio por combate, lo que para mí carecía de sentido porque el *ealdorman* jamás me había parecido un pusilánime. El *ealdorman* Huppa de Thornsæta fue designado para ocupar su puesto, así que se acercaba ya el mediodía cuando me trajeron las espadas y me escoltaron hasta el prado que había junto al puente que salía de la ciudad por la puerta este. Una multitud se había congregado en la otra orilla del río. Había tullidos, mendigos, malabaristas, mujeres vendiendo pasteles, docenas de curas, niños emocionados, y, por supuesto, los guerreros reunidos de la nobleza sajona, todos en Cippanhamm para la reunión del *witan*, y todos ansiosos por ver a Steapa Snotor lucir su conocida habilidad.

—Eres un memo como hay pocos —me dijo Leofric.

—¿Porque he insistido en pelear?

—Podías haber salido de ésta.

—Y los hombres me habrían llamado cobarde —repuse. Y eso también era cierto, un hombre no puede retirarse de una pelea y seguir siendo hombre. Conseguimos mucho en esta vida si somos capaces. Tenemos niños y fortunas, y amasamos tierras y edificios, convocamos ejércitos y damos grandes banquetes, pero sólo una cosa nos sobrevive: la reputación. No podía echarme atrás.

Alfredo no asistió a la pelea. Lo que hizo fue dirigirse al oeste con la preñada y *Ælswith* y sus dos hijos, escoltados por una veintena de guardias y un número similar de curas y cortesanos. Acompañaba al hermano Asser durante la primera etapa del viaje de regreso del monje a Dyfed. Y con ello el rey dejaba claro que prefería la compañía del monje britano a ver pelear a dos de sus guerreros como perros rabiosos. Pero nadie más en Wessex quería perderse la lucha. Estaban ansiosos, aunque Huppa quería que todo estuviera en orden y por ello insistió en que la muchedumbre se retirara del terreno húmedo junto al río para dejarnos espacio. La gente se retiró del pisoteado terreno y se apiñó en la orilla, y Huppa se acercó a Steapa para preguntarle si estaba listo.

Sí lo estaba. Su malla brillaba a la débil luz del sol. Su casco relucía. El escudo era una cosa enorme, remachado y ribeteado en hierro, y debía de pesar tanto como un saco de grano; un escudo que era un arma en sí mismo si conseguía atizarme con él. Sin embargo, su arma principal era la enorme espada, más larga y pesada que ninguna que yo hubiera visto antes.

Huppa, seguido de dos guardias, vino hacia mí. Sus pies chapoteaban en la hierba y pensé que el terreno sería traicionero.

—Uhtred de Oxton —me dijo—, ¿estáis preparado?

—Me llamo —respondí— Uhtred de Bebbanburg.

—¿Estáis preparado? —repitió en tono imperioso, ignorando mi corrección.

—No —contesté.

Un murmullo recorrió la multitud que estaba más cerca de mí, el murmullo se

extendió, y a los pocos instantes todos los congregados allí se burlaban de mí. Me creían un cobarde, y ese pensamiento se vio reforzado cuando tiré la espada y el escudo y le pedí a Leofric que me ayudara a quitarme la cota. Odda *el Joven*, de pie junto a su campeón, se partía de risa.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Leofric.

—Espero que hayas apostado dinero por mí —contesté.

—Por supuesto que no.

—¿Os negáis a pelear? —me preguntó Huppa.

—No —repuse, y cuando me quité la armadura, volví a coger *Hálito-de-Serpiente*, que sostenía Leofric. Sólo *Hálito-de-Serpiente*. Ni casco, ni escudo, sólo mi buena espada. Ya no llevaba sobrepeso. El terreno era fangoso, Steapa iba armado, pero yo era ligero, rápido y estaba listo.

—Estoy listo —le comuniqué a Huppa.

Se acercó al centro del prado, levantó un brazo, lo bajó, y la muchedumbre vitoreó.

Besé el martillo que llevaba del cuello, encomendé mi alma al gran dios Thor, y caminé hacia delante.

* * *

Steapa se acercó a mí con paso constante, el escudo arriba y la espada en la izquierda. No había ningún indicio de preocupación en sus ojos. Era un hombre a su tarea, y me pregunté cuántos habría matado antes. El debió de pensar que sería fácil matarme porque no llevaba protección, ni siquiera escudo. Así que nos acercamos el uno al otro hasta que, a doce pasos de él, empecé a correr. Corrí hacia él, amagué hacia la derecha, a por la espada, y di un requiebro brusco hacia la izquierda, aún corriendo, dejándolo atrás; sentí la enorme arma girar rápido tras de mí al darse él la vuelta, pero ahora estaba detrás de él, y él seguía girando; yo me puse de rodillas, me agaché, oí el susurro de la hoja pasar por encima de mi cabeza, me puse en pie de nuevo y lancé una estocada.

La espada perforó malla y extrajo sangre justo por detrás de su hombro derecho, pero era más rápido de lo que había esperado, se estaba ya recuperando del primer molinete, replegó la espada y consiguió liberarse de *Hálito-de-Serpiente*. Le había hecho un rasguño.

Retrocedí dos pasos. Volví por la izquierda, y él cargó hacia mí, con la esperanza de aplastarme con el peso de su escudo, pero yo corrí de nuevo hacia la derecha, paré su espada con *Hálito-de-Serpiente* y el entrechocar de las espadas fue como el clamor de las campanas del Juicio; cuando volví a tirar mi estocada, en esta ocasión hacia la cintura, se echó atrás con rapidez. Seguí apuntando hacia la derecha, con el brazo crispado por el choque de las espadas. Atacaba rápido, le hacía volverse, untaba un

lance, dejaba que se abalanzara hacia delante e iba por la izquierda. El terreno estaba fangoso. Temía resbalar, pero la velocidad era mi arma. Tenía que conseguir que siguiera girando, atacando al aire, y aprovechar todas las oportunidades que tuviera de usar a *Hálito-de-Serpiente*. «Desángralo lo suficiente —pensé—, y se cansará», pero adivinó mis intenciones tácticas, y empezó a frustrarlas con cargas cortas, y cada carga iba acompañada del silbido de aquella enorme espada. Quería que la parara, y confiaba en romper mi espada cuando las hojas chocaran. Yo temía lo mismo. Estaba bien hecha, pero incluso la mejor espada puede romperse.

Me obligó a retroceder, intentó acorralarme contra los espectadores de la orilla para rebanarme a pedazos delante de ellos. Le dejé conducirme, después me aparté a la derecha, donde resbalé con el pie izquierdo y caí sobre esa misma rodilla, y la multitud, bien cerca de mí, emitió un grito ahogado y una de las mujeres uno real, porque la enorme espada de Steapa se dirigía hacia mi cuello como un hacha; sin embargo, yo no había resbalado, sólo lo había fingido, me puse en pie impulsándome con el pie derecho, salí de la trayectoria del golpe y di la vuelta por su flanco derecho, él asestó un golpe hacia fuera con el escudo y me dio en un hombro con el borde, y yo supe que eso me dolería, pero también que tenía una oportunidad, así que hice trabajar a *Hálito-de-Serpiente* y la punta volvió a perforar malla, para herirlo en las costillas por la espalda, él rugió al volverse, liberando la hoja de la cota, pero yo ya retrocedía.

Me detuve a diez pasos. El se detuvo también, y me observó. Para entonces su rostro ya mostraba algo de perplejidad. Adelantó el pie izquierdo, como Harald me había advertido que haría, esperaba que lo atacara y confiaba en que lo protegiera la placa de hierro oculta en la bota mientras él me machacaba, aporreaba y descuartizaba. Le sonreí, me pasé a la mano izquierda a *Hálito-de-Serpiente* y allí la dejé, cosa que volvió a desconcertarlo. Algunos hombres sabían luchar con ambas manos, ¿sería yo uno de ellos? Decidió esconder el pie.

—¿Por qué te llaman Steapa Snotor?—le pregunté—. ¿Quizá porque no eres listo? ¡Tienes menos seso que un huevo podrido!

Intentaba cabrearlo, y confiaba en que esa ira lo volviera descuidado, pero mi insulto le rebotó. En lugar de cargar contra mí lleno de furia, se acercó lentamente, observando la espada en la mano izquierda; los hombres de la colina le gritaron que me matase, y yo me lancé a correr hacia él de repente, me eché hacia la derecha, y él atacó un poco tarde al pensar que en el último momento cambiaría a la izquierda. Lancé una estocada hacia atrás y le di en el brazo de la espada; sentí la fricción de la hoja contra los anillos de la malla, pero no la rasgó. Al instante me había separado de él y volvía a sostenerla con la mano derecha, me di la vuelta, cargué contra él, y finté en el último momento, de modo que su prodigioso molinete falló por un metro.

Seguía perplejo. Era como hostigar a un toro, él era el toro y su problema era

mantenerme en un lugar fijo donde pudiera usar toda la fuerza de su peso. Yo era el perro, y mi tarea consistía en atraerlo, picarle y morderle hasta que se debilitara. El pensaba que saldría con malla y escudo, y que nos aporrearíamos unos instantes hasta que perdiera la fuerza y entonces pudiera tumbarme a base de porrazos, y después descuartizarme con aquel espadón, pero hasta el momento su espada no me había tocado. Aunque tampoco yo lo había debilitado. Había sangrado por mis dos tajos, pero no eran más que rasguños. Así que ahora volvía a la carga, con la esperanza de volverme a acorralar junto al río. Una mujer gritó desde lo alto de la orilla, y yo supuse que intentaba animarlo, el griterío aumentó, y yo aceleré el retroceso, lo que provocó que Steapa se acercara pesadamente, pero me había vuelto a escabullir por la derecha y volvía a atacar, haciéndole girar una y otra vez hasta que, de repente, se detuvo, miró a mi espalda, bajó el escudo y dejó caer la espada; lo único que tenía que hacer era arremeter contra él. Estaba listo para rematarlo. Podía ensartarle a *Hálito-de-Serpiente* en el pecho o en la garganta, o hincársela en el vientre, pero no hice ninguna de aquellas cosas. Steapa no era ningún imbécil en la batalla, y supuse que me estaba engañando, así que no mordí el anzuelo. Si tiraba, pensé, me aplastaría entre su escudo y su espada. Quería que pensara que estaba indefenso, para que me acercara hasta ponerme a su alcance, pero lo que hice fue detenerme y abrir los brazos, invitándole a atacarme como él me invitaba a mí.

Pero no me hizo ni caso. Sólo miraba a mis espaldas. Y el grito de la mujer era ahora un chillido agudo; también había hombres gritando, Leofric aullaba mi nombre, y los espectadores ya no nos contemplaban, sino que corrían presos del pánico.

Así que le volví la espalda a Steapa y miré hacia la ciudad, que sobresalía en la colina rodeada por un meandro del río.

Y vi que Cippanhamm estaba en llamas. El humo oscurecía el cielo de invierno, y el horizonte estaba cubierto de hombres, hombres montados, hombres con espadas, hachas, escudos, lanzas y estandartes, y más jinetes que entraban por la puerta este haciendo temblar el puente.

Las oraciones de Alfredo no habían sido escuchadas, y los daneses habían vuelto a Wessex.

CAPÍTULO VI

Steapa reaccionó antes que yo. Se quedó con la boca abierta al ver a los daneses cruzando el puente, y después se apresuró hacia donde estaba Odda *el Joven*, que gritaba pidiendo sus caballos. Los daneses se desplegaban desde el puente, galopaban por el prado con las espadas desnudas y las lanzas en ristre. El humo se colaba entre las nubes bajas desde la ciudad en llamas. Un caballo sin jinete, con los estribos al viento, galopaba por la hierba, entonces noté la mano de Leofric que me agarró por el codo y tiró de mí hacia el norte, junto al río. La mayor parte de la gente se había dirigido al sur y los daneses los habían seguido, así que el norte parecía ofrecer más seguridad. Iseult llevaba mi cota de malla y se la cambié por *Aguijón-de-Avispa*, y tras nosotros aumentó el griterío mientras los daneses desmembraban a la masa presa del pánico. La gente se desperdigó. Los jinetes que escapaban atronaban a nuestro alrededor, y nos lanzaban con los cascos trozos de tierra húmeda y hierba a cada paso. Vi a Odda *el Joven* dar media vuelta y huir con otros tres jinetes. Harald, el alguacil de la comarca, era uno de ellos, pero no vi a Steapa y por un momento temí que el gigante estuviera buscándome. Lo olvidé en el mismo instante en que un grupo de daneses apareció para perseguir a Odda.

—¿Dónde están nuestros caballos? —le grité a Leofric, que parecía desconcertado; entonces recordé que no habían llegado a Cippanhamm conmigo. Los animales estarían probablemente aún en el patio de la taberna Rey de Codornices, lo que significaba que estaban perdidos.

Junto al río había un sauce caído y un grupo de alisos pelados, y allí nos detuvimos a tomar aliento, ocultos por el enorme tronco del sauce. Me puse la cota, me ceñí las espadas, y le pedí a Leofric el casco y el escudo.

—¿Dónde está Haesten? —pregunté.

—Salió corriendo —repuso Leofric sin más. Como el resto de mis hombres. Se habían sumado a la turba y dirigido hacia el sur. Leofric señaló hacia el norte—. Problemas —prosiguió en el mismo tono lacónico. Había una veintena de daneses bajando por nuestra orilla del río, y bloqueando nuestra huida, pero aún estaban lejos; los hombres que habían ido tras Odda habían desaparecido ya, de modo que Leofric nos guió por el prado hasta una maraña de espinas, alisos, ortigas y enredadera. En el centro había una antigua cabaña de adobe y cañas, quizás un refugio de pastor, y aunque la cabaña estaba medio derruida ofrecía mejor protección que el sauce, así que los tres nos zambullimos entre las ortigas y nos agachamos bajo la madera podrida.

Sonaba una campana en la ciudad, como si tocara a muerto. Se detuvo abruptamente, volvió a empezar, y después terminó por fin. Se oyó un cuerno. Una docena de jinetes se acercó a nuestro escondite: todos llevaban capas negras y

escudos pintados de negro, las marcas de los guerreros de Guthrum.

Guthrum. Guthrum *el Desafortunado*. Se llamaba a sí mismo rey de la Anglia Oriental, pero quería ser rey de Wessex, aquél era el tercer intento de tomar el país y esta vez, pensé, su suerte había cambiado. Mientras Alfredo había estado celebrando la duodécima noche de Yule, mientras el *witan* se reunía para discutir el mantenimiento de los puentes y el castigo de ciertos malhechores, Guthrum había marchado sobre el país. El ejército de los daneses estaba en Wessex, Cippanhamm había caído, y los grandes hombres del reino de Alfredo habían sido sorprendidos, desperdigados o asesinados. El cuerno sonó de nuevo y la docena de jinetes con capas negras se dio la vuelta y se encaminó hacia la zona de donde procedía la llamada.

—Tendríamos que haber sabido que los daneses se estaban preparando para atacar —exclamé indignado.

—Siempre has dicho que lo harían —respondió Leofric.

—¿Pero es que no tenía Alfredo espías en Gleawecestre?

—Lo que tenía eran curas rezando aquí —repuso Leofric con amargura—, sin duda confiado en la tregua de Guthrum.

Me toqué el amuleto del martillo. Se lo había arrebatado a un chico en Eoferwic. Por entonces también yo era un niño, recién capturado por los daneses, mi contrincante se me había tirado encima a patadas y puñetazos, y yo lo tumbé junto a la orilla del río y le quité el amuleto. Aún lo conservo. Lo toco a menudo, para recordarle a Thor que aún sigo vivo, pero aquel día lo toqué pensando en Ragnar. Los rehenes estarían muertos, ¿sería ése el motivo por el que Wulphere había partido al alba? ¿Pero cómo podía saber que venían los daneses? Si Wulphere lo hubiese sabido, Alfredo lo habría sabido también, y las fuerzas sajonas habrían estado preparadas. Nada de aquello tenía sentido, salvo que Guthrum había atacado de nuevo durante una tregua; la última vez que lo había hecho demostró que estaba dispuesto a sacrificar a los rehenes retenidos. Parecía seguro que pudiera repetirlo, así que Ragnar estaría muerto y mi mundo se habría vuelto más pequeño.

Y muchos otros habían muerto. Había cadáveres en el prado entre nuestro escondite y el río, y la matanza proseguía. Algunos sajones habían regresado a la ciudad y, al descubrir que el puente estaba guardado, intentaron escapar al norte: los vimos caer bajo los jinetes daneses. Tres hombres intentaron resistirse, cubriéndose con las espadas, pero un danés lanzó un grito de júbilo y cargó contra ellos a caballo. La lanza atravesó el pecho de uno de los hombres, aplastándoselo, los otros dos cayeron al suelo por el impacto del caballo e, inmediatamente, más daneses se les echaron encima, con espadas y hachas sobre sus cabezas. Una chica gritó y corrió aterrorizada en círculos hasta que un danés, con una larga melena al viento, se inclinó desde la silla y le subió el vestido por la cabeza, de modo que quedó cegada y medio desnuda. Avanzó a trompicones por la hierba húmeda y media docena de daneses se

partieron de risa con ella, entonces uno de ellos le dio un azote en las caderas con la espada y otro la arrastró hacia el sur. El vestido ahogaba sus gritos. Iseult estaba temblando, y yo la rodeé con uno de mis brazos cubiertos en malla.

Podría haberme unido a los daneses en el prado. Hablaba su idioma y, con el pelo largo y los brazaletes, habría parecido un danés. Pero Haesten estaba en algún lugar de Cippanhamm y podía traicionarme. Guthrum no sentía gran aprecio por mí, y, aunque yo sobreviviera, Leofric e Iseult lo tendrían difícil. Aquellos daneses estaban desenfrenados, eufóricos por la fácil derrota, y si una docena decidía que quería a Iseult, se la llevarían, tanto si pensaban que era danés como si no. Cazaban en grupos, así que era mejor permanecer ocultos hasta que el frenesí pasara. Al otro lado del río, en la cima de la colina baja sobre la que estaba construida Cippanhamm, vi la iglesia más grande de la ciudad en llamas. El techo de paja volaba por los aires en grandes pavesas llameantes y penachos de humo lleno de chispas.

—¿Qué cojones hacías antes? —me preguntó Leofric.

—¿Antes? —la pregunta me confundió.

—¡Bailando con Steapa como un mosquito! ¡Habría aguantado todo el día!

—Le herí —dije— dos veces.

—¿Que le heriste? ¡Por el amor de Dios, se hace más daño él afeitándose!

—Ahora tampoco importa, ¿no crees? —Supuse que Steapa estaría muerto a esas alturas. O quizás hubiese escapado. No lo sabía. Ninguno sabía qué estaba pasando aparte de que habían venido los daneses. ¿Y Mildrith? ¿Y mi hijo? Estaban lejos, y presumiblemente recibirían aviso del ataque danés, pero no albergaba ninguna duda de que los daneses seguirían avanzando por Wessex, y que no había nada que pudiera hacer por Oxton. No tenía caballo, ni hombres, ni oportunidad alguna de llegar a la costa sur antes que los soldados montados de Guthrum.

Vi a un danés pasar a caballo con una chica cruzada en la silla.

—¿Qué pasó con la chica danesa que te llevaste a casa? —le pregunté a Leofric—. La que capturamos en Gales.

—Sigue en Hamtun —dijo—, y ahora que no estoy allí probablemente ande en la cama de otro.

—¿Probablemente? Eso ni lo dudes.

—Pues el muy cabrón se la puede quedar —dijo—. Lloro demasiado.

—Mildrith también lloriquea a menudo —le dije entonces, y después, tras una pausa, añadí—: Eanflaed estaba enfadada contigo.

—¿Eanflaed? ¡Enfadada conmigo! ¿Por qué?

—Porque no habías ido a verla.

—¿Y cómo iba a hacerlo? Estaba encadenado. —Parecía satisfecho de que la puta hubiera preguntado por él—. Eanflaed no llora, ¿verdad?

—No que yo haya visto.

—Buena chica. Seguro que le gustaría Hamtun.

Si es que Hamtun seguía existiendo. ¿Habría venido una flota danesa desde Lundene? ¿Estaría Svein atacando desde el mar del Saefern? Sólo sabía que Wessex estaba sufriendo el caos y la derrota. Empezó a llover otra vez, una fina llovizna, fría y punzante. Iseult se acurrucó aún más y yo la protegí con mi escudo. La mayoría de la gente que se había reunido para ver la pelea junto al río había huido hacia el sur, y sólo un puñado había tomado nuestro camino, lo que significaba que había menos daneses junto a nuestro escondite; los que se hallaban en los prados al norte del río recogían ahora el botín. Despojaban a los cadáveres de armas, cinturones, cotas de malla, ropa, cualquier cosa de valor. Unos cuantos sajones habían sobrevivido, pero se los llevaban con los niños y las mujeres para ser vendidos como esclavos. Mataron a los viejos. Un hombre herido se arrastraba por el suelo, y una docena de daneses lo atormentaban como gatos jugando con un gorrión herido, pinchándolo con lanzas y espadas, desangrándolo hasta morir lentamente. Haesten era uno de los torturadores.

—Siempre me gustó Haesten —dije con tristeza.

—Es un danés —comentó Leofric despectivo.

—Aun así, me gustaba.

—Lo mantuviste con vida —replicó Leofric— y ahora ha vuelto con los suyos. Tendrías que haberlo matado. —Observé a Haesten dar patadas al herido, que gritaba preso de la agonía y suplicaba que lo mataran, pero el grupo de jóvenes siguió entreteniéndose con él, hasta que llegaron los primeros cuervos. A menudo me he preguntado si los cuervos huelen la sangre: el cielo puede estar despejado todo el día, pero cuando un hombre muere, aparecen de ninguna parte a cubrirlo de relucientes alas negras. Quizá los envíe Odín, pues los cuervos son sus aves; fuera como fuera, en aquel momento aterrizaban para empezar a darse un banquete de ojos y labios, el primer plato de todos los banquetes de cuervos. Los perros y los zorros no tardarían en aparecer.

—El fin de Wessex —exclamó Leofric con tristeza.

—El fin de Inglaterra —añadí yo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Iseult.

Yo no tenía respuesta. Ragnar debía de estar muerto, lo que significaba que no tenía refugio entre los daneses, y Alfredo estaba probablemente muerto o huido; mi obligación era ahora para con mi hijo. Sólo era un bebé, pero era mi hijo y llevaba mi nombre. Bebbanburg sería suyo si podía recuperarlo, y si yo no lo lograba, sería su deber capturar de nuevo la fortaleza, para que el nombre de Uhtred de Bebbanburg se mantuviera hasta el tumulto que sería el caos final del mundo moribundo.

—Tenemos que llegar a Hamtun —dijo Leofric—, y encontrar a nuestra tripulación.

Lástima que los daneses ya estuvieran allí. O de camino. Sabían dónde residía el

poder de Wessex, dónde poseían sus casas los grandes señores, dónde se reunían los soldados, y Guthrum habría enviado hombres allí para quemar, matar y desarmar al último reino de los sajones.

—Necesitamos comida —dije—, comida y calor.

—Enciende aquí una hoguera —farfulló Leofric—, y estamos muertos.

Decidimos esperar. La llovizna se tornó aguanieve. Haesten y sus nuevos compañeros, ahora que su víctima estaba muerta, se marcharon, dejando el prado vacío salvo por los cadáveres y su séquito de cuervos. Y seguimos esperando, pero Iseult, que era tan delgada como Alfredo, estaba temblando incontroladamente así que, al caer la tarde, me quité el casco y me desaté el pelo.

—¿Qué estás haciendo?

—Por el momento —dije—, somos daneses. Tú cierra el pico.

Los guíé hacia la ciudad. Habría preferido esperar hasta que se hiciera de noche, pero Iseult tenía demasiado frío para esperar más, y yo confié en que los daneses se hubieran calmado. Podría parecer un danés, pero seguía siendo un movimiento peligroso. Era probable que me cruzara con Haesten, y si les contaba a los otros la emboscada que había tendido al barco danés de Dyfed, podía no esperar otra cosa que una muerte lenta. Así que avanzamos nerviosos, caminando entre cadáveres ensangrentados por el camino junto al río. Los cuervos protestaban cuando nos acercábamos, aleteaban indignados hacia los sauces invernales, y regresaban a su festín cuando ya habíamos pasado. Había más cadáveres apilados junto al puente, donde los jóvenes que habían sido capturados para ser vendidos como esclavos eran obligados a cavar una tumba. Los daneses que los vigilaban estaban borrachos, y nadie nos dijo nada al cruzar el puente de madera y el arco de la puerta, aún adornado de acebo y enredadera para celebrar la Navidad.

Las hogueras empezaban a apagarse, extinguidas por la lluvia o por los daneses, que se afanaban en saquear casas e iglesias. Yo me quedé en el más estrecho de los callejones, pasando de refilón una herrería, una tienda de pieles y un lugar en el que se vendían ollas. Nuestras botas crujían sobre los pedazos de cerámica. Un danés joven estaba vomitando a la entrada del callejón y me contó que Guthrum se hallaba en el complejo real, donde celebrarían una fiesta esa noche. Se enderezó, tomó aire, y recuperó la sobriedad lo suficiente para ofrecerme una bolsa de monedas por Iseult. Había mujeres gritando o llorando en las casas, y el ruido que hacían empezaba a enojar a Leofric, pero yo le recomendé que se calmara. Entre los dos no íbamos a liberar Cippanhamm, y si el mundo se hubiera vuelto del revés y hubiese sido un ejército sajón el que capturara una ciudad danesa, el sonido no habría sido distinto.

—Alfredo no lo permitiría —rezongó Leofric.

—Lo habríais hecho igualmente —repuse—. Tú lo has hecho.

Quería noticias, pero ninguno de los daneses de la calle me decían nada con

sentido. Habían llegado de Gleawecestre, partido mucho antes del alba, habían capturado Cippanhamm, y ahora querían disfrutar de todo lo que la ciudad les ofrecía. La gran iglesia había ardido. Pero los hombres buscaban plata entre las ascuas. Como no teníamos nada mejor que hacer, subimos la colina hasta la taberna de Rey de Codornices, donde siempre acudíamos a beber, y encontramos a Eanflaed, la pelirroja, tumbada en una mesa con dos daneses jóvenes que la sujetaban, mientras otros tres, ninguno mayor de diecisiete o dieciocho años, se turnaban para violarla. Una docena más de daneses bebían con bastante calma, apenas prestando atención a la violación.

—Si la quieres —dijo uno de los jóvenes dirigiéndose a mí—, tendrás que esperar.

—La quiero ahora —dije.

—Pues puedes saltar al pozo de mierda —añadió. Estaba borracho. Tenía barba rala y mirada insolente—. Puedes saltar al pozo de mierda —repitió, evidentemente encantado con el insulto, después señaló a Iseult—, y yo me la trajino a ella mientras tú te ahogas.

Le aticé, le rompí la nariz y le puse la cara perdida de sangre, y mientras cogía aliento, le metí un patadón entre las piernas. Cayó al suelo, sollozando, y le aticé a un segundo hombre en el estómago mientras Leofric descargaba la frustración de todo el día en un ataque salvaje a un tercero. Los dos que sujetaban a Eanflaed se nos echaron encima, y uno de ellos gritó cuando la prostituta lo agarró por los pelos y le clavó sus afiladas uñas en los ojos. El contrincante de Leofric estaba en el suelo, le pisó la garganta, y yo arrinconé a mi chico a cabezazos junto a la puerta, le di otro en las costillas, rescaté a la víctima de Eanflaed, le partí la mandíbula, y después regresé hacia el muchacho que había amenazado con violar a Iseult. Le arranqué un aro de plata de la oreja, le quité uno de sus brazaletes y le robé la bolsa, en la que sonaban algunas monedas. Se la tiré a Eanflaed al regazo, le asesté una patada entre las piernas, otra más, y lo saqué a la calle.

—Anda y salta a un pozo de mierda —le grité, después cerré de un portazo. Los demás daneses, aún bebiendo al otro extremo de la taberna, habían contemplado la pelea divertidos, y ahora nos aplaudían irónicamente.

—Cabrones —dijo Eanflaed, evidentemente hablando con los hombres que acabábamos de ahuyentar—. Me duele todo el cuerpo. ¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí?

—Creen que somos daneses —le dije.

—Necesitamos comida —dijo Leofric.

—Se la han comido casi toda —repuso Eanflaed, señalando a los daneses sentados—, pero creo que queda algo en la parte de atrás. —Se abrochó la cotilla—. Edwulf está muerto. —Edwulf era el propietario de la taberna—. ¡Y gracias por

ayudarme, cabrones lisiados! —les gritó a los daneses, que no la entendieron y estallaron en carcajadas. Después se dirigió hacia la parte de atrás para buscarnos comida, pero uno de los hombres tendió una mano para detenerla.

—¿Adonde vas? —le preguntó en danés.

—Va a pasar por donde tú estás —le grité.

—Quiero cerveza —dijo—. ¿Y tú, quién eres?

—Soy el tipo que te va a rebanar el cuello si le impides que vaya a por comida —contesté.

—¡Tranquilos, tranquilos! —intervino un hombre mayor—. ¿No te conozco?

—Estuve con Guthrum en Readingum —le dije—, y en Werham.

—Eso será. Esta vez le ha salido mejor, ¿eh?

—Sí, parece que sí —coincidí.

El hombre señaló a Iseult.

—¿Tuya?

—No está en venta.

—Sólo preguntaba, hombre, sólo preguntaba.

Eanflaed nos trajo pan rancio, cerdo frío, manzanas arrugadas y un queso duro como la piedra en el que se retorcían unos gusanos rojos. El hombre mayor acercó una jarra de cerveza a nuestra mesa, evidentemente como ofrenda de paz, se sentó y empezó a hablar conmigo, así que me enteré de algo más. Guthrum se había traído cerca de tres mil hombres para atacar Cippanhamm. El propio Guthrum se encontraba ahora en las dependencias de Alfredo, y la mitad de sus hombres se quedarían como guarnición en Cippanhamm mientras el resto planeaba dirigirse al sur o al este por la mañana.

—Para que estos cabrones no se aburran —dijo el hombre, después miró hacia Leofric—. No dice demasiado.

—Es mudo —le dije.

—Conocí a un hombre que tenía una mujer muda. Qué feliz era. —Miró celoso mis brazaletes—. ¿Ya quién sirves?

—A Svein el del Caballo Blanco.

—¿Svein? No estaba en Readingum. Ni en Werham.

—Estaba en Dyflin —dijo—, pero entonces yo servía a Ragnar *el Viejo*.

—¡Ah, Ragnar! Pobre diablo.

—Supongo que su hijo estará muerto, ¿no? —pregunté.

—No puede ser de otro modo —respondió el hombre—. Los rehenes, pobres cabrones. —Pensó por un instante, después frunció el ceño—. ¿Qué está haciendo aquí Svein? Pensaba que venía en barco.

—Y viene —dije—, nosotros estamos aquí para hablar con Guthrum.

—¿Svein envía a un mudo para hablar con Guthrum?

—Me envía a mí para hablar —le dije—, y a él —y señalé con el pulgar la cara de pocos amigos de Leofric— para matar a quienes hagan demasiadas preguntas.

—¡Está bien, está bien! —El hombre alzó una mano para calmar mi beligerancia.

Dormimos en la parte de arriba del establo, protegidos por la paja, y nos marchamos al alba; en aquel momento, cincuenta sajones habrían podido capturar de nuevo Cippanhamm, pues los daneses estaban borrachos, dormidos, y se habían olvidado del mundo. Leofric robó espada, hacha y escudo a un hombre que roncaba en la taberna. Después salimos sin problemas por la puerta oeste. En el campamento exterior, encontramos unos cien caballos, guardados por dos hombres que dormían en una cabaña de paja, y habríamos podido llevarnos todos los animales, pero no teníamos sillas ni estribos así que, aunque de mala gana, decidí que iríamos andando. Ahora éramos cuatro, pues Eanflaed había decidido acompañarnos. Había envuelto a Iseult en dos enormes capas, pero la muchacha britana seguía temblando.

Caminamos primero hacia el oeste y después hacia el sur por una carretera que se enroscaba entre pequeñas colinas. Nos dirigíamos a Batum; desde allí podría bajar directamente hasta Defnascir para intentar recuperar a mi hijo, aunque era evidente que los daneses nos llevaban la delantera. Algunos debían de haber tomado aquel camino el día anterior, pues en el primer pueblo al que llegamos no había gallos cantando, no se oía nada, y lo que al principio había tomado por niebla matutina era humo de las granjas quemadas. Delante se veía aún más humo, lo que sugería que los daneses podían haber llegado ya a la ciudad, que conocían bien porque ya habían negociado allí una de sus treguas. Poco después, por la tarde, una horda de daneses montados apareció en la carretera tras nosotros, y no tuvimos más remedio que escondernos en las colinas al oeste.

Vagamos durante una semana. Buscamos cobijo en casuchas que apenas se mantenían en pie. Algunas estaban desiertas y otras aún contenían gente asustada, pero todos los cortos días de invierno se vieron manchados de humo a medida que los daneses saqueaban Wessex. Un día descubrimos una vaca, atrapada en su corral en una granja por lo demás desierta. La vaca tenía un ternero que mugía desesperadamente, muerto de hambre, y aquella noche nos dimos un banquete de carne fresca. Al día siguiente, no nos pudimos mover porque hacía un frío que pelaba; la lluvia azotaba desde el este, y los árboles se mecían como en agonía, el edificio que nos daba cobijo tenía goteras, la hoguera nos asfixiaba, e Iseult se sentó, con los ojos bien abiertos y vacíos, a observar las llamas.

—¿Quieres regresar a Cornwalum? —le pregunté.

Parecía sorprendida de que hubiera hablado. Le costó unos instantes recomponer sus pensamientos. Después se encogió de hombros.

—¿Qué hay allí para mí?

—Tu casa —respondió Eanflaed.

—Uhtred es mi casa.

—Uhtred está casado —repuso Eanflaed con dureza.

Iseult hizo caso omiso.

—Uhtred conducirá hombres —repuso, balanceándose adelante y atrás—, cientos de hombres. Una magnífica horda. Yo quiero estar allí para verlo.

—Te conducirá a la tentación, eso es lo que va a hacer —repuso Eanflaed—. Vete chica, di tus oraciones y confía en que no vengan los daneses.

Seguimos intentando acercarnos al sur, y conseguimos avanzar algo cada día, pero los amargos días eran cortos y los daneses parecían estar en todas partes. Incluso cuando viajábamos campo a través, lejos de caminos y pistas, veíamos alguna patrulla de daneses en la distancia; si queríamos evitarlos, no teníamos más remedio que proseguir hacia el oeste. Al este quedaba la carretera romana que salía de Batum hasta Exanceaster, la vía más concurrida en aquella parte de Wessex, y supuse que los daneses la utilizaban y mandaban patrullas a ambos lados de la carretera. Eran aquellas patrullas las que nos empujaban cada vez más hacia el mar del Saefern, pero tampoco allí estaríamos seguros, pues era probable que Svein hubiera llegado ya a Gales.

También supuse que Wessex había terminado por caer. Encontramos a unas pocas personas, fugitivos que se ocultaban en el bosque, pero nadie tenía noticias, sólo rumores. Nadie había visto soldados sajones, ni sabían nada de Alfredo, sólo veían daneses y el sempiterno humo. De vez en cuando, cruzábamos algún pueblo asolado o una iglesia quemada. Veíamos bandadas de cuervos y los seguíamos para encontrar cadáveres podridos. Estábamos perdidos, y las esperanzas que tenía de llegar a Oxton habían desaparecido hacía bastante. Supuse que Mildrith habría huido hacia el oeste, a las colinas, pues las gentes del Uisc siempre lo hacían cuando venían los daneses. Confiaba en que estuviera viva, confiaba en que mi hijo estuviera vivo, pero el futuro que le esperaba era tan oscuro como las largas noches de invierno.

—Quizá debiéramos firmar nuestra propia paz —le sugerí a Leofric una noche. Estábamos en una Cabaña de pastores, agachados alrededor de una pequeña hoguera que llenaba el bajo techo del edificio de humo. Habíamos asado una docena de costillas de cordero que habíamos sacado del cadáver medio devorado de una oveja. Todos estábamos sucios, mojados y fríos—. Tendríamos que encontrar a los daneses y jurarles lealtad.

—¿Para que nos convirtieran en esclavos? —replicó Leofric con amargura.

—Seremos guerreros —respondí.

—¿Luchar para un danés? —Atizó el fuego, que despidió más humareda—. No pueden haberse hecho con todo Wessex —protestó.

—¿Por qué no?

—Es demasiado grande. Tiene que haber algunos hombres plantando cara. Sólo

tenemos que encontrarlos.

Recordé los debates a los que asistí en Lundene. Entonces yo era un niño y vivía con los daneses, y sus jefes habían discutido que la mejor manera de hacerse con Wessex era atacar el corazón de la parte occidental y romper su poder. Otros querían empezar el asalto tomando el antiguo reino de Kent, la parte más débil de Wessex y la que contenía el gran santuario de Contwaraburg, pero el argumento más osado había vencido. Habían atacado el oeste y el primer asalto había fracasado, pero ahora Guthrum lo había logrado. Con todo, ¿hasta dónde lo había logrado? ¿Seguía Kent siendo sajón? ¿Y Defnascir?

—¿Y qué va a pasar con Mildrith si te unes a los daneses? —preguntó Leofric.

—Se habrá escondido. —Yo respondí sin ánimo, y se hizo el silencio, pero vi que Eanflaed se había sentido ofendida y confié en que contuviera su lengua. No lo hizo.

—¿Te importa? —me pinchó.

—Me importa —repuse.

Eanflaed se burló de esa respuesta.

—Se ha vuelto aburrida, ¿verdad?

—Claro que le importa. —Leofric intentaba mediar.

—Es su mujer —replicó Eanflaed, todavía mirándome—. Y los hombres se cansan de sus mujeres —prosiguió; Iseult escuchaba, sus enormes ojos oscuros iban de mí a Eanflaed.

—¿Qué sabes tú de mujeres? —le pregunté.

—Estuve casada —respondió Eanflaed.

—¿Ah, sí? —preguntó Leofric sorprendido.

—Estuve casada durante tres años —siguió diciendo—, con un hombre de la guardia de Wulfhere. Me dio dos hijos, después murió en la batalla que mató al rey Etelredo.

—¿Dos hijos? —preguntó Iseult.

—Murieron —replicó Eanflaed con dureza—. Eso es lo que hacen los niños. Morirse.

—¿Fuiste feliz con él —preguntó Leofric—, con tu marido?

—Durante unos tres años —contestó—, y durante los tres siguientes aprendí que todos los hombres son unos cabrones.

—¿Todos? —preguntó Leofric.

—La mayoría. —Sonrió a Leofric, después le tocó una rodilla—. Tú no.

—¿Y yo? —pregunté.

—¿Tú? —me miró por un instante—. No confiaría en ti más allá de lo que soy capaz de escupir —repuso, y en su voz había auténtico veneno, lo que avergonzó a Leofric y me dejó a mí sorprendido. Hay momentos en nuestras vidas en que nos vemos como nos ven otros. Supongo que forma parte de la vida, y no siempre es

cómodo. Eanflaed, sin embargo, pareció arrepentirse de haber hablado tan duramente, e intentó arreglarlo—. No te conozco, sólo sé que eres amigo de Leofric.

—Uhtred es generoso —intervino Iseult lealmente.

—Los hombres suelen serlo cuando quieren algo —replicó Eanflaed.

—Yo quiero Bebbanburg —dije.

—Sea eso lo que sea —repuso Eanflaed—, y para conseguirlo harías cualquier cosa. Cualquiera.

Se hizo el silencio. Vi un copo de nieve aparecer por la puerta medio cubierta. Flotó hasta la hoguera y se derritió.

—Alfredo es un buen hombre. —Leofric rompió el incómodo silencio.

—Intenta ser bueno —repuso Eanflaed.

—¿Sólo lo intenta? —pregunté sarcástico. .

—Es como tú —añadió ella—. Mataría por conseguir lo que desea, pero hay una diferencia. El tiene conciencia.

—Quieres decir que teme a los curas.

—Teme a Dios. Y todos deberíamos hacerlo, pues un día todos responderemos ante él.

—Yo no —contesté.

Eanflaed se burló de eso, pero Leofric cambió de conversación comentando que nevaba, y al cabo de un rato nos dormimos. Iseult se aferró a mí y sollozó y se retorció mientras yo, desvelado, soñaba con sus palabras: algún día conduciría una horda reluciente. Parecía una profecía poco probable, y de hecho, me convencí de que sus poderes habían desaparecido con su virginidad, y al final me dormí también. Cuando desperté, el mundo se había convertido en un páramo blanco. Las ramas y el follaje estaban todos bordeados de nieve, pero ya se derretía, goteando hasta transformarse en un alba neblinosa. Cuando salí al exterior, encontré un pequeño gorrión muerto justo al lado de la puerta, y lo interpreté como un mal presagio.

Leofric salió de la cabaña, parpadeando por el brillo de la mañana.

—No te enfades con Eanflaed —dijo.

—No me enfado.

—Su mundo ha terminado.

—Pues tendremos que rehacerlo —repuse.

—¿Significa eso que ya no te vas a unir a los daneses?

—Soy sajón —contesté.

Leofric puso media sonrisa. Se desabrochó los calzones y se puso a mear.

—Si tu amigo Ragnar estuviese vivo —preguntó observando el riachuelo de orina—, ¿seguirías siendo sajón?

—Está muerto, ¿no? —dije débilmente—. Sacrificado por la ambición de Guthrum.

—¿Así que ahora eres sajón?

—Soy sajón —respondí con mucha más convicción de la que sentía, pues no sabía lo que aguardaba el futuro. ¿Y cómo saberlo? Quizás Iseult hubiese dicho la verdad, Alfredo me daría poder, conduciría una horda reluciente y tendría una mujer de oro, pero empezaba a dudar de sus poderes. Alfredo bien podría estar ya muerto, y su reino condenado, y lo único que sabía en aquel momento era que la tierra se extendía hacia el sur hasta una cordillera nevada; allí terminaba en una extraña y vacía claridad. El cielo parecía el fin del mundo, posado sobre un abismo de luz nacarada—. Seguiremos hacia el sur —dije. No podíamos hacer otra cosa que caminar hacia la luz.

Eso hicimos. Subimos por un camino de cabras hasta la cumbre y allí vi que las colinas descendían empinadas hasta los inmensos prados del mar. Habíamos llegado a un enorme pantano, y el brillo que había visto era la luz del invierno reflejada en los lagos y arroyos enroscados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leofric; yo no tenía respuesta. Así que nos sentamos bajo las bayas de un tejo vencido por el viento y contemplamos la inmensidad de la ciénaga, el agua, la hierba y los juncos. Era el enorme pantano que se extendía desde el Saefern, y si tenía que llegar a Defnascir debería rodearlo o cruzarlo. Si lo rodeábamos tendríamos que dirigirnos a la carretera romana, donde estaban los daneses, y si lo intentábamos cruzar tendríamos que enfrentarnos a otros peligros. Había oído mil historias de hombres perdidos en sus húmedas entrañas. Se decía que había espíritus, espíritus que aparecían por la noche como fuegos fatuos, y caminos que sólo conducían a arenas movedizas o estanques mortales, pero también había pequeños asentamientos que subsistían de la pesca de anguilas y peces. Las gentes del pantano estaban protegidas por los espíritus y por las repentinas mareas que podían cubrir una carretera en un abrir y cerrar de ojos. Entonces, mientras las últimas nieves se derretían en las orillas bordeadas de juncos, el pantano parecía una inmensidad de agua anegada, con los arroyos y los lagos llenos por las lluvias invernales; pero cuando la marea subiera se parecería a un mar interior salpicado de islas. Ya veíamos una de aquellas islas no demasiado lejos, y en ella había unas cuantas cabañas apiñadas en un pequeño montículo; aquél sería un buen lugar para encontrar comida y calor si conseguíamos alcanzarlo. Si hallábamos los pasos de isla a isla, al final podríamos cruzar todo el pantano, pero eso nos llevaría más de un día, y tendríamos que encontrar refugio con cada marea. Observé las largas y frías extensiones de agua, casi negras bajo las nubes plomizas que llegaban del mar, y me hundí en la miseria, pues no sabía ni adonde íbamos, ni para qué, y menos aún qué nos guardaba el futuro.

Pareció que refrescaba aún más cuando nos sentamos. Empezó a caer una nieve ligera de las oscuras nubes. No más que unos cuantos copos, pero suficientes para

convencerme de que teníamos que encontrar refugio pronto. Se veía humo en el poblado del pantano más cercano, prueba de que aún vivía allí gente. En sus refugios encontraríamos comida y algo de calor.

—Tenemos que llegar a esa isla —dije señalándola.

—Pero los otros miraban hacia el oeste, donde una bandada de palomas acababa de alzar el vuelo desde el pie de la loma. Las aves volaron en círculos.

—Hay alguien ahí —dijo Leofric.

Esperamos. Las palomas se posaron sobre unos árboles más arriba.

—¿No será un jabalí? —sugerí.

—Las palomas no alzan el vuelo por un jabalí —repuso Leofric—. Los jabalíes no asustan a las palomas, como tampoco lo hacen los ciervos. Allí hay gente.

La idea de jabalíes y ciervos me hizo preguntarme qué les habría pasado a mis perros de caza. ¿Los habría abandonado Mildrith? Ni siquiera le había dicho dónde había escondido el resto del botín de Gales. Había excavado un agujero en una esquina de mi nuevo salón y había enterrado el oro y la plata junto a un pilar, pero probablemente no era el escondite más inteligente si había daneses en Oxton, porque lo más seguro es que hurgaran en las juntas del suelo, especialmente si una lanza encontraba algún lugar en el que se hubiera removido la tierra. Una bandada de patos pasó volando por encima de nuestras cabezas. Nevaba con más fuerza y la nieve desdibujaba la vista sobre el pantano.

—Monjes —dijo Leofric.

Eran media docena de hombres que se dirigían hacia el oeste. Iban vestidos de negro y habían salido de entre los árboles para recorrer la orilla del pantano, buscando un camino en su enmarañada vastedad, pero no había ningún sendero evidente hacia el pequeño poblado en la diminuta isla, así que los curas enfilaron hacia nosotros, siguiendo el pie de la cordillera. Aunque no parecía que nos hubieran visto. Uno de ellos llevaba una larga vara e, incluso en la distancia, vi un destello en la punta y supuse que era una vara de obispo, de esas que llevan una pesada cruz de plata. Otros tres transportaban pesados sacos.

—¿Crees que hay comida en esos bultos? —preguntó Leofric con avidez.

—Son curas —espeté—. Llevarán plata.

—O libros —sugirió Eanflaed—. A los curas les encantan los libros.

—Podría ser comida —dijo Leofric, aunque no muy convencido de ello.

Entonces aparecieron un grupo de tres mujeres y dos niños. Una de las mujeres parecía llevar una capa de piel argentada, mientras que la otra cargaba con el niño más pequeño. Las mujeres y los niños iban a la zaga de los curas, que las esperaban, y todos caminaron hacia el este hasta que acabaron debajo de nosotros. Allí descubrieron una especie de camino que se enroscaba por los pantanos. Cinco de los curas guiaron a las mujeres, mientras que el sexto hombre, evidentemente más joven

que los demás, se apresuró en dirección oeste.

—¿Adonde va? —preguntó Leofric.

Otra bandada de patos voló bajo, rozando la falda de la colina hasta los largos lagos del pantano. Redes, pensé. Tiene que haber redes en las aldeas y podremos pescar y cazar aves. Podríamos comer bien durante unos cuantos días. Anguilas, patos, pescado, gansos... Con suficientes redes incluso podríamos atrapar un ciervo si lo condujéramos hasta el agua.

—No van a ningún sitio —se burló Leofric mientras señalaba con la cabeza el grupo de curas que se habían perdido a unos cien pasos. El camino terminaba en ninguna parte. Parecía llegar al poblado, pero después se cortaba en un montículo de juncos, en el que ahora se apiñaban los curas. No querían volver ni tampoco avanzar, así que se quedaron donde estaban, perdidos, muertos de frío y desesperados. Parecía que discutían.

—Tenemos que ayudarles —dijo Eanflaed que, al ver que yo no contestaba, protestó diciendo que una mujer cargaba con un niño—. ¡Tenemos que ayudarles! —insistió.

Estaba a punto de replicarle que lo último que necesitábamos era más bocas que alimentar, pero sus duras palabras de la noche anterior me habían convencido de que tenía que demostrarle que no era tan pérfido como evidentemente creía, así que me puse en pie, levanté el escudo y bajé por la colina. Los demás me siguieron, pero antes de que llegáramos a mitad de camino, oí gritos desde el oeste. El cura solitario que se había dirigido en aquella dirección estaba entonces con cuatro soldados, y se dieron la vuelta al aparecer unos jinetes por entre los árboles. Eran seis, después aparecieron ocho más, después diez, y reparé en que una columna completa de soldados montados bajaba por entre los árboles sin hojas del invierno. Llevaban escudos y capas negras, así que tenían que ser los hombres de Guthrum. Uno de los curas perdido en el pantano corrió hacia sus compañeros por el camino, vi que llevaba una espada y que iba a ayudarlos.

Muy valiente por su parte, pero bastante inútil. Los cuatro soldados y el cura solitario estaban rodeados. Se protegían en un círculo espalda contra espalda, los jinetes daneses los rodeaban por completo y acabaron con ellos a tajo limpio. Dos de los jinetes vieron al cura con la espada y galoparon hacia él.

—Esos dos son nuestros —le dije a Leofric.

Eso era una estupidez. Los cuatro hombres estaban condenados, igual que el cura si no interveníamos nosotros, pero sólo éramos dos, y aunque matáramos a los dos jinetes, seguíamos teniendo todas las de perder. Aun así, me empujaba el desprecio de Eanflaed, estaba cansado de quejarme del invierno campo a través y estaba enfadado. De modo que corrí colina abajo, sin preocuparme, por el ruido que hacía al pisotear la maleza quebradiza. El cura solitario estaba de espaldas al pantano, los jinetes

cargaban ya contra él cuando Leofric y yo surgimos de entre los árboles y nos abalanzamos sobre ellos por su flanco izquierdo.

Golpeé al caballo más cercano con mi pesado escudo. Se oyó un relincho y tuvo lugar una explosión de tierra húmeda, hierba, nieve y pezuñas cuando bestia y hombre cayeron de lado. También yo había acabado en el suelo, noqueado por el impacto, pero me recuperé antes y sorprendí al jinete enredado en sus estribos, con una pierna atrapada bajo la bestia, así que la emprendí a tajos con él. Le rebané la garganta, le pise la cara, volví a rajar, resbalé con su sangre y lo dejé para ayudar a Leofric, que se defendía del segundo hombre, aún a caballo. La espada del danés chocaba contra el escudo de Leofric, después tuvo que hacer girar al caballo para enfrentarse a mí, y el hacha de Leofric acabó en la cabeza del bicho, el jinete cayó de espaldas y *Hálito-de-Serpiente* recibió su columna vertebral con la punta. Dos menos. El cura con la espada, que no estaba ni a doce pasos, no se había movido.

—¡Marchaos! ¡Marchaos! —Iseult y Eanflaed habían llegado ya, y cogieron al cura y corrieron con él por el camino. Era posible que no condujera a ninguna parte, pero era mejor que enfrentarse a los daneses que quedaban allí.

Y los daneses de capas negras venían. Habían masacrado al puñado de soldados y, al ver a sus dos hombres muertos, venían a por nosotros.

—¡Vamos! —le rugí a Leofric y, tomando al caballo herido por las riendas, corrí por el pequeño camino enroscado.

—Un caballo de poco te va a servir aquí —me dijo Leofric.

El caballo estaba nervioso. Estaba herido en la cabeza, y el camino era resbaladizo, pero yo tiré de él hasta que llegamos al pequeño pedazo de tierra en el que se apiñaban los refugiados; para entonces también los daneses habían llegado al camino, siguiéndonos. También habían desmontado. Sólo podían venir de dos en dos y, en algunos lugares, no había más que uno, así que en uno de esos detuve al caballo y cambié a *Hálito-de-Serpiente* por el hacha de Leofric. El caballo me miró con un gran ojo castaño.

—Esto es por Odín —dije, y le asesté un hachazo en el cuello, entre las crines, oí el grito de una mujer detrás de mí al salir la sangre a chorros en aquel apagado día. El caballo gimió, intentó retroceder y volví a meterle un tajo; esta vez cayó al suelo, entre coces, sangre y salpicaduras de agua. La nieve se volvió roja a mi tercer hachazo, que lo dejó por fin quieto, y ahora la bestia moribunda era un obstáculo que obstruía el camino de un lado a otro; los daneses tendrían que luchar desde el otro lado del cadáver. Recuperé a *Hálito-de-Serpiente*—. Nos los vamos a cargar uno a uno —le dije a Leofric.

—¿Durante cuánto tiempo? —señaló con la cabeza hacia el oeste y vi más daneses llegar, un barco entero de daneses a caballo que se desperdigaban por el borde del pantano. ¿Cincuenta hombres? Quizá más, pero aun así, sólo podían usar el

camino de uno en uno, y tendrían que luchar por encima del caballo muerto contra *Hálito-de-Serpiente* y el hacha de Leofric. Había perdido su propia hacha, se la habían arrebatado al llevarlo a Cippanhamm, pero parecía que le gustaba su nueva arma robada. Se persignó, tocó la hoja, y levantó el escudo para recibir a los daneses.

Llegaron dos jóvenes primero. Eran salvajes y venían con deseos de labrarse una reputación, pero el primero en llegar fue detenido por el hacha de Leofric, que se estampó en su escudo, y yo hice una pasada con *Hálito-de-Serpiente* por debajo que le rebanó el tobillo, de modo que cayó al suelo, entre maldiciones, y se enredó con su compañero. Leofric liberó el hacha y volvió a darle vida. El segundo hombre tropezó con el caballo, y *Hálito-de-Serpiente* lo despachó por la barbilla, por encima del cuero. La sangre discurrió por la hoja en una riada repentina, y ya teníamos dos cadáveres daneses que añadir a la barricada de carne de caballo. Yo provocaba a los demás daneses, les llamé gusanos que se alimentan de cadáveres, les dije que conocía a niños sajones que peleaban mejor. Llegó otro hombre, gritando de furia al saltar por encima del caballo, Leofric lo controló con el escudo y *Hálito-de-Serpiente* recibió a su espada con un golpe seco que rompió el arma. Dos hombres más intentaban saltar por encima del caballo, metidos en el agua hasta las rodillas. Embestí con mi espada en el vientre del primero, perforando la armadura de cuero, lo dejé morir y asesté un mandoble al de la derecha, que intentaba cruzar por el agua. La punta de la espada le cruzó la cara y lanzó un chorro de sangre a la nieve. Me adelanté, sentí que mis pies se hundían, volví a tirar, él estaba atrapado en el barro, y *Hálito-de-Serpiente* se llevó por delante su gaznate. Yo gritaba de alegría, pues me había poseído la calma de la batalla, la misma bendita paz que había sentido en Cynuit. Es una emoción indescriptible, sólo comparable con la de yacer con una mujer.

Es como si la vida se ralentizara. El enemigo se mueve como entorpecido por el barro, pero yo soy tan veloz como un martín pescador. Hay rabia, pero es una rabia controlada, y hay alegría, la alegría que los poetas celebran al hablar de la batalla, y la certeza de que la muerte no está en el orden del día. La cabeza me retumbaba con un canto, una nota que era un lamento, elevado y estridente, el himno de la muerte. Lo único que quería era más daneses para *Hálito-de-Serpiente*, que me parecía en aquellos momentos que cobraba vida por sí misma. Pensar era actuar. Llegó un hombre por un flanco del caballo; pensé en rajarle el tobillo, supe que bajaría el escudo y dejaría la parte superior del cuerpo descubierta, y antes de que el pensamiento cobrara siquiera coherencia, ya estaba hecho y le había sacado un ojo. La espada había recuperado la posición inicial y ya se dirigía hacia la derecha para contener a otro hombre que intentaba rodear al caballo, le dejé llegar hasta la cabeza ensangrentada del semental, lo tiré al agua entre burlas y allí me subí encima de él para ahogarlo poniéndole una bota en la cabeza. Les grité a los daneses, les dije que era el guardián del Valhalla, que habían sido amamantados con leche de cobardes, y

que quería que vinieran a conocer mi espada. Les supliqué que vinieran, pero cinco hombres yacían ya junto al caballo, y los demás empezaron a mostrar más cautela.

Me puse en pie sobre el caballo muerto y abrí los brazos. Sostenía el escudo con la izquierda y la espada con la derecha, tenía la cota ensangrentada y la nieve caía sobre mi casco de lobo. Y lo único que reconocía era la alegría de un joven ante la matanza.

—¡Yo maté a Ubba Lothbrokson! —les grité—. ¡Yo lo maté! ¡Así que venid y uníos a él! ¡Probad su muerte! ¡Mi espada os quiere!

—Barcos —dijo Leofric. No lo oí. El hombre que pensaba que había ahogado seguía vivo, y de repente consiguió zafarse, recobrando aliento y vomitando agua. Yo bajé del caballo y volví a pisarle la cabeza.

—¡Déjalo vivo! —gritó una voz a mis espaldas—. ¡Quiero un prisionero!

El hombre intentó liberarse, pero *Hálito-de-Serpiente* lo metió en el redil. Volvió a moverse, le rompí la columna con la espada, y se quedó tieso.

—¡He dicho que quería un prisionero! —protestó la voz de detrás.

—¡Venid a morir! —les gritaba yo a los daneses.

—Barcos —repitió Leofric, y yo eché la vista atrás y vi tres barcas cruzar el pantano. Eran embarcaciones planas propulsadas por hombres con pértigas, y encallaron al otro lado del pedazo de tierra donde se apiñaban los refugiados, que se apresuraron a subir a bordo. Los daneses, que sabían que Leofric y yo teníamos que retirarnos si pensábamos ponernos a salvo en aquellas embarcaciones, se prepararon para cargar y yo les sonreí, invitándolos.

—Queda un barco —dijo Leofric—. Hay sitio para nosotros. Tendrás que correr como el demonio.

—Me quedo aquí —grité, pero lo hice en danés—. Me estoy divirtiendo.

Entonces hubo un revuelo en el camino cuando un hombre se adelantó desde la primera fila de daneses, y los demás se apartaron para dejarle paso. Llevaba cota de malla, y un casco rematado en plata con alas de cuervo en la coronilla; aun así, al acercarse se quitó el casco y vi el hueso rematado en oro en su cabellera. Era el propio Guthrum. El hueso era una de las costillas de su madre, y la lucía en su memoria. Se me quedó mirando, con aquel triste rostro consumido, y después miró a los hombres que había matado.

—Voy a darte caza como a un perro, Uhtred Ragnarson —dijo—, y te mataré como a un perro.

—Mi nombre —respondí— es Uhtred Uhtredson.

—Tenemos que echar a correr —me susurró Leofric.

La nieve se arremolinaba por encima del pantano, tan densa que apenas podía ver la cumbre de la cordillera desde donde habíamos visto a las palomas volar en círculo.

—Eres hombre muerto, Uhtred —repuso Guthrum.

—Jamás conocí a vuestra madre —le grité—, pero me habría gustado.

Su rostro adoptó la expresión de reverencia que siempre provocaba cualquier mención a su madre. Pareció arrepentirse de dedicarme palabras tan duras, pues tuvo una reacción conciliatoria.

—Era una gran mujer —declaró.

Le sonreí. En aquel momento, pensándolo ahora, habría podido cambiar de bando con facilidad, y Guthrum me habría dado la bienvenida con sólo dedicarle un cumplido a su madre, pero yo era un joven beligerante poseído por el gozo de la batalla.

—Le habría escupido en la cara —le dije a Guthrum—, y ahora me meo en su alma, y te digo que las bestias del Niflheim se están beneficiando sus rancios huesos.

Gritó preso de ira, y cargaron todos, algunos chapoteando por la orilla, todos desesperados por llegar a mí y vengar el terrible insulto, pero Leofric y yo corríamos como jabalíes perseguidos, cargamos contra los juncos y nos lanzamos a la última barcaza. Las dos primeras ya habían partido, pero la tercera nos esperaba, y al espataarnos sobre sus tabloneros húmedos, el hombre de la pértiga empujó con fuerza y la embarcación patinó sobre las negras aguas. Los daneses intentaron seguirnos, pero íbamos sorprendentemente rápido, abriéndonos paso por entre la nevada, Guthrum me gritaba, incluso arrojaron una lanza, pero el hombre de los pantanos volvió a hincar la pértiga y la lanza se clavó en el barro.

—¡Te encontraré! —gritó Guthrum.

—¿Y qué me importa? —le contesté igualmente a gritos—. Tus hombres sólo saben morir. —Alcé a *Hálito-de-Serpiente* y besé la pegajosa hoja—. ¡Y tu madre era la puta de los enanos!

—Tendrías que haber dejado vivir a ese hombre —dijo una voz detrás de mí—, porque quería interrogarle. —La barcaza sólo contenía a ese otro pasajero, además de a Leofric y a mí mismo, y aquel único hombre era el cura que se había lanzado espada en mano hacia los daneses, que ahora estaba sentado en la plana proa de la barcaza, poniéndome mala cara—. No había ninguna necesidad de matarlo —dijo con toda severidad, y yo lo miré con tal furia que se echó atrás. «Malditos curas —pensé—. Acabo de salvarle la vida al muy cabrón, y lo único que se le ocurre es reñirme.»

Entonces vi que no tenía nada de cura.

Era Alfredo.

* * *

La barcaza se deslizaba por el pantano, en ocasiones suavemente sobre las negras aguas, en otras rozando contra hierba o juncos. El hombre de la pértiga era una criatura encorvada y de piel oscura, con una enorme barba, ropas de piel de nutria y ni un solo diente en la boca. Los daneses de Guthrum estaban ya lejos, transportaban

a sus muertos a tierra firme.

—Necesito saber qué planean —se quejó Alfredo—. El prisionero nos lo habría podido decir.

Hablaba con más respeto, y me di cuenta de que lo había asustado, pues la parte frontal de mi cota estaba manchada de sangre, y aún había más en mi rostro y casco, lo que me daba un aspecto salvaje.

—Planean acabar con Wessex —repliqué sin más—. No necesitáis un prisionero para que os diga eso.

—«Señor» —añadió él.

Me lo quedé mirando.

—¡Soy un rey! —insistió—. Dirígete a un rey con respeto.

—¿El rey de qué? —le pregunté.

—¿Estáis herido, señor? —le preguntó Leofric a Alfredo.

—No, gracias a Dios, no. —Miró la espada que llevaba—. Gracias a Dios. —Vi que no llevaba ropas de cura, sino una capa negra. Estaba muy pálido—. Gracias, Leofric —dijo, después me miró a mí y pareció estremecerse. Estábamos llegando a la altura de las otras dos barcasas y vi que Ælswith, preñada y envuelta en una capa argentada de piel de zorro, iba en una. Iseult y Eanflaed también iban en la misma barcaza, mientras los curas iban apiñados en la otra, y reconocí al obispo Alewold de Exanceaster entre ellos.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó Leofric a Alfredo.

Alfredo suspiró. Estaba temblando, pero contó su historia. Había salido de Cippanhamm con su familia, su guardia personal y una veintena de eclesiásticos para acompañar al monje Asser durante la primera parte de su viaje.

—Asistimos a un servicio de acción de gracias —dijo—, en la iglesia de Soppan Byrg. Es una iglesia nueva —le dijo a Leofric de todo corazón—, y muy bonita. Cantamos salmos, dijimos nuestras oraciones, y el hermano Asser partió contento. —Se persignó—. Rezo porque esté a salvo.

—Y yo espero que el muy hijo de puta esté muerto —gruñí.

Alfredo ignoró el comentario. Tras el servicio se habían dirigido todos a un monasterio cercano para almorzar, y allí los sorprendieron los daneses. La comitiva real emprendió la huida, encontró refugio en los bosques cercanos y vieron arder el monasterio. Después habían intentado dirigirse hacia el este, al corazón de Wessex pero, como nosotros, se habían ido alejando de su objetivo, huyendo de las patrullas danesas. Una noche, escondidos en una granja, fueron sorprendidos por las tropas de Guthrum, que mataron a algunos de los guardias de Alfredo y capturaron todos sus caballos, y desde entonces habían vagado sin rumbo, perdidos como nosotros, hasta llegar al pantano.

—Sólo Dios sabe qué ocurrirá ahora —dijo Alfredo.

—Que vamos a luchar —dije. Se me quedó mirando y se encogió de hombros—. Vamos a luchar —repetí.

Alfredo miró al otro lado del pantano.

—Buscaremos un barco —dijo, pero en voz tan baja que apenas pude oírlo—. Buscaremos un barco e iremos al reino de los francos. —Se ciñó aún más la capa. La nieve caía pesadamente, aunque se derretía pronto al tocar el agua negra. Los daneses se habían desvanecido, perdidos en la nieve que dejábamos atrás—. ¿Ese era Guthrum? —me preguntó Alfredo.

—Era Guthrum —contesté—. ¿Y sabía que os perseguía a vos?

—Supongo.

—¿Qué otra cosa habría atraído a Guthrum? —le pregunté—. Os quiere muerto. O prisionero.

Con todo, por el momento, estábamos a salvo. El poblado de la isla consistía en una veintena de cabañas húmedas cubiertas de juncos y unos cuantos almacenes sobre pilotes. Los edificios eran de barro, la calle era de barro, las cabras y la gente estaban cubiertas de barro, pero el lugar, por pobre que fuera, podía proporcionarnos comida, cobijo y algo de calor. Los hombres del poblado habían visto a los refugiados y, tras una discusión, decidieron rescatarlos. Supongo que su intención era más saquearnos que salvarnos la vida, pero Leofric y yo teníamos un aspecto formidable y, en cuanto los aldeanos comprendieron que su rey se alojaba entre ellos, hicieron lo que pudieron, aunque con bastante torpeza, para acomodarlo a él y a su familia. Uno de ellos, en un dialecto que apenas entendía, quiso saber el nombre del rey. Jamás había oído hablar de Alfredo. Sabía de los daneses, pero nos contó que sus barcos nunca habían llegado al poblado, ni a ningún otro de los asentamientos del pantano. Nos contó que los aldeanos vivían de la caza y la pesca: ciervos, cabras, peces, anguilas y aves salvajes, y que tenían mucha comida, aunque poco combustible.

Ælswith estaba embarazada de su tercer hijo, los otros dos quedaban al cuidado de ayas.

Estaba Eduardo, el heredero de Alfredo, que tenía tres años y una tos fea. Ælswith estaba preocupada por él, pero el obispo Alewold insistió en que no era más que un resfriado de invierno. También estaba la hermana mayor de Eduardo, Æthelflaed, que tenía entonces seis años, y una cabellera dorada de rizos, una sonrisa encantadora y ojos astutos. Alfredo la adoraba y, durante aquellos primeros días en el pantano, era su único rayo de luz y esperanza. Una noche, sentados junto a una pequeña hoguera moribunda, mientras Æthelflaed dormía con su cabeza dorada apoyada en el regazo de su padre, me preguntó por mi hijo.

—No sé dónde está —dije. Sólo estábamos nosotros dos, los demás se habían ido todos a dormir, y yo estaba sentado junto a la puerta observando el pantano, blanquecino por la escarcha, que se extendía negro y plata bajo la media luna.

—¿Quieres ir a buscarlo? —me preguntó de todo corazón.

—¿De verdad queréis que vaya? —le pregunté. Parecía perplejo—. Estas gentes os están ofreciendo cobijo —le aclaré—, pero en cualquier momento podrían decidir rebanaros el cuello. No lo harán mientras yo siga aquí.

Estaba a punto de protestar, después comprendió que probablemente tenía razón. Le acarició el pelo a su hija. Eduardo tosió. Estaba en la cabaña de su madre. La tos se había puesto más fea, mucho más fea, y todos sospechábamos que se trataba de la tos espasmódica que mataba a los niños pequeños. Alfredo se estremeció al oírla.

—¿Luchaste contra Steapa? —preguntó.

—Luchamos —repuse sin más—. Llegaron los daneses, y no tuvimos oportunidad de terminar. El sangraba, yo no.

—¿Sangraba?

—Preguntadle a Leofric, estaba allí.

Se quedó callado durante un tiempo, después añadió en voz baja:

—Sigo siendo rey. —De un pantano, pensé yo, aunque no dije nada—. Y es costumbre llamar a un rey «señor» —añadió.

Yo me limité a mirar su estrecho y pálido rostro iluminado por la hoguera moribunda. Tenía un aspecto solemne, pero también asustado, como si hiciera un gran esfuerzo para agarrarse a los jirones de su dignidad. A Alfredo jamás le faltó coraje, pero no era un guerrero, y no le gustaba demasiado la compañía de los guerreros. Para él yo sólo era un bruto: peligroso, poco interesante, pero de repente, indispensable. Sabía que no iba a llamarlo señor, así que no insistió.

—¿Qué notas en este lugar? —preguntó.

—Es húmedo —respondí.

—¿Qué más?

Busqué la trampa en la pregunta y no la hallé.

—Sólo puede llegarse a él con barcazas —dije—, y los daneses no las tienen. Pero cuando tengan, vamos a necesitar algo más que a dos guerreros para echarlos de aquí.

—No tiene iglesia —dijo.

—Ya sabía yo que me gustaba —repliqué.

No me hizo caso.

—Sabemos tan poco de nuestro reino —comentó maravillado—. Pensaba que había iglesias en todas partes. —Cerró los ojos durante unos instantes, después me miró lastimeramente—. ¿Qué puedo hacer?

Esa mañana le había dicho que pelear, pero ahora no veía lucha en él, sólo desesperación.

—Podéis ir al sur —le dije, pensando que era lo que querría oír—, ir al sur y cruzar el mar.

—Para no ser más que otro rey sajón exiliado —añadió con amargura.

—Nos ocultaremos aquí —le contesté—, y cuando pensemos que los daneses están ocupados, nos dirigiremos a la costa sur y buscaremos un barco.

—¿Cómo nos ocultamos? —preguntó—. Saben que estamos aquí. Y dominan las dos orillas de la marisma. —El hombre de los pantanos nos había dicho que una flota danesa había desembarcado en Cynuit, que quedaba en el extremo oeste del pantano. Aquella flota, supuse, estaría comandada por Svein, que seguro se preguntaba cómo encontrar a Alfredo. El rey, me parecía a mí, estaba condenado, y su familia también. Si Æthelflaed tenía suerte, sería criada por una familia de daneses, como yo lo había sido, pero probablemente los matarían a todos para que ningún sajón pudiera volver a reclamar la corona de Wessex.

—Y los daneses estarán vigilando la costa sur —prosiguió Alfredo.

—Sin duda alguna —coincidí.

Miró al pantano, donde el viento nocturno agitaba las aguas y sacudía el largo reflejo de la luna invernal.

—Es imposible que los daneses hayan tomado todo Wessex —dijo, después se estremeció una vez más, porque Eduardo tosía horriblemente.

—Probablemente no —coincidí de nuevo.

—Podríamos reunir hombres —dijo, después se calló.

—¿Y qué hacemos con ellos? —pregunté.

—Atacar la flota —contestó, señalando hacia el oeste—. Quitarnos de encima a Svein, si es Svein el de Cynuit, y después defender las colinas de Defnascir. Si ganamos una batalla, más hombres acudirán. Nos volveremos más fuertes y podremos enfrentarnos a Guthrum.

Pensé en ello. Había hablado sin energía, como si no creyera sus propias palabras, pero me pareció que tenían cierto sentido, perverso, pero sentido. Había hombres en Wessex, hombres sin jefe, pero eran hombres que querían uno, que pelearían, y quizá pudiéramos asegurar el pantano, derrotar a Svein, capturar Defnascir y así, poco a poco, recuperar Wessex. Después lo pensé más detenidamente y lo calificué de sueño. Los daneses habían ganado. Éramos fugitivos.

Alfredo acariciaba la melena de su hija.

—Los daneses van a venir a por nosotros, ¿no es así?

—Sí.

—¿Crees que podrás defendernos?

—¿Sólo Leofric y yo?

—Eres un guerrero, ¿no? Los hombres me cuentan que fuiste tú realmente quien derrotó a Ubba.

—¿Sabíais que era yo el que había matado a Ubba? —le pregunté.

—¿Puedes defendernos?

No iba a permitir que eludiera la respuesta.

—¿Sabíais que os di la victoria en Cynuit? —exigí saber.

—Sí —repuso sin más.

—¿Y mi recompensa fue reptar hasta vuestro altar? ¿Ser humillado? —La ira me hizo subir el tono de voz y Æthelflaed abrió los ojos y se me quedó mirando.

—He cometido errores —repuso Alfredo—, y cuando esto termine, cuando Dios devuelva Wessex a los sajones del oeste, haré lo mismo. Me pondré un hábito de penitente y me someteré a Dios.

Quise matar a aquel cabrón meapilas en aquel mismo instante, pero Æthelflaed me estaba mirando con aquellos ojazos suyos. No se había movido, así que su padre no sabía que estaba despierta, pero yo sí, de modo que en lugar de dar rienda suelta a mi ira, le puse fin abruptamente.

—Descubriréis que la penitencia ayuda —le dije.

Se animó ante eso.

—¿Te ayudó? —me preguntó.

—Me llenó de rabia —le contesté—, y me enseñó a odiar. Y la rabia es buena. El odio es bueno.

—No lo dices en serio —repuso.

Desenvainé a *Hálito-de-Serpiente* y los ojos de la pequeña Æthelflaed se abrieron aún más.

—Esto mata —le dije, dejándola caer de nuevo en su vaina de borrego—, pero la rabia y el odio es lo que le dan fuerza para matar. Si vas a la batalla sin rabia y sin miedo, estás muerto. Necesitáis todas las espadas, rabias y odios que podáis reunir si tenemos que sobrevivir.

—¿Pero puedes hacerlo? —me preguntó—. ¿Puedes defendernos aquí? Puedes protegernos el tiempo suficiente para eludir a los daneses hasta que decidamos qué hacer.

—Sí —contesté. No tenía ni idea de si le decía la verdad. De hecho, lo dudaba, pero poseía el orgullo de un guerrero, así que di la respuesta de un guerrero. Æthelflaed no me había quitado los ojos de encima. Sólo tenía seis años, pero juro que entendió todo lo que dijimos.

—Pues te encomiendo la tarea —repuso Alfredo—. Aquí y ahora te nombro el defensor de mi familia. ¿Aceptas esa responsabilidad?

Era un bruto arrogante. Sigo siéndolo. Me desafiaba, por supuesto, y sabía lo que se estaba haciendo, aunque yo no tuviera ni idea. Me limité a torcer el gesto.

—Por supuesto que la acepto —le dije—. Sí.

—¿Sí qué? —preguntó él.

Vacilé, pero me había halagado, me había dado una responsabilidad de guerrero, así que le concedí lo que quería y que tanto me había empeñado en no darle.

—Sí, señor —respondí.

Tendió la mano. Supe que quería más. Jamás fue mi intención concederle aquel deseo, pero le había llamado «señor», así que me arrodillé ante él y, por encima del cuerpo de Æthelflaed, le tomé la mano con las dos mías.

—Dilo —exigió, y puso el crucifijo que colgaba de su cuello entre nuestras dos manos.

—Juro que seré vuestro hombre —le dije mirándole a los ojos claros—, hasta que vuestra familia esté a salvo.

Vaciló. Le había prestado juramento, pero le había puesto una condición. Le había hecho saber que no sería su hombre eternamente. Con todo, aceptó mis términos. Tendría que haberme besado en ambas mejillas, pero eso habría perturbado a Æthelflaed, así que alzó mi mano derecha y besó los nudillos, después besó el crucifijo.

—Gracias —me dijo.

La verdad, evidentemente, es que Alfredo estaba acabado, pero, con la perversidad y la arrogancia de la insensata juventud, le acababa de prestar juramento y le había prometido que lucharía por él.

Y todo, creo, porque una niña de seis años me estaba mirando. Una niña con los cabellos dorados.

CAPÍTULO VII

El reino de Wessex era ahora un pantano y, durante unos días, estuvo compuesto por un rey, un obispo, cuatro curas y dos soldados, la esposa preñada del rey y dos ayas, una puta, dos niños, uno de ellos enfermo, e Iseult.

Tres de los cuatro curas fueron los primeros en abandonar el pantano. Alfredo sufría, aquejado de la fiebre y los dolores de estómago que tan a menudo lo afligían, y parecía incapaz de tomar ninguna decisión, así que reuní a los tres curas más jóvenes, les dije que eran bocas inútiles que no nos podíamos permitir alimentar, y les ordené que abandonaran el pantano y descubrieran qué ocurría en tierra seca.

—Buscad soldados —les pedí—, y decidles que el rey quiere que vengan aquí. — Dos de los curas me rogaron que los librara de aquella misión, afirmando que eran estudiosos incapaces de sobrevivir al invierno, enfrentarse a los daneses, soportar cualquier incomodidad o hacer cualquier tipo de trabajo real, y Alewold, el obispo de Exanceaster, los apoyó, con la excusa de que el conjunto de sus oraciones eran necesarias para mantener al rey a salvo, así que le recordé al obispo que Eanflaed se encontraba presente.

—¿Eanflaed? —parpadeó como si jamás hubiese oído ese nombre.

—La puta de Cippanhamm —le dije, pero siguió haciéndose el tonto—. Cippanhamm —proseguí—, donde vos y ella os revolcabais en la taberna Rey de Codornices y ella dice que...

—Los sacerdotes harán el viaje —se apresuró a claudicar.

—Pues claro que harán el viaje —le dije—, pero van a dejar la plata aquí.

—¿La plata?

Los sacerdotes cargaban con el botín de Alewold, que incluía la gran custodia que le había entregado para saldar las deudas de Mildrith. Aquel botín era mi siguiente arma. Lo cogí todo y se lo mostré a los hombres de los pantanos. Habría plata, les dije, por la comida que nos daban, el carbón que nos traían, las barcas que nos proporcionaban y las noticias que nos contaran, noticias de los daneses en el otro extremo del pantano. Quería a los hombres de los pantanos de nuestro lado, y la visión de la plata los animó, pero el obispo Alewold se fue con el cuento a Alfredo, asegurando que le había robado a la Iglesia. El rey se encontraba demasiado decaído para que le importara, así que Ælswith, su esposa, entró en la disputa. Era mercia, y Alfredo se había casado con ella para reforzar los lazos entre Wessex y Mercia, aunque de poco nos servía ahora porque los daneses gobernaban en Mercia. Había muchos mercios que lucharían por un rey de Wessex, pero ninguno arriesgaría su vida por un rey reducido a un reino enfangado en un pantano a merced de las mareas.

—¡Vas a devolver la custodia! —me ordenó Ælswith. Tenía un aspecto lastimoso, el pelo grasiento y enredado, la panza hinchada y sus ropas mugrientas—.

Devuélvesela ahora. ¡En este mismo instante!

Yo miré a Iseult.

—¿Lo hago?

—No —respondió ella.

—¡Ella no tiene nada que decir aquí! —chilló Ælswith.

—Pero ella es una reina —le dije—, y vos no. —Ese era uno de los motivos de su amargura, que los sajones del oeste jamás se referían a la esposa del rey como reina. Quería ser la reina Ælswith, y debía contentarse con menos. Intentó recuperarla, pero yo la tiré al suelo, y cuando se lanzó a por ella, le asesté un hachazo con el arma de Leofric. La hoja se hincó en la bandeja, destrozando el crucifijo, y Ælswith chilló alarmada y se apartó al ver llegar el segundo golpe. Me costó unos cuantos hachazos, pero al final reduje la pesada pieza a pedazos irregulares y la lancé con las monedas que le había quitado a los curas—. ¡Plata por vuestra ayuda! —les dije a los hombres del pantano.

Ælswith me escupió, después regresó con su hijo. Eduardo tenía tres años y ahora era evidente que se estaba muriendo. Alewold había asegurado que no era más que un resfriado, pero estaba claro que era algo peor, mucho peor. Cada noche oíamos la tos, un sonido extraordinariamente cavernoso para un niño tan pequeño, y todos nos quedábamos en vela, temiendo el siguiente acceso, estremeciéndonos con el áspero y desesperado sonido, y cuando los ataques terminaban, temíamos que no volvieran a empezar. Cada silencio era como el presagio de una muerte, y aun así, de algún modo, el pequeño seguía vivo, aferrándose a aquellos días húmedos en el pantano. Alewold y las mujeres intentaron todo lo que sabían. Le pusieron un evangelio en el pecho y el obispo rezó. Le pusieron un emplasto de hierbas, gallinaza y cenizas en el pecho, y el obispo rezó. Alfredo no iba a ningún sitio sin sus preciosas reliquias, así que le pasaron el anillo de los dedos del pie de María Magdalena por el pecho al niño, y el obispo rezó, pero Eduardo no hacía más que adelgazar y debilitarse. Una mujer del pantano, que tenía reputación como curandera, intentó que sudara la tos; y cuando aquello no funcionó, intentó helársela; y cuando aquello no funcionó, le ató un pez vivo al pecho y le ordenó a la tos y la fiebre que pasaran al pez, y el pez desde luego murió, pero el niño siguió tosiendo, y Alfredo, tan delgado y enfermo como su hijo, se sumió en la desesperación. Sabía que los daneses lo buscarían, pero mientras el niño siguiera enfermo, no se atrevía a moverse, y desde luego ni siquiera contemplaba la larga caminata hacia el sur, hasta la costa, donde quizás encontrara un barco para llevarlos a él y a su familia al exilio.

Ya estaba resignado a aquel destino. Se había atrevido a confiar en recuperar su reino, pero la fría realidad era más convincente. Los daneses habían tomado Wessex, Alfredo era rey de nada, y su hijo estaba muriendo.

—Es mi retribución —dijo. Era la noche después de que los tres sacerdotes

partieran, y Alfredo descargó su alma conmigo y el obispo Alewold. Estábamos fuera, observando a la luna teñir de plata las nieblas de la marisma, y en el rostro de Alfredo había lágrimas. En realidad no hablaba con ninguno de los dos, sólo consigo mismo.

—Dios no se llevaría al hijo para castigar al padre —le dijo Alewold.

—Dios sacrificó a su propio hijo —repuso Alfredo con un hilillo de voz—, y le ordenó a Abraham que matara a Isaac.

—Salvó a Isaac —dijo el obispo.

—Pero no está salvando a Eduardo —repuso Alfredo, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al oír de nuevo la horrenda tos que salía de la cabaña. Se tapó la cara con las manos, para ocultar los ojos.

—¿Retribución por qué? —le pregunté, y el obispo chasqueó la lengua a modo de reprimenda por una pregunta tan poco delicada.

—Etelwoldo —repuso Alfredo con voz tenue. Etelwoldo era su sobrino, el hijo borracho y resentido del antiguo rey.

—Etelwoldo jamás habría sido rey —respondió Alewold—. ¡Es un insensato!

—Si lo nombrara rey ahora —dijo Alfredo, sin hacer caso de lo que acababa de decir el obispo—, quizá Dios salvara a Eduardo.

El acceso de tos terminó. El niño lloraba, un llanto ahogado y penoso, y Alfredo se tapó los oídos.

—Entregádselo a Iseult —le dije.

—¡Una pagana! —le advirtió Alewold a Alfredo—. ¡Una adúltera! —Me di cuenta de que Alfredo se sintió tentado por mi sugerencia, pero Alewold tenía argumentos más firmes—. Si dios no va a curar a Eduardo —dijo el obispo—, ¿creéis que va a permitir que lo consiga una bruja?

—No es ninguna bruja —repliqué.

—Mañana —dijo Alewold sin hacerme caso— es la víspera de santa Agnes. Un día sagrado, señor, ¡un día de milagros! Rezaremos a santa Agnes y ella seguro que desatará el poder de Dios sobre el niño. —Alzó las manos al cielo oscuro—. Mañana, señor, invocaremos la fuerza de los ángeles, pediremos la ayuda del cielo para vuestro hijo, y la santa Agnes alejará la enfermedad maligna de vuestro joven Eduardo.

Alfredo no dijo nada, sólo se quedó mirando las lagunas del pantano, rodeadas por un borde de hielo que parecía brillar a la débil luz de la luna.

—¡Sé que la santa Agnes obra milagros! —presionó el obispo al rey—. Había un niño en Exanceaster que no podía caminar, ¡pero la santa le dio fuerzas y ahora corre como un ternero joven!

—¿En serio? —preguntó Alfredo.

—Con mis propios ojos —dijo el obispo—, presencié el milagro con mis propios

ojos.

Alfredo quedó reconfortado.

—Mañana, entonces —dijo.

No me quedé para ver el poder de Dios desatado. Lo que hice en cambio fue coger una barcaza y dirigirme al sur, hasta un lugar llamado *Æthelingaeg*, que quedaba en el borde sur del pantano y era el más grande de todos los asentamientos de la zona. Empezaba a conocer los secretos que escondía el pantano. Leofric se quedó con Alfredo, para proteger al rey y a su familia, pero yo exploré y descubrí veintenas de senderos por el vacío acuoso. Llamaban a los caminos *beamwegs*, y consistían en troncos que chapoteaban bajo los pies, pero siguiéndolos podía recorrer kilómetros. También había ríos que se enroscaban por la orilla, y el más grande, el Pedredan, discurría cerca de *Æthelingaeg*, que era una isla, en su mayor parte cubierta por alisos, en la que vivían ciervos y cabras salvajes. En la zona más elevada de la isla se alzaba un gran asentamiento, y el jefe se había construido allí un gran salón. No era un salón auténtico, ni siquiera tan grande como el mío en Oxton, pero bajo sus vigas cabía un hombre erguido y la isla era suficientemente grande para albergar a un pequeño ejército.

Una docena de *beamwegs* salían de *Æthelingaeg*, pero ninguno conducía directamente a tierra firme. Sería un lugar difícil de atacar para Guthrum, porque tendría que cruzar el pantano a pie, pero Svein, de quien ya sabíamos que comandaba a los daneses de Cynuit, en la desembocadura del Pedredan, lo encontraría accesible, porque podía subir sus barcos por el río y, justo al norte de *Æthelingaeg*, girar al sur hasta el río Thon, que discurría junto a la isla. Llevé la barcaza al centro del Thon y descubrí, como temía, que tenía profundidad de sobra para ser navegable por los barcos daneses con cabezas de bestias.

Regresé a pie hasta el lugar en que el Thon convergía con el Pedredan. Al otro lado del río más ancho, había una colina salida como de la nada, alta y empinada, que destacaba en el pantano como el túmulo de un gigante. Era un lugar perfecto para construir una fortaleza, y si lográbamos bloquear el Pedredan con un puente, ningún barco danés podría remontar el río.

Regresé al pueblo, donde descubrí que el jefe era un viejo testarudo y canoso llamado Haswold sin inclinación por colaborar. Le dije que pagaría buena plata para que construyeran un puente, pero Haswold me contestó que la guerra entre Wessex y los daneses no le afectaba.

—Es una locura, aquello —dijo, señalando con vaguedad las colinas del este—. Aquello es siempre una locura, pero aquí en el pantano nos ocupamos de nuestros asuntos. A nadie le importamos y tampoco ellos nos importan. —Apestaba a pescado y a humo. Vestía pieles de nutria grasientas por el aceite de pescado, y su barba gris estaba salpicada de escamas. Tenía unos ojillos astutos, y un rostro viejo también

astuto, y también tenía media docena de esposas, la más joven de ellas era una niña que habría podido ser su nieta, y la sobaba delante de mí como si su mera existencia fuera prueba de su hombría—. Yo soy feliz —me dijo, lanzándome una mirada lasciva—, ¿por qué tendría que importarme vuestra felicidad?

—Los daneses podrían poner fin a esa felicidad.

—¿Los daneses? —se rió, y la risa se tornó tos. Escupió—. Si los daneses vienen —prosiguió—, nos metemos bien dentro del pantano hasta que se marchen. —Me sonrió, y a mí me entraron ganas de matarlo, pero eso no habría arreglado nada. Había más de cincuenta hombres en el poblado, y no habría durado un minuto, aunque el único que me infundía respeto de verdad era uno alto, de amplias espaldas y con cara de perplejidad. Lo que me asustaba de él era que llevaba un enorme arco de caza, no uno de los pequeños para cazar patos que usaban la mayoría de los hombres del pantano, sino uno para cazar venados, tan alto como un hombre, y capaz de perforar una cota de malla. Haswold debió de presentir mi miedo por el arco, pues llamó al hombre para que se pusiera a su lado. El gigante parecía confundido, pero obedeció. Haswold metió una mano retorcida bajo las ropas de la chica, y se me quedó mirando mientras mangoneaba, riéndose ante lo que percibía como mi impotencia—. Los daneses vienen —repitió—, nos metemos bien dentro del pantano y los daneses se marchan. —Metió la mano aún más por la piel de cabra de la chica y le magreó los pechos—. Los daneses no nos pueden seguir, y si nos siguen, Eofer se los carga. —Eofer era el arquero y, al oír su nombre, pareció sorprendido, y después preocupado—. Eofer es mi hombre —fanfarroneó Haswold—. Dispara flechas donde yo le diga. —Eofer asintió.

—Vuestro rey quiere que construyáis un puente —dije—, un puente y una fortaleza.

—¿Rey? —Haswold miró a su alrededor—. Yo no conozco a ningún rey. Si hay algún rey aquí, ése soy yo. —Soltó una carcajada apagada, y yo miré a los aldeanos y sólo vi rostros tristes. Nadie compartía la diversión de Haswold. No eran, pensé, felices bajo su mandato, y quizá presintió qué estaba pensando, porque de repente se enfadó y le dio un empujón a su esposa-niña—. ¡Márchate! —me gritó—. ¡Déjanos!

Salí de allí y regresé a la pequeña isla en la que Alfredo se refugiaba y Eduardo moría. Era ya de noche y las oraciones a santa Agnes del obispo no habían servido de nada. Eanflaed me contó cómo Alewold había convencido a Alfredo para que prescindiera de una de sus más preciadas reliquias, una pluma de la paloma que Noé liberó desde el arca. Alewold cortó la pluma en dos partes, le devolvió una mitad al rey y la otra fue quemada en una sartén limpia. Cuando quedó reducida a cenizas, la disolvió en agua bendita, que Ælswith obligó a su hijo a beber. Lo habían envuelto en piel de cordero, pues el cordero era el símbolo de santa Agnes, que había sido niña mártir en Roma.

Pero ni la pluma ni la piel de cordero habían funcionado. Si acaso, me dijo Eanflaed, el niño estaba peor. Alewold rezaba entonces sobre él.

—Le ha administrado la extremaunción —dijo Eanflaed. Me miró con lágrimas en los ojos—. ¿Puede ayudarle Iseult?

—El obispo no lo permite —le dije.

—¿Que no lo permite? —preguntó indignada—. ¡No es él quien se está muriendo!

Así que llamamos a Iseult, Alfredo salió de la cabaña y Alewold, que debió de oler la herejía, salió con él. Eduardo volvía a toser, el sonido era terrible en el silencio de la noche. Alfredo se estremeció, y después quiso saber si Iseult podía curar la enfermedad de su hijo.

Iseult no respondió inmediatamente. Se dio la vuelta y miró el paisaje, donde la luna se alzaba entre las nieblas.

—La luna crece —dijo.

—¿Conoces una cura? —suplicó Alfredo.

—Una luna creciente es buena cosa —respondió Iseult en voz baja, después se volvió hacia él—. Pero habrá un precio.

—¡Lo que quieras! —respondió.

—No es un precio para mí —contestó ella, irritada porque no la hubiera entendido—. Pero siempre hay un precio. Si uno vive, otro tiene que morir.

—¡Herejía! —intervino Alewold.

Dudo de que Alfredo entendiera las últimas tres palabras de Iseult, o no le importó lo que significaban. Se limitó a agarrarse a la tenue esperanza de que pudiera ayudar.

—¿Puedes curar a mi hijo? —quiso saber.

Ella se detuvo, después asintió.

—Hay una manera.

—¿Qué manera?

—La mía.

—¡Herejía! —volvió a advertirle Alewold.

—¡Obispo! —le dijo Eanflaed en un tono amenazador; curiosamente, el obispo pareció avergonzarse y cerró el pico.

—¿Ahora? —le preguntó Alfredo a Iseult.

—Mañana por la noche —respondió Iseult—. Lleva tiempo. Hay cosas que hacer. Si sobrevive hasta mañana a la puesta de sol, podré ayudarle. Tenéis que traérmelo al salir la luna.

—¿No esta noche? —suplicó Alfredo.

—Mañana. —Iseult se mantuvo firme.

—Mañana es la festividad de san Vicente —repuso Alfredo, como si aquello

podiera ayudar; fuera como fuese, el niño consiguió superar aquella noche. Al día siguiente, el día de san Vicente, Iseult y yo nos dirigimos a la orilla este, donde recogimos líquenes, bardanas, celidonia y muérdago. No me permitió usar metal para rascar el liquen o cortar las hierbas, y antes de recolectarlas tuvimos que dar tres vueltas alrededor de las plantas que, al ser invierno, estaban bastante mustias. También me hizo recoger ramas de espinos, para las que sí me dejó usar un cuchillo porque evidentemente no eran tan importantes como el liquen o las hierbas. Yo controlaba el horizonte mientras trabajaba: buscaba daneses, pero si patrullaban el borde del pantano, ninguno apareció ese día. Hacía frío, y un viento racheado se aferraba a nuestras ropas. Llevó mucho tiempo encontrar las plantas que Iseult necesitaba, pero cuando por fin su bolsa estuvo llena, llevé los espinos a la isla y a la cabaña, donde me indicó que cavara dos hoyos en el suelo.

—Tienen que ser tan profundos como alto es el niño —me dijo—, y deben estar separados el uno del otro la distancia de tu antebrazo.

No me quiso contar para qué eran los hoyos. Estaba apagada, al borde del llanto. Colgó la celidonia y la bardana de una viga del techo, después machacó el liquen y el muérdago hasta convertirlo en una pasta que humedeció con esputos y orina, y cantó largos hechizos en su propia lengua sobre el cuenco de madera. Llevó todo mucho tiempo, y a veces no hacía otra cosa que sentarse agotada en la oscuridad más allá del hogar, balanceándose casi hasta perder el sentido de la realidad.

—No sé si puedo hacerlo —me dijo sólo una vez.

—Puedes intentarlo —le contesté sin poder ayudar más.

—Si fracaso —me dijo—, me odiarán más que antes.

—No te odian —le dije.

—Piensan que soy una pecadora y una pagana —me contestó—, y me odian.

—Pues cura al niño —respondí—, y te querrán.

No pude cavar los hoyos tan profundos como los quería, pues la tierra se volvía cada vez más húmeda y, cuando llevaba poco más de medio metro, los dos agujeros empezaron a llenarse de agua salobre.

—Hazlos más anchos —me ordenó Iseult—, lo suficiente para que el niño se pueda meter agachado. —Hice lo que me pidió, y después me indicó que los uniera abriendo un pasaje en la pared de tierra húmeda que los dividía. Tenía que hacerlo con cuidado para asegurarme de que quedara un arco de tierra que dejara un túnel entre los agujeros—. Está mal —me dijo Iseult, pero no hablaba de mis trabajos de excavación, sino del hechizo que planeaba llevar a cabo—. Alguien va a morir, Uhtred. En algún lugar morirá un niño para que éste viva.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque mi gemelo murió cuando nací yo —me dijo—, y yo poseo su poder. Pero si lo uso, él se alzaría desde el mundo oscuro y recuperará el poder.

La oscuridad cayó y el niño siguió tosiendo, aunque a mí me sonaba más débil, como si no le quedara suficiente vida en su pequeño cuerpo. Alewold rezaba en voz baja. Iseult se agachó en el suelo de nuestra cabaña, observando la lluvia, y cuando Alfredo se acercó, le indicó que se marchara con un gesto de la mano.

—Se está muriendo —dijo el rey impotente.

—Aún no —respondió Iseult—, aún no.

A Eduardo le costaba respirar. Todos lo oíamos, y todos pensábamos que cada estertor sería el último, pero Iseult siguió sin moverse; finalmente se abrió un claro entre las nubes, un débil rayo de luna rozó el pantano, e Iseult me dijo que fuera a por el chico.

Ælswith no quería que Eduardo se marchara. Quería que lo curaran, pero cuando le expliqué que Iseult insistía en obrar sus encantamientos a solas, Ælswith empezó a aullar diciendo que no quería que su hijo muriera separado de su madre. El llanto perturbó a Eduardo, que empezó a toser otra vez. Eanflaed le acarició la frente.

—¿Puede hacerlo? —me preguntó.

—Sí —respondí, pero no sabía si le estaba diciendo la verdad.

Eanflaed cogió a Ælswith por los hombros.

—Dejadlo ir, mi señora —le dijo—. Dejadlo ir.

—¡Va a morir!

—Dejadlo ir —repitió Eanflaed, y Ælswith se desmoronó en los brazos de la puta y yo recogí al hijo de Alfredo, que parecía tan liviano como la pluma que no lo había curado. Estaba ardiendo, y al mismo tiempo temblando; lo envolví en un hábito de lana y se lo llevé a Iseult.

—No puedes quedarte —me dijo—. Déjalo conmigo.

Esperé con Leofric en la oscuridad. Iseult insistió en que no debíamos mirar por la puerta de la cabaña, pero yo dejé caer el casco fuera de la puerta y, agachándome bajo el alero, pude ver en el metal el reflejo de lo que ocurría dentro. La llovizna paró y la luna brilló con más fuerza.

El chico tosía. Iseult lo desnudó y le extendió el emplasto por el pecho, después empezó a cantar en su propia lengua, un canto interminable, rítmico y triste, y tan monótono que casi me hizo dormir. Eduardo lloró una vez, el llanto se tornó en tos y su madre gritó desde su cabaña que lo quería con ella; Alfredo la calmó y después se unió a mí. Yo le pedí con un gesto de la mano que se agachara para no proyectar sombra sobre la luz de la luna frente a la puerta de Iseult.

Miré en el casco y vi, en la pequeña hoguera reflejada, que Iseult, también ella desnuda, estaba metiendo al chico dentro de uno de los hoyos y después, aún cantando, lo hacía pasar por el túnel de tierra. Su canto se detuvo, y entonces empezó a jadear, después gritó, y después volvió a jadear. Gemía, Alfredo se persignó, después se hizo el silencio; no podía ver claramente lo que pasaba, pero de repente

Iseult lloró en voz alta, un llanto de alivio, como si hubiese terminado un gran dolor, y la vi sacar al niño desnudo por el segundo hoyo. Lo tendió en la cama, el niño estaba en silencio, y la vi meter los espinos en el pasadizo de tierra. Después se tumbó junto al niño y se tapó con mi enorme capa.

Se hizo el silencio. Yo esperé y esperé, y el silencio siguió. Y el silencio se prolongó hasta que comprendí que Iseult estaba dormida, y que el niño estaba dormido también, o muerto, así que recogí el casco y me dirigí a la cabaña de Leofric.

—¿Puedo ir a recogerlo? —preguntó Alfredo nervioso.

—No.

—Su madre... —empezó a decir.

—Hay que esperar a mañana, señor.

—¿Qué puedo decirle?

—Que su hijo ya no tose, señor.

Ælswith empezó a gritar que Eduardo estaba muerto, pero Eanflaed y Alfredo la calmaron; todos esperamos, el silencio era absoluto, y al final me dormí.

Me desperté al alba. Llovía como si fuera el fin del mundo; el mar del Saefern nos enviaba una cortina de lluvia gris torrencial, una lluvia que tamborileaba en el suelo y empapaba los tejados de juncos, provocando arroyos aquí y allá en la pequeña isla en la que se apiñaban las cabañas. Me acerqué a la puerta del refugio de Leofric y vi a Ælswith en su puerta. Parecía desesperada, como una madre a punto de saber que su hijo ha muerto, y de la cabaña de Iseult sólo salía silencio. Ælswith empezó a llorar, las lágrimas terribles de una madre desconsolada, y entonces oímos un extraño sonido. Al principio no lo oí bien, pues la lluvia caía con fuerza, pero después caí en la cuenta de que el sonido era una risa: la risa de un niño; un instante después, Eduardo, aún desnudo como un huevo, todo cubierto de barro tras su renacimiento por el pasaje de tierra, salió corriendo de la cabaña de Iseult y se lanzó a los brazos de su madre.

—Dios mío —exclamó Leofric.

Iseult, cuando la encontré, lloraba, y no había modo de consolarla.

—Te necesito —le dije con dureza. Levantó la mirada.

—¿Me necesitas?

—Para construir un puente.

Frunció el ceño.

—¿Crees que se puede construir un puente con hechizos?

—Mi magia, esta vez —le contesté—. Te quiero en buena forma. Necesito una reina.

Ella asintió. Eduardo, desde aquel día en adelante, creció sano como un roble.

* * *

Los primeros hombres llegaron, convocados por los curas que había enviado a tierra firme. Llegaron de uno en uno y de dos en dos, luchando contra el frío invierno y el pantano, con historias de asaltos daneses, y cuando el sol brilló dos días seguidos, de seis en seis o de siete en siete, de modo que la isla empezó a llenarse de gente. Los envié a patrullar, pero les ordené que no se acercaran demasiado al oeste, pues no quería provocar a Svein, cuyos hombres habían acampado junto al mar. Aún no nos había atacado, una estupidez por su parte, pues habría podido meter sus barcos por los ríos y acceder al pantano, pero sabía que nos atacaría cuando estuviera listo, así que había que preparar nuestras defensas. Y para eso, necesitaba hacerme con Æthelungaeg.

Alfredo se recuperaba. Seguía enfermo, pero había visto el favor de Dios en la recuperación de su hijo, y jamás le pasó por la cabeza que había sido la magia pagana lo que lo había salvado. Incluso Ælswith se mostraba generosa, y cuando le pedí que me prestara la capa de zorro argentado y las joyas que poseyera, me las entregó sin mayores problemas. La capa estaba sucia, pero Eanflaed la cepilló y adecentó.

Habría unos veinte hombres en la isla, probablemente suficientes para capturar Æthelungaeg y arrebatárselo a su huraño jefe, pero Alfredo no quería enfrentarse a los hombres del pantano. Eran sus súbditos, dijo, y si los daneses atacaban podrían luchar por nosotros, lo que significaba que la isla grande y su poblado tenían que ganarse de otra forma, así que, una semana después del renacimiento de Eduardo, me llevé a Leofric e Iseult al sur, al asentamiento de Haswold. Iseult iba vestida con la capa argentada, lucía una cadena de plata en el pelo y un enorme broche con un granate en el cuello. Le había cepillado el pelo hasta que quedó reluciente, y en la tristeza del invierno parecía una princesa del cielo.

Leofric y yo, vestidos con malla y cascos, no hicimos nada salvo pasearnos por Æthelungaeg, pero al cabo de un rato llegó un hombre de Haswold y nos dijo que el jefe quería hablar con nosotros. Creo que Haswold esperaba que fuéramos a su apestosa cabaña, pero yo exigí que viniera él a vernos. Habría podido llevarse lo que hubiese querido, por supuesto, pues no éramos más que tres y él tenía a sus hombres, incluido Eofer el arquero, pero Haswold había comprendido por fin que en el mundo al otro lado del pantano sucedían cosas funestas, y que aquellos acontecimientos podían incluso penetrar en su refugio acuático, así que decidió hablar. Vino a la puerta norte del poblado, que no era más que una valla para ovejas apoyada contra trampas para peces en descomposición y allí, como esperaba, miró a Iseult como si jamás hubiese visto antes una mujer. Sus ojillos astutos pasaban nerviosos de mí a ella, de ella a mí.

—¿Quién es? —preguntó.

—Una compañera —dije como quien no quiere la cosa. Me di la vuelta para mirar la colina empinada al otro lado del río donde quería construir la fortaleza.

—¿Es tu esposa? —preguntó Haswold.

—Una compañera —repetí—. Tengo una docena como ella —añadí.

—Te pago por ella —dijo Haswold. Llevaba detrás una veintena de hombres, pero sólo Eofer iba armado con algo más peligroso que un arpón para anguilas.

Le di la vuelta a Iseult para que se vieran cara a cara; después me puse tras ella y le desabroché el enorme granate. Se estremeció ligeramente, y le susurré que estaba a salvo; cuando el broche salió de la pesada capa, se la quité. Le mostré su desnudez a Haswold, que babeó sobre las escamas de su barba y empezó a mover los sucios dedos por las asquerosas pieles de nutria; después cerré la capa y dejé que Iseult se pusiera otra vez el broche.

—¿Cuánto me pagarías?

—Me la puedo llevar y ya está —dijo Haswold, señalando a sus hombres con la cabeza.

Le sonreí.

—Puedes —le dije—, pero muchos de vosotros moriréis antes que nosotros, y nuestros fantasmas regresarán para matar a vuestras mujeres y hacer gritar a vuestros hijos. ¿Es que no has oído que tenemos una bruja con nosotros? ¿Crees que las armas pueden contra la magia?

Nadie se movió.

—Tengo plata —dijo Haswold.

—No quiero plata —le contesté—. Lo que quiero es un puente y un fuerte. —Y me di la vuelta para señalar la colina al otro lado del río—. ¿Cómo se llama esa colina?

Se encogió de hombros.

—La colina —contestó—, sólo la colina.

—Tiene que convertirse en un fuerte —le dije—, y debe tener paredes de troncos, una puerta de troncos y una torre para que los vigías puedan ver una buena parte del río. Y además quiero un puente que llegue hasta el fuerte, un puente lo suficientemente fuerte para detener barcos.

—¿Quieres detener barcos? —preguntó Haswold. Se rascó la entrepierna y sacudió la cabeza—. No puedo construir un puente.

—¿Por qué no?

—Es demasiado profundo. —Eso era probablemente cierto.

Entonces la marea estaba baja y el Pedredan discurría con lentitud entre orillas de fango altas y pronunciadas—. Pero puedo bloquear el río —siguió diciendo Haswold, con los ojos aún clavados en Iseult.

—Bloquea el río —le dije—, y construye un fuerte.

—Dámela —me prometió Haswold—, y tendrás ambas cosas.

—Haz lo que te pido —le dije—, y podrás tenerla a ella, a sus hermanas y a sus

primas. A las doce.

Haswold habría drenado el pantano entero y construido una nueva Jerusalén por la oportunidad de cepillarse a Iseult, pero no había pensado más allá de la punta de su capullo. Eso a mí me bastaba, y jamás vi un trabajo hecho con tanta rapidez. Lo terminaron en cuestión de días. Primero bloqueó el río, y lo hizo de manera muy astuta, mediante una barrera flotante de troncos y árboles caídos, que se completaba con ramas bien enredadas, todo bien atado con sogas de piel de cabra. La tripulación de un barco podría desmontar la barrera, pero no si los hostigábamos con lanzas y flechas desde el fuerte de la colina, que gozaba de una empalizada de madera, una zanja inundada, y una liviana torre de troncos de aliso unidos con cuerdas de piel. Era todo muy basto, pero la empalizada era suficientemente sólida, y empecé a temer que terminaran la pequeña fortaleza antes de que llegaran suficientes sajones para guardarla. Afortunadamente, los tres curas estaban haciendo su trabajo, los soldados siguieron llegando, metí a una veintena de ellos en Æthelingaeg y les dije que colaboraran para terminar el fuerte.

Cuando estuvo hecho, o casi terminado, llevé otra vez a Iseult a Æthelingaeg y la vestí como anteriormente, sólo que en esta ocasión llevaba una túnica de piel de ciervo bajo la preciosa capa de piel. La situé en el centro del poblado y le dije a Haswold que se la podía llevar. Me miró con cautela, después la observó.

—¿Es mía? —preguntó.

—Toda tuya. —Y me aparté de ella.

—¿Y sus hermanas? —preguntó codicioso—. ¿Sus primas?

—Te las traigo mañana.

Le hizo una señal a Iseult para que se acercara a su cabaña.

—Ven —le dijo.

—En su país —le informé—, es costumbre que el hombre guíe a la mujer a su cama.

El se quedó mirando el precioso rostro de ojos oscuros de Iseult, por encima de la generosa capa argentada. Yo me aparté aún más, abandonándola, y él salió disparado hacia delante, alargó los brazos, y ella sacó las manos de debajo de la espesa piel y le clavó en el vientre a *Aguijón-de-Avispa*. Iseult emitió un grito de horror y sorpresa al hacer fuerza hacia arriba con la hoja; la vi vacilar, conmocionada por el esfuerzo que requería abrir a un hombre en dos y por la toma de conciencia de lo que acababa de hacer. Entonces apretó los dientes y rasgó con fuerza, abriéndolo como a una carpa, y Haswold dejó escapar un extraño maullido al apartarse a trompicones de sus ojos vengativos. Sus tripas se desparramaron por el barro, y yo ya estaba a su lado, con *Hálito-de-Serpiente* desenvainada. Iseult jadeaba, temblando. Había querido hacerlo, pero dudaba de que quisiera repetirlo.

—Se os pidió —les rugí a los aldeanos— que lucharais por vuestro rey. —

Haswold estaba en el suelo, retorciéndose, la sangre empapaba sus pieles de nutria. Emitió otro maullido y una de sus asquerosas manos hurgó entre sus propias tripas—. ¡Por vuestro rey! —repetí—. ¡Cuando se os dice que luchéis por vuestro rey, no se trata de una petición, sino de una obligación! ¡Todos los hombres que hay aquí son soldados, y vuestro enemigo son los daneses! ¡Si no lucháis contra ellos, lucharéis contra mí!

Iseult seguía en pie junto a Haswold, que se contorsionaba como un pez moribundo. La aparté y le clavé al viejo a *Hálito-de-Serpiente* en la garganta.

—Coge la cabeza —me dijo.

—¿Su cabeza?

—Magia poderosa.

Montamos la cabeza de Haswold en la empalizada, de modo que miraba hacia los daneses; con el tiempo, ocho cabezas más aparecieron allí. Eran las cabezas de los principales seguidores de Haswold, que fueron ajusticiados por los aldeanos, quienes se alegraron de librarse de ellos. La de Eofer, el arquero, no se contaba entre ellas. Era un simple, incapaz de decir nada que tuviera sentido, aunque gruñía y, de vez en cuando, emitía aullidos. Podía guiarlo un niño, pero cuando le pedí que usara el arco resultó que tenía una fuerza terrible y que era asombrosamente certero. Era el cazador de *Æthelungaeg*, capaz de tumbar a un jabalí adulto a cien pasos, y eso era precisamente lo que significaba su nombre: jabalí.

Dejé a Leofric al mando de la guarnición de *Æthelungaeg* y llevé a Iseult de vuelta al refugio de Alfredo. Estaba callada, y pensé que hundida en la tristeza, pero de repente se echó a reír.

—¡Mira! —Señaló la sangre reseca del muerto en la capa de *Ælswith*.

Aún llevaba a *Aguijón-de-Avispa*. Era mi espada corta, un *sax*, y era un arma muy dañina en las batallas multitudinarias, cuando los hombres están tan apretados que no hay espacio para maniobrar con una espada larga o un hacha. La limpió en el agua, dejando un reguero de sangre, después la secó con la capa de *Ælswith*.

—Es más difícil de lo que pensaba —me dijo—. Matar a un hombre.

—Hace falta fuerza.

—Pero ahora tengo su alma.

—¿Por eso lo has hecho?

—Para dar vida —me dijo—, hay que quitársela a otro —me devolvió la espada.

Alfredo se estaba afeitando cuando regresamos. Se había dejado barba, no a modo de disfraz, sino porque estaba demasiado desanimado para preocuparse por su aspecto; sin embargo, cuando Iseult y yo llegamos a su refugio, estaba desnudo hasta la cintura junto a una enorme bañera de madera llena de agua caliente. Su pecho era una cosa patética de ver, su vientre hundido, pero se había lavado y peinado, y ahora se estaba afeitando con una antigua navaja que le había prestado un hombre de los

pantanos. Su hija, Æthelflaed, sostenía un pedazo de plata que le servía de espejo.

—Me siento mejor —me dijo con solemnidad.

—Bien, señor —le contesté—. Yo también.

—¿Significa eso que has matado a alguien?

—Ella. —Y torcí la cabeza para indicar a Iseult.

La miró pensativo.

—Mi esposa —dijo, sumergiendo la cuchilla en agua— preguntaba si Iseult es realmente una reina.

—Lo era —le contesté—, pero eso poco significa en Cornwalum. Era reina de un montón de estiércol.

—¿Y es pagana?

—Era un reino cristiano —le dije—. ¿No os lo contó el hermano Asser?

—Me dijo que no eran muy buenos cristianos.

—Pensaba que sólo a Dios le corresponde juzgar.

—¡Bien, Uhtred, bien! —Agitó la navaja, después se detuvo frente al espejo de plata y se afeitó el labio superior—. ¿Puede predecir el futuro?

—Puede.

Se afeitó en silencio durante unos instantes. Æthelflaed observó a Iseult con solemnidad.

—Pues cuéntame —prosiguió Alfredo—, ¿dice si seré rey de Wessex de nuevo?

—Lo seréis —respondió Iseult sin emoción, y me sorprendió.

Alfredo se la quedó mirando.

—Mi esposa —dijo— dice que podemos buscar un barco, ahora que Eduardo está mejor. Buscar un barco, ir al reino franco, y quizá viajar hasta Roma. Hay una comunidad sajona en Roma. —Se pasó la cuchilla por la mandíbula—. Nos darían la bienvenida.

—Los daneses serán derrotados —prosiguió Iseult aún sin tono alguno, pero sin asomo de duda en su voz.

Alfredo se pasó la mano por la cara.

—El ejemplo de Boecio me dice que tiene razón.

—¿Boecio? —pregunté—. ¿Uno de vuestros guerreros?

—Era un romano, Uhtred —me dijo Alfredo regañándome por no saberlo—, un cristiano, un filósofo, y un hombre rico en sabiduría de los libros. ¡Muy rico, sin duda! —Se detuvo, contemplando la historia de Boecio—. Cuando el pagano Alarico asoló Roma —prosiguió—, y toda la civilización y la religión auténtica parecían condenadas, sólo Boecio se plantó ante los pecadores. Sufrió, pero aun así venció, y podemos encontrar valor en él. Desde luego que podemos. —Me señaló con la navaja—. Jamás debemos olvidar el ejemplo de Boecio, Uhtred, jamás.

—No lo olvidaré, señor —le contesté—, ¿pero creéis que la sabiduría de los

libros va a sacarnos de aquí?

—Creo —me dijo— que cuando los daneses se marchen, me dejaré crecer la barba. Gracias, corazón. —Esto último iba dirigido a Æthelflaed—. Devuélvele el espejo a Eanflaed, ¿quieres?

Æthelflaed salió corriendo y Alfredo me miró divertido.

—¿No te sorprende que mi esposa y Eanflaed se hayan hecho amigas?

—Me alegro de ello, señor.

—Yo también.

—¿Pero conoce vuestra esposa la profesión de Eanflaed? —le pregunté.

—No exactamente —dijo—. Cree que era cocinera en una taberna. Cosa bastante cierta. ¿Así que tenemos un fuerte en Æthelingaeg?

—Lo tenemos. Leofric lo comanda con cuarenta y tres hombres.

—Y tenemos veintiocho aquí. ¡Las mismísimas huestes de Midián! —Le parecía claramente divertido—. Pues trasladémonos.

—Quizás en una o dos semanas.

—¿Por qué esperar?

Me encogí de hombros.

—Este lugar está más oculto en el pantano. Cuando tengamos más hombres, cuando sepamos que podemos defender Æthelingaeg, será el momento de que os trasladéis allí.

Se puso una camisa mugrienta.

—¿Tu nuevo fuerte no puede detener a los daneses?

—Los retrasará, señor. Pero aún podrían abrirse paso por entre el pantano. — Aunque les resultaría difícil, porque Leofric estaba excavando zanjas para defender el extremo oeste de Æthelingaeg.

—¿Me estás diciendo que Æthelingaeg es más vulnerable que este lugar?

—Sí, señor.

—Motivo por el cual debo ir allí —dijo—. Los hombres no pueden decir que su rey se oculta en un lugar inaccesible, ¿verdad que no? —Me sonrió—. Deben decir que desafió a los daneses. Que les esperaba donde podían llegar a él, que se puso en peligro.

—¿Ya su familia? —pregunté.

—Y a su familia —respondió con firmeza. Pensó un momento—. Si llegan con suficiente fuerza podrían hacerse con todo el pantano, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Así que no hay un lugar más seguro que otro. Pero, ¿con cuántos hombres cuenta Svein?

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabes? —era un reproche, gentil, pero un reproche igualmente.

—No me he acercado a ellos, señor —le aclaré—, porque hasta ahora éramos demasiado débiles para defendernos, y mientras nos dejen tranquilos, nosotros los dejaremos tranquilos a ellos. No hay necesidad de darle una patada al panal, a menos que estés decidido a coger la miel.

Asintió para aceptar la explicación.

—Pero necesitamos saber cuántas abejas hay, ¿no es cierto? Pues mañana iremos a echar un vistazo a nuestro enemigo. Tú y yo, Uhtred.

—No, señor —contesté con firmeza—. Iré yo. Vos no debéis arriesgaros.

—Eso es exactamente lo que necesito hacer —contestó él—, y los hombres deben saber que lo hice porque soy el rey, ¿por qué iban a querer los hombres un rey que no comparte el peligro con ellos? —Esperaba una respuesta, pero yo no la tenía—. Así que digamos nuestras oraciones —concluyó—. Después comeremos.

Pescado hervido. Siempre comíamos pescado hervido.

Y al día siguiente fuimos a buscar al enemigo.

* * *

Éramos seis: el hombre que empujaba la barcaza, dos de los recién llegados, Alfredo, Iseult y yo. Intenté en una ocasión volver a convencerlo de que se quedara, pero él insistió.

—Si alguien tiene que quedarse —dijo— es Iseult.

—Ella viene —le contesté yo.

—Tú decides, pues. —No discutí, así que todos subimos a la barcaza y nos dirigimos al oeste. Alfredo miraba las aves, miles de aves. Fojas, pollas de agua, somorgujos, patos y garzas; hacia el oeste, blancas contra un cielo gris, se recortaba una bandada de gaviotas.

El hombre de los pantanos nos condujo en silencio y con rapidez por canales secretos. En ocasiones, parecía que iba a llevarnos directamente a una orilla de juncos o hierbas, pero de repente la plana embarcación volvía a adentrarse en otro tramo de agua. La marea creciente formaba olas en los recovecos, metiendo peces en las redes y trampas ocultas. Detrás de las gaviotas, muy hacia el oeste, veía los mástiles de la flota de Svein, que descansaban en la orilla.

Alfredo también los vio.

—¿Por qué no se unen a Guthrum?

—Porque Svein no acepta órdenes de Guthrum —le contesté.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo.

Alfredo se detuvo, quizá pensando en mi juicio ante el *untan*. Me dedicó una mirada de reproche.

—¿Qué tipo de hombre es?

—Formidable.

—¿Y por qué no nos ha atacado aquí?

Yo había estado haciéndome la misma pregunta. Svein había dejado pasar una oportunidad de oro de invadir el pantano y dar caza a Alfredo. ¿Por qué no lo había siquiera intentado?

—Quizá porque es más fácil saquear alguna otra parte —sugerí—, y porque se resiste a seguir los deseos de Guthrum. Son rivales. Si Svein sigue sus órdenes, lo reconoce como su rey.

Alfredo contempló los lejanos mástiles que parecían pequeños arañazos en el cielo. Entonces señalé sin mediar palabra hacia una colina elevada, algo apartada de las aguas tranquilas del pantano, en la parte oeste, y el hombre de los pantanos tomó obedientemente aquella dirección; cuando la barcaza varó en la orilla, trepamos entre gruesos alisos y dejamos atrás unas cabañas mugrientas, mientras los habitantes, gentes hoscas con sucias pieles de nutria, nos observaban pasar. El hombre de los pantanos no conocía ningún nombre para aquel lugar, salvo Brant, que significaba empinado, y desde luego era empinado. Empinado y alto, por lo que ofrecía una magnífica vista al sur, donde el Pedredan se enroscaba como una enorme serpiente por el corazón del pantano. Y en la desembocadura del río, donde la arena y el barro se prolongaban hasta el mar del Saefern, se veía perfectamente la flota danesa.

Estaba varada en la otra orilla del Pedredan, en el mismo lugar en que Ubba dejó sus barcos antes de encontrar la muerte en la batalla. Desde allí, Svein podía subir remando sin problemas hasta Æthelingaeg, pues el río era ancho y profundo, y no encontraría ningún obstáculo hasta la barrera junto al fuerte, donde esperaba Leofric. Quería que Leofric y su guarnición tuvieran algún tipo de aviso si los daneses atacaban; aquella colina ofrecía buena vista del campamento de Svein, y aun así estaba lo suficientemente alejada para no invitar a un ataque enemigo.

—Pondremos aquí un faro —le dije a Alfredo. Una hoguera encendida desde aquí daría dos o tres horas para que Æthelingaeg se preparase ante un ataque danés.

Alfredo asintió, pero no dijo nada. Miró los lejanos barcos, aunque estaban demasiado lejos para contarlos. Se había puesto pálido, y yo sabía que subir la colina le había resultado doloroso, así que lo apremié para que bajara hasta las cabañas.

—Tendríais que descansar aquí, señor —le dije—. Yo me voy a contar barcos. Pero vos tendríais que descansar.

No discutí y sospeché que el dolor de estómago le atormentaba de nuevo. Encontré una cabaña ocupada por una viuda y sus cuatro hijos, le di una moneda de plata y le dije que su rey necesitaba calor y cobijo durante el resto del día; no creo que entendiera quién era, pero sí conocía el valor de un chelín, así que Alfredo se metió en su casa y se sentó junto al fuego.

—Dadle caldo —le dije a la viuda, que atendía a la gracia de Elwide—, y dejadlo

dormir.

Ella mostró su desprecio.

—¡Nada de dormir cuando hay trabajo! —dijo—. ¡Hay anguilas que pelar, pescado que ahumar, redes que coser y trampas que tejer!

—Que trabajen ellos —contesté señalando a los dos guardias, y los dejé a todos a los tiernos cuidados de Elwide, mientras Iseult y yo cogíamos la barcaza rumbo al sur, y como la boca del Pedredan sólo se encontraba a unos cinco o seis kilómetros y la colina de Brant era un punto de referencia tan evidente, dejé también al hombre del pantano para que ayudara a pelar y ahumar las anguilas.

Cruzamos un río más pequeño y avanzamos a través de un largo lago dividido por barrenes. Para entonces ya veía la colina en la otra orilla del Pedredan, donde habíamos quedado atrapados por Ubba, y le conté a Iseult la batalla mientras impulsaba la pértiga por los bajíos. El casco rascó el fondo dos veces y tuve que empujarlo hasta aguas más profundas, hasta que reparé en que la marea bajaba deprisa, de modo que decidí atar la barcaza a un árbol medio podrido. Caminamos por una extensión de barro reseco y lavanda de mar en dirección al Pedredan. Había desembarcado más lejos de lo que quería, y tuvimos que caminar bastante bajo el viento frío, pero vimos todo lo que queríamos ver en cuanto llegamos a la alta orilla del río. Los daneses también podían vernos. No llevaba la cota, pero sí mis espadas y, al verme, los hombres se acercaron más a mi orilla, desde donde profirieron insultos. No les hice caso. Estaba contando barcos y vi veinticuatro embarcaciones con cabezas de bestia, varadas en la franja de tierra donde derrotamos a Ubba el año anterior. Los barcos quemados de Ubba también estaban allí, al menos sus costillas calcinadas medio enterradas en la arena, donde los daneses saltaban y nos insultaban a gritos.

—¿Cuántos hombres ves? —le pregunté a Iseult.

Había unos cuantos daneses más en los restos medio derruidos del monasterio en el que Svein había asesinado a los monjes, pero la mayoría estaban en los barcos.

—¿Sólo hombres? —preguntó.

—Olvida las mujeres y niños —le respondí. Había veintenas de mujeres, la mayoría del pequeño pueblo río arriba.

No conocía las palabras inglesas para los números mayores, así que me dio una cifra estimada abriendo y cerrando los puños seis veces.

—¿Sesenta? —Y asentí—. Como máximo setenta. Y hay veinticuatro barcos. —Ella frunció el ceño al no entender lo que implicaba—. Veinticuatro barcos es un ejército de ¿cuánto? ¿ochocientos, novecientos hombres? Así que esos sesenta o setenta están guardando los barcos. ¿Y los otros? ¿Dónde están los otros? —La pregunta era para mí mismo, mientras observaba a cinco daneses arrastrar un pequeño bote hasta el borde del río. Planeaban remar hasta nuestra orilla y capturarnos, pero

yo no tenía intención de quedarme tanto tiempo—. Los otros —me respondí a mí mismo— han ido al sur. Han dejado a sus mujeres atrás y han salido de saqueo. Están quemando, matando, haciéndose ricos. Están violando Defnascir.

—Vienen —dijo Iseult mientras observaba a los cinco hombres meterse en el bote.

—¿Quieres que los mate?

—¿Puedes? —Parecía esperanzada.

—No —contesté—, así que vámonos.

Regresamos por la larga extensión de barro y arena. Parecía lisa, pero estaba llena de surcos, la marea había cambiado y el mar cubría la tierra a una velocidad sorprendente. El sol se ponía, enredado entre nubes negras, el viento empujaba la marea Saefern arriba y el agua inundaba los pequeños canales entre borbotos. Me di la vuelta y vi que los cinco daneses habían abandonado la persecución y regresado a la orilla oeste, donde las hogueras titilaban delicadamente con la puesta de sol.

—No veo la barcaza —dijo Iseult.

—Por allí —respondí, pero no estaba seguro porque la luz disminuía y nuestra embarcación estaba atada entre un fondo de juncos. En aquel momento saltábamos desde un pedazo de tierra seca a otro, la marea seguía subiendo y la tierra seca disminuía, de modo que acabamos chapoteando. El viento seguía trayendo más agua.

Las mareas son poderosas, sobre todo en el Saefern. Podrías construir una casa con la marea baja y verla desaparecer bajo las olas con la pleamar. Las islas aparecen con la marea baja, islas de diez metros de altura que desaparecen al llegar las aguas, y esa marea no dejaba de subir, veloz y helada, hasta que Iseult empezó a tropezar y yo tuve que cargarla como si fuera una niña. Me costaba mucho, el sol se ponía tras las nubes del oeste y se me antojaba un mar helado infinito. Y entonces, quizá porque caía la noche, o quizá porque Hoder, el dios ciego de la noche, estaba de buenas conmigo, vi la barcaza tirando de su cuerda.

Metí a Iseult dentro y subí a ella por la borda más baja. Corté la cuerda, después me derrumbé, helado, mojado y asustado, y dejé que la corriente se llevara la barcaza.

—Tienes que regresar a la hoguera —me reprendió Iseult. Deseé haberme traído al hombre de los pantanos, pues tenía que encontrar la ruta; fue un viaje largo y frío a la última luz del día. Iseult se agachó a mi lado y escrutó las aguas, donde sobresalía una colina pronunciada junto a la orilla este.

—Eanflaed me ha dicho que esa colina es Avalón —dijo con tono reverente.

—¿Avalón?

—Donde Arturo está enterrado.

—Pensaba que creías que estaba dormido.

—Duerme —repuso con vehemencia—. Duerme en su tumba con sus guerreros.

—Contempló la distante colina, que parecía brillar porque estaba iluminada por el

último y perdido rayo de sol del día, que perforaba las nubes del oeste, del color de las brasas—. Arturo —dijo en un susurro—. Fue el mejor rey de todos. Tenía una espada mágica. —Me contó las historias de Arturo: cómo había sacado su espada de una piedra, cómo condujo a los mejores guerreros a la batalla, y pensé que sus enemigos habíamos sido nosotros, los sajones, pero Avalón estaba ahora en Inglaterra y me pregunté si, en unos cuantos años, no recordarían también los sajones a sus reyes perdidos asegurando lo grandes que eran mientras nos gobernaban los daneses. Cuando el sol se puso, Iseult empezó a cantar en voz baja en su propia lengua, pero me contó que la canción hablaba de cómo Arturo había colocado una escalera en la luna y tejido un paño de estrellas para hacerle una capa a su reina, Ginebra. Su voz nos condujo a través del agua crepuscular, entre juncos, y detrás de nosotros las hogueras de los guardias daneses se desvanecieron en la invasora oscuridad. A lo lejos aulló un perro, el viento suspiró helado y una llovizna empezó a picotear el negro lago.

Iseult dejó de cantar al aproximarnos a Brant.

—Va a haber una gran batalla —dijo en voz muy queda. Sus palabras me sorprendieron, y pensé que seguía pensando en Arturo e imaginando que el rey durmiente surgiría de su lecho de tierra entre pedazos de suelo y acero—. Una batalla junto a una colina —prosiguió—, una colina empinada, y habrá un caballo blanco, la ladera se teñirá de sangre y los daneses huirán de los *sais*.

Los *sais* éramos nosotros, los sajones.

—¿Lo has soñado? —le pregunté.

—Lo he soñado —respondió.

—¿Así que es cierto?

—Es el destino —repuso, yo la creí y, justo entonces, la proa de la barcaza rasgó la orilla de la isla.

Estaba negro como la pez, pero se veían las hogueras para ahumar de la playa, y a su débil luz encontramos el camino de vuelta hasta la casa de Elwide. Estaba construida con troncos de aliso, cubierta con juncos, y encontré a Alfredo sentado junto al hogar central con la mirada ausente en las llamas. Elwide, los dos soldados y el hombre de los pantanos estaban todos pelando anguilas al otro extremo de la cabaña, tres de los hijos de la viuda tejían ramas de sauce para convertirlas en trampas, y el cuarto destripaba un enorme lucio.

Me agaché junto al fuego, con la esperanza de que su calor diera algo de vida a mis piernas congeladas.

Alfredo parpadeó, como si le sorprendiera verme.

—¿Los daneses? —preguntó.

—Se han adentrado en el país —contesté—. Han dejado unos sesenta o setenta hombres vigilando los barcos. —Me acerqué al fuego, temblando, preguntándome si

alguna vez volvería a sentir calor.

—Aquí hay comida —comentó Alfredo vagamente.

—Bien —le dije—, porque estamos hambrientos.

—No, quiero decir que hay comida en los pantanos —repuso—. Suficiente comida para alimentar un ejército. Podemos atacarles, Uhtred, reunir hombres y atacarles. Pero no es suficiente. He estado pensando. He pasado todo el día pensando. —Tenía mejor aspecto, parecía no sufrir tanto, y sospeché que había deseado tener tiempo para pensar y lo había encontrado en aquella cabaña maloliente—. No voy a huir —dijo con firmeza—. No voy a ir al reino de los francos.

—Bien —respondí, aunque tenía tanto frío que en realidad me costaba escucharle.

—Nos vamos a quedar aquí —prosiguió—, reuniremos un ejército y recuperaremos Wessex.

—Bien —repetí. Olía a quemado. El hogar estaba rodeado de piedras planas, Elwide había puesto una docena de tortitas de avena encima y los bordes junto a las llamas habían empezado a ennegrecerse. Aparté una, pero Alfredo me puso mala cara y me indicó que me detuviera, no fuera a distraerlo.

—El problema —dijo— es que no puedo permitirme una pequeña guerra.

Yo no veía qué otro tipo de guerra podía permitirse, pero me lo guardé para mí.

—Cuanto más tiempo se queden los daneses —dijo—, más firmemente se asentarán. Los hombres empezarán a prestarle juramento a Guthrum. No voy a permitirlo.

—No, señor.

—Así que hay que derrotarlos. —Hablaba con tono sombrío—. No vencerlos, Uhtred, ¡derrotarlos!

Pensé en el sueño de Iseult, pero no dije nada. Recordé en cuántas ocasiones había firmado la paz Alfredo con los daneses en lugar de enfrentarse a ellos, y seguí callado.

—En primavera —prosiguió—, tendrán más hombres y se extenderán por Wessex hasta que, al final del verano, no quede nada de Wessex. Así que tenemos que hacer dos cosas. —Me informaba en la misma medida en que pensaba en voz alta—. Primera —y extendió un largo dedo—, tenemos que evitar que dispersen sus ejércitos. Tienen que enfrentarse a nosotros aquí. Hay que mantenerlos cerca para que no puedan enviar pequeñas bandas por el país y hacerse con nuestros dominios. —Eso tenía sentido. En aquel momento, por lo que había oído de la tierra al otro lado del pantano, los daneses estaban asaltando todo Wessex. Iban rápido, y se hacían con todo el botín de que eran capaces antes de que pudieran arrebatarlo otros hombres, pero en pocas semanas empezarían a buscar lugares donde asentarse. Manteniendo su atención en el pantano, Alfredo confiaba en detener aquel proceso—. Y mientras están pendientes de nosotros, hay que reunir al *fyrð*.

Me lo quedé mirando. Yo había hecho cálculos de que se quedaría en el pantano hasta que los daneses se nos merendaran o reuniéramos suficientes fuerzas para recuperar una comarca, y después otra, y otra, un proceso que llevaría años, pero su visión era mucho más grandiosa. Reuniría el ejército de Wessex bajo las narices de los daneses y lo recuperaría todo de golpe otra vez. Era como un juego de dados, y había decidido reunir todo lo que poseía, por poco que fuera, y apostararlo a una sola tirada.

—Les obligaremos a enfrentarse en una enorme batalla —prosiguió en tono lúgubre—, y con la ayuda de Dios los destruiremos.

Se oyó un grito repentino. Alfredo, como sobresaltado de un ensueño, alzó la vista, pero demasiado tarde, porque Elwide estaba de pie encima de él, gritando que le había quemado las tortitas.

—¡Os he dicho que las vigilarais! —le gritó, y en medio del ataque de ira, abofeteó al rey con una anguila pelada. El golpe sonó a chapoteo, y llegó con suficiente fuerza como para tumbar a Alfredo de lado. Los dos soldados se pusieron en pie, echando mano a las espadas, pero yo los detuve con un gesto mientras Elwide recuperaba las tortitas quemadas de las piedras—. ¡Os he dicho que las vigilarais! —chilló, y Alfredo, tumbado donde había caído empezó a gemir de un modo que tomé por llanto, pero después comprendí que era risa. No podía parar de reír, lloraba de risa, tan feliz como no lo había visto nunca.

Pues tenía un plan para recuperar su reino.

* * *

La guarnición de Æhelingaeg contaba ya con setenta y tres hombres. Alfredo se trasladó allí con su familia y envió a seis de los hombres de Leofric a Brant, armados con hachas y con órdenes de construir un faro. Durante aquellos días estuvo en su mejor momento, calmado y seguro; el pánico y la desesperación de las primeras semanas de enero habían sido barridos por su creencia irracional de que iba a recuperar su reino antes de que el verano tocara la tierra. También le alegró muchísimo la llegada del padre Beocca, quien llegó cojeando desde el embarcadero, con la cara reluciente de alegría, para postrarse a los pies del rey.

—¡Vivís, señor! —dijo Beocca, agarrándose a los tobillos del rey—. ¡Alabado sea Dios porque estáis vivo!

Alfredo le hizo levantarse, lo abrazó, ambos lloraron, y al día siguiente, un domingo, Beocca dio un sermón que no pude evitar escuchar porque tuvo lugar al aire libre, bajo un cielo claro y frío; la isla de Æthelingaeg era demasiado pequeña para escapar a la voz del cura. Beocca contó cómo David, rey de Israel, se había visto obligado a huir de sus enemigos, cómo se había refugiado en la cueva de Adulam, y cómo Dios lo había guiado de vuelta a Israel para vencer a sus oponentes.

—¡Ésta es nuestra Adulam! —exclamó Beocca, señalando con la mano buena los tejados de paja de la isla—. ¡Y éste nuestro David! —señalando al rey—. ¡Y Dios nos conducirá a la victoria!

—Es una pena padre —le dije a Beocca más tarde—, que no estuvierais tan beligerante hace dos meses.

—Me alegro —respondió como si no fuera con él la cosa— de encontrarte en el favor del rey.

—Ha descubierto el valor —contesté— de los cabrones asesinos como yo, así que a lo mejor aprende a desconfiar del consejo de cabrones lloricas como vos, que le dijeron que podríamos derrotar a los daneses rezando.

Dio un respingo ante el insulto, después miró con desaprobación a Iseult.

—¿Tienes noticias de tu esposa y de tu hijo?

—Ninguna.

Beocca tenía algunas noticias, pero ninguna de Mildrith. Había huido al sur tras la invasión de los daneses, y había logrado llegar hasta Dornwaraceaster, en Thornsæta, donde encontró refugio con algunos monjes. Los daneses llegaron allí, pero los monjes habían sido avisados y se ocultaron en una antigua fortaleza que quedaba cerca de la ciudad. Los daneses saquearon Dornwaraceaster, y se llevaron plata, monedas y mujeres. Después se desplazaron hacia el este y, poco más tarde, Huppa, *ealdorman* de Thornsæta, llegó a la ciudad con cincuenta guerreros. Huppa había puesto a los monjes y ciudadanos a reparar las antiguas murallas romanas.

—Por el momento están a salvo —me contó Beocca—, pero no hay suficiente comida si los daneses regresan y la sitian. —Después Beocca oyó que Alfredo estaba en los grandes pantanos y emprendió el viaje solo, aunque durante el último día de camino conoció a seis soldados que también iban en busca de Alfredo, y terminó el viaje con ellos. No traía noticias de Wulfhere, pero le habían contado que Odda *el Joven* andaba en alguna parte cerca del nacimiento del Uisc, en una vieja fortaleza construida por las gentes antiguas. Beocca no había visto daneses en su viaje—. Están por todas partes —dijo en tono funesto—, pero gracias a Dios, no hemos visto ninguno.

—¿Es Dornwaraceaster un sitio grande? —pregunté.

—Bastante. Y tiene tres hermosas iglesias, ¡tres!

—¿Y mercado?

—Sin duda, era próspero antes de que llegaran los daneses.

—¿Y los daneses no se quedaron allí?

—Ni tampoco en Gifle —contestó—, y aquél es un lugar divino.

Guthrum había sorprendido a Alfredo, derrotado a las fuerzas en Cippanhamm, y empujado al rey a ocultarse, pero para mantener Wessex debía hacerse con todas sus ciudades amuralladas, y si Beocca había podido caminar tres días por el país sin ver

daneses, eso sugería que Guthrum no poseía suficientes hombres para conservar todo lo que había ocupado. Podía traer más hombres de Mercia y de la Anglia Oriental, pero corría el riesgo de que aquellos lugares se levantaran contra sus debilitados señores daneses, así que Guthrum no tenía más remedio que esperar a que llegaran más barcos de Dinamarca. Mientras tanto, supimos entonces, había puesto guarniciones en Baóum, Readingum, Mserlebeorg y Andefera. Sin duda, no eran sus únicos bastiones, y Alfredo sospechaba, con razón, como nos dijeron más tarde, que buena parte del este de Wessex estaba en sus manos, aunque grandes extensiones de territorio seguían libres de enemigos. Los hombres de Guthrum asaltaban aquellos territorios, pero no poseían fuerza suficiente para dotar de guarniciones a ciudades como Wintanceaster, Gifle, o Dornwanceaster. A principios de verano, Alfredo lo sabía, llegarían más barcos cargados de daneses, así que tenía que atacar antes, y con esa intención, el día después de la llegada de Beocca convocó un Consejo.

Había ya suficientes hombres en Æthelingæg para que prevaleciera cierta formalidad real. Ya no encontraba a Alfredo sentado fuera de una cabaña por la tarde, sino que tenía que pedirle audiencia. El lunes que celebró el Consejo, ordenó que se convirtiera una gran casa en una iglesia: la familia que vivía allí fue desalojada y algunos de los soldados recién llegados construyeron una considerable cruz para el tejado y abrieron ventanas nuevas en los muros. Los hombres del Consejo propiamente dicho se reunieron en lo que había sido la casa de Haswold, y Alfredo esperó a que estuviéramos todos para hacer su entrada. Todos nos tuvimos que poner en pie mientras entraba, y esperar a que tomara asiento en uno de los dos sillones de la nueva tarima. Ælswith se sentó a su lado, con su vientre preñado envuelto en la capa de zorro argentado aún manchada con la sangre de Haswold.

No nos podíamos sentar hasta que el obispo de Exanceaster dijera una oración, cosa que llevó su tiempo, pero al final el rey nos indicó que lo hiciéramos. El Consejo estaba formado por seis curas y seis guerreros. Yo me sentaba con Leofric, mientras que los otros cuatro soldados eran hombres recién llegados que habían servido en las tropas personales de Alfredo. Uno de ellos era un hombre de barba gris llamado Egwine, que me dijo que había comandado cien hombres en la batalla de la colina de Æsc, y estaba claro que pensaba que debía comandar ahora todas las tropas reunidas en el pantano. Sabía que había planteado su caso ante el rey y Beocca, que estaba sentado ante una desvencijada mesa, donde intentaba recoger lo que se decía en el Consejo. Beocca tenía dificultades porque la tinta era vieja y se desvanecía, la pluma no dejaba de salpicar, y sus pergaminos eran los márgenes arrancados de un misal, cosa que le disgustaba, pero Alfredo tenía afición por reducir las discusiones a papel.

El rey dio las gracias formalmente al obispo por la oración, y después anunció, sensatamente, que no confiaba en lidiar con Guthrum hasta derrotar a Svein. Svein era la amenaza inmediata pues, aunque la mayoría de sus hombres asaltaban

Defnascir, seguía teniendo los barcos con los que entrar en el pantano.

—¿Veinticuatro? —me preguntó levantando una ceja. —Veinticuatro, señor —le confirmé.

—Así que, cuando reúna sus efectivos, contará con alrededor de mil hombres. —Alfredo dejó que la cifra cayera por su propio peso. Beocca frunció el ceño cuando una salpicadura manchó su pequeño pedazo de pergamino.

—Pero hace dos días —prosiguió Alfredo— sólo había setenta guardias en la desembocadura del Pedredan.

—Unos setenta —contesté—. Podría haber más que no vimos.

—¿Menos de cien, aun así?

—Eso sospecho, señor.

—Pues debemos lidiar con ellos antes de que el resto regrese a los barcos. —Se hizo el silencio de nuevo. Todos sabíamos lo débiles que éramos. Llegaban unos cuantos hombres cada día, como la media docena que se había presentado con Beocca, pero llegaban lentamente, tanto porque las noticias de la existencia de Alfredo se extendían poco a poco, como porque hacía frío y a los hombres no les gustaba viajar en días húmedos y helados. Tampoco había un solo *thane* entre los recién llegados, ni uno solo. Los *thane* eran nobles, hombres con propiedades, que podían traer veintenas de soldados bien armados a una batalla, y todas las comarcas poseían sus *thane*, que estaban justo por debajo del alguacil y el *ealdorman*, también *thane* a su vez. Los *thane* eran la fuerza de Wessex, pero ninguno había aparecido por *Æthelungaeg*. Algunos, habíamos oído, habían huido al extranjero, mientras otros intentaron proteger sus propiedades. Alfredo, estaba seguro, se habría sentido más cómodo con una docena de *thane* a su alrededor, pero lo que tenía era a Leofric, a Egwine y a mí.

—¿Con cuántas fuerzas contamos ahora? —nos preguntó Alfredo.

—Tenemos más de cien hombres —respondió Egwine con vehemencia.

—De los que sólo sesenta o setenta están en condiciones de luchar —contesté. Habíamos tenido una epidemia de alguna enfermedad, los hombres vomitaban, temblaban y a duras penas conseguían contener sus tripas. Siempre que las tropas se reúnen, aparece esa enfermedad.

—¿Es suficiente? —preguntó Alfredo.

—¿Suficiente para qué, señor? —Egwine no era muy rápido.

—Para deshacernos de Svein, por supuesto —repuso Alfredo, y de nuevo se hizo el silencio, porque la pregunta era absurda.

Entonces Egwine irguió los hombros.

—¡De sobra, señor!

Ælswith le dedicó una sonrisa.

—¿Y qué proponéis? —preguntó Alfredo.

—Coger a todos los hombres que tenemos, señor —repuso Egwine—, a todos los hombres sanos, y atacarles. ¡Atacarles!

Beocca no escribía. Sabía cuándo estaba oyendo tonterías, y no iba a malgastar la escasa tinta en malas ideas.

Alfredo me miró.

—¿Se puede hacer?

—Nos verán llegar —contesté—. Estarán esperándonos.

—Marcharemos por el interior —repuso Egwine—. Llegaremos desde las colinas. De nuevo Alfredo volvió a mirarme.

—Eso dejaría Æthelingæg sin defensas —repuse—, nos llevaría al menos tres días, al final de los cuales los hombres tendrán frío, hambre y estarán cansados; además, los daneses seguirán viéndonos llegar, y les dará tiempo para ponerse la cota y recoger las armas. Y en el mejor de los casos estaremos a la par. ¿En el peor? —Me limité a encogerme de hombros. Tras tres o cuatro días, el resto de las fuerzas de Svein podrían regresar, de modo que nuestros setenta u ochenta hombres se enfrentarían a una horda.

—¿Y cómo lo harías?

—Destruiría sus barcos —le dije.

—Sigue.

—Sin barcos —proseguí—, no pueden remontar los ríos. Sin barcos, están abandonados.

Alfredo asintió. Beocca volvía a escribir.

—¿Y cómo vas a destruir sus barcos?

No lo sabía. Podíamos llevar setenta hombres para luchar con sus setenta, pero al final de la batalla, aunque ganáramos, tendríamos suerte si quedábamos veinte aún en pie. Aquellos veinte podían quemar los barcos, por supuesto, pero dudaba de que sobrevivieran tanto. Había veintenas de danesas en Cynuit y, si había pelea, se unirían a ella: demasiadas probabilidades de que nos derrotaran.

—Fuego —intervino Egwine lleno de entusiasmo—. Transportaremos el fuego en barcazas y lo lanzaremos desde el río.

—Hay guardias —contesté en tono cansino—, y nos arrojarán lanzas, hachas, y flechas. Podremos quemar un barco, pero eso será todo.

—Iremos de noche —insistió Egwine.

—Es casi luna llena —dije—, y nos verán llegar. Y si el cielo está nublado, no veremos sus barcos.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —quiso saber Alfredo de nuevo.

—Dios enviará un fuego del cielo —intervino el obispo Alewold, y nadie le contestó.

Alfredo se puso en pie. Todos nos pusimos en pie. Después me señaló.

—Destruirás la flota de Svein —me dijo—, y me gustaría saber cómo vas a hacerlo esta noche. Si no puedes, entonces tú —y señaló a Egwine—, viajarás a Defnascir, encontrarás al *ealdorman* Odda, y le dirás que traiga sus fuerzas a la desembocadura del río y nos haga el trabajo.

—Sí, señor —respondió Egwine.

—Esta noche —me dijo Alfredo con frialdad, y salió de la estancia.

Me dejé cabreado. Era su intención. Subí a grandes zancadas al nuevo fuerte con Leofric y contemplé el otro lado del pantano, donde las nubes se acumulaban encima del Saefern.

—¿Cómo vamos a quemar veinticuatro barcos? —pregunté molesto.

—Dios enviara un fuego del cielo —contestó Leofric—, por supuesto.

—Mejor que enviara una tropa de mil hombres.

—Alfredo no va a llamar a Odda —prosiguió Leofric—. Lo ha dicho para molestarte.

—Pero tiene razón, ¿no? —admití a regañadientes—. Nos tenemos que deshacer de Svein.

—¿Cómo?

Miré la enmarañada barricada que Haswold había construido con árboles caídos. El agua, en lugar de discurrir río abajo, lo remontaba, porque la marea estaba subiendo, así que las olas fluían hacia el este por entre el revoltijo de ramas.

—Recuerdo una historia —dije—, de cuando era pequeño. —Me detuve, intentando recordar el cuento que, supongo, me habría contado Beocca—. El dios cristiano dividió las aguas, ¿no es así?

—Moisés, lo hizo —repuso Leofric.

—Y cuando el enemigo los siguió —proseguí—, se ahogaron todos.

—Muy listo —dijo Leofric.

—Pues eso es lo que vamos a hacer —contesté.

—¿Cómo?

Pero en lugar de contárselo convoqué a los hombres del pantano y hablé con ellos; cuando llegó la noche, ya tenía mi plan, y como lo había sacado de las escrituras, Alfredo lo aprobó inmediatamente. Me llevó otro día más prepararlo todo. Necesitábamos suficientes barcasas para transportar cuarenta hombres, y también necesitaba a Eofer, el arquero bobalicón. No le gustó, no entendía lo que quería, farfullaba y parecía asustado, pero una niña, de unos diez u once años, lo tomó de la mano y le explicó que tenía que salir a cazar con nosotros.

—¿Confía en ti? —le pregunté.

—Es mi tío —me dijo. Eofer la cogía de la mano y estaba tranquilo otra vez.

—¿Hace Eofer lo que le pides?

Asintió, con una expresión muy seria, y le dije que debía venir con nosotros para

que su tío estuviera contento.

Nos marchamos antes del alba. Éramos veinte hombres del pantano, hábiles con las barcazas, veinte guerreros, un arquero bobalicón, una niña e Iseult. Alfredo, por supuesto, no quería que llevara a Iseult, pero yo no le hice caso y él no discutió. Lo que sí hizo fue vernos partir, y después se metió en la iglesia de Æthelingæg, que ahora lucía una cruz de aliso recién hecha clavada en el tejado.

Y en el cielo bajo, sobre la cruz, relucía la luna llena. Era grande y tenue como un espíritu, y al salir el sol aún se desvaneció más, pero cuando las diez barcazas bajaron por el río me la quedé mirando y dije una oración silenciosa a Hoder, porque la luna es su mujer y era ella quien debía darnos la victoria. Por primera vez desde que Guthrum atacara una mañana de invierno, los sajones empezaban su defensa.

CAPÍTULO VIII

Antes de llegar al mar, el Pedredan da un gran rodeo en el pantano, describiendo una curva que es prácticamente tres cuartas partes de un círculo, y en la orilla interior encontramos otro pequeño poblado: no más de media docena de cabañas sobre pilotes hundidos en una pequeña elevación del suelo. El poblado recibía el nombre de Palfleot, que significa «el sitio de las estacas», porque las gentes que lo ocupaban anteriormente tendían redes y trampas con estacas en los arroyos cercanos. Si embargo, los daneses habían ahuyentado a sus habitantes y quemado sus casas, así que Palfleot no era ahora más que un montón de restos chamuscados y barro negro. Atracamos allí, helados por el frío amanecer. La marea bajaba y descubría las enormes orillas de arena y barro que a Iseult y a mí tanto nos había costado atravesar; el viento venía del oeste, fresco y frío, amenazando con traer lluvia, aunque para entonces la luz oblicua del sol arrojaba largas sombras de barrones y juncos por los pantanos. Dos cisnes volaron hacia el sur, y supe que se trataba de un mensaje de los dioses, pero no sabía cuáles eran sus términos.

Las barcasas se alejaron, dejándonos abandonados. Se dirigían al norte y al este, siguiendo los intrincados pasos de agua sólo conocidos por los hombres de los pantanos. Nos quedamos un rato en Palfleot, sin hacer nada concreto, pero haciéndolo muy enérgicamente para asegurarnos de que los daneses, bien lejos de nosotros al otro lado de la curva del río, nos vieran. Derrumbamos los maderos ennegrecidos mientras Iseult, que tenía buena vista, observaba el lugar en que se veían los mástiles daneses como rasguños en las nubes del oeste.

—Hay un hombre encima de un mástil —nos dijo al cabo de un rato, y cuando miré, vi al hombre encaramado en lo alto del barco y supe que nos habían localizado. La marea bajaba, dejando al descubierto aún más barro y arena, y en cuanto estuve seguro de que nos habían visto, atravesamos la extensión de tierra que acababa de quedar al descubierto en la extravagante curva del río.

A medida que nos acercamos, vimos más daneses en la arboladura de sus barcos. Nos estaban observando y, aunque no estaban preocupados porque nos superaban en número y nos separaba el río, quienquiera que comandara el campamento también estaría ordenando a sus hombres que se armaran. Probablemente querría estar preparado para cualquier intento por nuestra parte, pero yo además esperaba que fuera listo. Estaba tendiéndole una trampa y, para que la trampa funcionara, tenía que hacer lo que yo quisiera, aunque al principio, si era listo, no haría nada. Sabía que teníamos pocas opciones, separados de él por el Pedredan, así que se contentó con observar mientras nos acercábamos a la orilla del río y bajábamos resbalando por el empinado montículo fangoso que la marea había dejado al descubierto. El río discurría frente a nosotros, gris y helado: en la orilla contraria estaban fondeados sus

barcos.

Habría allí unos cien daneses mirándonos e insultándonos. Algunos se reían, porque les parecía evidente que habíamos recorrido un largo camino para no conseguir nada, pero eso era porque aún no sabían nada de las habilidades de Eofer. Llamé a la sobrina del hombretón a mi lado.

—Lo que quiero que haga tu tío Eofer es matar a algunos de esos hombres —le dije.

—¿Matarlos? —me miró con los ojos como platos.

—Son hombres malos —le dije—, y quieren matarte.

Ella asintió solemnemente, se llevó al hombretón de la mano hasta el borde del agua, y allí él clavó sus pies en el barro. El río era muy ancho, y me pregunté si no sería demasiada distancia incluso para aquel arco enorme, pero Eofer armó la gigantesca vara y se adentró en el Pedredan hasta que encontró un banco, lo que significaba que aún se podía meter más en el río, y allí sacó una flecha de su aljaba, la colocó en la cuerda y tensó. Emitió un gruñido al soltarla, y yo observé esperanzado la trayectoria de la flecha que acababa de salir despedida de la cuerda. Entonces el penacho aprovechó el viento y la flecha se elevó por encima de la corriente y bajó hacia un grupo de daneses que estaban de pie sobre la plataforma del timón de un barco. Se oyó un grito de furia al caer el proyectil. No hirió a nadie del grupo, pero la siguiente flecha de Eofer le dio a un hombre en el hombro, y los daneses corrieron a replegarse detrás de su puesto de observación, en la proa del barco. Eofer, que asentía compulsivamente con la cabeza y emitía pequeños sonidos animales, se centró en otro barco. Tenía una fuerza extraordinaria. La distancia era demasiada para la precisión, pero el peligro de las largas flechas emplumadas de blanco hizo retroceder a los daneses, así que llegó nuestro turno de burlas. Uno de los daneses agarró un arco e intentó devolvernos el golpe, pero la flecha se hundió en el agua veinte metros antes de llegar a nosotros, y los provocamos, nos reímos de ellos y brincamos de arriba abajo mientras las flechas de Eofer se estampaban en el maderamen. Después me metí en el río y le cogí el arco. Me puse delante de él para que los daneses no vieran qué hacía.

—Dile que no se preocupe —le dije a la niña, y ella tranquilizó a Eofer, que ponía mala cara e intentaba arrebatarme el arco. Saqué un cuchillo y eso lo alarmó aún más. Me gruñó, después me quitó el arco—. Dile que no pasa nada —le dije a la niña, y ella tranquilizó a su tío, que entonces me dejó raspar la cuerda de cáñamo tejido. Me aparté de él y señalé a un grupo de daneses—. Mátalos.

Eofer no quería tensar el arco. Lo que hizo fue buscar bajo su grasiento gorro de lana y sacar una segunda cuerda, pero yo sacudí la cabeza, y la niña lo convenció de que usara la cuerda medio partida. Así que la tensó nervioso y, justo antes de que alcanzara el punto máximo de tensión, la cuerda se rompió y la flecha salió despedida

sin rumbo hacia el cielo para acabar flotando en el río.

La marea había cambiado, y el agua subía.

—¡Vamos! —les grité a mis hombres.

Era el turno de los daneses, que volvían a burlarse de nuestro ridículo intento. Pensaban que nos retirábamos porque se nos había roto la cuerda, así que empezaron a insultarnos a gritos mientras subíamos a trompicones por el montículo de barro. Entonces vi a dos hombres corriendo desde el otro extremo de la orilla y confié en que trajeran las órdenes que yo quería.

Las traían. Los daneses, liberados de la amenaza del terrible arco de Eofer, iban a lanzar al agua dos de sus barcos más pequeños. Les habíamos picado, nos habíamos reído de ellos, y ahora iban a intentar matarnos.

Todos los guerreros tienen orgullo. Orgullo, rabia y ambición aguijonean la reputación, y los daneses no querían que pensáramos que podíamos burlarnos de ellos sin recibir el justo castigo por nuestra temeridad. Querían darnos una lección. Pero también querían algo más. Antes de partir de Æthelungaeg, había insistido en que se les suministrara a mis hombres todas las cotas de malla disponibles. Egwine, que se había quedado atrás con el rey, se había mostrado reacio a prestar su estupenda armadura, pero Alfredo lo había ordenado, de modo que dieciséis de mis hombres vestían cota. Tenían un aspecto magnífico, como si fueran guerreros de élite, y los daneses obtendrían renombre si derrotaban a un grupo como el nuestro y capturaban las preciosas armaduras. El cuero ofrece algo de protección, pero la cota de malla encima del cuero es mucho mejor y mucho más cara, y al llevar dieciséis cotas a la orilla del río les había lanzado a los daneses un anzuelo irresistible.

Y picaron como anguilas hambrientas.

Íbamos despacio, fingiendo deliberadamente que nos costaba avanzar en el terreno blando mientras regresábamos hacia Palfleot. Los daneses también tenían dificultades para deslizarse los dos barcos por la embarrada orilla del río, pero al final acabaron en el agua y, en la repentina marea creciente, hicieron lo que yo esperaba que hicieran.

No cruzaron el río. Si lo hubieran cruzado, se habrían encontrado en la orilla este del Pedredan y aún nos separaría casi un kilómetro de distancia, así que el comandante hizo lo que pensaba que era lo más inteligente. Intentó cortarnos el paso tomando un atajo. Todos nos habían visto desembarcar en Palfleot y pensaban que nuestros barcos debían de seguir allí, así que remarón río arriba para dar con aquellos barcos y destruirlos.

Pero las barcas no estaban en Palfleot. Se habían dispersado hacia el norte y el este, y nos esperaban en un dique rodeado de juncos, aunque aún no era el momento de usarlas. Los daneses desembarcaron en Palfleot, nosotros nos apiñamos en la arena, observándolos, y sin duda pensaron que estábamos atrapados, esta vez en la

misma orilla del río, y como la tripulación de los dos barcos nos doblaba en número, avanzaron con toda la confianza del mundo desde las pilas quemadas de Palfleot para matarnos en el pantano.

Estaban haciendo exactamente lo que quería que hicieran.

Y entonces nos retiramos. Retrocedimos de cualquier manera, por momentos corriendo, para abrir la distancia entre nosotros y los daneses, tan seguros de sí mismos. Conté setenta y seis, y nosotros no éramos más que treinta porque algunos de mis hombres se habían quedado en las barcazas ocultas. Los daneses sabían que éramos hombres muertos y echaron a correr por la arena y los riachuelos, de modo que tuvimos que ir aún más rápido, cada vez más, para mantenerlos alejados. Empezó a llover, las gotas traían el fresco viento del oeste, y yo seguí mirando la lluvia hasta que al fin vi una barra de luz argentada y centelleante que se derramaba por el borde del pantano: entonces supe que la veloz marea empezaba su rápida carrera por las llanuras baldías.

Y seguimos retrocediendo, con los daneses pisándonos los talones, aunque ya acusaban el cansancio. Unos cuantos nos gritaron, retándonos a que presentáramos batalla, pero a otros ya no les quedaba aliento para gritar, sólo la determinación salvaje de atraparnos y matarnos. Nosotros, sin embargo, nos dirigíamos al este, hacia una hilera de espinos y juncos: allí, en un arroyo que se inundaba, estaban nuestras barcazas.

Nos metimos en las embarcaciones, agotados, y los hombres del pantano nos impulsaron de vuelta al arroyo, un afluente del río Bru, que bloqueaba la parte norte del pantano; las planas barcazas nos transportaron hacia el sur a toda velocidad, contracorriente, dejando atrás a los daneses, que sólo podían mirar, a una distancia de medio kilómetro, sin saber cómo reaccionar. Y cuanto más nos alejábamos, más aislados parecían en aquel enorme y yermo lugar, en el que la lluvia caía y la marea bullía por los lechos de los riachuelos. El agua empujada por el viento empezaba a subir con fuerza por el pantano; la marea era aún más poderosa a causa de la luna llena y, de pronto, los daneses vieron el peligro y empezaron a correr hacia Palfleot.

Pero Palfleot estaba lejos, y nosotros ya habíamos abandonado la corriente y metíamos las barcazas por un riachuelo más pequeño, uno que llegaba hasta el Pedredan y que nos conducía directos hacia las pilas calcinadas donde los daneses habían amarrado sus dos barcos. Sólo estaban vigilados por cuatro hombres, y bajamos de las barcazas con un grito salvaje y las espadas desnudas, de modo que los cuatro salieron huyendo. Los otros daneses seguían en el pantano, pero ya no era un pantano, sino una marisma, y debían vadear el agua.

Y yo tenía dos barcos. Atamos las barcazas a la popa, y los hombres del pantano, divididos entre los dos barcos, se pusieron a los remos; yo tomé el timón de uno y Leofric del otro, y remamos en contra de la marea hacia Cynuit, donde los barcos

daneses habían quedado guardados sólo por un puñado de hombres y por mujeres y niños, que observaban regresar a los dos barcos sin saber que iban tripulados por el enemigo. Debieron de preguntarse por qué llevaban tan pocos remos, ¿pero cómo habrían podido imaginarse que cuarenta sajones iban a derrotar a casi ochenta daneses? Así que nadie nos plantó cara cuando varamos en la orilla y desembarcamos.

—Podéis enfrentaros a nosotros —le grité a los pocos guardias que quedaban—, o seguir con vida.

Llevaba cota de malla y mi nuevo casco. Era un señor de la guerra. Di un golpe en el gran escudo con *Hálito-de-Serpiente* y los hostigué.

—¡Pelead si queréis! —les grité—. ¡Venid a plantar cara!

No lo hicieron. Eran muy pocos, así que se retiraron al sur y no pudieron más que mirar mientras quemábamos sus barcos. Nos llevó casi todo el día asegurarnos de que ardían hasta las quillas, pero ardieron, vaya que sí, y las hogueras eran la señal para la parte occidental de Wessex de que Svein había sido derrotado. No estaba en Cynuit aquel día, sino algo más al sur, y mientras los barcos ardían no le quité ojo a las colinas arboladas por miedo a que apareciera con cientos de hombres, pero seguía lejos, y los daneses de Cynuit nada podían hacer por detenernos. Quemamos los veintitrés barcos, incluido el *Caballo blanco*, y el vigésimo cuarto, uno de los dos que habíamos capturado, nos llevó de vuelta al caer la noche. Sacamos un buen botín del campamento danés: comida, maromas de barco, pieles, armas y escudos.

Había una veintena de daneses abandonados en la isla baja de Palfleot. El resto, arrastrados por el peso de sus cotas, había muerto en las aguas vivas. Los supervivientes nos vieron pasar, pero no hicieron nada para provocarnos, y yo no hice nada por herirles. Remamos hacia Æthelungaeg y, tras nosotros, bajo un cielo oscuro, el agua cubrió el pantano. Las gaviotas gritaron por encima de los ahogados y, al anochecer, dos cisnes volaron hacia el norte, batiendo sus alas como tambores en el cielo.

El humo de los barcos quemados ensombreció las nubes durante tres días y, al segundo día, Egwine condujo el barco capturado río abajo con cuarenta hombres, desembarcaron en Palfleot y mataron a los supervivientes; seis de ellos fueron hechos prisioneros, y cinco de aquellos seis fueron despojados de su armadura y amarrados a estacas en el río durante la marea baja para que se ahogaran lentamente con la crecida de las aguas. Egwine perdió tres hombres en aquella batalla, pero trajo de vuelta cotas, escudos, cascos, armas, brazaletes, y un prisionero que no sabía nada, salvo que Svein se había dirigido a caballo hacia Exanceaster. Aquel prisionero murió al tercer día, el día en que Alfredo pidió oraciones para dar gracias por nuestra victoria. De momento, estábamos a salvo. Svein no podía atacarnos porque había perdido sus barcos, Guthrum no tenía modo de penetrar en el pantano, y Alfredo estaba

complacido conmigo.

* * *

—El rey está complacido contigo —me dijo Beocca. Dos semanas antes, pensé, el rey me lo habría dicho directamente. Se habría sentado conmigo junto a la orilla y habríamos hablado, pero ahora se había formado la corte y el rey estaba cercado de curas.

—Faltaría más —contesté. Estaba practicando con las armas cuando apareció Beocca. Practicábamos todos los días, usando estacas en lugar de espadas, y algunos hombres se quejaron de que no necesitaban jugar a pelear. Contra esos me enfrentaba yo mismo, y tras revolverlos por el barro les sugería que jugaran más y se quejaran menos.

—Está complacido contigo —dijo Beocca, conduciéndome por el camino junto al río—, pero te considera excesivamente escrupuloso.

—¡Yo! ¿Escrupuloso?

—Por no acercarte a Palfleot a terminar el trabajo.

—El trabajo estaba terminado —le dije—. Svein no puede atacarnos sin barcos.

—Pero no todos los daneses se habían ahogado —señaló Beocca.

—Murieron bastantes —le dije—. ¿Sabéis lo que soportaron? ¿El terror que debieron sentir intentando escapar a la marea? —Pensé en mi propia angustia en el pantano, la marea inexorable, el agua fría extendiéndose, y el miedo aferrado al corazón—. ¡No tenían barcos! ¿Para qué matar a hombres abandonados a su suerte? Era un trabajo para Egwine.

—Porque son paganos —dijo Beocca—, porque Dios y los hombres les desprecian, y porque son daneses.

—Y sólo hace unas semanas —le dije—, creíais que iban a convertirse en cristianos, y todas nuestras espadas pasarían a ser rejas de arado.

Beocca se hizo el loco.

—¿Y qué va a hacer ahora Svein? —quiso saber.

—Dará la vuelta al pantano —le dije—, y se unirá a Guthrum.

—Y Guthrum está en Cippanhamm. —De eso estábamos bastante seguros. Llegaban hombres nuevos al pantano, y todos traían noticias. La mayoría eran rumores, pero muchos habían oído que Guthrum había reforzado las murallas de Cippanhamm para pasar allí el invierno. Grandes partidas de asalto seguían saqueando Wessex, pero evitaban las ciudades más grandes, donde se habían formado guarniciones sajonas. Había una en Dornwaraceaster, y otra en Wintanceaster, y Beocca creía que Alfredo debía dirigirse a una de aquellas ciudades, pero el rey se había negado, pues pensaba que Guthrum lo sitiaría inmediatamente. Quedaría atrapado en una ciudad, mientras que el pantano era demasiado grande para ser

sitiado, y Guthrum no tenía manera de penetrar en las marismas.

—Tienes un tío en Mercia, ¿no? —me preguntó Beocca cambiando de tema de golpe.

—Æthelred. El hermano de mi madre. Es *ealdorman*.

Percibió el tono indiferente de mi voz.

—¿No le tienes estima?

—Apenas le conozco. —Había pasado algunas semanas en su casa, justo lo suficiente para pelearme con su hijo, que también se llamaba Æthelred.

—¿Es amigo de los daneses?

Negué con la cabeza.

—Ellos lo soportan, y él los soporta a ellos.

—El rey ha enviado mensajeros a Mercia —prosiguió Beocca.

Hice una mueca.

—Si pretende que se alcen contra los daneses, no lo van a hacer. Los matarían a todos.

—Más bien pretende que traigan hombres en primavera —contestó Beocca, y yo me pregunté cómo se suponía que unos cuantos guerreros mercios iban a saltarse los controles daneses para venir a ayudarnos, pero me lo guardé para mí—. Deseamos que llegue la primavera de nuestra salvación —prosiguió Beocca—, pero mientras tanto el rey querría que alguien se acercara a Cippanhamm.

—¿Un cura —le pregunté con amargura— para hablar con Guthrum?

—Un soldado —dijo Beocca—, para valorar sus defensas.

—Pues que me envíe a mí —me ofrecí.

Beocca asintió, después cojeó a lo largo de la orilla hasta donde las trampas de ramas de sauce habían quedado expuestas por la marea baja.

—Qué distinto es esto de Northumbria —dijo con nostalgia.

Sonreí.

—¿Añoráis Bebbanburg?

—Me gustaría terminar mis días en Lindisfarena —dijo—. Me gustaría decir en aquella isla mi última oración. —Se dio la vuelta y miró las colinas al este—. El rey va a ir a Cippanhamm en persona —dijo, casi como si se acabara de acordar.

Pensé que no lo había entendido bien, después me di cuenta de que había oído lo correcto.

—Eso es una locura —protesté.

—Es la condición de rey —repuso.

—¿La condición de rey?

—El *witan* elige al rey —respondió Beocca con severidad—. Y el rey debe tener la confianza de la gente. Si Alfredo va a Cippanhamm y camina entre sus enemigos, la gente sabrá que merece ser rey.

—Y si lo capturan —contesté—, la gente sabrá que es un rey muerto.

—Pues debes protegerle —añadió. Yo no dije nada. Era una locura como una casa, pero Alfredo estaba decidido a demostrar que merecía ser rey. Después de todo, le había usurpado el trono a su sobrino, y en aquellos primeros días de su reinado lo tenía muy presente—. Viajará un pequeño grupo —dijo Beocca—, tú, otros guerreros, un cura, y el rey.

—¿Para qué el cura?

—Para rezar, por supuesto.

Me burlé.

—¿Vos?

Beocca se dio una palmada en la pierna coja.

—Yo no. Un cura joven.

—Mejor que venga Iseult —le dije.

—No.

—¿Por qué no? Mantiene al rey sano. —El estado de salud de Alfredo había mejorado repentinamente, y todo se debía a las medicinas que Iseult preparaba. La celidonia y la bardana que había recogido, le habían librado de la angustia del recto, mientras que otras hierbas le calmaban el dolor de estómago. Caminaba con seguridad, tenía brillo en los ojos, y parecía fortalecido.

—Iseult se queda —contestó Beocca.

—Si queréis que el rey sobreviva, enviadla con nosotros.

—Se queda aquí —dijo Beocca—, porque queremos que el rey viva. —Me llevó unos instantes entender lo que había dicho, y cuando comprendí el significado me volví hacia él con tal furia, que retrocedió a trompicones. No dije nada, pues no confiaba en mis palabras, o quizá temiera que las palabras se tornaran violencia. Beocca intentó mostrarse severo, pero sólo parecía asustado—. Estos son tiempos difíciles —dijo en tono quejumbroso—, y el rey sólo puede poner su confianza en hombres que sirvan a Dios. En hombres ligados a él por su amor a Cristo.

Le di una patada a una trampa de anguilas, y la envié rodando hasta el río.

—Durante un tiempo —dije—, casi me gustó Alfredo. Ahora ya ha recuperado a todos sus curas y habéis empezado a envenenarlo otra vez.

—El... —empezó a decir Beocca.

Me di la vuelta y lo hice callar.

—¿Quién rescató a ese cabrón y salvó a su hijo? ¿Quién prendió fuego a los barcos de Svein? ¿Quién, en el nombre de ese dios vuestro sin suerte, mató a Ubba? ¿Y seguís sin confiar en mí?

Beocca intentaba calmarme con aleteos de las palmas.

—Temo que seas un pagano —dijo—, y tu mujer es sin duda una pagana.

—Mi mujer curó a Eduardo —le rugí—. ¿Es que eso no importa?

—Podría significar que hizo la obra del diablo.

De la conmoción me quedé sin habla.

—El diablo está operando en la tierra —prosiguió Beocca con convicción—, y le resultaría muy útil que Wessex desapareciera. El diablo quiere al rey muerto. Quiere que su propia estirpe pagana ¡se extienda por Inglaterra! Hay una lucha mayor, Uhtred. No la lucha entre sajones y daneses, sino la lucha entre Dios y el diablo, ¡entre el Bien y el Mal! ¡Formamos parte de ella!

—He matado más daneses de los que podéis soñar —le dije.

—Pero supón —me dijo, intentando hacerme entrar en razón—, sólo supón que tu mujer haya sido enviada por el diablo. Que el Mal le haya permitido curar a Eduardo para que el rey confíe en ella. ¡Y que cuando el rey, con toda inocencia, vaya a espiar al enemigo, lo traicione!

—¿Creéis que lo traicionaría —le pregunté con amargura—, o creéis que voy a traicionarlo yo?

—Tu aprecio por los daneses es bien conocido —repuso Beocca con tirantez—, y perdonaste la vida a los hombres de Palfleot.

—¿Así que pensáis que no se puede confiar en mí?

—Yo confío en ti —me dijo sin convicción—. ¿Pero algunos hombres...? —Hizo un gesto de impotencia con la mano tonta—. En cambio, si Iseult está aquí... —Se encogió de hombros, sin terminar la frase.

—Así que la tendréis como rehén —le dije.

—Como garantía, más bien.

—Le presté juramento al rey —señalé.

—También has prestado juramentos anteriormente, y se te conoce por mentiroso; tienes esposa e hijo y, sin embargo, vives con una ramera pagana y aprecias a los daneses como te aprecias a ti mismo, ¿crees realmente que podemos confiar en ti? —Soltó todo esto como empujado por un ataque de amargura—. Te conozco, Uhtred, desde que gateabas por los toscos suelos de Bebbanburg. Te he bautizado, enseñado, reñido, observado crecer, te conozco mejor que ningún hombre vivo, y no confío en ti. —Beocca me miró con aire beligerante—. Si el rey no regresa, Uhtred, echaremos tu ramera a los perros. —Acababa de entregar su mensaje, y pareció arrepentirse de su contundencia, pues sacudió la cabeza—. El rey no debería ir. Tienes razón. Es una locura. ¡Una estupidez! Es... —se detuvo, buscando una palabra, y acabó saliéndole una de las peores condenas de su vocabulario— ¡es irresponsable! Pero insiste, y si él va, tú tienes que ir también, pues eres el único hombre de aquí que puede hacerse pasar por danés. Pero tráelo de vuelta, Uhtred, tráelo de vuelta porque es caro a Dios y a todos los sajones.

A mí no, pensé, a mí no me era nada caro. Aquella noche, rumiando sobre las palabras de Beocca, me sentí tentado de huir del pantano, marcharme con Iseult,

encontrar un señor, darle a *Hálito-de-Serpiente* un nuevo amo, pero Ragnar había sido rehén, así que ya no conservaba ningún amigo entre mis enemigos, y si me marchaba rompería mi juramento con Alfredo y los hombres dirían que no se podía volver a confiar en Uhtred de Bebbanburg, así que decidí quedarme. Intenté convencer a Alfredo de no ir a Cippanhamm. Era, como Beocca había dicho, irresponsable, pero Alfredo insistió.

—Si me quedo aquí —dijo—, los hombres dirán que me escondo de los daneses. ¿Otros se enfrentan a ellos y yo me escondo? No. Los hombres tienen que verme, deben saber que estoy vivo, y saber que peleo. —Por una vez, Ælswith y yo estábamos de acuerdo, y ambos intentamos que se quedara en Æthelungaeg, pero Alfredo no permitió que lo disuadiéramos. Estaba en un estado de ánimo extraño, invadido por la alegría, totalmente convencido de que Dios caminaba a su lado, y dado que su enfermedad había remitido se sentía lleno de energía y confianza.

Eligió seis compañeros. El cura era un hombre joven llamado Adelbert que llevaba una pequeña arpa envuelta en cuero. Parecía ridículo llevar un arpa a territorio enemigo, pero Adelbert era famoso por su música y Alfredo comentó risueño que cantaríamos alabanzas a Dios entre los daneses. Los otros cuatro eran todos guerreros experimentados que habían formado parte de su guardia real: Osferth, Wulfrith, Beorth, y Egwine, que le juró a Ælswith que traería al rey a casa, cosa que provocó que la reina me mirara mal. Si había ganado algún favor tras la curación de Eduardo, se había desvanecido bajo la influencia de los curas.

Nos vestimos para la batalla, con cotas de malla y escudos, mientras que Alfredo insistió en llevar una buena capa azul, rematada en piel, que le hacía destacar: quería que la gente viera un rey. Se eligieron los mejores caballos, uno para cada uno de nosotros y tres monturas más, les hicimos cruzar el río a nado, seguimos las sendas hechas con troncos y al final llegamos a tierra firme, cerca de la isla donde Iseult decía que estaba enterrado Arturo. Había dejado a Iseult con Eanflaed, que compartía alojamiento con Leofric.

Ya era febrero. Habíamos gozado de una temporada de buen tiempo tras la quema de la flota de Svein, y mi opinión era que debíamos viajar entonces, pero Alfredo insistió en que esperáramos al octavo día de febrero porque era la fiesta de san Cuthman, un santo sajón de la Anglia Oriental, y lo consideraba un día propicio. Quizá tuviera razón, pues el día resultó lluvioso y amargamente frío, e íbamos a descubrir que los daneses se mostraban reacios a abandonar sus cuarteles con aquel tiempo. Partimos al alba, y a media mañana ya estábamos en las colinas que dominaban el pantano, medio oculto por una niebla que aún espesaba más el humo de las cocinas de los pequeños poblados.

—¿Estás familiarizado con san Cuthman? —me preguntó Alfredo alegre.

—No, señor.

—Era un ermitaño —dijo Alfredo. Nos dirigíamos al norte, por el terreno elevado que dejaba el pantano a nuestra izquierda—. Su madre era tullida, así que le hizo una carretilla.

—¿Una carretilla? ¿Y para qué quería una tullida una carretilla?

—¡No, no, no! ¡Él la transportaba en la carretilla! De modo que pudiera estar con él mientras predicaba. La llevaba a todas partes.

—Eso debió de haberle gustado.

—Su vida no está escrita, que yo sepa —dijo Alfredo—, pero tendremos que componerle una, sin duda. Podría ser el santo de las madres.

—O de las carretillas, señor.

Tuvimos nuestra primera prueba de la presencia danesa justo después del mediodía. Seguíamos en terreno elevado, pero en un valle que descendía hasta los prados vimos una casa de tamaño considerable, encalada y con un denso tejado de paja. Del centro de aquel tejado salía humo, y en un huerto vallado de manzanos había una veintena de caballos. Ningún danés dejaría un lugar como aquel sin saquear, lo que sugería que los caballos les pertenecían y que en la granja habían dejado una guarnición.

—Están aquí para vigilar el pantano —sugirió Alfredo.

—Probablemente. —Tenía frío. Llevaba una espesa capa de lana, pero seguía teniendo frío.

—Enviaremos hombres —dijo Alfredo—, y les enseñaremos a no robar manzanas.

Aquella noche nos refugiamos en un pequeño pueblo. Los daneses ya habían pasado por allí y la gente estaba asustada. Al principio, cuando llegamos por el camino surcado entre las casas, se escondieron, pensando que éramos daneses, pero cuando oyeron nuestras voces salieron de sus escondites y se nos quedaron mirando como si acabáramos de llegar de la luna. Los paganos habían matado al cura, así que Alfredo insistió en que Adelbert diera un servicio en los restos quemados de la iglesia. El propio Alfredo ejerció de chantre, acompañando sus cantos con la pequeña arpa del cura.

—Aprendí a tocar cuando era pequeño —me dijo—. Mi madrastra insistió, pero no se me da muy bien.

—No, no se os da muy bien —coincidí, cosa que no le gustó.

—Siempre falta tiempo para practicar —se quejó.

Nos alojamos en la cabaña de un campesino. Alfredo, como pensaba que los daneses ya habrían recogido la cosecha de los lugares que visitáramos, había cargado los caballos con pescado ahumado, anguilas y tortas de avena de sobra, así que nosotros suministramos casi toda la comida y, cuando hubimos terminado, la pareja de campesinos se arrodilló ante mí y la mujer me tiró de la falda de mi cota de malla

con timidez.

—Mis hijos —susurró—, son dos. Mi hija tiene siete años y mi hijo es un poco mayor. Son buenos niños.

—¿Qué les ocurre? —intervino Alfredo.

—Los paganos se los llevaron, señor —dijo la mujer. Estaba llorando—. ¿Podéis encontrarlos, señor? —me preguntó tirando de la malla—. ¿Podéis encontrarlos y traer de vuelta a mis pequeños? Os lo ruego en el nombre de Dios.

Le prometí que lo intentaría, pero era una promesa vacía, pues los niños haría mucho que habrían llegado al mercado de esclavos y, a esas alturas, o estarían trabajando en alguna hacienda danesa o, si eran guapos, los habrían enviado al otro lado del mar, donde hombres paganos pagaban un buen dinero por los niños cristianos.

Supimos que los daneses habían pasado por el pueblo poco después del duodécimo día de Navidad. Habían matado, capturado, robado y seguido su camino en dirección sur. Pocos días después, regresaron, de vuelta al norte, con una banda de cautivos y una manada de caballos capturados cargados de botín. Desde entonces, los aldeanos no habían vuelto a ver daneses, salvo por los pocos que deambulaban por los alrededores del pantano. Aquellos daneses, nos contaron, no daban problemas, quizá porque eran pocos y no querían buscarse la enemistad del territorio que los rodeaba. Oímos la misma historia en otros pueblos. Los daneses habían pasado por allí, habían saqueado, y habían regresado al norte.

Pero al tercer día por fin vimos una fuerza enemiga cabalgando por la carretera romana de Baóum, que atraviesa hacia el oeste las colinas. Eran unos sesenta hombres, e iban a buen paso para que no les pillaran las nubes oscuras y la noche.

—Regresan a Cippanhamm —comentó Alfredo.

Era una partida de saqueo, los caballos de carga transportaban redes con heno para alimentar a las bestias de guerra, y yo recordé el invierno de mi infancia que pasé en Readingum, cuando los daneses invadieron Wessex por primera vez, y lo duro que había sido mantener a los caballos y a los hombres vivos durante el frío invierno. Habíamos segado débiles hierbajos de invierno, y desmontado paja de los tejados para alimentar a nuestros caballos, que igualmente se debilitaron y quedaron en los huesos. A menudo he oído declarar a los hombres que lo único que se necesita para ganar una guerra es reunir soldados y marchar contra el enemigo, pero nunca es tan fácil. Hay que alimentar a hombres y caballos, y el hambre puede derrotar a un ejército mucho más deprisa que las lanzas. Observamos a los daneses marchar hacia el norte, después nos apartamos hasta un granero medio en ruinas que nos ofreció cobijo durante la oscuridad.

Empezó a nevar aquella misma noche, una nieve suave, implacable, silenciosa y densa, de modo que al alba el mundo estaba cubierto de blanco bajo un cielo azul

claro. Sugerí que esperaríamos a que la nieve se hubiera derretido antes de seguir, pero Egwine, que procedía de aquella parte del país, dijo que sólo nos encontrábamos a dos o tres horas al sur de Cippanhamm, y Alfredo se mostraba impaciente.

—Vamos —insistió—. Llegamos, vemos la ciudad y nos marchamos.

Así que nos dirigimos al norte, mientras los cascos de nuestros caballos quebraban la nieve recién caída a través de un mundo nuevo y limpio. La nieve estaba suspendida sobre ramas y arbustos, mientras que el hielo cubría la superficie de zanjas y estanques. Vi la cola de un zorro cruzar un campo, y pensé que aquella primavera habría una plaga de aquellos bichos, pues nadie había salido a cazarlos, que los corderos morirían de manera sangrienta y las ovejas balarían de pena.

Cippanhamm apareció ante nuestra vista antes de mediodía, aunque estuvimos viendo la gran humareda que despedían los cientos de cocinas durante toda la mañana. Nos detuvimos al sur de la ciudad, justo donde la carretera surgía de un robledal, y los daneses debieron vernos, pero nadie vino de las puertas a ver quiénes éramos. Hacía demasiado frío para que los hombres se movieran. Vi guardias en las murallas, pero ninguno se quedaba allí demasiado: se retiraban a cualquier lugar cálido que encontraran entre sus cortas expediciones por las murallas de madera. Aquellas murallas presentaban un aspecto abigarrado, todas llenas de escudos azules, blancos y rojos como la sangre y, dado que allí se encontraban los hombres de Guthrum, también negros.

—Deberíamos contar los escudos —dijo Alfredo.

—No servirá de nada —le contesté—. Llevan dos o tres escudos por persona y los cuelgan todos para que parezca que son más hombres.

Alfredo temblaba e insistí en que buscáramos refugio. Regresamos al abrigo del bosque, siguiendo un camino que conducía al río, y a unos dos kilómetros río arriba encontramos un molino. Se habían llevado la muela, pero el edificio seguía intacto y estaba bien construido, con muros de piedra y un tejado de paja trenzada sujeto por vigas recias. Había un hogar en la estancia que había habitado la familia del molinero, pero no dejé que Egwine lo encendiera por si el humo atraía la curiosidad de los daneses de la ciudad.

—Espera a la noche —le dije.

—Estaremos helados para entonces —rezongó.

—Pues no haber venido —espeté.

—Tenemos que acercarnos más a la ciudad —dijo Alfredo.

—Vos no —le dije—. Iré yo. —Había visto animales amarrados al oeste de las murallas, y pensé que podía coger nuestro mejor caballo, acercarme hasta la puerta oeste y contar todos los caballos que viera. Eso nos daría un número bastante aproximado de sus fuerzas, pues casi todos los hombres tendrían caballo. Alfredo quería venir, pero yo me negué. Era inútil que fuera más de un hombre, y sensato que

el que lo hiciera hablara danés, así que le dije que lo vería en el molino al caer la noche y cabalgué hacia el norte. Cippanhamm estaba construida en una colina casi completamente rodeada por el río, así que no podía rodear limpiamente la ciudad, pero me acerqué tanto a las murallas como pude, miré al otro lado del río y no vi caballos en la orilla más lejana, lo que sugería que los daneses guardaban sus nobles brutos en el lado oeste. Me acerqué hasta allí, oculto por los bosques nevados, y aunque los daneses sin duda me verían, no iban a molestarse en perseguir a un solo hombre en la nieve, así que acabé encontrando el cercado donde los caballos se estremecían de frío. Pasé el día contando. La mayoría estaban en los campos junto al complejo real, y había cientos. Al final de la tarde había hecho una estimación de doce centenares; los mejores caballos estarían en la ciudad, pero mis cálculos valían. Le darían a Alfredo una idea de las fuerzas de que disponía Guthrum. ¿Pongamos dos mil hombres? Y en el resto de Wessex, en las ciudades ocupadas por los daneses, habría otros mil. Era una fuerza poderosa, pero no lo suficiente para capturar el reino. Eso tendría que esperar hasta la primavera, cuando llegaran refuerzos de Dinamarca o de los tres reinos conquistados de Inglaterra. Regresé al molino de agua cuando ya oscurecía. Había escarcha y el cielo estaba tranquilo. Tres grajos sobrevolaron el río al desmontar. Pensé que uno de los hombres de Alfredo podría cepillar a mi caballo; lo único que quería era calor, y resultaba evidente que Alfredo se había arriesgado a encender un fuego, pues del agujero en el techo de hierba salía humo.

Estaban todos agachados junto a la pequeña hoguera y allí me uní a ellos, tendiendo las manos sobre el fuego.

—Dos mil hombres —dije—. Más o menos.

Nadie respondió.

—¿Es que no me habéis oído? —pregunté y miré los demás rostros.

Había cinco caras. Sólo cinco.

—¿Dónde está el rey? —pregunté.

—Se ha marchado —repuso Adelbert impotente.

—¿Qué?

—Que ha ido a la ciudad —dijo el cura. Vestía la rica capa azul de Alfredo, y supuse que Alfredo se habría puesto su sencilla indumentaria.

Me lo quedé mirando.

—¿Le habéis dejado ir?

—Insistió —repuso Egwine.

—¿Cómo íbamos a detenerle? —se defendió Adelbert—. ¡Es el rey!

—¡Pegándole una buena hostia! —les rugí—. Lo tumbáis al suelo hasta que se le pase la locura y ya está. ¿Cuándo se ha marchado?

—Justo después de vos —respondió el cura afligido—, y se ha llevado mi arpa —añadió.

—¿Y cuándo dijo que volvería?

—Al caer la noche.

—Pues ya es de noche —respondí. Me puse en pie y apagué el fuego a patadas—. ¿Queréis que vengan los daneses a investigar de dónde sale el humo? —Dudaba de que los daneses aparecieran, pero quería que aquella panda de memos sufriera—. Tú —señalé a uno de los soldados—. Cepilla mi caballo. Dale de comer.

Salí por la puerta. Las primeras estrellas habían aparecido y la nieve brillaba bajo la hoz de la luna.

—¿Adonde vais? —Adelbert me había seguido.

—A buscar al rey, por supuesto.

Si seguía vivo. De otro modo, Iseult estaba muerta.

* * *

Tuve que llamar a la puerta oeste de Cippanhamm, lo que provocó que una voz contrariada me preguntara desde el otro lado quién demonios era.

—¿Y tú por qué no estás en la muralla? —repliqué.

Levantó la barra y la puerta se abrió un palmo. Un rostro miró fuera, después se desvaneció mientras yo empujaba la puerta hacia dentro, estampándosela en la cara.

—Mi caballo se ha quedado cojo —le dije—, y he venido andando hasta aquí.

Recuperó el equilibrio y cerró la puerta.

—¿Quién sois? —preguntó de nuevo.

—Un mensajero de Svein.

—¡Svein! —Alzó la barra y volvió a ponerla en su sitio—. ¿Ha atrapado ya a Alfredo?

—Le daré las noticias a Guthrum antes de dártelas a ti.

—Sólo preguntaba —contestó.

—¿Dónde está Guthrum? —pregunté. No tenía ninguna intención de acercarme al jefe guerrero pues, tras mis insultos a su madre muerta, lo mejor que podía esperar era una muerte rápida, y las probabilidades de que fuera así eran escasas.

—Está en el salón de Alfredo —dijo el hombre, y señaló al sur—. En aquella parte de la ciudad, así que todavía te queda una caminata. —No se le pasó por la cabeza que un mensajero de Svein jamás cruzaría todo Wessex solo, que le acompañaría una escolta de al menos cincuenta o sesenta hombres, pero tenía demasiado frío para pensar, y además, con el pelo largo y mis gruesos brazaletes yo parecía danés. Se retiró a la casa junto a la puerta, donde sus compañeros estaban apiñados alrededor de un hogar, y yo me adentré en una ciudad que ahora parecía extraña. Faltaban algunas casas, quemadas en la primera furia del asalto danés, y la enorme iglesia junto al mercado en la colina no era más que un montón de vigas ennegrecidas sobre las que destacaba el blanco de la nieve. Las calles estaban

cubiertas de barro helado, y yo era el único que paseaba por ellas, pues el frío mantenía a los daneses dentro de las casas que quedaban. Oí cantos y risas. La luz se colaba por las contras o salía por los agujeros para el humo en los techos bajos. Tenía frío y estaba cabreado. Había hombres allí que podían reconocerme, hombres que podían reconocer a Alfredo, y su estupidez nos había puesto a ambos en peligro. ¿Estaría lo suficientemente loco como para regresar a su salón? Debía de haberse imaginado que allí era donde se alojaba ahora Guthrum, y seguro que no se arriesgaría a que el jefe danés lo reconociera, lo que sugería que estaría en algún otro lugar del complejo real.

Me dirigía hacia la antigua taberna de Eanflaed cuando oí el alboroto. Provenía del este de la ciudad, y seguí el ruido, que me condujo a un convento junto a la muralla del río. Nunca había estado dentro del convento, pero la puerta estaba abierta y el patio interior iluminado por dos grandes hogueras que ofrecían algo de calor a los hombres que estaban más cerca de las llamas. Y había por lo menos un centenar de hombres en el patio, hombres que proferían gritos de ánimo e insultos a otros dos que luchaban en el barro y la nieve derretida entre las dos hogueras. Peleaban con espadas y escudos, y cada entrechocar de metal contra metal o metal contra madera arrancaba escandalosos alaridos de la multitud. Observé brevemente a los luchadores, después intenté identificar caras entre la multitud. Buscaba a Haesten o a cualquiera que pudiera reconocerme, pero no vi a nadie, aunque era difícil distinguirlos a la luz titilante de las hogueras. No había señal alguna de monjas, y supuse que habrían huido, estarían muertas, o se las habrían llevado para divertirse con ellas.

Recorrí sigilosamente el muro del patio. Llevaba el casco, y la máscara me ocultaba, pero algunos hombres me miraron con curiosidad, dado que no era habitual ver a un hombre de tal guisa fuera del campo de batalla. Al final, como no vi a nadie que reconociera, me quité el casco y me lo colgué del cinturón. La iglesia del convento había sido convertida en un salón de banquetes, pero allí sólo había un puñado de borrachos que no prestaban atención al escándalo del patio. Le robé una rebanada de pan a uno de los borrachos, me la llevé fuera y observé la pelea.

Para mi sorpresa, reconocí a uno de los dos hombres: era Steapa *Snotor*. Ya no llevaba su cota, sino una protección de cuero, y luchaba con un pequeño escudo y una espada larga. Una cadena que llegaba hasta el extremo norte del patio lo rodeaba por la cintura, donde dos hombres la sostenían, y cada vez que el oponente de Steapa parecía en peligro, tiraban de ella para hacer perder el equilibrio al inmenso sajón. Le hacían luchar como habían obligado a hacer a Haesten la primera vez que lo vi, y sin duda los captores de Steapa le estaban sacando dinero a los insensatos que querían probar su destreza contra el guerrero cautivo. El actual oponente de Steapa era un danés, flaco y sonriente, que intentaba bailar alrededor del gigante e hincar la espada por debajo del pequeño escudo, del mismo modo que lo había hecho yo, pero Steapa

se defendía obstinadamente, paraba cada golpe y, cuando la cadena se lo permitía, contraatacaba con rapidez. Cada vez que los daneses tiraban de la cadena, la multitud jaleaba, y en una ocasión, en que tiraron con demasiada fuerza y Steapa se volvió hacia ellos, para encontrarse tres lanzas de cara, la multitud estalló en gritos de júbilo. Se dio la vuelta como un rayo para detener el siguiente ataque, después dio un paso atrás, casi hasta las puntas de las lanzas, y el danés flaco lo siguió a toda prisa, convencido de que Steapa estaba en desventaja, pero Steapa frenó en seco, estampó el escudo contra la espada de su oponente y, con la mano izquierda y la empuñadura por delante, golpeó al hombre en la cabeza. El danés cayó al suelo, Steapa le dio la vuelta a la espada para clavársela y la cadena lo arrastró hacia atrás, donde las lanzas amenazaban con matarle si remataba la faena. A la multitud le gustó. Había ganado.

El dinero cambió de manos. Steapa estaba sentado junto al fuego, su rostro hosco no mostraba emoción alguna, y uno de los hombres que sostenían la cadena empezó a buscar a gritos otro oponente.

—¡Diez piezas de plata si lo herís! ¡Cincuenta si lo matáis!

Steapa, que probablemente no entendía una palabra, sólo miraba a la multitud, desafiando a cualquier otro hombre a que se enfrentara a él, y por supuesto, apareció un bruto medio borracho con una sonrisa maliciosa. Se hicieron las apuestas en cuanto Steapa se puso en pie. Era como incordiar a un toro. Con gusto, se le habrían echado encima tres o cuatro hombres, pero los daneses que lo tenían prisionero no lo querían muerto mientras siguiera habiendo insensatos dispuestos a pagar por pelear con él.

Me escabullí por una esquina del patio, aún escrutando rostros.

—¿Seis peniques? —dijo una voz detrás de mí, y me volví para ver a un hombre sonriente junto a una puerta. Era una entre una docena de puertas similares, distribuidas regularmente por la pared encalada.

—¿Seis peniques? —pregunté sorprendido.

—Barato —me dijo, y abrió una pequeña mirilla en la puerta y me invitó a mirar dentro.

Lo hice. Una vela de sebo ardía en la pequeña estancia, que debía de haber sido una de las celdas de las monjas, dentro había un camastro y en el camastro una mujer desnuda medio tapada por un hombre con los pantalones bajados.

—No va a tardar mucho —aseguró el hombre.

Negué con la cabeza y me aparté de la mirilla.

—Era una monja —dijo—. Agradable y bonita. Guapa también. Suele gritar como un gorrino.

—No —le dije.

—¿Cuatro peniques? No se va a resistir. Ya no.

Seguí mi camino, convencido de que perdía el tiempo. ¿Habría venido Alfredo y

se habría marchado? Era más probable, pensé con pesimismo, que el muy idiota hubiera vuelto a su casa, y yo me pregunté si me atrevería a acercarme, pero el pensamiento de la venganza de Guthrum me detuvo. La nueva pelea había comenzado. El danés se agachaba, intentando herir a Steapa en los pies, pero Steapa detenía los golpes sin aparente dificultad, y yo me escabullí por detrás de los hombres que sostenían la cadena y vi otra estancia a mi izquierda, una grande, quizás el refectorio de las monjas, y un destello dorado reflejado por las brasas de la hoguera me llevó a entrar.

El oro no era metal. Era la pintura de una pequeña arpa que habían estampado con tanta fuerza que se había roto. Miré a mi alrededor, vi en las sombras a un hombre tumbado sobre un montón de paja en el otro extremo de la estancia y me acerqué a él. Era Alfredo. Apenas estaba consciente, pero vivo y, por lo que podía ver, no lo habían herido, aunque estaba claramente conmocionado, así que lo arrastré hasta la pared y lo incorporé. No llevaba capa y le habían robado las botas. Lo dejé allí, regresé a la iglesia y encontré a un borracho con el que podía confraternizar. Le ayudé a ponerse en pie, le rodeé los hombros con un brazo, y lo convencí de que lo llevaba a la cama, después lo conduje por la puerta de atrás hasta las letrinas del convento. Allí le di tres puñetazos en el estómago y dos en la cara, y después le llevé a Alfredo su capa con capucha y sus botas altas.

El rey estaba ahora consciente. Tenía el rostro magullado. Me miró sin mostrar sorpresa, después comprobó el estado de su mandíbula.

—No les ha gustado cómo tocaba —explicó.

—Eso es porque a los daneses les gusta la buena música —le dije—. Poneos esto. —Le tiré las botas, lo envolví con la capa y le obligué a que se tapara con la capucha—. ¿Acaso queréis morir? —le pregunté cabreado.

—Quiero conocer a mi enemigo —dijo.

—Ya he hecho las averiguaciones por vos —contesté—. Serán unos dos mil.

—Eso me parecía a mí —comentó, después hizo una mueca—. ¿Qué hay en esta capa?

—Vómito danés —respondí.

Se estremeció.

—Me atacaron tres —parecía sorprendido—. Me han dado patadas y puñetazos.

—Ya os he dicho que a los daneses les gusta la buena música —le dije, ayudándolo a ponerse en pie—. Tenéis suerte de que no os hayan matado.

—Pensaban que era danés —contestó, y escupió sangre que le goteaba del hinchado labio inferior.

—¿Estaban borrachos? —pregunté—. Ni siquiera tenéis aspecto de danés.

—Me hice pasar por músico mudo. —Gesticuló como si fuera mudo, después sonrió mostrándome una boca ensangrentada, orgulloso de su engaño. Yo no le sonreí

y él suspiró—. Estaban muy borrachos, pero tenía que conocer su carácter, Uhtred. ¿Están seguros de sí? ¿Se preparan para atacar? —Se detuvo para limpiarse más sangre de los labios—. Sólo podía averiguarlo viniendo en persona a verlo. ¿Has visto a Steapa?

—Sí.

—Quiero que nos lo llevemos con nosotros.

—Señor —le espeté salvajemente—, sois un insensato. Está encadenado a media docena de guardias.

—Daniel estaba en la guarida del león y aun así escapó. San Pablo estaba encarcelado, y Dios lo liberó.

—Pues que se encargue Dios de Steapa —contesté—. Vais a volver conmigo. Ahora.

Se dobló para aliviar el dolor de estómago.

—Me han dado puñetazos en el vientre —dijo al reincorporarse. Por la mañana, pensé, tendría un bonito ojo morado que enseñar. Se estremeció al oír un gran alborozo en el patio, y supuse que Steapa estaría muerto o habría tumbado a su último contrincante—. Quiero ver mi salón —se emperó Alfredo.

—¿Por qué?

—Soy un hombre que va a ir a ver su salón. Puedes venir o quedarte.

—¡Guthrum está allí! ¿Queréis que os reconozca? ¿Queréis morir?

—Guthrum estará dentro, y yo sólo quiero verlo desde fuera.

No hubo manera de convencerlo, así que lo conduje por el patio hasta la calle, preguntándome si no sería mejor cargármelo a hombros y llevármelo, pero en su obstinado estado de ánimo, sería capaz de resistirse y gritar hasta que vinieran hombres a ver qué estaba causando aquel escándalo.

—Me pregunto qué les habrá ocurrido a las monjas —dijo al salir del convento.

—A una de ellas la prostituyen por unos peniques —contesté.

—Dios santo. —Se persignó, se dio la vuelta y supe que estaba pensando en rescatar a la mujer, así que tiré de él para que siguiera hacia delante.

—¡Esto es una locura! —protesté.

—Es una locura necesaria —me dijo con calma, entonces se detuvo para darme un discursito—. ¿Qué es lo que cree Wessex? Cree que estoy derrotado, que los daneses han vencido, se prepara para la primavera y la llegada de más daneses. Así que deben creer algo distinto. Deben saber que su rey está vivo, que caminó entre sus enemigos y que los puso en ridículo.

—Y que le pusieron un ojo morado y le reventaron las narices —repuse.

—Eso no se lo vas a contar —dijo—, del mismo modo que no les vas a contar que aquella mujer del demonio me sacudió con una anguila. Tenemos que darles esperanza, Uhtred, y en primavera esa esperanza florecerá en victoria. ¡Recuerda a

Boecio! Uhtred, ¡recuerda a Boecio! La esperanza es lo último que hay que perder.

Lo creía. Creía que Dios lo protegía, que podía caminar entre sus enemigos sin miedo a sufrir daño, y en cierto sentido tenía razón, pues los daneses estaban bien abastecidos de cerveza, vino de abedul y aguamiel, y la mayoría estaban demasiado borrachos como para preocuparse de un hombre magullado con un arpa rota.

Nadie nos detuvo cuando nos acercamos al complejo real, pero había seis guardias con capas negras en la puerta de la casa, y me negué a permitir que Alfredo se acercara a ellos.

—Van a ver vuestro rostro ensangrentado y terminar la faena que otros empezaron.

—Pues por lo menos déjame ir a la iglesia.

—¿Queréis rezar? —pregunté sarcástico.

—Sí —respondió él sin más.

Intenté detenerlo.

—Si morís allí —dije—, Iseult también morirá.

—Eso no fue culpa mía —me dijo.

—Sois el rey, ¿no?

—El obispo pensaba que te unirías a los daneses —dijo—, y los demás estaban de acuerdo.

—No me quedan amigos entre los daneses —dije— Eran vuestros rehenes y murieron.

—Pues rezaré por sus almas paganas —respondió, y de un tirón se liberó de mí y se dirigió a la puerta de la iglesia, donde instintivamente se quitó la capucha por respeto. Se la volví a poner, para ocultar sus moratones. No se resistió, pero abrió la puerta y se persignó.

La iglesia estaba siendo utilizada como refugio por más hombres de Guthrum. Había jergones de paja, montones de cotas de malla, armas apiladas, y una veintena de hombres y mujeres reunidos alrededor de una hoguera recién encendida en la nave. Jugaban a los dados y nadie mostró el menor interés por nuestra llegada hasta que alguien gritó que cerráramos la puerta.

—Nos marchamos —le dije a Alfredo—. No podéis rezar aquí.

No respondió. Miraba reverencialmente el lugar donde había estado el altar: ahora había media docena de caballos amarrados.

—¡Nos marchamos! —insistí.

Y entonces una voz me detuvo. Era una voz de completa sorpresa y vi a uno de los jugadores de dados ponerse en pie y quedarse mirándome. Un perro corrió desde las sombras y empezó a saltar de arriba abajo, intentando chuparme, y vi que el perro era *Nihtgenga* y que el hombre que me había reconocido era Ragnar. El conde Ragnar, mi amigo.

Un amigo al que yo creía muerto.

CAPÍTULO IX

Ragnar me abrazó. Ambos llorábamos y por un momento ninguno pudo hablar, aunque conservé suficiente buen juicio para mirar atrás y asegurarme de que Alfredo se encontraba a salvo. Estaba agachado junto a la puerta, oculto en las sombras de una bala de lana, con la capucha tapándole la cara.

—¡Pensaba que habías muerto! —le dije a Ragnar.

—Esperaba que vinieras —me dijo al mismo tiempo, y durante un rato los dos hablamos y ninguno escuchó; entonces Brida salió del fondo de la iglesia y la contemplé, vi una mujer en lugar de una niña, y ella se rió al verme y me dio un decoroso beso.

—Uhtred... —dijo mi nombre como una caricia. Habíamos sido amantes en el pasado, aunque entonces no éramos mucho más que niños. Era sajona, pero había elegido a los daneses para estar con Ragnar. Las demás mujeres de la sala iban adornadas con plata, granates, azabache, ámbar y oro, pero Brida no llevaba otras joyas que un peine de marfil que le sujetaba el espeso pelo negro en un moño—. Uhtred... —repitió en un susurro.

—¿Por qué no estás muerto? —le pregunté a Ragnar. Había sido rehén, y las vidas de los rehenes estaban perdidas desde el mismo momento en que Guthrum cruzó la frontera.

—Le gustábamos a Wulfhere —contestó Ragnar. Me rodeó los hombros con un brazo y me llevó hacia la hoguera del centro, donde crepitaban las llamas—. Este es Uhtred —anunció a los jugadores de dados—. Un sajón, lo que le convierte en escoria, por supuesto, pero también es mi amigo y mi hermano. ¡Cerveza y vino! —Señaló unas jarras—. Wulfhere nos perdonó la vida.

—¿Y vosotros a él?

—¡Por supuesto que se la perdonamos! Está aquí. Celebrando con Guthrum.

—¿Wulfhere? ¿Es prisionero?

—¡Es un aliado! —exclamó Ragnar, metiéndome una jarra en la mano y obligándome a sentarme junto al fuego—. Ahora está con nosotros. —Sonrió, y yo estallé en carcajadas por la pura alegría de verlo vivo. Era un hombre grande, de cabellos dorados, un rostro sincero, y tan lleno de picardía, vida y amabilidad como el de su padre—. Wulfhere hablaba con Brida —prosiguió Ragnar—, y a través de ella conmigo. Nos gustábamos. Es difícil matar a un hombre que te gusta.

—¿Lo convenciste para que cambiara de bando?

—No necesité demasiada persuasión —contestó Ragnar—. Veía que íbamos a ganar, y cambiando de bando ha podido conservar sus tierras, así que... ¿Te vas a beber esa cerveza o te vas a quedar mirándola?

Fingí beber, tirándome la cerveza por la barba, y recordé a Wulfhere diciéndome

que, cuando los daneses llegaran, todos tendríamos que buscar un modo de seguir con vida. ¿Pero Wulfhere? ¿El primo de Alfredo y *ealdorman* de Wiltunscir? ¿Había cambiado de bando? ¿Y cuántos de los *thane* habían seguido su ejemplo y servían ahora a los daneses?

—¿Quién es ése? —preguntó Brida. Miraba a Alfredo. Estaba en la sombra, pero había algo profundamente misterioso y raro en el modo en que se agachaba en silencio.

—Un criado —dije.

—Se puede acercarse a la hoguera.

—No puede —espeté—. Lo estoy castigando.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Brida en inglés. Alzó la cabeza y la miró, pero la capucha lo ocultaba.

—Habla, cabrón —le dije—, y te azoto hasta verte los huesos. —Apenas le veía los ojos bajo la capucha—. Me ha insultado. —Hablaba de nuevo en danés—. Le he hecho jurar silencio, y por cada palabra que pronuncie recibirá diez latigazos.

Eso los satisfizo. Ragnar se olvidó del extraño sirviente encapuchado y me contó que había convencido a Wulfhere para que enviara un mensajero a Guthrum prometiéndole que dejaría con vida a los rehenes; Guthrum había avisado a Wulfhere de cuándo tendría lugar el ataque, y así se aseguraba de que el *ealdorman* tendría suficiente tiempo para apartar a los rehenes de la venganza de Alfredo. Ese, pensé, era el motivo por el que Wulfhere había desaparecido tan pronto la mañana del ataque. Sabía que venían los daneses.

—Lo llamáis aliado —dije—. ¿Lo convierte eso en amigo, o sólo en un hombre que luchará por Guthrum?

—Es un aliado —repuso Ragnar—, y ha jurado luchar por nosotros. Por lo menos ha jurado luchar por el rey sajón.

—¿El rey sajón? —pregunté confundido—. ¿Alfredo?

—No, Alfredo no. El rey auténtico. El chico que era hijo del otro rey.

Ragnar se refería a Etelwoldo, que había sido el heredero del hermano de Alfredo, el rey Etelredo, y por supuesto los daneses querían a Etelwoldo. Cada vez que capturaban un reino sajón, designaban a un sajón como rey, y eso proporcionaba a su conquista un velo de legalidad, aunque el sajón nunca duraba demasiado. Guthrum, que ya se llamaba a sí mismo rey de la Anglia Oriental, quería ser también rey de Wessex, pero si ponía a Etelwoldo en el trono podría atraer a otros sajones del oeste, que se convencerían de que luchaban por el auténtico heredero. Y en cuanto la batalla hubiera terminado y el dominio danés se hubiese consolidado, matarían discretamente a Etelwoldo.

—¿Pero Wulfhere luchará por vosotros? —insistí.

—¡Por supuesto que lo hará! Si quiere mantener sus tierras —contestó Ragnar,

después hizo una mueca—. ¿Pero qué lucha? ¡Estamos aquí sentados como borregos sin hacer nada!

—Es invierno.

—La mejor época para luchar. No hay nada más que hacer. —Quería saber dónde había estado desde Yule, y le conté que me había ocultado en Defnascir. Supuso que me había asegurado de que mi familia estuviera a salvo, y también supuso que había venido a Cippanhamm para unirme a él—. ¿No le habrás jurado lealtad a Alfredo, eh? —preguntó.

—¿Quién sabe dónde está Alfredo? —evité la pregunta.

—Pero se la juraste —me dijo con tono de reproche.

—Se la juré —contesté, y era cierto—, pero sólo durante un año, y ese año hace mucho que ha terminado. —Eso no era mentira; sencillamente, no le conté a Ragnar que le había vuelto a prestar juramento.

—¿Así que puedes unirme a mí? —me preguntó ansioso— ¿Me jurarás lealtad?

Me tomé la pregunta a la ligera, pero lo cierto es que me preocupaba.

—Quieres mi juramento —le pregunté—, ¿para que me sienta aquí como una oveja sin hacer nada?

—Hacemos algunas expediciones —repuso Ragnar defendiéndose—, y mis hombres guardan el pantano. Allí es donde está Alfredo. En los pantanos. Pero Svein acabará sacándolo de allí. —Así que Guthrum y sus hombres aún no habían oído que la flota de Svein había sido reducida a cenizas.

—¿Y por qué estáis aquí sentados sin hacer nada? —le pregunté.

—Porque Guthrum no quiere dividir su ejército —repuso Ragnar. Casi sonreí, porque recordé al abuelo de Ragnar aconsejarle a Guthrum que jamás volviera a dividir su ejército. Eso fue lo que hizo en la colina de Æsc, y aquella fue la primera victoria de los sajones del oeste contra los daneses. Lo había vuelto a hacer al abandonar Werham para atacar Exanceaster, y la parte de su ejército que fue por el mar quedó totalmente destruida por la tormenta—. Le he dicho —prosiguió Ragnar— que deberíamos dividir el ejército en doce partes. Tomar una docena más de ciudades y dotarlas de guarnición. Deberíamos capturar todas las ciudades del sur de Wessex, pero no quiere escucharme.

—Guthrum ha afianzado el norte y el este —repuse, como si defendiera su estrategia.

—¡Y deberíamos tener el resto! Pero lo que hacemos es esperar hasta la primavera con la esperanza de que se nos unan más hombres. Cosa que harán. Aquí hay tierra, buena tierra. Mejor que la del norte. —Parecía haberse olvidado del asunto de mi juramento. Sabía que querría que me uniera a él, pero se puso a hablar de lo que ocurría en Northumbria. Me explicó cómo nuestros enemigos, Kjartan y Sven, prosperaban en Dunholm, y cómo aquel padre e hijo no se atrevían a abandonar la

fortaleza por miedo a la venganza de Ragnar. Habían capturado a su hermana y, por lo que Ragnar sabía, aún la mantenían en su poder, y Ragnar, como yo, había jurado matarlos. No tenía ninguna noticia de Bebbanburg, aparte de que mi traicionero tío seguía con vida y aún en la fortaleza—. Cuando terminemos con Wessex —me prometió Ragnar—, regresaremos al norte. Tú y yo juntos. Llevaremos nuestras espadas a Dunholm.

—Por las espadas en Dunholm —dije, y levanté mi jarra de cerveza.

No bebí demasiado, o si lo hice, pareció no tener demasiado efecto. Estaba pensando, allí sentado, que con una sola frase podía acabar con Alfredo para siempre. Podía traicionarlo; podría llevarlo ante Guthrum y después observar mientras moría. Guthrum incluso me perdonaría los insultos a su madre si le entregaba a Alfredo, y de ese modo podría acabar con Wessex, pues sin Alfredo, no habría nadie por quien el *fyrd* se reuniera. Podía quedarme con mi amigo Ragnar, podía ganar más brazaletes, hacerme un nombre que celebrarían en todos los lugares donde llegaran los alargados barcos de los hombres del norte, y sólo me costaría una frase.

Y qué tentado me sentí aquella noche en la iglesia real de Cippanhamm. Qué alegría hay en el caos. Si se metieran todos los males del mundo tras una puerta y se les dijera a los hombres que jamás de los jamases abriesen la puerta, la abrirían igualmente, porque en la destrucción hay alegría pura. En un momento determinado, en que Ragnar se partía de risa y me daba palmadas en el hombro tan fuerte que me dolía, casi noté las palabras formándose en mi lengua. «Ese es Alfredo», le habría dicho, señalándolo, y mi mundo habría cambiado por completo e Inglaterra dejaría de existir. Con todo, en el último momento, cuando tenía la primera palabra en la boca, me la tragué. Brida me observaba, con sus sagaces ojos tranquilos, la miré y pensé en Iseult. En uno o dos años, Iseult tendría el mismo aspecto que Brida. Poseían la misma belleza tensa, el mismo color oscuro, la misma llama ardiente en el alma. Si hablaba, pensé, Iseult moriría, y no podía soportarlo. Y pensé en Æthelflaed, la hija de Alfredo, y supe que la convertirían en esclava, y también supe que los pocos sajones que quedaran, cada vez que se reunieran junto a sus hogueras en el exilio, maldecirían mi nombre. Sería para siempre *Uhtredcerwe*, el hombre que destruyó un pueblo.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Brida.

—Que jamás hemos tenido un invierno tan frío en Wessex.

Se me quedó mirando, sin creer mi respuesta. Después sonrió.

—Dime, Uhtred —hablaba en inglés—. Si pensabas que Ragnar estaba muerto, ¿por qué has venido aquí?

—Porque no sé a qué otro lugar dirigirme —repuse.

—¿Y viniste aquí? ¿Donde está Guthrum, a quien has insultado?

Así que eso sí lo sabían. No me lo esperaba y un escalofrío de miedo me recorrió

el cuerpo. No dije nada.

—Guthrum te quiere muerto —dijo esta vez en danés.

—No lo dice en serio —contestó Ragnar.

—Sí lo dice en serio —insistió Brida.

—Bueno, no voy a permitir que mate a Uhtred —repuso Ragnar—. ¡Ahora estás aquí! —Me dio una palmada en la espalda y miró con dureza a sus hombres, como retándoles a que se atrevieran a ir con el cuento de que acababa de aparecer a Guthrum. Nadie se movió, pero estaban casi todos borrachos y algunos directamente dormidos.

—Ahora estás aquí —dijo Brida—, pero no hace demasiado estabas luchando por Alfredo e insultando a Guthrum.

—Iba de camino a Defnascir —dije, como si eso explicara algo.

—Pobre Uhtred —dijo Brida. Acarició con la mano derecha el pelo blanquinegro del cuello de *Nihtgenga*—. Y yo que pensaba que serías un héroe para los sajones.

—¿Un héroe? ¿Por qué?

—¿El hombre que mató a Ubba?

—Alfredo no quiere héroes —dije, en voz suficientemente alta para que lo oyera—, sólo santos.

—¡Pues cuéntanos lo de Ubba! —pidió Ragnar, así que tuve que describir la muerte de Ubba, y los daneses, que adoran una buena historia de batalla, querían todos los detalles. Conté la historia bien, convirtiendo a Ubba en un gran héroe que casi había destruido el ejército sajón, dije que luchó como un dios, y conté cómo rompió nuestro muro de escudos con su gran hacha. Describí la quema de los barcos, el humo sobre la carnicería de la batalla, como una nube que llegara de los infiernos, y les narré cómo me encontré frente a Ubba en su carga victoriosa. Aquello no era cierto, por supuesto, y los daneses sabían que no lo era. No me encontré frente a Ubba, sino que fui a buscarlo. Pero cuando se cuenta una historia hay que aderezarla con modestia, y los oyentes, comprendiendo aquella costumbre, murmuraron su aprobación.

—Jamás he tenido tanto miedo —les dije, y les conté cómo habíamos luchado, *Hálito-de-Serpiente* contra el hacha de Ubba, cómo redujo mi escudo a leña, y después describí, ciñéndome a la verdad, cómo resbaló con las tripas desperdigadas de un muerto. Los daneses junto a la hoguera suspiraron decepcionados—. Le corté los tendones del brazo —y con el canto de la mano me di un golpe en el hueco del codo, para mostrarles dónde—, y después acabé con él.

—¿Murió bien? —preguntó un hombre, nervioso.

—Como un héroe —le dije, y le conté cómo había vuelto a poner el hacha en su mano moribunda para que fuera al Valhalla—. Y como un hombre —concluí.

—Era un guerrero —comentó Ragnar. Estaba borracho. No completamente, pero

sí cansado. La hoguera se estaba apagando, y el humo ensombrecía aún más el extremo oeste de la iglesia, donde Alfredo estaba sentado. Se contaron más historias, el fuego se extinguió, y las pocas velas se agotaron. Los hombres dormían, y seguí sentado allí hasta que Ragnar se tumbó y empezó a roncar. Esperé aún más, hasta que todos estuvieron dormidos, y sólo entonces regresé con Alfredo.

—Nos vamos ahora —le dije. No discutió. Nadie pareció reparar en nosotros al salir a la noche, cerrando en silencio la puerta tras nosotros.

—¿Con quién hablabas? —me preguntó Alfredo.

—Con el conde Ragnar.

Se detuvo, confundido.

—¿No era uno de los rehenes?

—Wulfhere los dejó con vida —contesté.

—¿Con vida? —preguntó atónito.

—Ahora están con Guthrum. —Le di las malas noticias—. Está aquí, en vuestra casa. Ha accedido a luchar por los daneses.

—¿Aquí? —Alfredo apenas podía creer lo que decía. Wulfhere era su primo, se había casado con la sobrina de Alfredo, era familia—. ¿Está aquí?

—Está del lado de Guthrum —repliqué con dureza.

Se me quedó mirando.

—No —más que decirlo, articuló la palabra sin voz—. ¿Y Etelwoldo?

—Es un prisionero.

—¡Un prisionero! —Exclamó con acritud, y no era de extrañar, pues Etelwoldo no tenía valor para los daneses como prisionero a menos que accediera a ser su peleele en el trono sajón.

—Prisionero —repetí. No era cierto, por supuesto, pero me gustaba Etelwoldo y le debía un favor—. Es un prisionero —proseguí—, y no hay nada que podamos hacer por él, así que larguémonos de aquí. —Tiré de él hacia la ciudad, pero era demasiado tarde, pues la puerta de la iglesia se abrió y Brida salió con *Nihtgenga*.

Le dije al perro que se mantuviera a su lado mientras caminaba hacia mí. Como yo, tampoco estaba borracha, aunque debía de tener mucho frío porque no llevaba capa por encima del sencillo vestido de lana azul. La noche crepitaba con la escarcha, pero ella no temblaba.

—¿Te marchas? —hablaba en inglés—. ¿No te quedas con nosotros?

—Tengo esposa e hijo —contesté.

Sonrió.

—Cuyos nombres no has mencionado en toda la noche, Uhtred. ¿Así que, qué ha pasado? —No respondí y ella se me quedó mirando, y había algo muy perturbador en su mirada—. Dime, ¿qué mujer tienes ahora?

—Alguien que se parece a ti —admití.

Se rió.

—¿Y quiere que luches por Alfredo?

—Ve el futuro —le dije, evadiendo la pregunta—. Lo sueña.

Brida se me quedó mirando. *Nihtgenga* gimió un poquito y ella lo calmó con una caricia.

—¿Y ve que Alfredo va a sobrevivir?

—Más que sobrevivir —le dije—. Ve que va a ganar. —A mi lado, Alfredo se revolvió, y yo confié en que tuviera suficiente sentido común para mantener la cabeza gacha.

—¿Ganar?

—Ve una colina verde de hombres muertos —le dije—, un caballo blanco, y Wessex vivo de nuevo.

—Tu mujer tiene sueños muy extraños —dijo Brida—, pero no has respondido a mi pregunta, Uhtred. Si pensabas que Ragnar estaba muerto, ¿por qué has venido aquí?

No tenía ninguna respuesta preparada, así que no di ninguna.

—¿A quién esperabas encontrar? —preguntó.

—¿A ti? —contesté para adularla.

Sacudió la cabeza, sabía que mentía.

—¿Por qué has venido? —Seguía sin tener respuesta y Brida sonrió con tristeza—. Si yo fuera Alfredo —prosiguió—, enviaría a un hombre que hablara danés a Cippanhamm, y ese hombre regresaría al pantano para contarme qué había visto.

—Si eso es lo que piensas —le dije—, ¿por qué no se lo dices? —Hice un gesto con la cabeza hacia los hombres de capas negras que guardaban la puerta de Guthrum.

—Porque Guthrum es un loco histérico —respondió a lo bestia—. ¿Por qué ayudar a Guthrum? Cuando Guthrum caiga, Ragnar tomará el mando.

—¿Por qué no lo toma ahora?

—Porque es como su padre. Decente. Le dio su palabra a Guthrum y no va a romperla. Y esta noche quería que le prestaras juramento, pero no lo has hecho.

—No quiero que Bebbanburg sea un regalo de los daneses —respondí.

Pensó sobre ello, y lo entendió.

—¿Pero crees —me preguntó con desdén—, que los sajones del oeste van a darte Bebbanburg? Está al otro extremo de Gran Bretaña, Uhtred, y el último rey sajón se está pudriendo en un pantano.

—Esto me dará Bebbanburg —dije, apartándome la capa para mostrarle la empuñadura de mi espada.

—Tú y Ragnar podéis gobernar en el norte —respondió.

—Puede que lo hagamos —contesté—, así que dile a Ragnar que cuando todo

esto termine, cuando todo se decida, iré al norte con él. Me enfrentaré a Kjartan. Pero será a su debido tiempo.

—Espero que vivas para mantener tu promesa —dijo, después se inclinó hacia delante y me dio un beso en la mejilla. Y sin mediar una palabra más, se dio la vuelta y regresó a la iglesia.

Alfredo dejó de contener el aliento.

—¿Quién es Kjartan?

—Un enemigo —repuse sin más. Intenté apartarlo de allí, pero él me detuvo.

Miraba a Brida, que se acercaba a la iglesia.

—¿Es ésa la chica que estaba contigo en Wintanceaster?

—Sí. —Hablaba de la época en que llegué por primera vez a Wessex; Brida venía conmigo.

—¿Y ve Iseult realmente el futuro?

—Aún no se ha equivocado.

Se persignó, después me dejó guiarlo por la ciudad, que estaba más tranquila entonces, pero no tenía intención de venir conmigo hasta la puerta oeste; insistió en que regresáramos al convento donde, durante un momento, nos agachamos cerca de una de las dos hogueras medio apagadas del patio, para calentarnos con las ascuas. Los hombres dormían en la iglesia del convento, pero el patio estaba abandonado y tranquilo. Alfredo cogió un pedazo de madera a medio arder y, usándolo como antorcha, se acercó a la fila de pequeñas puertas de las celdas de las monjas. Una de las puertas estaba cerrada con dos pasadores y una cadena corta y gruesa, y Alfredo se detuvo allí.

—Desenvaina tu espada —me ordenó.

Cuando *Hálito-de-Serpiente* estuvo desnuda, abrió los pasadores y empujó la puerta. Entró con cautela y se quitó la capucha. Sostuvo la antorcha en alto, y a la luz de las llamas vi al gigante hecho un ovillo en el suelo.

—Steapa —susurró Alfredo.

Steapa sólo fingía dormir, se incorporó del suelo con la velocidad de un lobo, atacó a Alfredo, y yo embestí con la espada contra su pecho, pero entonces vio el rostro magullado del rey y se quedó helado, sin reparar en la espada.

—¿Señor?

—Vienes con nosotros —le dijo Alfredo.

—¡Señor! —Steapa cayó de rodillas frente a su rey.

—Hace frío ahí fuera —dijo Alfredo. La celda estaba también helada—. Envaina la espada, Uhtred. —Steapa se me quedó mirando y pareció vagamente sorprendido de descubrir que yo era el hombre con el que peleaba cuando llegaron los daneses—. Haréis las paces —dijo Alfredo con severidad, y el gigante asintió—. Y tenemos una persona más que recoger —dijo Alfredo—, así que venid.

—¿Otra persona? —pregunté.

—Has hablado de una monja —dijo Alfredo.

Así que tuve que encontrar la celda de la monja, y aún seguía allí, aplastada contra la pared por un danés que roncaba a gusto. La luz de la antorcha mostró un rostro pequeño y asustado, medio oculto tras la barba del danés. La barba era negra y su pelo dorado, dorado pálido, estaba despierta y, al vernos, emitió un grito ahogado que despertó al danés. El hombre parpadeó a la luz de la antorcha y nos rugió mientras intentaba desprenderse de las gruesas capas de cuero que utilizaba como mantas. Steapa le dio un golpe, y sonó como cuando se sacrifica a un buey con una maza, húmedo y seco al mismo tiempo. La cabeza del hombre cayó hacia atrás, Alfredo apartó las capas y la monja intentó ocultar su desnudez. Alfredo se apresuró a volverla a tapar. El estaba avergonzado y yo impresionado, pues era joven y muy bonita, y me pregunté por qué una mujer así desperdiciaría su dulzura en la religión.

—¿Sabéis quién soy? —le preguntó Alfredo. Ella sacudió la cabeza—. Soy vuestro rey —dijo en voz baja—, y vais a venir con nosotros, hermana.

Hacía mucho que su ropa había desaparecido, así que la envolvimos en las pesadas capas. El danés estaba ya muerto, le había rebanado el cuello con *Aguijón-de-Avispa*, y encontré una bolsa de monedas atada a su cuello, colgada de una tira de cuero.

—Ese dinero irá a la Iglesia —dijo Alfredo.

—Lo he encontrado yo —contesté—, y yo lo he matado.

—Es dinero del pecado —repuso con paciencia—, y tiene que ser redimido. —Sonrió a la monja—. ¿Hay más hermanas aquí? —preguntó.

—Sólo yo —dijo con una vocecilla.

—Y ahora estáis a salvo, hermana. —Se enderezó—. Podemos irnos.

Steapa llevaba a la monja, que se llamaba Hild. Ella se agarró a él, sollozando, quizá por el frío, aunque probablemente la consumía el recuerdo de la tortura que había sufrido.

Habríamos podido capturar Cippanhamm aquella noche con cien hombres. Hacía tanto frío que no había guardias en las almenas. Los centinelas de la puerta estaban en una casa junto al muro, apiñados junto al fuego, y lo único que hicieron cuando levantamos la barra de la puerta fue preguntar a gritos y de mal humor quién iba.

—Hombres de Guthrum —respondí yo también a gritos, y ya no nos molestaron más. Media hora después, estábamos todos en el molino de agua, reunidos con el padre Adelbert, Egwine y los tres soldados.

—Deberíamos dar gracias a Dios por haber sido rescatados —dijo Alfredo al padre Adelbert, que se había quedado conmocionado al ver la sangre y los moratones en el rostro del rey—. Decid una oración, padre —ordenó Alfredo.

Adelbert rezó, pero yo los ignoré. Me limité a agacharme junto al fuego y a

pensar que jamás volvería a sentir calor, y acabé durmiéndome.

* * *

Nevó durante todo el día siguiente. Nieve densa. Encendimos una hoguera, sin importarnos que los daneses vieran el humo, pues ningún danés iba a salir a sufrir las inclemencias de aquel día horrendo para investigar un único hilillo de humo gris contra un cielo gris.

Alfredo rumiaba. Habló poco aquel día, aunque en una ocasión frunció el ceño y me preguntó si estaba totalmente seguro de lo de Wulfhere.

—No lo hemos visto con Guthrum —añadió con tono quejumbroso, confiando desesperadamente en que el *ealdorman* no lo hubiese traicionado.

—Los rehenes están vivos —contesté.

—Dios santo —se lamentó, convencido por aquel argumento, y apoyó la cabeza contra la pared. Observó la nieve a través de una de las pequeñas ventanas—. ¡Es de la familia! —dijo al cabo de un rato, y volvió a quedarse en silencio.

Le di de comer a los caballos el último heno que habíamos traído con nosotros, después afilé mis armas, ya que tampoco tenía nada mejor que hacer. Hild, la monja torturada, lloraba sin parar. Alfredo intentó consolarla, pero se sentía incómodo y no encontraba palabras y, curiosamente, fue Steapa el que la calmó. Le habló en voz baja, su voz era un murmullo profundo, y cuando *Hálito-de-Serpiente* y *Aguijón-de-Avispa* estuvieron tan afiladas como era posible, mientras la nieve caía interminablemente en un mundo silencioso, rumié como Alfredo.

Pensé en que Ragnar quería que le prestara juramento. Pensé en él pidiéndome lealtad.

El mundo empezó en el caos y terminará en el caos. Los dioses crearon el mundo, y lo concluirán con una lucha entre ellos, pero entre el caos del nacimiento del mundo y el caos de su muerte hay un orden, y ese orden se establece por los juramentos, y nos atan como las hebillas de un arnés.

Estaba atado a Alfredo por un juramento, y antes de prestárselo había querido ligarme a Ragnar, pero ahora sentía como una afrenta que me lo hubiese siquiera pedido. Era el orgullo, que crecía en mí y me cambiaba. Era Uhtred de Bebbanburg, quien había dado muerte a Ubba, y aunque le prestaría mi juramento a un rey, me mostraba reacio a jurar lealtad a un igual. Quien jura queda al servicio del hombre que presta el juramento. Ragnar había dicho que era su amigo, que sería generoso, que me trataría como a un hermano, pero al asumir que le prestaría juramento, demostraba que seguía creyendo que yo no era su igual. Yo era un señor de Northumbria, pero él era danés, y para un danés todos los sajones son hombres inferiores, y por ello había exigido un juramento. Si se lo prestaba, sería generoso, pero también esperarí gratitud, y sólo podría mantener Bebbanburg porque él me lo

consentía. Jamás lo había pensado antes así, pero de repente, en aquel frío día, comprendí que entre los daneses era tan importante como mis amigos, y sin amigos no era más que otro guerrero sin tierra ni señor. Pero entre los sajones era otro sajón, y entre los sajones no necesitaba la generosidad de otro hombre.

—Pareces pensativo, Uhtred —dijo Alfredo, interrumpiendo mis ensoñaciones.

—Estaba pensando, señor —contesté—, que necesitamos comida caliente. —Alimenté el fuego, salí fuera al arroyo, rompí la capa de hielo y llené un cacharro de agua. Steapa me había seguido fuera, no para hablar, sino para mear, y yo me quedé detrás de él.

—En el *witangemot* —le dije—, mentiste sobre Cynuit.

Se ató el pedazo de cuerda que le servía de cinturón y se dio la vuelta para mirarme.

—Si los daneses no hubieran llegado —dijo con su voz profundamente grave—, te habría matado.

No discutí, pues lo más probable era que tuviera razón.

—En Cynuit —le dije en cambio—, cuando murió Ubba, ¿dónde estabas?

—Allí.

—No te vi —le dije—. Yo estaba en medio de la batalla, pero no te vi.

—¿Crees que no estuve allí? —estaba enfadado.

—¿Estabas con Odda *el Joven*? —le pregunté, y él asintió—. ¿Estabas con él —supuse—, porque su padre te había dicho que lo protegieras? —Volvió a asentir—. Y Odda *el Joven* se alejó del peligro, ¿no es cierto?

No respondió, pero su silencio me indicó que tenía razón. Decidió que no tenía nada más que decirme y se dio la vuelta para entrar otra vez en el molino, pero yo lo cogí de un brazo para detenerlo. Se sorprendió. Steapa era tan grande, fuerte y temido que no estaba acostumbrado a que los hombres usaran la fuerza con él, y noté que lo consumía una lenta ira. La alimenté.

—Eras la niñera de Odda —me burlé—. El gran Steapa *Snotor* de niñera. Otros hombres se enfrentaron y lucharon contra los daneses, y tú le cogías la manita a Odda. —Se me quedó mirando. Su rostro, de piel tan tensa y sin expresión, era como la mirada de un animal, no había en él otra cosa que hambre, ira y violencia. Quería matarme, especialmente después de usar su apodo, pero comprendí algo más de Steapa *Snotor*: era realmente estúpido. Me mataría si se lo ordenaban, pero sin nadie para indicárselo, no sabía qué hacer, así que le entregué el cacharro de agua—. Lleva eso dentro —le dije. Vaciló—. ¡No te quedes ahí como un buey sordo! —espeté—. ¡Llévalo! Y no lo derrames. —Cogió el cacharro—. Hay que ponerlo en el fuego —le dije—, y la próxima vez que luchemos contra los daneses, estarás conmigo.

—¿Contigo?

—Ambos somos guerreros —le contesté—, y nuestro trabajo es matar a nuestros

enemigos, no hacer de niñeras de enclenques.

Recogí leña, y cuando regresé dentro me encontré a Alfredo mirando a la nada y a Steapa sentado junto a Hild, que parecía que estaba consolando en lugar de ser consolada. Eché pedazos de tortas de avena y pescado seco en el agua y removí el potingue con un palo. Era un engrudo lamentable, y sabía horrendo, pero estaba caliente.

Esa noche dejó de nevar y, a la mañana siguiente, regresamos a casa.

* * *

No había ninguna necesidad de que Alfredo fuera a Cippanhamm. Todo lo que descubrió, lo habría averiguado igualmente enviando espías, pero había insistido en ir él mismo y había regresado más preocupado que antes. Se había enterado de algunas cosas interesantes, que Guthrum no poseía suficientes hombres para subyugar todo Wessex, y por eso esperaba los refuerzos, pero también que intentaba hacer cambiar de bando a la nobleza de Wessex. Wulfhere había prestado juramento a los daneses. ¿Quién más?

—¿Luchará el *fyrð* de Wiltunscir por Wulfhere? —nos preguntó.

Por supuesto que lucharían por Wulfhere. La mayoría de los hombres de Wiltunscir eran leales a su señor, y si su señor les ordenaba que siguieran su estandarte a la guerra, marcharían. Los hombres que se encontraran en las partes de la comarca no ocupadas por los daneses podrían estar con Alfredo, pero el resto haría lo que siempre hacían, seguir a su señor. Los demás señores, al ver que Wulfhere no había perdido sus posesiones, pensarían que su propio futuro, y la seguridad de su familia, estaban con los daneses. Los daneses siempre funcionaban así. Sus ejércitos eran demasiado pequeños y desorganizados para derrotar un gran reino, así que reclutaban señores del reino, los adulaban, incluso los convertían en reyes, y sólo cuando se sentían seguros, se volvían contra esos sajones y los mataban.

Así que de vuelta en Æthelungaeg, Alfredo hizo lo que mejor sabía hacer. Escribir cartas. Escribió cartas a toda su nobleza, y envió mensajeros a todos los rincones de Wessex para que encontraran a todo *ealdormen*, *thane* y obispo que estuviera en el reino, y les entregaran las cartas. Estoy vivo, decían los pedazos de pergamino, y después de Pascua recuperaré Wessex de las manos paganas, y vos me ayudaréis. Esperamos las respuestas.

—Tienes que enseñarme a leer —me dijo Iseult cuando le hablé de las cartas.

—¿Por qué?

—Es magia —repuso.

—¿Qué magia? ¿La de leer salmos?

—Las palabras son como el aliento —contestó—. Las dices y ya no están. Pero si las escribes, las atrapas. Se pueden escribir historias, poemas.

—Que te enseñe Hild —le dije; y eso hizo la monja, dibujando las letras en el barro. A veces las observaba y pensaba que podrían haber sido tomadas por hermanas, aunque una tenía el pelo tan negro como las alas de un cuervo y la otra color oro pálido.

Así que Iseult aprendió a leer y yo practiqué con los hombres, con sus armas y escudos hasta que estaban tan cansados que no les quedaban ganas de maldecirme. También construimos una nueva fortaleza. Restauramos uno de los *beamwegs* que conducía hacia el sur, hasta las colinas al borde del pantano, y en el punto en que aquella senda de troncos sumergidos llegaba a tierra firme, construimos un recio fuerte de tierra y madera, al estilo de los primeros romanos. Ninguno de los hombres de Guthrum intentaron detener el trabajo, aunque vimos daneses observándonos desde las colinas más altas. Para cuando Guthrum comprendiera qué estábamos haciendo, el fuerte estaría ya terminado. A finales de febrero, se presentaron un centenar de daneses para atacarlo, pero vieron la empalizada de espinos protegiendo el foso, la contundencia del muro de troncos tras él, la densidad de nuestras lanzas contra el cielo, y se marcharon por donde habían venido.

Al día siguiente, llevé sesenta hombres a la granja donde habíamos visto los caballos daneses. Se habían marchado y habían quemado la granja. Nos adentramos aún más en tierra firme, pero no vimos ningún enemigo. Encontramos corderos recién nacidos masacrados por los zorros, pero ningún danés, y desde aquel día en adelante nos fuimos adentrando cada vez más en Wessex, con el mensaje de que el rey vivía y luchaba. De vez en cuando nos encontrábamos bandas de daneses, pero sólo luchábamos si los superábamos en número, pues no podíamos permitirnos perder hombres.

Ælswith dio a luz una niña que ella y Alfredo llamaron Tithelgifu. Ælswith quería abandonar el pantano. Sabía que Huppa de Thornsæta conservaba Dornwaræceaster, pues el *ealdorman* había respondido a la carta de Alfredo diciendo que la ciudad estaba segura y que, en cuanto Alfredo lo pidiera, el *fyrð* de Thornsæta marcharía en su ayuda. Dornwaræceaster no era tan grande como Cippanhamm, pero poseía murallas romanas y Ælswith estaba cansada de vivir en los pantanos, cansada de tanta humedad, de las nieblas heladas, y dijo que su hija recién nacida moriría de frío y que la enfermedad de Eduardo regresaría, y el obispo Alewold la apoyó. Tuvo una visión de una gran casa en Dornwaræceaster, con cálidas hogueras y comodidades dignas de un cura, pero Alfredo se negó. Si se trasladaba a Dornwaræceaster, los daneses abandonarían inmediatamente Cippanhamm y sitiarían a Alfredo, y la amenaza de hambre pronto acabaría con la guarnición; en el pantano había comida. En Dornwaræceaster, Alfredo sería prisionero de los daneses, pero en el pantano era libre. Escribió más cartas, contándole a Wessex que estaba vivo, que cada vez se hacía más fuerte, y que, después de Pascua pero antes de Pentecostés, atacaría a los

paganos.

Llovió al final del invierno. Lluvia y más lluvia. Recuerdo montar guardia en la muralla del nuevo y fangoso fuerte observando la lluvia caer y caer. Se oxidaron las cotas de malla, se pudrieron los tejidos, y la comida cogió hongos. Se nos destrozaron las botas y no había nadie que pudiera hacernos calzado nuevo. Patinábamos y chapoteábamos en barro grasiento, la ropa no se secaba, y seguían cayendo cortinas de lluvia desde el oeste. La paja de los tejados goteaba, las cabañas se inundaban, el mundo era gris. Comíamos bastante bien, aunque a medida que fueron llegando hombres a Æthelungaeg, la comida comenzó a escasear, pero nadie pasó hambre y tampoco nadie se quejaba, aparte del obispo Alewold, que hacía muecas frente a cada nuevo estofado de pescado. Ya no quedaban venados en el pantano —todos atrapados y comidos—, pero al menos teníamos pescado, anguilas y aves salvajes, mientras que fuera del pantano, en aquellas zonas que los daneses habían saqueado, la gente se moría de hambre. Practicábamos con las armas, nos enzarzábamos en batallas simuladas con varas de madera, observábamos las colinas y recibíamos a los mensajeros que traían noticias. Burgweard, el comandante de la flota, escribió desde Hamtun para contarnos que la ciudad estaba guardada por sajones, pero que se habían avistado barcos daneses en la costa.

—No creo que se esté enfrentando a ellos —señaló Leofric con tristeza cuando oyó las noticias.

—No lo dice —le contesté.

—No quiere que se le ensucien sus bonitos barcos —supuso Leofric.

—Al menos los conserva.

Llegó una carta de un cura desde el lejano Kent, en la que decía que los vikingos de Lundene habían ocupado Contwaraburg y otros se habían asentado en la isla de Sceapig, y que el *ealdorman* había firmado la paz con los invasores. Llegaron más noticias de ataques daneses desde Suth Seaxa, pero también la confirmación de Arnulf, *ealdorman* de Suth Seaxa, de que su *fyrð* se reuniría en primavera. Le envió a Alfredo un evangelio como prueba de lealtad, y durante días Alfredo llevó encima el libro hasta que la lluvia empapó las páginas y corrió la tinta. Wiglaf, *ealdorman* de Sumorsaete, apareció a principios de marzo y trajo setenta hombres. Aseguró que había estado oculto en las colinas al sur de Baóum, y Alfredo ignoró los rumores que decían que Wiglaf había estado negociando con Guthrum. Lo único que importaba era que el *ealdorman* había venido a Æthelungaeg, y Alfredo le dio el mando de las tropas que continuamente patrullaban tierra firme para seguir de cerca a los daneses y tender emboscadas a sus partidas de abastecimiento. No todas las noticias eran tan buenas. Wilfrith de Hamptonscir había huido al reino franco, como una veintena más de *ealdormen* y *thane*.

Pero Odda *el Joven*, *ealdorman* de Defnascir, seguía en Wessex. Envió a un cura

con una carta que informaba de que el *ealdorman* defendía Exanceaster. «Alabado sea Dios —decía la carta—, pero no hay paganos en la ciudad.»

—¿Y dónde están? —preguntó Alfredo al cura. Sabíamos que Svein, a pesar de perder sus barcos, no se había unido a Guthrum, lo que sugería que seguía oculto en Defnascir.

El cura, un joven que parecía aterrorizado ante la presencia del rey, se encogió de hombros, vaciló, y después tartamudeó que Svein estaba cerca de Exanceaster.

—¿Cerca? —preguntó el rey.

—Por allí —logró contestar el cura.

—¿Sitian la ciudad? —preguntó Alfredo.

—No, señor.

Alfredo leyó la carta una segunda vez. Siempre había tenido mucha fe en la palabra escrita, e intentaba averiguar la verdad que se le había escapado en la primera lectura.

—No están en Exanceaster —concluyó—, pero la carta no dice dónde están. Ni cuántos son. Ni qué hacen.

—Están por allí, señor —respondió el cura sin saber qué decir—. Hacia el oeste, creo.

—¿El oeste?

—Creo que están hacia el oeste.

—¿Qué hay hacia el oeste? —me preguntó Alfredo.

—El páramo —respondí.

Alfredo tiró la carta disgustado.

—A lo mejor tendrías que acercarte a Defnascir —me dijo—, y averiguar qué están haciendo los paganos.

—Sí, señor.

—Será una buena oportunidad para encontrar a tu esposa y a tu hijo —repuso Alfredo.

La frase venía con aguijón. Con las lluvias invernales los curas envenenaban los oídos de Alfredo, y él estaba dispuesto a escuchar su mensaje, que era que los sajones sólo derrotarían a los daneses si Dios así lo quería. Y Dios, decían los curas, quería que fuéramos virtuosos. E Iseult era pagana, como yo, y no estábamos casados, ya que yo tenía esposa, así que la acusación de que Iseult se interponía entre Alfredo y la victoria empezó a extenderse por el pantano. Nadie lo decía abiertamente, no entonces, pero Iseult lo presentía. Hild la protegía en aquellos días, porque Hild era monja, cristiana y víctima de los daneses, pero muchos pensaban que Iseult estaba corrompiendo a Hild. Yo fingí hacer oídos sordos a las murmuraciones hasta que la hija de Alfredo me las contó.

Æthelflaed tenía casi siete años y era la favorita de su padre. Ælswith mostraba

más cariño por Eduardo, y en aquellos húmedos días de invierno se preocupaba por la salud de su hijo y de su niña recién nacida, lo que le dio a Æthelflaed bastante libertad. Se quedaba con su padre la mayoría del tiempo, pero también paseaba por Æthelingaeg, donde la mimaban tanto soldados como aldeanos. Era un rayo de sol radiante en aquellos días de inundaciones. Tenía el pelo dorado, un rostro dulce, ojos azules y ningún miedo. Un día me la encontré en el fuerte al sur, observando a una docena de daneses que habían venido a vigilarnos. Le dije que volviera a Æthelingaeg, y ella hizo como que me obedecía, pero una hora más tarde, cuando los daneses se habían marchado, la encontré escondida en uno de los refugios con techo de tierra junto a la muralla.

—Esperaba que vinieran los daneses —me dijo.

—¿Para que se te lleven?

—Para ver cómo los matas.

Era uno de aquellos raros días en que no llovía. Brillaba el sol en las colinas verdes, me senté en el muro, saqué a *Hálito-de-Serpiente* de su vaina recubierta de piel de cordero y empecé a afilarla con una piedra. Æthelflaed insistió en probar la piedra, así que se puso la enorme espada en el regazo y arrugó la expresión concentrada mientras pasaba la piedra por la espada.

—¿Cuántos daneses has matado? —preguntó. —Suficientes.

—Mamá dice que no amas a Jesús.

—Todos amamos a Jesús —contesté evasivamente.

—Si amaras a Jesús —me dijo toda seria—, podrías matar más daneses. ¿Qué es esto? —Había encontrado una profunda mella en uno de los filos de *Hálito-de-Serpiente*.

—Es el lugar donde chocó contra otra espada —le contesté. Había ocurrido en Cippanhamm, durante mi pelea con Steapa. Su enorme espada le había dado un buen bocado a *Hálito-de-Serpiente*.

—La voy a arreglar —dijo, y trabajó obsesivamente con la piedra, intentando suavizar los bordes de la mella—. Mamá dice que Iseult es una *aglcecwif*. —Le costó decir la palabra, pero sonrió triunfal por haberlo conseguido. Yo no dije nada. Un *aglcecwif* era un enemigo, un monstruo—. El obispo también lo dice —me contó Æthelflaed con toda sinceridad—. No me gusta el obispo.

—¿Ah, no?

—Babea. —Intentó imitarlo y consiguió escupir en *Hálito-de-serpiente*. Limpió la hoja—. ¿Es Iseult un *aglcecwif*?

—Por supuesto que no. Curó a Eduardo.

—Eso lo hizo Jesús, y Jesús me envió también a mi hermanita. —Se enfurruñó porque todos sus esfuerzos no habían servido para pulir la mella.

—Iseult es una buena mujer —le dije.

—Está aprendiendo a leer. Yo sé leer.

—¿Sí?

—Casi. Si lee, puede ser cristiana. A mí me gustaría ser un *aglcecwif*.

—¿Sí? —le pregunté sorprendido.

Como respuesta me gruñó y arrugó una manita como si fuera una garra. Después se rió.

—¿Esos son daneses? —Había visto unos jinetes llegar desde el sur.

—Ese es Wiglaf —contesté.

—Wiglaf es agradable.

La envié de vuelta a Æthelingseg en el caballo de Wiglaf, pensé en lo que había dicho y me pregunté, por milésima vez, por qué estaba entre cristianos que me consideraban una ofensa a su dios. Llamaban a mis dioses *dwolgoods*, que significaba falsos dioses, lo que me convertía en *Uhtredcerwe*, que vivía con una *aglcecwif* y adoraba a los *dwolgoods*. Yo hacía alarde de ello, por supuesto, siempre lucía mi amuleto del martillo abiertamente, y aquella noche, como siempre, Alfredo se estremeció al verlo. Me había convocado a su salón, donde lo encontré rumiando sobre un tablero de *tafl*. Jugaba contra Beocca, que tenía más piezas que él. Parece sencillo, el *tafl*, un jugador tiene un rey y una docena de piezas, y el otro el doble de piezas, pero sin rey. Las piezas se mueven por el tablero adamascado hasta que uno u otro jugador tienen todas las piezas de madera rodeadas. Yo no tenía paciencia, pero a Alfredo le encantaba el juego, aunque cuando llegué parecía estar perdiendo, así que sintió alivio al verme.

—Quiero que vayas a Defnascir —me dijo.

—Por supuesto, señor.

—Me temo que vuestro rey está amenazado, señor —comentó Beocca alegremente refiriéndose al juego.

—No importa —contestó Alfredo irritado—. Vas a ir a Defnascir —dijo, volviéndose hacia mí—, pero Iseult debe quedarse aquí.

Me exasperé.

—¿Es otra vez rehén? —pregunté. —Necesito sus medicinas —respondió Alfredo.

—¿Aunque las confeccione una *aglcecwif*?

Me miró mal.

—Es curandera —dijo—, lo que significa que es un instrumento de Dios, y con la ayuda de Dios llegará a la verdad. Además, tienes que viajar rápido, y no necesitas una mujer como compañía. Irás a Defnascir, encontrarás a Svein y, en cuanto lo encuentres, le indicarás a Odda *el Joven* que reúna al *fyrð*. Dile que hay que sacar a Svein de la comarca, y cuando Odda lo consiga, tiene que venir aquí con sus tropas. Está al mando de mi guardia personal. Tendría que estar aquí.

—¿Queréis que le dé órdenes a Odda? —pregunté, en parte sorprendido y en parte en tono de burla.

—Sí —repuso Alfredo—, y te ordeno que hagas las paces con él.

—Sí, señor —contesté.

Detectó el sarcasmo en mi voz.

—Somos todos sajones, Uhtred, y ahora, más que nunca, es momento de curar nuestras heridas.

Beocca, consciente de que vencer a Alfredo al *tafl* no mejoraría el ánimo del rey, estaba retirando las piezas del tablero.

—Una casa dividida entre sí —intervino—, será destruida. Lo dijo san Marcos.

—Alabado sea Dios por una verdad tan grande —repuso Alfredo—, y debemos deshacernos de Svein. —Eso era una verdad aún más grande. Alfredo quería marchar contra Guthrum después de Pascua, pero difícilmente podría hacerlo si las fuerzas de Svein le venían pisando los talones—. Encontrarás a Svein —me dijo el rey—, y Steapa te acompañará.

—¡Steapa!

—Conoce la zona —contestó Alfredo—, y le he dicho que te obedezca.

—Es mejor que vayáis dos —dijo Beocca totalmente convencido—. Recuerda que Josué envió dos espías a Jericó.

—Me entregáis a mis enemigos —respondí con amargura, aunque cuando lo pensé, decidí que usarme como espía tenía sentido. Los daneses de Defnascir estarían buscando a los exploradores de Alfredo, pero yo hablaba la lengua del enemigo y podía pasar por uno de ellos, así que era el más adecuado de entre todos los hombres de que disponía Alfredo. En cuanto a Steapa, procedía de Defnascir, conocía la zona, y era hombre de Odda, por lo que resultaba más adecuado para transmitirle un mensaje al *ealdorman*.

Así que ambos cabalgamos hacia el sur desde Æthelungaeg en un día de lluvia copiosa.

A Steapa no le gustaba yo y a mí no me gustaba él, así que no teníamos nada que decirnos, salvo cuando sugería qué camino tomar, a lo que jamás mostró desacuerdo. Nos mantuvimos cerca de la carretera grande, la que habían construido los romanos, aunque íbamos con cautela, pues dicha carretera era muy usada por las bandas danesas de expedición de avituallamiento o saqueo. También era la ruta que Svein debía tomar si decidía unirse con Guthrum, pero no vimos daneses. Tampoco sajones. Cada pueblo y granja en la carretera había sido saqueado y quemado, de modo que atravesábamos territorio de muertos.

Al segundo día, Steapa se dirigió hacia el oeste. No me explicó el repentino cambio de dirección, sino que subió obstinadamente por las colinas, y yo le seguí porque él conocía el terreno y supuse que tomaba un atajo que nos conduciría a los

inhóspitos y elevados Daerentmora. Cabalgaba con prisa, con su endurecido rostro sombrío, y en una ocasión le grité que deberíamos ir con más cuidado por si había partidas danesas en los pequeños valles, pero no me hizo ni caso. Lo que sí hizo, casi al galope, fue bajar a uno de aquellos pequeños valles hasta que apareció una granja.

O lo que había sido una granja. Ahora no eran más que cenizas húmedas en un paraje verde, un paraje profundamente verde en el que enormes árboles con los primeros indicios de primavera proyectaban su sombra sobre estrechos pastos. En los bordes de los pastos abundaban las flores, pero no había ninguna en el lugar donde antes se erguían los pocos y pequeños edificios. Sólo tizones y el potingue negro que deja el hollín sobre el barro. Steapa abandonó su caballo y caminó entre las cenizas. Había perdido su gran espada cuando los daneses lo capturaron en Cippanhamm, así que ahora llevaba una enorme hacha de guerra que estampó contra la tierra ennegrecida.

Rescaté su caballo, até ambas bestias al tronco chamuscado de un tejo que había crecido en la granja, y le observé. No dije nada, pues presentí que una única palabra desataría toda su furia. Se agachó junto al esqueleto de un perro y se quedó mirando los huesos oscurecidos por el humo durante unos minutos, después alargó una mano y acarició el cráneo desnudo. En su rostro había lágrimas, o quizá fuera sólo la lluvia que caía finamente desde las nubes bajas.

Allí había vivido una veintena de personas. En el extremo sur de la aldea, se alzaba antaño una casa más grande, y exploré los restos quemados, examinando dónde habían excavado los daneses, junto a los viejos postes, en busca de monedas ocultas. Steapa me observaba. El estaba en una de las parcelas más pequeñas, y supuse que habría crecido allí, en una cabaña de esclavos. No me quería cerca, y yo me mantuve claramente alejado, preguntándome si me atrevía a sugerirle que siguiéramos nuestro camino. Pero él empezó a cavar; se lió a hachazo limpio contra el suelo de tierra húmeda y roja hasta que hizo una pequeña tumba para el perro. No era más que un esqueleto. Aún quedaban pedazos de pelo sobre los viejos huesos, pero la carne había desaparecido, de modo que las costillas se desmoronaron. Aquello había ocurrido hacía unas cuantas semanas. Steapa recogió los huesos y los depositó con ternura en la tumba.

Entonces apareció la gente. Puedes cabalgar por un paraje muerto y no ver a nadie, pero ellos sí te verán a ti. La gente se esconde cuando aparecen los enemigos. Suben a los bosques y esperan allí, y entonces llegaron tres hombres que estaban escondidos tras los árboles.

—Steapa —le dije. Se volvió hacia mí, furioso por haberlo interrumpido, entonces me vio señalar hacia el oeste.

Rugió al reconocerlos, y los tres hombres, que llevaban lanzas, corrieron hacia él. Tiraron las armas y abrazaron al gigante, y durante un rato hablaron juntos, pero

cuando sé calmaron, me llevé a uno aparte y le interrogué. Los daneses habían llegado poco después de Yule, me dijo. Habían aparecido de repente, antes de que nadie supiera que había paganos en Defnascir. Aquellos hombres habían escapado porque estaban talando un árbol en el bosque cercano, y después oyeron la matanza. Desde entonces, vivían en los bosques, asustados por los daneses que aún patrullaban Defnascir en busca de comida. No habían visto sajones.

Habían enterrado a la gente de la granja en un pasto al sur, y Steapa se dirigió allí y se arrodilló en la tierra mojada.

—Su madre murió —me dijo el hombre. Hablaba un inglés tan cerrado que tenía que pedirle continuamente que repitiera lo que decía, pero entendí esas tres palabras—. Steapa era bueno con su madre —me dijo el hombre—. Le traía dinero. Ya no era esclava.

—¿Su padre?

—Murió hace mucho tiempo.

Me pareció que Steapa iba a desenterrar a su madre, así que me acerqué y me puse delante de él.

—Tenemos una tarea que cumplir —le dije.

Levantó la mirada, sin expresión alguna en aquel duro rostro.

—Hay daneses que matar —le dije—. Los daneses que mataron a esta gente tienen que encontrar la muerte.

Asintió abruptamente, se puso en pie, me pasaba una cabeza. Limpió el hacha y montó de nuevo.

—Hay daneses que matar —dijo, y tras dejar a su madre en su tumba fría, nos fuimos a buscarlos.

CAPÍTULO X

Cabalgamos hacia el sur. Íbamos con cautela, pues la gente decía que aún se veían daneses en aquella parte de la comarca, aunque nosotros no vimos ninguno. Steapa siguió en silencio hasta que, en un prado del río, dejamos atrás un círculo de pilares de piedra, uno de los misterios abandonados por las gentes antiguas. Dichos círculos se encuentran por toda Inglaterra, y algunos son inmensos, aunque aquel no era más que una veintena de piedras cubiertas de liquen, ninguna más alta que un hombre, dispuestas en un círculo de unos quince pasos de ancho. Steapa los miró, y después me dejó patidifuso al empezar a hablar.

—Eso es una boda —dijo.

—¿Una boda?

—Estaban bailando —gruñó—, y el diablo los convirtió en piedra.

—¿Y por qué hizo el diablo eso? —pregunté con cautela.

—Porque se casaron en domingo, claro está. La gente no se tiene que casar en domingo. ¡Nunca! Eso lo sabe todo el mundo. —Proseguimos en silencio y, al cabo de un rato, me volvió a sorprender cuando empezó a hablar de su madre, de su padre y de que habían sido siervos de *Odda el Viejo*—. Pero teníamos una buena vida —añadió.

—¿Sí?

—Arábamos, sembrábamos, quitábamos malas hierbas, cosechábamos y trillábamos.

—Pero el *ealdorman* Odda no vivía allí —dije, señalando con el pulgar hacia la granja destruida de Steapa.

—¡No! ¡Qué va, no! —Steapa parecía divertido de que se me hubiera ocurrido tal cosa—. Nunca viviría allí, ¡él no! Tenía su casa, muy grande. Aún la tiene. Pero allí tenía un administrador. Era él quien nos decía lo que teníamos que hacer. ¡Era un gigante! ¡Muy alto!

Vacilé.

—¿Y tu padre era bajito?

Steapa parecía sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo he imaginado.

—Era un buen trabajador.

—¿Te enseñó él a luchar?

—No, no. No me enseñó nadie. Aprendí solo.

La tierra estaba menos destrozada a medida que nos acercábamos al sur. Y eso era extraño, pues los daneses habían tomado aquel camino. Lo sabíamos porque la gente nos aseguraba que los daneses seguían en la parte sur de la comarca, pero la vida

parecía de repente seguir su curso con normalidad. Vimos hombres repartir estiércol por los campos, y a otros excavando zanjas y vallando. Había corderos en los pastos. Al norte, los zorros se habían puesto las botas, pero allí los pastores y sus perros ganaban aquella batalla sin fin.

Pero los daneses estaban en Cridianton.

Nos lo contó un cura en un pueblo en lo profundo de una colina cubierta de robles, junto a un arroyo. El hombre estaba nervioso porque había visto mi larga melena y los brazaletes y supuso que era danés, y mi acento norteño no hizo nada por convencerlo de lo contrario, pero Steapa le dio confianza. Ambos hablaron, y el cura expresó su opinión de que el verano sería húmedo.

—Desde luego —coincidió Steapa—. El roble ha reverdecido antes que el tejo.

—Señal segura —comentó el cura.

—¿A cuánta distancia está Cridianton? —pregunté, dispuesto a que acabara aquella conversación.

—A una mañana a pie, señor.

—¿Habéis visto a los daneses allí? —le pregunté.

—Los he visto, señor, vaya que sí —respondió.

—¿Quién los comanda?

—No lo sé, señor.

—¿Tienen estandarte? —pregunté.

Asintió.

—Cuelga de la casa del obispo, señor. Un caballo blanco.

Así que era Svein. No sabía si había algún jefe más, pero el caballo blanco confirmaba que Svein se había quedado en Defnascir en lugar de unirse a Guthrum. Me volví sobre la silla y miré el pueblo del cura, que no mostraba cicatrices de guerra. Los tejados no habían sido quemados, los graneros estaban llenos y la iglesia seguía en pie.

—¿Han pasado por aquí los daneses? —pregunté.

—Oh, sí, señor, han venido. Más de una vez.

—¿Violaron? ¿Robaron?

—No, señor. Pero compraron algo de grano. Pagaron en plata.

Daneses que se sabían comportar. Eso también era muy raro.

—¿Están sitiando Exanceaster? —pregunté. Eso habría tenido algo de sentido. Cridianton estaba suficientemente cerca de Exanceaster para cobijar a la mayoría de tropas danesas mientras el resto rodeaba la ciudad.

—No, señor —dijo el cura—. No que yo sepa.

—¿Y qué están haciendo? —pregunté.

—Están en Cridianton, señor.

—¿Y Odda está en Exanceaster?

—No, señor. Está en Ocmundtun. Con el señor Harald. Sabía que la casa del alguacil de la comarca se encontraba en Ocmundtun, que quedaba en el extremo norte del gran páramo. Pero Ocmundtun también estaba lejos de Cridianton, y no era un buen sitio para alguien que quería acosar a los daneses.

Creí al cura cuando nos dijo que Svein estaba en Cridianton, pero aun así nos acercamos igualmente para verlo con nuestros propios ojos. Recorrimos pistas empinadas y boscosas, y llegamos a la ciudad a media tarde, donde vimos el humo que salía de las cocinas y los escudos daneses colgados en la empalizada. Steapa y yo estábamos ocultos en los altos bosques; pudimos ver a un grupo de hombres vigilando la puerta, y otros tantos guardando un prado en el que cuarenta o cincuenta caballos pastaban las primeras hierbas primaverales. Vi la casa de Odda *el Viejo*, donde me reuní con Mildrith tras la batalla de Cynuit, y también vi el estandarte triangular ondear sobre la casa más grande del obispo. La puerta oeste estaba abierta, aunque bien guardada, y a pesar de los centinelas y los escudos, la ciudad parecía un lugar en paz, no en guerra. Tendría que haber sajones en aquella colina, pensé, sajones observando al enemigo, listos para atacar. Sin embargo, los daneses vivían sin ser molestados.

—¿A cuánto está Ocmundtun? —le pregunté a Steapa.

—Podemos llegar por la noche.

Vací. Si Odda *el Joven* estaba en Ocmundtun, ¿por qué ir allí? Era mi enemigo y había jurado matarme. Alfredo me había dado un pedazo de pergamino en el que había escrito palabras que ordenaban a Odda que me recibiera en paz, ¿pero qué fuerza tiene un escrito contra el odio?

—No te va a matar —me dijo Steapa, dejándome otra vez de piedra. Evidentemente había adivinado lo que pensaba—. No se atreverá ni a tocarte —añadió.

—¿Por qué no?

—Porque yo no se lo voy a permitir —dijo Steapa, y dio la vuelta al caballo y se dirigió hacia el oeste.

Llegamos a Ocmundtun al anoecer. Era una pequeña ciudad construida a la vera de un río y guardada por un bastión de piedra caliza donde una recia empalizada ofrecía refugio si llegaban los atacantes. No había guardias en la fortaleza, y la ciudad, que no tenía murallas, parecía plácida. Wessex podría estar en guerra, pero Ocmundtun, como Cridianton, estaba claramente en paz. La casa de Harald estaba cerca del fuerte en la colina, y nadie nos cerró el paso cuando entramos en el patio de enfrente, donde los sirvientes reconocieron a Steapa. Lo saludaron con cautela, pero entonces salió un administrador a la puerta y, al ver al gigante, dio un par de palmadas: parecía encantado de verlo.

—Habíamos oído que te atraparon los paganos —dijo el administrador.

—Me atraparon.

—¿Te han dejado ir?

—Mi rey me liberó —gruñó Steapa, como si le supiera mal que le hubieran hecho la pregunta. Bajó del caballo y estiró sus miembros—. Alfredo me liberó.

—¿Está Harald aquí? —pregunté al administrador.

—Mi señor está dentro. —El administrador parecía ofendido porque no hubiera llamado al alguacil «señor».

—Pues nosotros también —dije, y conduje a Steapa a la casa. El administrador nos hizo gestos nerviosos con la mano porque la costumbre y la cortesía exigían que le pidiera permiso a su señor para dejarnos entrar, pero yo no le hice ni caso.

Un fuego ardía en el hogar central y docenas de cirios se erguían sobre las plataformas en los extremos de la sala. Había lanzas para jabalíes apiladas contra la pared, de las que colgaban una docena de pieles de ciervos y un montón de valiosas pieles de marta. Había una veintena de hombres en el salón, evidentemente esperando la cena, y un arpista tocaba en el extremo más alejado. Cuatro perros de caza se apresuraron hacia nosotros para investigarnos, y Steapa se los quitó de encima a golpes cuando nos acercamos al fuego a calentarnos.

—Cerveza —dijo Steapa secamente, dirigiéndose al administrador.

Harald debió de oír el ruido de los perros, pues apareció por una puerta que daba a una estancia privada al final del salón. Parpadeó al vernos. Creía que nos odiábamos a muerte, había sabido que Steapa había sido hecho prisionero, y sin embargo allí estábamos, uno al lado del otro. El salón se quedó en silencio cuando el alguacil se acercó cojeando hasta nosotros. Sólo era una cojera leve, el resultado de una herida de lanza en alguna batalla que también se había llevado por delante dos dedos de la mano con la que usaba la espada.

—En una ocasión me regañasteis —me dijo—, por entrar armado en vuestra casa. Con todo, vos traéis armas a la mía.

—No había guardián en la puerta —contesté.

—Había ido a mear, señor —aclaró el administrador.

—Nada de armas en la casa —insistió Harald.

Era la costumbre. Los hombres se emborrachan y ya se pueden hacer bastante daño con los cuchillos para la carne, así que hombres borrachos con hachas y espadas son capaces de convertir una cena en el patio de un carnicero. Le entregamos las armas al administrador. Me quité la cota de malla y le pedí a un lacayo que la colgara para secarla y limpiar los anillos.

Harald nos dio la bienvenida formal cuando nuestras armas desaparecieron. Nos dijo que estábamos en nuestra casa y que deberíamos comer con él como invitados honoríficos.

—Me gustaría escuchar vuestras noticias —dijo, y le hizo un gesto a un criado

para que nos trajera cerveza.

—¿Está Odda aquí? —quise saber.

—El padre sí, el hijo no.

Maldije. Habíamos llegado allí con un mensaje para el *ealdorman* Odda, Odda *el Joven*, sólo para descubrir que el que estaba en Ocmundtun era el padre herido, Odda *el Viejo*.

—¿Y dónde está el hijo? —pregunté.

Harald se sintió ofendido por mi brusquedad, pero permaneció cortés.

—El *ealdorman* está en Exanceaster.

—¿Está sitiado?

—No.

—¿Y los daneses están en Cridianton?

—Sí.

—¿Y están sitiados? —Conocía la respuesta, pero quería que Harald lo admitiera.

—No —contestó.

Dejé caer la cerveza.

—Venimos de parte del rey —dije. En teoría hablaba con Harald, pero recorrí a grandes zancadas el salón para que los hombres en las plataformas pudieran oírme—. Venimos de parte de Alfredo —dije—, y Alfredo desea saber por qué hay daneses en Defnascir. Quemamos sus barcos, matamos a los guardias, y los sacamos de Cynuit, con todo, vosotros los dejáis vivir aquí. ¿Por qué?

Nadie respondió. No había mujeres en la casa, pues Harald era un viudo que no se había vuelto a casar, de modo que sus invitados eran todos sus guerreros o *thane* que comandaban sus propios hombres. Algunos me miraron con desprecio, pues mis palabras les atribuían cobardía, pero otros bajaron la cabeza. Harald miró a Steapa, como buscando el apoyo del gigante, pero Steapa permanecía junto al fuego, su salvaje rostro no expresaba nada. Me di la vuelta para mirar a Harald.

—¿Por qué están los daneses en Defnascir? —exigí saber.

—Porque aquí son bienvenidos —respondió una voz detrás de mí.

Me di la vuelta para ver a un anciano en la puerta. Se apreciaba el pelo cano bajo el vendaje que le envolvía la cabeza, y estaba tan delgado y débil que tenía que apoyarse en el marco de la puerta. Al principio no lo reconocí, pues la última vez que había hablado con él era un hombre grande, corpulento y vigoroso, pero Odda *el Viejo* había recibido un hachazo en el cráneo en Cynuit y, una herida que debería haberlo matado allí mismo, sin embargo, de algún modo, se había mantenido con vida, y allí estaba, aunque ahora parecía un esqueleto, pálido, demacrado y débil.

—Están aquí —añadió Odda—, porque son bienvenidos. Como vos, señor Uhtred, y como tú, Steapa.

Una mujer atendía a Odda *el Viejo*. Intentaba apartarlo de la puerta y hacerlo

volver a su cama, pero entonces lo adelantó, entró en el salón y se me quedó mirando. Al verme, hizo lo que había hecho la primera vez que me vio. Lo que había hecho cuando llegó para casarse conmigo. Rompió a llorar.

Era Mildrith.

* * *

Mildrith iba vestida como una monja, con un vestido gris claro, anudado con una cuerda, sobre el que colgaba un gran crucifijo de madera. Llevaba una gorrita gris, de la que salían mechones de su pelo rubio. Me miró, estalló en llanto, y desapareció. Inmediatamente después, Odda *el Viejo* la siguió, demasiado frágil para seguir en pie, y la puerta se cerró.

—Desde luego que sois bienvenidos aquí —repitió Harald.

—Pero ¿por qué lo son también los daneses? —pregunté.

Odda *el Joven* había firmado una tregua con ellos. Harald nos lo explicó mientras cenábamos. Nadie en aquella parte de Defnascir había oído nada de la quema de los barcos de Svein. Lo único que sabían era que los hombres de Svein, sus mujeres e hijos, habían marchado hacia el sur, quemando y saqueando, y Odda *el Joven* llevó sus tropas a Exanceaster, donde se preparó para un asedio, pero Svein le había ofrecido una negociación. Los daneses, repentinamente, habían dejado de asaltar. Se habían establecido en Cridianton y enviado una embajada a Exanceaster, y Svein y Odda habían firmado una paz privada.

—Les vendemos caballos —dijo Harald—, y nos pagan bien por ellos. Veinte chelines el semental, quince la yegua.

—Les vendéis caballos —repetí en tono neutro.

—Para que se marchen —me aclaró Harald.

Los sirvientes echaron un tronco de abedul al fuego, y las chispas estallaron hacia fuera, desperdigando a los perros que descansaban justo alrededor del círculo de piedras del hogar.

—¿Cuántos hombres comanda Svein? —pregunté.

—Muchos —repuso Harald.

—¿Ochocientos? —pregunté—. ¿Novecientos? —Harald se encogió de hombros—. Llegaron en veinticuatro barcos —proseguí—, sólo veinticuatro. ¿Así que cuántos hombres puede tener? No más de mil, matamos unos cuantos, y algunos más habrán muerto durante el invierno.

—Creemos que ochocientos —admitió Harald a regañadientes.

—¿Y con cuántos cuenta el *fyrð*? ¿Dos mil?

—De los que sólo cuatrocientos son guerreros experimentados —repuso Harald. Eso era probablemente cierto. La mayoría de los hombres del *fyrð* eran granjeros, mientras que todos los daneses eran guerreros de espada, pero Svein jamás habría

tenido que enfrentar sus ochocientos hombres contra dos mil. No había dejado de luchar porque temiera la derrota, sino porque temía perder cien hombres en la victoria. Por ese motivo había dejado de saquear y firmado una tregua con Odda, porque en el sur de Defnascir podía recuperarse de su derrota en Cynuit. Sus hombres podían descansar, alimentarse, fabricar armas y conseguir caballos. Svein guardaba fuerzas y fortalecía a sus hombres—. No fue mi elección —se defendió Harald—. Lo ordenó el *ealdorman*.

—Y el rey —repliqué— ordenó a Odda que sacara a Svein de Defnascir.

—¿Y qué sabemos de las órdenes del rey? —preguntó Harald con amargura, y llegó mi turno de suministrarle noticias, de contarle cómo Alfredo había escapado de Guthrum y estaba en el gran pantano.

—Y poco después de Pascua —dije—, reuniremos a los *fyrds* de las comarcas y despedazaremos a Guthrum. —Me puse en pie—. No se le pueden vender más caballos a Svein —dije en voz alta, para que todos los hombres del gran salón pudieran oírme.

—Pero... —protestó Harald, después sacudió la cabeza. Estaba claro que iba a decir que Odda *el Joven*, *ealdorman* de Defnascir, había ordenado que se les vendieran caballos, pero dejó la frase a medias.

—¿Cuáles son las órdenes del rey? —le pregunté a Steapa.

—No más caballos —atronó.

Se hizo el silencio hasta que Harald, irritado, le hizo un gesto al arpista, que tañó las cuerdas y empezó a tocar una melancólica melodía.

—Tengo que supervisar la guardia —dijo Harald, y me lanzó una mirada inquisitiva que yo interpreté como una invitación a acompañarlo, así que me ceñí las espadas y lo acompañé por la larga calle de Ocmundtun, hasta donde tres lanceros montaban guardia junto a una cabaña de madera. Harald habló con ellos un momento, después me condujo hacia el este, lejos de la hoguera de los centinelas. La luna teñía de plata el valle, iluminando la carretera vacía hasta que se perdía entre los árboles.

—Poseo treinta guerreros —me dijo Harald de repente. Me estaba diciendo que era demasiado débil para luchar.

—¿Cuántos tiene Odda en Exanceaster? —le pregunté.

—¿Un centenar? ¿Ciento veinte?

—Tendríais que haber convocado al *fyrdr*.

—No tenía órdenes —contestó Harald.

—¿Las buscasteis?

—¡Por supuesto que lo hice! —No le gustaba que dudara de él— Le dije a Odda que tendríamos que alejar a Svein, pero no me quiso escuchar.

—¿Os dijo que el rey había ordenado que levantara al *fyrdr*?

—No. —Harald se detuvo, mirando la carretera iluminada por la luna—. No

supimos nada de Alfredo, salvo que había sido derrotado y estaba oculto. Y oímos que los daneses estaban por todo Wessex, y que había más en Mercia.

—¿No se le ocurrió a Odda atacar a Svein cuando desembarcó?

—Se le ocurrió protegerse —dijo Harald—, y me envió al Tamur.

El Tamur era el río que dividía Wessex de Cornwalum.

—¿Están los britanos tranquilos? —pregunté.

—Los curas les dicen que no nos ataquen.

—Pero con curas o sin ellos —le dije—, cruzarán el río si creen que los daneses llevan ventaja.

—¿Y no la tienen ya? —preguntó Harald con amargura.

—Aún somos hombres libres —contesté.

Asintió. Tras nosotros, en la ciudad, un perro empezó a aullar, y él se volvió como si aquel ruido indicara problemas, pero el aullido cesó con un gemido brusco. Harald dio una patada a una piedra del camino.

—Svein me asusta —admitió de repente.

—Es un hombre aterrador —asentí.

—Es listo —contestó Harald—, listo, fuerte y salvaje.

—Es danés —respondí con sequedad.

—Un hombre implacable —prosiguió Harald.

—Desde luego —convine—, ¿y creéis que después de alimentarlo, proporcionarle caballos y darle cobijo, os dejará tranquilos?

—No —dijo—, pero Odda sí lo cree.

Pues Odda era un insensato. Estaba amamantando a un cachorro de lobo que lo despedazaría cuando fuera suficientemente fuerte.

—¿Por qué Svein no ha marchado hacia el norte para unirse a Guthrum?

—No lo sé.

Pero yo sí lo sabía. Guthrum llevaba en Inglaterra cuatro años ya. Había intentado tomar Wessex antes, y había fracasado, pero ahora, a punto de conseguirlo, se detenía. Guthrum *el Desafortunado*, lo llamaban, y sospechaba que no había cambiado. Era rico, conducía muchos hombres, pero era cauteloso. Svein, en cambio, procedía de los asentamientos de los hombres del norte de Irlanda, y era una criatura muy distinta. Era más joven que Guthrum, menos acaudalado, y conducía menos hombres, pero sin duda se trataba del mejor guerrero. Ahora, desprovisto de sus barcos, estaba debilitado, pero había convencido a Odda *el Joven* para que le diera refugio, y recuperaba sus fuerzas, de modo que, cuando se encontrara con Guthrum no sería un jefe derrotado necesitado de ayuda, sino un danés con poder. Svein, pensé, era un hombre mucho más peligroso que Guthrum, y Odda *el Joven* sólo lo estaba volviendo más peligroso aún.

—Mañana —dije—, debemos empezar a reunir al *fyrd*. Esas son las órdenes del

rey.

Harald asintió. No vi su rostro en la oscuridad, pero me di cuenta de que no le hacía gracia. Aun así, era un hombre sensato, y sin duda sabía que era necesario echar a Svein de la comarca.

—Enviaré mensajes —dijo—, pero Odda podría detener la convocatoria. Ha firmado una tregua con Svein y no quiere que la rompa. La gente le obedecerá a él antes que a mí.

—¿Y su padre? —pregunté—. ¿Le obedecerán a él?

—Lo harán —contestó—, pero es un hombre enfermo. Ya lo habéis visto. Es un milagro que siga con vida.

—¿Quizá porque mi esposa lo cuida?

—Sí —contestó, y se calló. Algo quedó en el aire, algo extraño, sin expresar—. Vuestra esposa lo cuida bien —concluyó incómodo.

—Es su padrino —dije.

—Sí lo es.

—Me alegro de verla con vida —dije, no porque fuera verdad, sino porque era lo apropiado, y no se me ocurría nada más—. Y me gustará ver también a mi hijo —añadí con más calidez.

—Vuestro hijo... —repitió Harald inexpresivamente.

—Está aquí, ¿no?

—Sí. —Harald se estremeció. Se dio la vuelta para mirar la luna y pensé que no diría nada más, pero entonces hizo acopio de valor y volvió a mirarme—. Vuestro hijo, señor Uhtred, está en el patio de la iglesia.

Me costó unos instantes entenderlo, pero lo cierto es que no comprendí nada, sólo me dejó confundido. Toqué mi amuleto de martillo.

—¿En el patio de la iglesia?

—No me corresponde a mí decíroslo.

—Pero me lo vais a decir. —Y mi voz sonó como el rugido de Steapa.

Harald miró el río bañado por la luna, de un blanco argentado bajo los árboles negros.

—Vuestro hijo murió —dijo. Esperó mi respuesta, pero yo ni me moví ni hablé—. Se asfixió.

—¿Se asfixió?

—Con una piedra —dijo Harald—. Era muy pequeño, debió de coger la piedra y acabó tragándosela.

—¿Una piedra? —pregunté.

—Había una mujer con él, pero... —Harald perdió la voz—. Intentó salvarlo, pero no pudo hacer nada. Murió.

—El día de san Vicente —dije.

—¿Lo sabíais?

—No —repuse—. No lo sabía. —Pero el día de san Vicente fue el día en que Iseult sacó al hijo de Alfredo, el Ætheling, de la tierra. Y en alguna parte, me había dicho Iseult, un niño tenía que morir, para que el heredero del rey, el Ætheling, viviera.

Y había sido mi niño. Uhtred *el Joven*. A quien apenas conocía. Eduardo recobró el aliento y Uhtred se retorció, luchó por inhalar aire y murió.

—Lo siento —dijo Harald—. No me correspondía decíroslo, pero teníais que saberlo antes de volver a ver a Mildrith.

—Me odia —dije sobriamente.

—Sí —repuso—, os odia. —Se detuvo—. Pensé que se volvería loca de la tristeza, pero Dios le ha conservado la cordura. Le gustaría...

—¿Le gustaría qué?

—Unirse a las hermanas de Cridianton. Cuando los daneses se marchen. Tienen allí un convento, una pequeña casa.

No me importaba lo que hiciera Mildrith.

—¿Y mi hijo está enterrado aquí?

—Bajo el tejo —se dio la vuelta y señaló—, junto a la iglesia.

Pues que se quede allí, pensé. Que descanse en su pequeña tumba hasta que llegue el caos del Fin del Mundo.

—Mañana —dije—, reuniremos al *fyrð*. Pues, al fin y al cabo, había un reino que salvar.

* * *

Los sacerdotes fueron convocados a la casa de Harald y redactaron la convocatoria del *fyrð*. La mayoría de los *thane* no sabían leer, y a muchos de sus curas les costaría descifrar las escasas palabras, pero los mensajeros les comunicarían lo que ponía en los pergaminos. Debían armar a sus hombres y traerlos a Ocmundtun, y el sello de cera en la convocatoria era la autoridad para aquellas órdenes. El sello mostraba el escudo de venado de Odda *el Viejo*.

—Pasará una semana —advirtió Harald— hasta que el *fyrð* se reúna, y el *ealdorman* intentará evitar que eso ocurra.

—¿Qué va a hacer?

—Decirle a los *thane* que no hagan caso, supongo.

—¿Y Svein? ¿Qué crees que hará?

—Intentar matarnos.

—Y tiene ochocientos hombres que pueden estar aquí mañana —dije.

—Y yo tengo treinta —contestó Harald en tono sombrío.

—Pero tenemos una fortaleza —añadí, señalando el bastión de piedra caliza con

su empalizada.

No dudaba de que los daneses vendrían. Al convocar el *fyrð*, amenazábamos su seguridad, y Svein no era un hombre que se tomaba las amenazas a la ligera, así que, mientras los mensajes partían hacia el norte y el sur, dijimos a la gente del pueblo que subieran sus objetos de valor al fuerte junto al río. Algunos hombres empezaron a reforzar la empalizada. Otros subieron el ganado al páramo, para que no pudieran llevárselo los daneses. Steapa se acercó a todas las poblaciones cercanas y exigió que los hombres en edad de pelear se dirigieran a Ocmundtun con todas las armas que poseyeran, de modo que por la tarde defendían el fuerte ochenta personas. Pocos eran guerreros, la mayoría no tenía más arma que un hacha, pero desde el pie de la colina parecían guerreros de verdad. Las mujeres subieron comida y agua al fuerte, y la mayor parte de los habitantes de Ocmundtun decidió dormir allí, a pesar de la lluvia, por miedo a que los daneses atacaran de noche.

Odda *el Viejo* se negó a subir al fuerte. Estaba demasiado enfermo, dijo, y demasiado débil, y si iba a morir, lo haría en casa de Harald. Harald y yo intentamos convencerlo, pero no quería escuchar.

—Mildrith puede ir con vosotros —dijo.

—No —repuso ella. Estaba sentada junto al lecho de Odda, con las manos bien apretadas bajo las mangas de su hábito gris. Me miró, y en su mirada había desafío, retándome a que le ordenara que abandonara a Odda y subiera a la fortaleza.

—Lo siento —le dije.

—¿Lo sientes?

—Lo que ocurrió con nuestro hijo.

—No eras un padre para él —me acusó. Sus ojos brillaban de furia—. ¡Querías que fuera danés! ¡Querías que fuera pagano! ¡Ni siquiera te importaba su alma!

—Sí me importaba —dije, pero ella me ignoró. No había sonado convincente ni siquiera a mis propios oídos.

—Su alma está a salvo —la tranquilizó Harald con ternura—. Está en brazos del buen señor Jesús. Es feliz.

Mildrith lo miró y vi cómo las palabras de Harald la habían reconfortado, aunque empezó a llorar igualmente. Acarició su cruz de madera. Entonces Odda *el Viejo* alargó la mano para acariciarle el brazo.

—Si los daneses vienen, señor —le dije—, enviaré hombres a recogerlos. —Me di la vuelta y salí de la enfermería. No podía soportar los llantos de Mildrith ni pensar en un hijo muerto. Esas cosas son más difíciles, mucho más difíciles que hacer la guerra, así que me ceñí las espadas, recogí mi escudo, y me puse mi espléndido casco coronado con una cabeza de lobo, de modo que cuando Harald salió de la estancia de Odda, se paró en seco al ver a un señor de la guerra junto a su hogar—. Si hacemos una gran hoguera al este del pueblo —le dije—, veremos a los daneses llegar. Nos

dará tiempo para transportar al señor Odda al fuerte.

—Sí. —Levantó la vista para ver las grandes vigas de su casa, y quizá pensara que jamás volvería a verlas, pues los daneses vendrían y la casa ardería. Se persignó.

—El destino es inexorable —le dije. ¿Qué otra cosa iba a decir? Los daneses podrían venir, la casa arder, pero eran pequeñeces en el equilibrio de un reino, así que me marché a ordenar que encendieran la hoguera que iluminaría la carretera del este. Fuera como fuera, los daneses no llegaron aquella noche. Llovió débilmente hasta el amanecer, así que, por la mañana, la gente del fuerte estaba mojada, no demasiado contenta y tenía frío. Sin embargo, el alba también trajo a los primeros hombres del *fyrð*, que aparecieron por la misma carretera por donde Steapa y yo habíamos llegado el día anterior. Podría llevar días que las zonas más alejadas de la comarca recibieran la convocatoria, armaran a los hombres y los enviaran a Ocmundtun, pero los más cercanos los mandaron directamente, de modo que al final de la mañana había cerca de trescientos bajo el fuerte. No más de setenta de aquellos hombres merecían el nombre de guerreros, hombres con armas decentes, escudos, y al menos una armadura de cuero. El resto eran granjeros con azadas, hoces o hachas de trabajo.

Harald envió partidas de aprovisionamiento en busca de grano. Una cosa era reunir una fuerza, otra muy distinta alimentarla, y ninguno sabíamos cuánto tiempo habría que mantener reunidos a los hombres. Si los daneses no venían a nosotros, tendríamos que ir nosotros a ellos y obligarlos a salir de Cridianton, y para eso necesitaríamos al *fyrð* de Defnascir al completo. Odda *el Joven*, pensaba, jamás permitiría que eso ocurriera.

Y no lo hizo. Cuando cesó la lluvia y se dijeron las oraciones del mediodía, el propio Odda llegó a Ocmundtun, y no vino solo, sino con sesenta de sus guerreros vestidos de malla y otros tantos daneses en toda su gloria guerrera. El sol salió al aparecer por los árboles del este, y lanzó sus destellos sobre las cotas y las puntas de lanza, sobre las cadenas de las bridas y los hierros de los estribos, sobre los cascos pulidos y las relucientes embozaduras de los escudos. Se extendieron por los pastos a cada lado de la carretera, y avanzaron sobre Ocmundtun en una extensa fila; en su centro, había dos estandartes: uno, el venado negro, era el estandarte de Defnascir, mientras que el otro era el triángulo danés del caballo blanco.

—No va a haber batalla —le dije a Harald.

—¿No?

—No son suficientes. Svein no se puede permitir perder hombres, así que ha venido a parlamentar.

—No quiero recibirlos aquí —señaló el fuerte—. Deberíamos ir al salón.

Ordenó a los hombres mejor armados que bajaran a la ciudad, y allí ocupamos la fangosa calle fuera del salón, mientras Odda y los daneses llegaban del este. Los jinetes tuvieron que romper la fila para entrar en la ciudad, lo que hicieron en

columna de a tres, de modo que la columna iba encabezada por tres hombres. Odda estaba en el centro, flanqueado por dos daneses, y uno de ellos era Svein, el del Caballo Blanco.

Svein tenía un aspecto magnífico, un guerrero plateado y blanco. Montaba un caballo blanco, vestía una capa blanca de lana, y su cota y casco de jabalí habían sido frotados con arena hasta relucir en la acuosa luz del sol. La embozadura de su escudo era también de color plata y encima había pintado un caballo blanco. El cuero de sus bridas, silla y vaina había sido descolorido hasta parecer más claro. Me vio, pero no pareció reconocerme, se limitó a escrutar la fila de hombres que bloqueaban la calle y pareció desestimarlos por inútiles. Su estandarte del caballo blanco era transportado por un segundo jinete que tenía el mismo rostro oscuro que su señor, un rostro curtido por el sol y la nieve, el hielo y el viento.

—Harald. —Odda *el Joven* se había adelantado a los dos daneses. Iba tan adornado como de costumbre, reluciente en su malla, con una capa negra que caía por la grupa de su caballo. Sonrió como si diera la bienvenida a la reunión—. Habéis convocado al *fyrð* sin mi permiso, ¿por qué?

—Porque el rey lo ha ordenado —contestó Harald.

Odda seguía sonriendo. Me echó una mirada, pareció no reparar en que estaba presente, después miró la puerta de la casa, por donde acababa de aparecer Steapa. El gigante había estado hablando con Odda *el Viejo*, y ahora miraba a Odda *el Joven* anonadado.

—¡Steapa! —dijo Odda *el Joven*—. ¡Mi leal Steapa! ¡Cómo me alegro de verte!

—Yo también, señor.

—Mi fiel Steapa —dijo Odda, claramente complacido de reunirse con su antiguo guardaespaldas—. ¡Ven aquí! —ordenó, y Steapa nos apartó a empujones, se arrodilló en el barro junto al caballo de Odda y besó con reverencia la bota de su amo—. Ponte en pie —dijo Odda—, ponte en pie. Contigo a mi lado, Steapa, ¿quién puede hacernos daño?

—Nadie, señor.

—Nadie —repitió Odda, después sonrió a Harald—. Habéis dicho que el rey ha ordenado que se convoque al *fyrð*. ¿Acaso hay rey en Wessex?

—Hay rey en Wessex —repuso Harald con firmeza.

—¡Hay un rey agazapado en los pantanos! —gritó Odda para que todos los hombres de Harald lo escucharan—. ¿Es acaso el rey de las ranas, quizá? ¿Un monarca de las anguilas? ¿Qué clase de rey es ése?

Respondí por Harald, pero en danés.

—Un rey que me ordenó quemar los barcos de Svein. Cosa que hice. Todos menos uno, que me guardé y aún conservo.

Svein se quitó el casco con hocico de jabalí, me miró y siguió sin reconocerme.

Su mirada era como la de la gran serpiente de la muerte que descansa en las raíces de Yggdrasil.

—Quemé el *Caballo Blanco* —le dije—, y me calenté las manos con sus llamas. —Svein escupió por toda respuesta—. Y el hombre que os acompaña —hablaba ahora con Odda, en inglés—, es el hombre que quemó vuestra iglesia en Cynuit, el hombre que asesinó a los monjes, el hombre maldito en el cielo, el infierno y este mundo, ¿y aun así es ahora vuestro aliado?

—¿Habla ese cagarro de cabra por vos? —exigió Odda a Harald.

—Estos hombres hablan por mí —dijo Harald, indicando a los guerreros detrás de él.

—¿Pero con qué derecho alzáis al *fyrd*?—preguntó Odda—. ¡Soy el *ealdorman*!

—¿Y quién os nombró tal? —preguntó Harald. Se detuvo, pero Odda no respondió—. ¿El rey de las ranas? ¿El monarca de las anguilas? Si Alfredo no tiene autoridad, vos habéis perdido la vuestra con la suya.

Odda estaba claramente sorprendido por el desafío de Harald, y probablemente también irritado, pero no dio señal de sentirse molesto. Siguió sonriendo.

—Creo —le dijo a Harald—, que no habéis entendido lo que ocurre en Defnascir.

—Creo que vos vais a explicármelo —repuso Harald.

—Lo haré —contestó Odda—, pero hablemos con comida y cerveza. —Miró al cielo. El breve sol se había ocultado tras una nube y un viento helado azotaba los tejados de la calle—. Y hablemos bajo un techo —dijo Odda—, antes de que vuelva a llover.

Había unas cuestiones que solucionar antes, aunque se solucionaron rápido. Los jinetes daneses se retirarían al extremo este del pueblo, mientras los hombres de Harald se meterían otra vez en el fuerte. Cada facción podía llevar diez hombres al salón, y todos esos hombres dejarían sus armas amontonadas en la calle, donde quedarían custodiadas por seis daneses y otros tantos sajones.

Los sirvientes de Harald trajeron cerveza, pan y queso. No se ofreció carne, pues era Cuaresma. Se situaron bancos a cada lado del hogar. Svein cruzó hasta nuestro lado del fuego cuando trajeron los bancos, y al final se dignó a reconocermé.

—¿Fuiste realmente tú el que quemó los barcos? —preguntó.

—Incluido el tuyo.

—El *Caballo Blanco* costó un año y un día de construir —dijo—, y usamos madera de árboles en la que habíamos colgado sacrificios a Odín. Era un buen barco.

—Ahora es cenizas junto a la playa —le dije.

—Pues un día te lo devolveré —replicó, y aunque hablaba con tono tranquilo, había todo un mundo de amenaza en su voz—. Y además te equivocaste.

—¿Me equivoqué? —pregunté—. ¿Por quemar tus barcos?

—No había ningún altar de oro en Cynuit.

—Donde quemaste a los monjes —le dije.

—Los quemé vivos —coincidió—, y me calenté las manos en las llamas. — Sonrió al recordarlo—. Podrías unirme a mí —sugirió—. Te perdonaría por quemar mi barco y podrías luchar a mi lado una vez más. Necesito buenos hombres. Pago bien.

—Le he jurado lealtad a Alfredo.

—Ah —asintió—. Pues que así sea. Enemigos. —Regresó al banco de Odda.

—¿Queréis ver a vuestro padre antes de que hablemos? —le preguntó Harald a Odda, señalando hacia la puerta al final del salón.

—Lo veré —contestó Odda—, cuando reparemos nuestra amistad. Vos y yo tenemos que ser amigos —dijo las últimas palabras en voz alta, y eso indicó a los hombres que se sentaran en los bancos—. Habéis convocado al *fyrð* —le dijo a Harald—, ¿porque Uhtred os trajo órdenes de Alfredo?

—Eso hizo.

—Pues hicisteis bien —contestó Odda—, y es digno de alabanza. —Svein, que escuchaba la traducción que le proporcionaba uno de sus propios hombres nos miraba inexpresivo—. Y ahora volveréis a hacer lo correcto —continuó Odda—, y lo enviaréis de vuelta a casa.

—El rey ha ordenado lo contrario —dijo Harald.

—¿Qué rey? —preguntó Odda.

—Alfredo, ¿quién si no?

—Pero hay otros reyes en Wessex —prosiguió Odda—. Guthrum es rey de la Anglia Oriental, y está en Wessex, y algunos dicen que Etelwoldo será coronado rey este verano.

—¿Etelwoldo? —preguntó Harald.

—¿No lo habéis oído? —preguntó Odda—. Wulfhere de Wiltunscir se ha aliado con Guthrum, y tanto Guthrum como Wulfhere han dicho que Etelwoldo será rey de Wessex. ¿Y por qué no? ¿No es Etelwoldo hijo de nuestro último rey? ¿No debería ser rey?

Harald, inseguro, me miró a mí. No había oído hablar de la deserción de Wulfhere, y fue un duro golpe para él. Asentí.

—Wulfhere está con Guthrum —contesté.

—Así que Etelwoldo, hijo de Etelredo, será rey en Wessex —prosiguió Odda—, y Etelwoldo tiene miles de espadas a su mando. Ælfrig de Kent está con los daneses. Hay daneses en Lundene, en Sceapig, y en las murallas de Contwaraburg. Todo el norte de Wessex está en manos danesas. Y también hay daneses aquí, en Defnascir. Decidme, ¿de qué es rey Alfredo?

—De Wessex —repuse.

Odda no me hizo caso, miró a Harald.

—Alfredo tiene nuestros juramentos —repuso Harald con obstinación.

—Y yo tengo el vuestro —le recordó Odda suspirando—. Dios sabe, Harald, que nadie era más leal a Alfredo que yo. ¡Y aun así nos falló! Llegaron los daneses, y aquí siguen, ¿y dónde está Alfredo? ¡Escondido! ¡En pocas semanas sus ejércitos marcharán sobre Inglaterra! ¡Vendrán de Mercia, de Lundene, de Kent! Sus flotas patrullarán nuestras costas. ¡Ejércitos de daneses y flotas de vikingos! ¿Y qué haréis entonces?

Harald cambió de postura, incómodo.

—¿Qué haréis vos? —replicó.

Odda hizo un gesto a Svein que, cuando le tradujeron la pregunta, habló por primera vez. Yo hice de intérprete para Harald. Wessex está condenado, dijo Svein con su voz ronca. En verano ya estará plagado de daneses, con nuevos hombres recién llegados del norte, y los únicos sajones que sobrevivirán serán aquellos que ayuden ahora a los daneses. Los que se enfrenten a nosotros, dijo Svein, estarán muertos, sus mujeres serán putas, sus hijos esclavos, sus hogares se perderán y sus nombres serán olvidados como el humo de un fuego apagado.

—¿Y Etelwoldo será rey? —me burlé—. ¿Pensáis que todos vamos a postrarnos ante un borracho putero?

Odda sacudió la cabeza.

—Los daneses son generosos —dijo, se apartó la capa y vi que lucía seis brazaletes de oro— con aquellos que los ayudan —dijo—, habrá recompensa en tierras, riquezas y honores.

—¿Y Etelwoldo será rey? —pregunté de nuevo.

Odda volvió a señalar a Svein. El enorme danés parecía aburrido, pero se espabiló.

—Lo correcto —dijo— es que los sajones sean gobernados por un sajón. Pondremos un rey aquí.

Me burlé de eso. Habían puesto reyes sajones en Northumbria y Mercia, y aquellos reyes eran débiles, llevaban correa danesa, y entonces comprendí lo que Svein quería decir y estallé en carcajadas.

—¡Te ha prometido el trono! —acusé a Odda.

—He oído cosas que tenían más sentido en el pedo de un cerdo —replicó Odda, pero yo sabía que tenía razón. Etelwoldo era el candidato al trono de Wessex de Guthrum, pero Svein no era amigo de Guthrum, y quería su propio rey sajón: ése era Odda.

—¡Rey Odda! —dije entre risas, y escupí al fuego.

Odda me habría asesinado por aquello, pero nos reuníamos bajo los términos de una tregua, así que se obligó a ignorar el insulto. Miró a Harald.

—Tenéis elección, Harald. Vivir o morir.

Harald estaba en silencio. No sabía nada de Wulfhere y la noticia lo había

descompuesto. Wulphere era el *ealdorman* más poderoso de Wessex, y si él pensaba que Alfredo estaba condenado, ¿qué iba a pensar Harald? Veía la incertidumbre en el rostro del alguacil de la comarca. Su decencia le pedía que declarara lealtad a Alfredo, pero Odda sugería que nada más que muerte podía seguir a esa elección.

—Yo... —empezó a decir Harald, y después se quedó callado, incapaz de decir lo que pensaba porque era incapaz de tomar una decisión.

—El *fyrð* ha sido convocado —hablé por él— siguiendo las órdenes del rey, y las órdenes del rey son expulsar a los daneses de Defnascir.

Odda escupió por toda respuesta.

—Svein ha sido derrotado —dije—. Hemos quemado sus barcos. Es un perro apaleado al que vos dais cobijo. —Svein, cuando le tradujeron, me lanzó una mirada como un latigazo—. Svein —proseguí como si no estuviera presente— tiene que ser empujado hacia Guthrum.

—Aquí no tienes autoridad —espetó Odda.

—Tengo la autoridad de Alfredo —contesté—, y una orden escrita que os conmina a alejar a Svein de vuestra comarca.

—Las órdenes de Alfredo no significan nada —dijo Odda—, y croas como una rana del pantano. —Se volvió hacia Steapa—. Tienes un asunto por concluir con Uhtred.

Steapa pareció dudar por un instante, después entendió lo que su amo quería.

—Sí, señor —dijo.

—Pues termínalo ahora.

—¿Terminar ahora qué? —preguntó Harald.

—Vuestro rey —replicó Odda cargado de sarcasmo— ordenó a Steapa y a Uhtred que lucharan a muerte. ¡Y ambos siguen vivos! Así que no se han obedecido las órdenes de vuestro rey.

—¡Hay una tregua! —protestó Harald.

—O Uhtred deja de intervenir en los asuntos de Defnascir —amenazó Odda—, o le diré a Steapa que mate ahora mismo a Uhtred. ¿Queréis saber quién tiene razón? ¿Si Alfredo o yo? ¿Queréis saber quién será rey en Wessex, si Etelwoldo o Alfredo? Pues sometedlo a prueba, Harald. Que Steapa y Uhtred terminen su pelea y veamos a qué hombre favorece Dios. Si Uhtred gana, te apoyaré, y si pierde... —Sonrió. No tenía duda alguna de quién iba a ganar.

Harald se quedó en silencio. Miré a Steapa y, como la primera vez que lo vi, no leí nada en su rostro. Había prometido protegerme, pero eso había sido antes de reunirse con su señor. Los daneses parecían contentos. ¿Por qué les iba a importar que dos sajones se pelearan? Harald, sin embargo, aún vacilaba, y entonces una débil y cansada voz sonó desde la puerta del fondo del salón.

—Déjalos pelear, Harald, déjalos pelear. —Odda *el Viejo*, envuelto en su manta

de piel de lobo, estaba de pie en la puerta. Sostenía un crucifijo—. Déjalos pelear — repitió—, y que Dios guíe el brazo victorioso.

Harald me miró. Yo asentí. No quería pelear, pero un hombre no puede negarse a combatir. ¿Qué iba a hacer? ¿Decir que esperar que Dios indicara el curso de una acción en un combate era una tontería? ¿Apelar a Harald? ¿Asegurar que todo lo que Odda había dicho estaba mal y que Alfredo recuperaría Wessex? Si me negaba a pelear concedía la razón a Odda, y lo cierto es que a mí casi me había convencido de que Alfredo estaba condenado, y Harald, estoy seguro, estaba totalmente convencido. Aun así, había algo más que orgullo en lo que me hizo pelear aquel día. Estaba la creencia, en lo profundo de mi alma, de que Alfredo iba a sobrevivir de algún modo. No me gustaba, no me gustaba su dios, pero creía que el destino estaba de parte de Alfredo. Así que asentí de nuevo, esta vez a Steapa.

—No quiero pelear contigo —le dije—, pero he prestado juramento a Alfredo y mi espada dice que ganará y que la sangre danesa alimentará nuestros campos.

Steapa no dijo nada. Se limitó a flexionar sus enormes brazos, después esperó, mientras uno de los hombres de Odda salía fuera y regresaba con dos espadas. Sin escudos, sólo espadas. Había cogido el primer par de espadas de la pila, y se las ofreció a Steapa primero, quien sacudió la cabeza, indicando que yo eligiera primero. Cerré los ojos, palpé y cogí la primera empuñadura que toqué. Era una espada grande, con el peso hacia la punta. Un arma para meter tajos, no para perforar, y supe que había elegido mal.

Steapa cogió la otra, hizo un molinete en el aire de modo que la hoja silbó. Svein, que hasta el momento pocas emociones había mostrado, parecía impresionado, mientras que Odda *el Joven* sonreía.

—Puedes bajar la espada —me dijo—, y darme la razón.

Lo que hice fue caminar hacia el espacio libre junto al hogar. No tenía ninguna intención de atacar a Steapa, le dejaría venir hacia mí. Me sentía cansado y resignado. El destino es inexorable.

—Por mi bien —dijo Odda *el Viejo* detrás de mí—, que sea rápido.

—Sí, señor —contestó Steapa, dio un paso hacia mí y después se volvió tan rápido como una serpiente y su hoja azotó el aire con un tajo que se llevó por delante la garganta de Odda *el Joven*. La espada no estaba tan afilada como tendría que haberlo estado, de modo que tumbó a Odda, pero también le abrió el gástrico y la sangre saltó en un chorro tan largo como una espada, que salpicó en el fuego, donde chisporroteó y borboteó. Odda estaba tendido sobre los juncos del suelo, con espasmos en las piernas y las manos aferradas a la garganta, que seguía manando sangre. Emitió un estertor, se dio la vuelta, las convulsiones provocaron que sus talones tamborilearan en el suelo y entonces, justo cuando Steapa dio un paso adelante para rematarlo, con un último espasmo murió.

Steapa dejó la espada en el suelo, temblando.

—Alfredo me rescató —anunció al salón—. Alfredo me liberó de los daneses. Alfredo es mi rey.

—Tiene nuestra lealtad —añadió Odda *el Viejo*—, y mi hijo no tenía ningún derecho a firmar la paz con los paganos.

Los daneses dieron un paso atrás. Svein me echó una mirada, pues aún llevaba una espada en la mano. Después miró las lanzas de jabalí apoyadas contra la pared, calculando si podía coger una antes de que lo atacara. Bajé el arma.

—Tenemos una tregua —dijo Harald en voz alta.

—Tenemos una tregua —le repetí a Svein en danés.

Svein escupió sobre los juncos ensangrentados. Después él y su portaestandarte dieron otro cauteloso paso atrás.

—Pero mañana —prosiguió Harald—, no habrá tregua: iremos a por vosotros.

Los daneses se marcharon de Ocmundtun, y al día siguiente se fueron también de Cridianton. Podrían haberse quedado si hubiesen querido. Eran más que suficientes para defender Cridianton y causar problemas en la comarca, pero Svein sabía que lo sitiarían y, hombre a hombre, lo agotarían hasta que no le quedaran fuerzas, así que se dirigió al norte, a unirse con Guthrum, y yo cabalgué hasta Oxton. Nunca aquella tierra había estado tan hermosa: los árboles cubiertos de verdor, los petirrojos se daban un festín con los primeros brotes de los prietos frutos, y las anémonas, las álsines y los alhelíes llenaban de color los lugares sombreados. Los corderos huían de las liebres macho en los pastos, y el sol centelleaba sobre las aguas de la extensa desembocadura del Uisc. En el cielo resonaba el canto de las alondras, los zorros perseguían corderos, las urracas y arrendajos se alimentaban de los huevos de otras aves, y los labradores empalaban cuervos en los bordes de los campos para asegurarse una buena cosecha.

—Pronto habrá mantequilla —me dijo una mujer. Lo que en realidad quería saber era si regresaba a la propiedad, pero no regresaba. Me despedía. Había siervos viviendo allí, haciendo su trabajo, y les aseguré que Mildrith antes o después designaría un administrador. Después fui a la casa, excavé bajo los pilares y encontré mi tesoro intacto. Los daneses no habían llegado a Oxton. Wirken, el ladino cura de Exanmynster, oyó que estaba en la casa y subió en burro a la propiedad. Me aseguró que había vigilado el lugar, y estaba claro que quería una recompensa.

—Ahora pertenece a Mildrith —le dije.

—¿La dama Mildrith? ¿Sigue viva?

—Vive —respondí sin más—, pero su hijo está muerto.

—Que Dios tenga en su gloria a la pobre alma —repuso Wirken, y se persignó. Me estaba comiendo un pedazo de jamón, y lo miró hambriento, consciente de que rompía las normas de la Cuaresma. No dijo nada, pero sabía que me maldecía por ser

un pagano.

—La dama Mildrith —proseguí—, llevará a partir de ahora una vida casta. Dice que va a unirse a las hermanas de Cridianton.

—No quedan hermanas en Cridianton —repuso Wirken—. Están todas muertas. Ya se encargaron de eso los daneses antes de marcharse.

—Otras monjas se establecerán allí —contesté. No es que me importara, pues el destino de un pequeño convento no era asunto mío. Oxton ya no era asunto mío. Mis asuntos eran los daneses, y los daneses se habían marchado al norte, así que los seguiría.

Aquella era mi vida. Esa primavera tenía veintiún años, y había pasado media vida en el ejército. No era un granjero. Observé a los esclavos arrancar la grama de los campos y comprendí que las tareas de la granja me hastiaban. Era un guerrero, y me habían conducido desde mi hogar en Bebbanburg hasta el extremo sur de Inglaterra. En aquel momento, mientras Wirken parloteaba de cuánto había vigilado los almacenes durante el invierno, yo estaba convencido de que regresaba de nuevo al norte. Siempre al norte. De vuelta a casa.

—Habéis vivido de esos almacenes durante todo el invierno —acusé al cura.

—Los he vigilado todo el invierno, señor.

—Y habéis engordado mientras vigilabais —le espeté. Monté en mi caballo. Detrás de mí llevaba dos bolsas, llenas de dinero, y allí se quedaron mientras cabalgué hasta Exanceaster en busca de Steapa, que me esperaba en El Cisne. A la mañana siguiente, con otros seis guerreros del *ealdorman* Odda, partimos hacia el norte. Nuestro camino estaba señalado con columnas de humo, pues Svein quemaba y saqueaba a su paso, pero habíamos hecho lo que Alfredo quería que hiciéramos. Habíamos obligado a Svein a reunirse con Guthrum, así que ahora los dos ejércitos daneses más grandes estaban juntos. Si Alfredo hubiese sido más fuerte, los habría dejado separados y marchado primero contra uno y después contra el otro, pero Alfredo sabía que sólo tenía una oportunidad de recuperar su reino, y ésa era la de ganar una única batalla. Tenía que superar a todos los daneses y destruirlos de un solo golpe, y su arma era un ejército que sólo existía en su cabeza. Había enviado peticiones para que el *fyrd* de Wessex fuera convocado después de Pascua y antes de Pentecostés, pero nadie sabía si realmente aparecería. Quizá saliéramos del pantano y no encontráramos a nadie en el punto de encuentro. O quizá llegara el *fyrd* y sus filas las formaran muy pocos hombres. Lo cierto es que Alfredo era demasiado débil para pelear, pero esperar más sólo lo debilitaría. Así que tenía que luchar o perder su reino.

Y esta vez, sin duda, lucharía.

CAPÍTULO XI

—Tendrás muchos hijos —me consoló Iseult. Era oscuro, aunque una niebla envolvía la media luna. En alguna parte al noreste una docena de hogueras ardían en las colinas, prueba de que una numerosa patrulla danesa vigilaba el pantano—. Pero siento lo de Uhtred.

Lloré por él entonces. No sé por qué las lágrimas tardaron tanto en llegar, pero de repente me sentí abrumado por su indefensión, su sonrisa espontánea, y por la pena que me causaba su recuerdo. Tanto mis medio hermanos como mi media hermana murieron cuando eran niños, y no recuerdo a mi padre llorando, aunque quizá lo hiciera. Sí recuerdo a mi madrastra desconsolada por el llanto, y cómo mi padre, disgustado por el sonido, había salido a cazar con sus halcones y perros.

—Ayer vi martines pescadores —dijo Iseult.

Las lágrimas corrían por mis mejillas, emborronando la luna envuelta en nieblas. No dije nada.

—Hild dice que el azul de las plumas del martín pescador es por la virgen, y el rojo por la sangre de Cristo.

—¿Y tú qué dices?

—Que la muerte de tu hijo es obra mía.

—*Wyrd bid ful árced* —contesté.

El destino es el destino. No puede cambiarse ni se le puede engañar. Alfredo había insistido en que me casara con Mildrith para ligarme a Wessex y obligarme a echar raíces en su rica tierra, pero yo ya tenía raíces en Northumbria, enroscadas a la roca de Bebbanburg, y quizá la muerte de mi hijo fuera una señal de los dioses que me empujaba a mi verdadero hogar. El destino quería que regresara a mi fortaleza norteña, y hasta que no volviera a Bebbanburg sería un vagabundo. Los hombres temen a los vagabundos porque no tienen reglas. Los daneses llegaron como extraños, sin raíces y violentos, y ése, pensé, era el motivo por el que siempre fui más feliz en su compañía. Alfredo podía pasar horas preocupándose por lo justo de la ley, tanto si concernía al destino de los huérfanos como a la santidad de los hitos en las lindes, y tenía razón en preocuparse, porque la gente no puede vivir en comunidad sin leyes que la rijan, o cualquier vaca perdida conduciría a un derramamiento de sangre. Los daneses, sin embargo, se saltaban la ley a tajos. Era más fácil de ese modo, aunque en cuanto se asentaban en una tierra, empezaban a hacer sus propias leyes.

—No fue culpa tuya —le dije—. No tienes poder sobre el destino.

—Hild dice que no existe tal cosa como el destino —contestó Iseult.

—Pues Hild está equivocada.

—Sólo existe la voluntad de Dios —dijo Iseult—, y sólo si la obedecemos iremos al cielo.

—Y si decidimos no obedecerla —le dije—, ¿no es eso el destino?

—Eso es el diablo —respondió—. Somos ovejas, Uhtred, y elegimos nuestro pastor, uno bueno o uno malo.

Pensé que Hild debía de haber estado amargando a Iseult con el cristianismo, pero estaba equivocado. Había sido un cura que había llegado a Æthelungaeg mientras yo estaba en Defnascir el que le había llenado la cabeza de religión. Era un cura britano de Dyfed, un cura que hablaba la lengua nativa de Iseult, y que también sabía inglés y danés. Estaba preparado para odiarlo tanto como detestaba al hermano Asser, pero cuando el padre Pyrlig, así se llamaba, entró a trompicones a la mañana siguiente en nuestra cabaña bramando que había encontrado cinco huevos de ganso y que se moría de hambre, no pude más que sonreír.

—¡Me muero! Eso es lo que me pasa, ¡me muero de inanición! —Parecía complacido de verme—. Así que sois el famoso Uhtred, ¿eh? Iseult me ha contado que detestáis al hermano Asser. Pues sois amigo mío. Por qué motivo Abraham no se lleva a Asser a su seno es algo que no entiendo, aunque quizás Abraham no quiera llevar colgado del seno a ese cabroncete. Yo no querría si estuviera en su lugar. Sería como amamantar a una bicha, vaya que sí. ¿He dicho que estaba hambriento?

Me doblaba en edad y era un hombre grande, con una panza enorme e igualmente grande corazón. El pelo le plantaba cara en penachos ingobernables, tenía la nariz rota, sólo cuatro dientes, y una amplia sonrisa.

—Cuando era niño —me dijo—, pequeñito, pequeñito, comía barro. ¿Podéis creerlo? ¿Comen barro los sajones? Pues claro que comen, y pensé: «Pues yo no quiero comer barro. El barro es para los sapos, vaya que sí». Así que al final me hice cura. ¿Y sabéis por qué? ¡Porque nunca vi a un cura con hambre! Jamás! ¿Habéis visto a algún cura con hambre? ¡Yo tampoco! —Todo esto salió sin presentación alguna. Después le habló con sinceridad a Iseult en su propia lengua, y yo estaba seguro de que la estaba llenando las entendederas de cristianismo, pero después me tradujo—. Le estoy diciendo que se puede hacer un plato fabuloso con huevos de ganso. Los rompes, los remueves bien y añades un poquito de queso en pedazos. ¿Así que Defnascir está a salvo?

—A menos que llegue una flota danesa —le dije.

—Guthrum lo tiene en mente —repuso Pyrlig—. Quiere que los daneses de Lundene envíen sus barcos a la costa sur.

—¿Y qué sabéis de eso?

—Pues la cuestión es que lo sé, sí, lo sé. ¡Él me lo dijo! He pasado diez años en Cippanhamm. Veréis, hablo danés porque soy listo, así que era embajador de mi rey. ¡Qué os parece eso, eh! Yo, que comía barro, ¡embajador! Deshaz bien el queso, corazón. Así. Veréis, tenía que descubrir cuánto dinero nos pagaría Guthrum si nuestros lanceros cruzaban las colinas y empezaban a hacer brochetas de sajón.

Ahora, ésa es una estupenda ambición para un britano, hacer brochetas de sajón, pero los daneses son paganos, y Dios sabe que no podemos tener paganos sueltos por el mundo.

—¿Por qué no?

—Cosas mías —dijo—, sólo cosas mías. —Metió un dedazo en un pequeño tarro de mantequilla, después la chupó—. No se ha puesto muy mala —le dijo a Iseult—, no demasiado, así que échala y remueve. —Me sonrió—. ¿Qué pasa cuando se meten dos toros en un rebaño de vacas?

—Uno de los toros muere.

—¡Ahí lo tenéis! Los dioses son iguales, motivo por el cual no queremos paganos aquí. Nosotros somos vacas y los dioses toros.

—¿Así que se nos cepillan?

Estalló en carcajadas.

—La teología es difícil. En cualquier caso, Dios es mi toro, así que aquí estoy, chivándome a los sajones de Guthrum.

—¿Os ofreció Guthrum dinero? —pregunté.

—¡Me ofreció todos los reinos del mundo! Me ofreció oro, plata, jámbar y azabache! Incluso me ofreció mujeres, o chicos, si eran de mi gusto, que no lo son. Y no me creí ni una sola de sus promesas. Tampoco es que importara. Los britanos no van a luchar en ningún caso. Dios no quiere que lo hagamos. ¡No! Mi embajada era un engaño. Me envió el hermano Asser. Quería que espicara a los daneses, ¿lo entendéis? Después que le contara a Alfredo lo que vi, así que eso estoy haciendo.

—¿Os envió Asser?

—Quiere que Alfredo gane. No porque ame a los sajones —ni siquiera el hermano Asser es tan agrio—, sino porque ama a Dios.

—¿Y ganará Alfredo?

—Si Dios tiene algo que ver en ello, sí —dijo Pyrlig alegremente, después se encogió de hombros—. Pero los daneses son fuertes. ¡Tienen un gran ejército! Aunque no están contentos, eso os lo puedo decir ya. Y todos tienen hambre. Ojo, no se mueren, pero se están apretando los cinturones más de lo que les gustaría, y ahora que Svein está allí aún habrá menos comida. Culpa suya, por supuesto. ¡Hay demasiados hombres en Cippanhamm! ¡Y demasiados esclavos! Tienen cientos de esclavos, aunque los está enviando a Lundene, para venderlos allí. Necesitan anguilas, ¿eh? Eso los engordará. —Las angulas inundaban el mar del Saefern y se colaban por los canales poco profundos de los pantanos, donde eran recogidas en abundancia. No había hambre en Æthelingaeg, no si te atiborrabas de angulas—. Ayer cogí tres cestos —dijo Pyrlig lleno de alegría—, y una rana. Tenía exactamente la misma cara que el hermano Asser, así que la bendije y la volví a soltar. ¡No te limites a remover los huevos, chica! ¡Bátelos! Me han dicho que vuestro hijo ha

muerto.

—Sí —respondí con rigidez.

—Lo siento mucho —me dijo con auténtico sentimiento—. Lo siento de verdad, pues perder un niño es algo realmente duro. A veces pienso que a Dios le deben de gustar los niños. Cuántos se lleva. Creo que hay un jardín en el cielo, un jardín verde donde los niños juegan todo el tiempo. Allí arriba tiene dos de los míos, y mirad lo que os digo, que el pequeño tiene que estar volviendo locos a los ángeles. Estará tirándoles del pelo a las chicas y sacudiendo a los chicos como si fueran huevos de ganso.

—¿Perdisteis dos hijos?

—Pero me quedé otros tres y cuatro hijas. ¿Por qué pensáis que no estoy nunca en casa? —Me sonrió—. Menudo escándalo que arman, los niños, ¡y vaya apetito! Cristo bendito, ¡se comerían un caballo al día si pudieran! Hay gente que dice que los curas no deberían casarse, y hay veces que pienso que tienen razón. ¿Tienes algo de pan, corazón?

Iseult señaló una red colgada del techo.

—Sácale el moho —dijo Iseult dirigiéndose a mí.

—Me gusta ver a un hombre obedecer a una mujer —dijo el padre Pyrlig cuando cogí el pan.

—¿Y eso? —pregunté.

—Porque significa que no estoy solo en este triste mundo. Pero Dios mío, a esa Ælswith la amamantaron con hiel, ¿a que sí? ¡Tiene una lengua como la de una comadreja hambrienta! Pobre Alfredo.

—Parece bastante feliz.

—¡Dios santo, hombre!, ¡eso es lo último que es! Hay gente que recibe a Dios como una enfermedad, y él es uno de ellos. Es como una vaca después del invierno, eso es lo que es.

—¿Lo dices en serio?

—¿Sabéis cuando al final de la primavera crece la hierba? ¿Toda verde, nueva y frondosa? Pues si sacas a la vaca a comer, se hincha como una vejiga. No es nada más que mierda y aire, y entonces les da la tembladera, y acaban espichándola si no las sacas de la hierba un tiempo. Ese es Alfredo. Ha comido demasiada hierba verde de Dios, y ahora se ha puesto enfermo. Pero es un buen hombre, un buen hombre. Demasiado delgado, vaya que sí, pero bueno. Un santo viviente, nada menos. Ah, buena chica, comamos. —Cogió un pedazo de revuelto con los dedos y me pasó el cuenco—. Gracias a Dios que empieza la Pascua la semana que viene —dijo con la boca tan llena que se le escaparon pedazos de huevo por la barba—, y podremos volver a comer carne. Me estoy consumiendo sin carne. ¿Sabéis que Iseult va a ser bautizada en Pascua?

—Me lo ha dicho —respondí escuetamente.

—¿Y no lo aprobáis? Pensad en ello como un buen baño. Puede que entonces no os importe tanto.

No estuve en Æthelingaeg para el bautismo de Iseult, ni deseaba estar, pues sabía que la Pascua con Alfredo no sería otra cosa que oraciones, salmos, curas y sermones. Lo que hice fue llevarme a Steapa y a otros cincuenta hombres a las colinas, hacia Cippanhamm, pues Alfredo había ordenado que acosáramos a los daneses sin piedad durante las siguientes semanas. Había decidido reunir al *fyrð* de Wessex más o menos en el día de la Ascensión, que quedaba a sólo seis semanas, y aquel era el período en que Guthrum intentaría revivir a sus caballos hambrientos con la hierba primaveral, así que salimos para tender emboscadas a las partidas de aprovisionamiento danesas. Si acabábamos con una partida, la siguiente tendría que ir protegida por cien jinetes más, lo que cansaría más a los caballos y requeriría aún más forraje. Funcionó durante un tiempo, pero entonces Guthrum empezó a enviar a sus partidas al norte, a Mercia, donde no encontraban resistencia.

Fue una época de esperas. Había dos herreros en Æthelingaeg y, a pesar de que ninguno poseía el equipo que quería, y aunque el combustible para las forjas era escaso, fabricaron buenas puntas de lanza. Una de mis tareas consistía en llevar a los hombres a cortar varas de tejo para las astas de las lanzas. Alfredo escribía cartas, intentando averiguar cuántos hombres podían traer a la batalla las comarcas, y envió curas al reino de los francos para que convencieran a los *thane* que habían huido allí de que regresaran. Llegaron más espías de Cippanhamm confirmando que Svein se había unido a Guthrum, y que Guthrum fortalecía a los caballos y convocaba hombres de las partes danesas de Inglaterra. Estaba ordenando a sus aliados sajones, como Wulfhere, que armaran a sus hombres, y avisó a las guarniciones de Wintanceaster, Readingum y Baóum de que estuvieran listas para abandonar las almenas y marchar en su ayuda. Guthrum tenía sus propios espías, y debía de saber que Alfredo planeaba reunir un ejército, y me atrevería a decir que le encantó la noticia, pues aquel ejército sería la última esperanza de Alfredo; si Guthrum conseguía destruir el *fyrð*, Wessex caería para no volverse a levantar.

Los rumores bullían en Æthelingaeg. Se decía que Guthrum contaba con cinco mil hombres. Habían llegado barcos de Dinamarca y un nuevo ejército de hombres del norte desde Irlanda. Los britanos marchaban. El *fyrð* de Mercia estaba del lado de Guthrum, y se decía que los daneses habían montado un gran campamento en Cracgelad, junto al río Temes: allí se concentraban miles de tropas mercias, danesas y sajonas. Los rumores de la fuerza de Guthrum cruzaron el mar, y Wilfrith de Hamptonscir escribió desde el reino franco rogándole a Alfredo que huyera de Wessex.

«Tomad un barco hasta esta costa —le escribí—, y salvad a vuestra familia.»

Leofric rara vez salía a patrullar con nosotros; solía quedarse en Æthelingæg, pues había sido nombrado comandante de la guardia real. Estaba orgulloso de ello, y era lógico, dado que había nacido campesino y no sabía ni leer ni escribir, y Alfredo solía insistir en que sus comandantes no fueran analfabetos. La influencia de Eanflaed estaba tras el nombramiento, pues se había convertido en la confidente de Ælswith. La esposa de Alfredo no iba a ningún lugar sin Eanflaed —incluso en la iglesia, la que fue en otro tiempo puta se sentaba ahora justo detrás de Ælswith—, y cuando Alfredo convocaba la corte, Eanflaed estaba siempre allí.

—A la reina no le gustas —me dijo Eanflaed uno de los escasos días en que la encontré a solas.

—No es reina —le dije—. Wessex no tiene reinas.

—Tendría que serlo —contestó indignada—. Sería lo correcto y lo adecuado. —Cargaba un montón de plantas, y reparé en que sus antebrazos eran de color verde pálido—. Estamos tiñendo —me aclaró con brusquedad, y yo la seguí hasta un lugar en el que un gran caldero bullía al fuego. Echó las plantas dentro y empezó a remover el potingue—. Estamos preparando tejido verde —dijo.

—¿Tejido verde?

—Alfredo necesita un estandarte —contestó indignada—. No puede luchar sin estandarte. —Las mujeres preparaban dos estandartes. Uno era la bandera de Wessex, con el enorme dragón verde, y el otro lucía la cruz de la cristiandad—. Tu Iseult trabaja en la cruz —me dijo Eanflaed.

—Lo sé.

—Tendrías que haber estado presente en su bautismo.

—Estaba matando daneses.

—Me alegro de que se haya bautizado. Ha entrado en razón, menos mal.

La verdad, pensé, es que a Iseult la habían acogotado hasta volverla cristiana. Durante semanas, había soportado el rencor de los hombres de la iglesia de Alfredo, había sido acusada de brujería, de ser el instrumento del diablo, y la habían agotado. Entonces llegó Hild con su cristianismo más dulce, y Pyrlig que hablaba de Dios en la lengua de Iseult, y acabaron convenciéndola. Eso significaba que yo era el último pagano que quedaba en el pantano, y Eanflaed miraba sin disimulos mi amuleto del martillo. No dijo nada, pero me preguntó en cambio si pensaba realmente que podíamos derrotar a los daneses.

—Sí —repose con confianza, pero por supuesto no tenía ni idea.

—¿Con cuántos hombres contará Guthrum?

Sabía que no eran preguntas de Eanflaed, sino de Ælswith. La esposa de Alfredo quería saber si su marido tenía alguna posibilidad de sobrevivir o si debían coger el barco capturado de Svein y zarpar rumbo al reino de los francos.

—Guthrum comandará unos cuatro mil hombres —le contesté—. Por lo menos.

—¿Por lo menos?

—Depende de cuántos vengan de Mercia —dije, después lo pensé un instante—, pero yo espero cuatro mil.

—¿Y Wessex?

—Los mismos —respondí. Mentía. Con una suerte enorme conseguiríamos tres mil, pero lo dudaba. ¿Dos mil? No era probable, pero posible. Mi miedo real era que Alfredo levantara su estandarte y nadie viniera, o que sólo se presentaran unos centenares. Nosotros llevaríamos trescientos desde Æthelingaeg, ¿pero qué podían hacer trescientos hombres contra el gran ejército de Guthrum?

Alfredo también estaba preocupado por las cifras, y me envió al Hamptonscir para descubrir qué parte de la comarca estaba ocupada por daneses. Los encontré bien atrincherados en el norte, pero el sur de la comarca estaba libre, y en Hamtun, donde se guardaba la flota de Alfredo, los barcos de guerra seguían en la playa. Burgweard, el comandante de la flota, tenía unos cien hombres en la ciudad, todo lo que quedaba de sus tripulaciones, y los había puesto en la empalizada. Aseguró que no podía abandonar Hamtun por miedo a que los daneses atacaran y capturaran los barcos, pero yo tenía un pedazo de pergamino de Alfredo, con su sello del dragón, y lo usé para ordenarle que dejara treinta hombres protegiendo los barcos y enviara el resto a Alfredo.

—¿Cuándo? —preguntó con pesimismo.

—Cuando seáis convocados —le contesté—, pero será pronto. Y tenéis que alzar también al *fyrð* local. Traedlos a todos.

—¿Y si los daneses vienen aquí? —preguntó—. ¿Si vienen por el mar?

—Perderemos la flota —le contesté—, y construiremos otra. Sus miedos eran muy legítimos. Los barcos daneses volvían a surcar las costas del sur. De momento, más que intentar una invasión, hacían el vikingo. Atracaban, asaltaban, violaban, quemaban, robaban y zarpaban de nuevo, pero eran suficientemente numerosos para que a Alfredo le preocupara que un ejército completo tomara tierra en algún punto de la costa y marchara contra él. Nos acuciaba ese miedo y la certeza de que nosotros éramos pocos y el enemigo numeroso, y de que los caballos enemigos estaban engordando con la nueva hierba.

—El día de la Ascensión —anunció Alfredo el día en que regresé de Hamtun.

Ese era el día en el que debíamos estar preparados en Æthelingaeg, y el domingo después, la festividad de santa Mónica, reuniríamos al *fyrð*, si es que había algún *fyrð* que reunir. Los informes decían que los daneses se preparaban para marchar y estaba claro que lanzarían su ataque al sur de Wintanceaster, la ciudad que era la capital de Wessex, y para protegerla, para cerrar el camino de Guthrum hacia el sur, el *fyrð* se reuniría en la piedra de Egberto. Yo jamás había oído hablar del lugar, pero Leofric me aseguró que era un sitio importante, el lugar en que el rey Egberto, el abuelo de

Alfredo, emitía sus juicios.

—No es una piedra —me dijo—, sino tres.

—¿Tres?

—Dos grandes pilares y un peñasco encima. La construyeron los gigantes en los tiempos antiguos.

Así que se hizo la convocatoria. «Traed a todos los hombres —instruían los pergaminos—, traed todas las armas, y decid vuestras oraciones, pues lo que queda de Wessex se reunirá en la piedra de Egberto para presentar batalla contra los daneses», y en cuanto se envió, acaeció el desastre. Llegó justo una semana antes de que el *fyrð* se reuniera.

Huppa, el *ealdorman* de Thornsæta, escribió diciendo que cuarenta barcos daneses estaban en sus costas y que no se atrevía a alejar el *fyrð* de la amenaza. Peor aun, porque los daneses eran tan numerosos que Huppa había rogado a Harald de Defnascir que le prestara hombres.

La carta casi hundió por completo a Alfredo. Se había aferrado a su sueño de sorprender a Guthrum alzando un ejército inesperadamente poderoso, pero todas sus esperanzas se estaban desvaneciendo. Siempre había sido delgado, pero entonces parecía consumido, y pasaba horas y horas en la iglesia, forcejeando con Dios, incapaz de entender por qué el Todopoderoso se había vuelto repentinamente contra él. Dos días después de las noticias de la flota danesa, Svein el del Caballo Blanco condujo a trescientos hombres montados a asaltar las colinas al borde del pantano, y como veintenas de hombres del *fyrð* de Sumorsaete se habían reunido en Æthelungaeg, Svein lo descubrió y les robó los caballos. No teníamos ni espacio ni forraje para mantenerlos en Æthelungaeg, así que pastaban al otro lado del paso elevado, y yo contemplé desde el fuerte cómo Svein, montado en un caballo blanco, con su casco empenachado de blanco y su capa blanca, rodeaba a las bestias y se las llevaba. No había nada que pudiera hacer para detenerlos. Tenía veinte hombres en el fuerte y Svein comandaba cientos.

—¿Por qué no estaban vigilados los caballos? —quiso saber Alfredo.

—Lo estaban —respondió Wiglaf, *ealdorman* de Sumorsaete—, y los guardias murieron. —Vio la ira de Alfredo, pero no su desesperación—. ¡Hacía semanas que no veíamos un danés! —se defendió—. ¿Cómo íbamos a saber que vendrían con tanta fuerza?

—¿Cuántos hombres han muerto?

—Sólo doce.

—¿Sólo? —exclamó Alfredo estremeciéndose—. ¿Y cuántos caballos hemos perdido?

—Sesenta y tres.

* * *

La noche antes del día de la Ascensión, Alfredo paseó junto al río. Beocca, fiel como un perro, lo seguía en la distancia, quería ofrecer al rey el apoyo divino, pero Alfredo me llamó a mí. Había luna, y su luz le ensombrecía las mejillas y mostraba sus ojos claros casi blancos.

—¿Con cuántos hombres contaremos? —me preguntó abruptamente.

No tenía que pensar la respuesta.

—Con dos mil.

Asintió. Conocía la cifra tan bien como yo.

—Quizás alguno más —sugerí.

Gruñó. Nosotros comandaríamos trescientos cincuenta desde Æthelingaeg y Wiglaf, *ealdorman* de Sumorsaete, había prometido un millar, aunque lo cierto es que dudaba de que vinieran tantos. El *fyrð* de Wiltunscir se había debilitado con la deserción de Wulfhere, pero la parte sur de la comarca podría proporcionar quinientos hombres, y esperábamos algunos más de Hamptonscir. Más allá de eso, dependería de cuántos hombres pudieran cruzar las guarniciones danesas que circundaban el corazón de Wessex. Si Defnascir y Thornsæta hubieran enviado sus *fyrds*, nos acercaríamos a los cuatro mil, pero no iban a venir.

—¿Y Guthrum? —preguntó Alfredo—. ¿Cuántos tendrá?

—Cuatro mil.

—Más bien cinco mil —repuso Alfredo. Miró el río, que discurría bajo entre las orillas fangosas. El agua ondeaba por encima de las trampas para peces—. Así que, ¿debemos pelear?

—¿Qué elección tenemos?

Sonrió ante eso.

—Tenemos elección, Uhtred —me aseguró—. Podemos huir. Podemos ir al reino franco. Podría convertirme en rey en el exilio y rezar porque Dios me traiga de vuelta.

—¿Creéis que Dios lo hará?

—No —admitió. Sabía que, si huía, moriría en el exilio.

—Pues lucharemos —le dije.

—Y sobre mi conciencia —contestó—, cargaré siempre con el peso de todos aquellos hombres que murieron por una causa desesperada. ¿Dos mil contra cinco mil? ¿Cómo puedo justificar conducir a tan pocos contra tantos?

—Sabéis cómo.

—¿Para ser rey?

—Para que nuestra tierra no sea esclava —contesté.

Meditó durante eso un rato. Una lechuza voló bajo, una sorpresa repentina de plumas blancas y el movimiento del aire al batir las recias alas. Era un augurio, lo sabía, ¿pero de qué tipo?

—Quizá nos estén castigando —dijo Alfredo.

—¿Por qué?

—¿Por quitarle la tierra a los britanos?

Eso me parecía una tontería. Si el dios de Alfredo quería castigarlo porque sus ancestros les habían arrebatado la tierra a los britanos, ¿por qué enviaba daneses? ¿Por qué no enviaba a los britanos? Dios podía resucitar a Arturo y desatar la venganza del pueblo, ¿pero por qué enviaba a un nuevo pueblo?

—¿Queréis ganar Wessex o no? —le pregunté con dureza.

No dijo nada durante un rato, después sonrió con tristeza.

—En mi conciencia —me dijo—, no hallo esperanza para esta lucha, pero como cristiano debo creer que podemos ganarla. Dios no permitirá que perdamos.

—Ni tampoco ella —contesté, y le di una palmada a la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente*.

—¿Así de sencillo? —preguntó.

—La vida es sencilla —respondí—. Cerveza, mujeres, una espada y la reputación. Nada más importa.

Sacudió la cabeza y supe que pensaba en Dios, la oración y el deber, pero no discutió.

—Si estuvieras en mi lugar, Uhtred —me preguntó—, ¿marcharías?

—Ya habéis tomado una decisión, señor —le dije—, ¿por qué me preguntáis?

Asintió. Un perro ladró en el pueblo y él se dio la vuelta para observar las granjas, la casa y la iglesia que había construido con su alta cruz.

—Mañana —dijo—, cogerás cien jinetes y patrullarás delante del ejército.

—Sí, señor.

—Y cuando encuentres al enemigo —prosiguió, aún observando la cruz—, elegirás cincuenta o sesenta hombres de la guardia. Los mejores que encuentres, y guardarás mis estandartes.

No dijo nada más, ni necesitaba decirlo. Aquello significaba que debía rodearme de los mejores guerreros, los hombres más salvajes, los guerreros peligrosos que adoraban la batalla, y conducirlos al lugar donde la lucha sería más encarnizada, pues al enemigo le encanta capturar el estandarte de su contrincante. Era un honor que me lo pidiera y, si la batalla se perdía, una sentencia de muerte segura.

—Lo haré gustoso, señor —repuse—, pero os pido un favor a cambio.

—Si estoy en disposición —contestó con cautela.

—Si estáis en disposición —le dije—. No me enterréis. Quemad mi cuerpo en una pira y poned una espada en mi mano.

Vaciló, después asintió, consciente de que acababa de acceder a un funeral pagano.

—Jamás te he dicho que siento mucho lo de tu hijo.

—Y yo, señor.

—Pero está con Dios, Uhtred, sin duda está con Dios.

—Eso me dicen, señor... eso me dicen.

Y al día siguiente, marchamos. El destino es inexorable, y aunque las cifras y la razón nos indicaban que no podíamos ganar, tampoco osábamos perder sin luchar, así que marchamos hacia la piedra de Egberto.

* * *

Marchamos con ceremonia. Veintitrés curas y dieciocho monjes formaban nuestra vanguardia y entonaban un salmo, mientras conducían a las fuerzas de Alfredo desde el fuerte que guardaba el camino, al sur, en dirección al este, al corazón de Wessex.

Cantaban en latín, así que lo que decían no significaba nada para mí, pero al padre Pyrlig le habían concedido uno de los caballos de Alfredo y, protegido por coraza de cuero, con una gran espada en el costado y una recia lanza para jabalíes en el hombro, cabalgaba a mi vera y me iba traduciendo.

—«Dios, nos has abandonado, nos has desperdigado, estás enfurecido con nosotros, regresa a nosotros de nuevo.» Hombre, es una petición razonable. Nos has dado en todos los morros, pásanos ahora la manita por el lomo.

—¿Eso significa?

—Menos la parte de los morros y el lomo. Eso es cosa mía. —Me sonrió pícaro—. Echo de menos la guerra. ¿Es un pecado eso?

—¿Habéis visto la guerra?

—¿Si la he visto? ¡Era guerrero antes de unirme a la Iglesia! Pyrlig *el Temerario*, me llamaban. En una ocasión maté cuatro sajones en un solo día. Yo solito, y sin nada más que una lanza. Y ellos tenían espadas, y escudos, vaya que sí. En casa me compusieron una canción y todo, pero ojo, que los britanos hacen una canción de cualquier cosa. Os la puedo cantar, si queréis. Cuenta cómo me cargué a trescientos noventa y cuatro sajones en un solo día, pero no se ajusta totalmente a la verdad, claro.

—¿Y cuántos matasteis en realidad?

—Ya os lo he dicho. Cuatro —estalló en carcajadas.

—¿Y cómo aprendisteis inglés?

—Mi madre era sajona, la pobre. Se la llevaron en un asalto a Mercia y se convirtió en esclava.

—¿Y por qué dejasteis de ser guerrero?

—Porque encontré a Dios, Uhtred, o Dios me encontró a mí. Y me estaba volviendo demasiado orgulloso. Las canciones que te componen, se te meten en la cabeza, y yo estaba orgulloso de mí hasta el borde de la maldad. El orgullo es algo terrible.

—Es el arma de un guerrero —contesté.

—Desde luego que sí —coincidió—, por eso es algo tan terrible y por eso ruego a Dios para que me purgue. —Estábamos ya bastante alejados de los sacerdotes, subíamos la colina más cercana para otear hacia el norte y el este en busca del enemigo, pero las voces de los religiosos nos seguían, con un canto vigoroso en el aire matutino—. «Con la ayuda de Dios lucharemos con valor —me tradujo el padre Pyrlig—, y Dios pondrá obstáculos a nuestros enemigos.» ¡Ese sí es un bonito pensamiento para una bonita mañana, señor Uhtred!

—Los daneses también dicen sus propias oraciones, padre.

—¿Pero a qué Dios? No tiene sentido gritarle a un sordo, ¿no? —Frenó al caballo en la cima de la colina y miró hacia el norte—. Ni un ratón.

—Los daneses están observando —le dije—. No los vemos, pero ellos sí a nosotros.

Si estaban vigilando, lo único que verían eran los trescientos cincuenta hombres de Alfredo salir a pie o a caballo del pantano, y en la distancia otros quinientos o seiscientos hombres que componían el *fyrð* de la parte oeste de Sumorsaete, que habían acampado al sur del pantano y ahora marchaban para unirse a nuestra pequeña columna. La mayoría de los hombres de *Æthelंगाeg* eran auténticos guerreros, entrenados para resistir en el muro de escudos, pero también venían cincuenta de los hombres de los pantanos. Quería que Eofer nos acompañara, pero no era capaz de luchar sin que su sobrina le dijera qué hacer, y yo no tenía ninguna intención de llevar a una niña a la guerra, así que habíamos dejado a Eofer detrás. Un buen número de mujeres y niños seguían la columna, aunque Alfredo había enviado a *Ælswith* y sus hijos al sur de Scireburnan, con una guardia de cuarenta hombres. No podíamos prescindir de aquellos hombres, pero Alfredo había insistido en que su familia no le siguiera. *Ælswith* debía esperar en Scireburnan, y si llegaban noticias de que su marido había sido derrotado, y los daneses habían salido victoriosos, debía huir hacia la costa sur y encontrar un barco que la llevara al reino de los francos. También le había encargado que se llevara tantos libros como encontrara en Scireburnan, pues Alfredo pensaba que los daneses quemarían todos los libros de Wessex, así que *Ælswith* debía rescatar los evangelios, vidas de santos y padres de la Iglesia, y las historias de filósofos, para educar a Eduardo como un rey en el exilio leído.

Iseult estaba en el ejército, caminaba con Hild y Eanflaed, que le había dado un disgusto a *Ælswith* al insistir en seguir a Leofric. Las mujeres conducían los caballos de carga, que transportaban los escudos del ejército, comida y lanzas de repuesto. Casi todas las mujeres iban equipadas con algún tipo de arma. Incluso Hild, una monja, quería vengarse de los daneses que la habían convertido en puta, así que llevaba un cuchillo largo y de hoja estrecha.

—Que Dios ayude a los daneses —había dicho el padre Pyrlig cuando vio a las

mujeres reunirse—, si éstas los pillan.

Ambos trotábamos entonces hacia el este. Había ordenado a mis jinetes que rodearan la columna, subieran a cualquier elevación, y que se mantuvieran a la vista unos de otros, listos para dar la señal si detectaban algún indicio del enemigo, pero no lo hubo. Cabalgábamos bajo un cielo primaveral, el campo estaba inundado de flores, los curas y monjes aún cantaban, y de vez en cuando los hombres de detrás, que seguían a los dos portaestandartes de Alfredo, entonaban alguna canción de guerra.

El padre Pyrlig marcaba el ritmo con palmas, y me dedicó una amplia sonrisa.

—Supongo que Iseult os cantará, ¿no?

—Sí.

—¡A los britanos nos encanta cantar! Tengo que enseñarle algunos himnos. —Vio mi expresión amarga y se rió—. No os preocupéis, Uhtred, no es cristiana.

—¿No?

—Bueno, de momento sí es. Siento que no vinierais a su bautismo. ¡Qué fría estaba el agua! ¡Me heló los huesos!

—Se ha bautizado, ¿y decís que no es cristiana?

—Es y no es —respondió Pyrlig con una sonrisa—. Veréis, ahora es cristiana porque vive entre cristianos. Pero sigue siendo una reina de las sombras, y no lo va a olvidar.

—¿Creéis en las reinas de las sombras?

—¡Por supuesto que creo! ¡Pero si ella es una! —Se persignó.

—El hermano Asser la llamó bruja —le dije—, hechicera.

—Bueno, es lo normal, ¿no? ¡Es monje! Los monjes no se casan. Le aterrorizan las mujeres, al hermano Asser, a menos que sean muy feas, y entonces aprovecha para intimidarlas. Pero en cuanto lo pones delante de alguna joven belleza, pierde los papeles. Y por supuesto detesta el poder de las mujeres.

—¿El poder?

—No hablo de las tetas. Y Dios sabe lo poderoso que es un par de tetas, sino del poder real. ¡Poder! Mi madre lo poseía. No era reina de las sombras, ojo, pero era curandera y vidente.

—¿Veía el futuro?

Sacudió la cabeza.

—Sabía lo que ocurría lejos. Cuando mi padre murió, ella gritó repentinamente. Un grito que por poco la mata, porque sabía qué había ocurrido. Y además tenía razón. Al pobre hombre lo hizo pedazos un sajón. Pero era mejor como curandera. La gente venía de kilómetros a la redonda. No importaba que hubiera nacido sajona, caminaban una semana para que ella les impusiera las manos. ¿A mí? ¡Me lo hacía gratis! Me imponía las manos que daba gusto, y me atrevería a decir que me lo merecía, pero era una curandera excepcional. Y por supuesto, a los curas eso no les

gusta nada.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros los curas vamos contándole a la gente que el poder viene de Dios, y si no viene de Dios entonces tiene que venir del diablo, ¿lo entendéis? Así que, cuando la gente se pone enferma, la Iglesia quiere que recen y que le den a los curas el dinero. A los curas no les gusta no entender las cosas, y no les gusta que la gente acuda a las mujeres para que les curen. ¿Pero qué va a hacer la gente? ¡Las manos de mi madre, que Dios tenga en su gloria su alma sajona, eran mucho mejor que ninguna oración! ¡Mejor que el toque de los sacramentos! Yo no evitaría que la gente fuera a ver a los curanderos. ¡Les diría que fueran! —Dejó de hablar porque levanté la mano. Había visto un movimiento en una colina al norte, pero era sólo un ciervo. Bajé la mano y espoleé al caballo—. Pero vuestra Iseult... —prosiguió Pyrlig—, ha crecido con el poder y no va a perderlo.

—¿No se lo arrebató el bautismo?

—¡Pero qué va! Sólo le dio un poco de frío y la dejó algo más limpia. No hay nada malo en un chapuzoncito una o dos veces al año. —Estalló en carcajadas—. Pero estaba asustada en el pantano. Os habíais ido y estaba rodeada de sajones que no dejaban de escupirle que era pagana, ¿así que, qué iba a hacer? Quiere ser una de ellos, quiere que la gente deje de escupirle, de modo que dijo que se bautizaría. Y quizá sea realmente cristiana. Ruego a Dios por esa gracia, pero prefiero rogarle porque sea feliz.

—¿Y no creéis que lo sea?

—¡Por supuesto que no! ¡Está enamorada de vos! —Y se rió—. Y estar enamorada de vos significa vivir entre sajones, ¿no? Pobre chica, es como una preciosa cierva joven viviendo entre cerdos que gruñen.

—Qué don tenéis para la palabra —le dije.

El se rió, encantado con su insulto.

—Ganad vuestra guerra, señor Uhtred —me dijo—, y después lleváosla lejos de nosotros los curas y dadle muchos hijos. Será feliz, y un día, quizá llegué a ser realmente sabia. Ese es el auténtico don de las mujeres. Son sabias, y no muchos hombres lo poseen.

Y mi don era ser guerrero, aunque no hubo batalla aquel día. No vimos daneses, pero estaba seguro de que ellos nos habían visto y de que a esas alturas Guthrum ya estaría informado de que Alfredo había salido por fin del pantano y marchaba por tierra firme. Le dábamos la oportunidad de destruirnos, de acabar con Wessex, y yo sabía que los daneses estarían preparándose para marchar.

Pasamos aquella noche en una fortaleza de tierra de las gentes antiguas, y a la mañana siguiente proseguimos hacia el norte y el este por tierras hambrientas. Yo encabezaba la comitiva, subiendo a las colinas para buscar al enemigo, pero el mundo

seguía vacío. Volaban los grajos, bailaban las liebres, y los cucos llamaban desde los árboles, abarrotados de campanillas, pero no había daneses. Recorrí una elevada cresta, oteando hacia el norte, y no vi nada, y cuando el sol alcanzó el punto máximo, regresé hacia el este. Mi grupo contaba con diez hombres, y nuestro guía era un hombre de Wiltunscir que conocía la zona y nos conducía hacia el valle del Wilig, donde se yergue la piedra de Egberto.

Un kilómetro antes de llegar al valle, vimos jinetes, pero estaban al sur y galopamos por pastos vírgenes para descubrir que eran Alfredo, escoltado por Leofric, cinco soldados y cuatro curas.

—¿Has estado en la piedra? —me preguntó Alfredo con entusiasmo al acercarnos.

—No, señor.

—Sin duda habrá hombres allí —dijo, decepcionado porque no le pudiera dar noticias.

—Tampoco he visto daneses, señor.

—Les llevará dos días organizarse —dijo quitándole importancia— ¡Pero vendrán! ¡Vaya si vendrán! ¡Y los derrotaremos! —Se dio la vuelta sobre la silla para mirar al padre Beocca, que era uno de los curas—. ¿Estáis escocido, padre?

—Extraordinariamente.

—No sois un jinete, Beocca, ni siquiera un mal jinete, pero ya no queda mucho. No mucho más, ¡y entonces podréis descansar! —Alfredo estaba en un estado de ánimo febril—. ¡Descansaremos antes de pelear, ya! Descansaremos y rezaremos, padre, y después rezaremos y lucharemos. ¡Rezaremos y lucharemos! —Azuzó al caballo hasta el galope, y todos salimos tras él a través de un huerto vestido de flores rosas, loma arriba. Después cruzamos una larga colina donde encontramos huesos de ganado. Prímulas blancas bordeaban los bosques al pie de la colina, y un halcón viró bruscamente para planear por el valle hacia los restos quemados de un granero.

—¡Justo al otro lado de la cima, señor! —me gritó mi guía.

—¿Qué hay?

—¡Defereal, señor!

Defereal era el nombre del poblado en el valle del río Wilig, donde nos esperaba la piedra de Egberto, y Alfredo espoleó al caballo de modo que la capa azul ondeó tras él. Todos galopábamos, desplegados por la colina, en una carrera por ser el primero que viera las fuerzas sajonas. Entonces el caballo del padre Beocca tropezó. Era, como Alfredo había dicho, un mal jinete, pero eso no resultaba nada sorprendente, pues era cojo y tenía una mano tonta, y cuando el caballo se inclinó hacia delante, el padre Beocca salió volando de la silla. Lo vi rodar por la hierba, y di la vuelta.

—¡No me he hecho daño! —me gritó—. ¡No me he hecho daño! Sigue, Uhtred,

¡sigue!

Le cogí el caballo. Beocca estaba ya en pie, cojeando tan rápido como podía hasta donde Alfredo y los otros jinetes se erguían en una fila que observaba el valle de abajo.

—Tendríamos que haber traído los estandartes —dijo Beocca cuando le tendí las bridas.

—¿Los estandartes?

—Para que el *fyrð* sepa que su rey ha llegado —dijo sin aliento—. Deberían ver los estandartes en el horizonte, Uhtred, y saber que ha llegado. La cruz y el dragón. ¡*In hoc signo!* Alfredo será el nuevo Constantino, Uhtred, ¡un guerrero de la cruz! ¡*In hoc signo!*, Alabado sea Dios, alabado sea Dios, alabemos grandemente al Señor.

No tenía ni idea de lo que quería decir, ni me importaba. Había llegado a lo alto de la colina y podía ver el precioso valle por el que discurría el Wilig.

Que estaba vacío.

Ni un hombre a la vista. Sólo el río, los sauces, los prados junto al agua, los alisos, una garza que volaba alto, la hierba combándose al viento y la triple piedra de Egberto sobre una loma encima del Wilig, donde se suponía que se tenía que reunir un ejército. Y no había ni un solo hombre. Ni uno solo a la vista. El valle estaba vacío.

* * *

Los hombres que habíamos traído de Æthelingaeg se desperdigaron por el valle; ya se habían unido al *fyrð* de Sumorsaete. Juntos sumaban algo más de mil hombres, y aproximadamente la mitad iban convenientemente equipados para formar el muro de escudos, mientras que el resto sólo servía para empujar a las primeras filas hacia delante, rematar a los enemigos o, con más probabilidades, para morir.

No podía enfrentarme a la decepción de Alfredo. No dijo nada, pero su rostro enjuto se puso blanco y se ocupó en decidir dónde acamparían los mil hombres y dónde pastarían nuestros caballos. Yo cabalgué hasta la elevada colina al norte del campamento con una veintena de hombres, entre los que estaban Leofric, Steapa y el padre Pyrlig. La colina era empinada, aunque aquello no había supuesto obstáculo para que las gentes antiguas construyeran una de sus extrañas tumbas en lo alto de la ladera. La tumba era un largo montículo, y Pyrlig dio un amplio rodeo para no pasar por allí.

—Está lleno de dragones, eso.

—¿Habéis visto alguna vez un dragón? —le pregunté.

—¿Estaría vivo si lo hubiera visto? ¡Nadie ve un dragón y sigue con vida!

Me volví sobre la silla y contemplé el túmulo.

—Pensaba que había gente enterrada ahí.

—¡Y lo están! ¡Ellos y sus tesoros! Así que el dragón vigila el botín. Eso es lo que hacen los dragones. Si enterráis oro, os nace un dragón.

Los caballos tuvieron dificultades para subir por la empinada colina, pero la cumbre nos recompensó con una franja de suelo firme con amplias vistas al norte. Había subido a la colina en busca de daneses. Alfredo podía creer que pasarían dos o tres días antes de que los viéramos, pero yo esperaba que sus exploradores estuvieran cerca, y era posible que una banda de guerreros quisiera acosar a los hombres acampados junto al Wilig.

Aun así no vimos a nadie. Al noreste había grandes depresiones, colinas para las cabras, mientras que al frente, en el terreno bajo, las sombras de las nubes se apresuraban por los campos, oscureciendo las primulas en floración y las relucientes hojas verdes.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Leofric.

—Dímelo tú.

—¿Mil hombres? No podemos enfrentarnos a los daneses con mil hombres.

No dije nada. Lejos, en el horizonte norte, se avecinaban nubes oscuras.

—¡Ni siquiera nos podemos quedar aquí! —dijo Leofric—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Regresar al pantano? —sugirió el padre Pyrlig.

—Los daneses traerán más barcos —dije—, y al final capturarán el pantano. Si envían cien barcos río arriba, el pantano es suyo.

—Debemos dirigirnos a Defnascir —rugió Steapa.

Lo mismo ocurrirá allí, pensé. Estaríamos a salvo durante un tiempo en la maraña de colinas y bosques de Defnascir, pero los daneses llegarían, tendría lugar una sucesión de pequeñas luchas y, poco a poco, Alfredo se desangraría hasta la muerte. Y en cuanto los daneses del otro lado del mar supieran que Alfredo estaba arrinconado en un pedazo de Wessex, traerían más barcos y se llevarían la buena tierra que él no pudiera mantener. Por ese motivo, pensé, había estado acertado al intentar terminar la guerra de una sola vez, porque no quería que se anunciara la debilidad de Wessex.

Pero éramos débiles. Éramos mil hombres. Éramos patéticos. Éramos sueños rotos, y de repente, empecé a reír.

—¿Qué pasa? —me dijo Leofric.

—Estaba pensando en que Alfredo insistió en que aprendiera a leer —dije—. ¿Y para qué?

El sonrió al acordarse. Una de las reglas de Alfredo era que todos los hombres que comandaran cuerpos de tropas de tamaño considerable supieran leer, aunque era una norma que se había saltado al nombrar a Leofric comandante de la guardia personal. En aquel momento, aquello me pareció gracioso. Todo aquel esfuerzo para que pudiera leer sus órdenes, y jamás me había enviado ninguna. Ni una sola.

—Leer es útil —dijo Pyrlig.

—¿Para qué?

Pensó sobre ello. El viento arreció, y le desmelenó la barba y el pelo.

—Se pueden leer todas esas buenas historias del evangelio —sugirió entusiasmado—, ¡y las vidas de los santos! ¿Qué me decís de ésas, eh? Bien llenas de cosas bonitas que están. ¡Como la de santa Donwen! Una mujer hermosa era, y le dio a su amante una bebida que lo convirtió en hielo.

—¿Y por qué hizo eso? —preguntó Leofric.

—Veréis, no quería casarse con él —contestó Pyrlig, que intentaba animarnos, pero nadie quería seguir oyendo hablar de la frígida santa Donwen, así que se dio la vuelta y miró al norte—. ¿Vendrán por allí? —preguntó.

—Probablemente. —Y entonces los vi, o eso pensé. Había un movimiento en las lejanas colinas, algo que se movía en las sombras de las nubes, y deseé haber subido a Iseult, pues tenía una vista muy aguda, pero habría necesitado un caballo para subir a la cumbre, y no nos sobraban caballos para las mujeres. Los daneses poseían miles de caballos, todas las bestias que le habían capturado a Alfredo en Cippanhamm, y todos los animales que habían robado a lo largo y ancho de Wessex, y ahora yo observaba un grupo de jinetes en aquella lejana colina. Exploradores, probablemente, y nos habrían visto. Se habían marchado. No había sido más que un momento, y tan lejos que no podía estar seguro de lo que había visto.

—Quizá ni siquiera vengan —dije—. Quizá nos rodeen. Capturen Wintanceaster y todo lo demás.

—Los muy cabrones van a venir —comentó Leofric con tono sombrío, y pensé que tenía razón. Los daneses sabrían que estábamos allí, querrían destruirnos, y no les iba a costar mucho.

Pyrlig dio la vuelta a su caballo, como para volver al valle, entonces se detuvo y puso una extraña cara de sorpresa.

—¿Así que no hay esperanza? —preguntó.

—Nos superan en proporción de cuatro o cinco a uno —repuse.

—¡Pues tenemos que luchar con más ganas! Sonreí.

—Todos los daneses que vienen a Britania, padre —le aclaré— son guerreros. Los granjeros se quedan en Dinamarca, pero los hombres salvajes *vienen* aquí. ¿Y nosotros? Somos casi todos granjeros, y se necesitan de tres a cuatro campesinos para superar a un solo guerrero.

—Vosotros sois guerreros dijo—, ¡todos vosotros! ¡Todos sabéis cómo luchar! Podéis liderar a los hombres, guiar a los hombres, y acabar con vuestro enemigo. Y Dios está de vuestro lado. Con Dios a vuestro lado, ¿quién puede venceros, eh? ¿Queréis una señal?

—Dadme una señal —le contesté.

—Pues mirad —dijo, y señaló hacia abajo, hacia el Wilig, le di la vuelta al caballo y allí, al sol de mediodía, estaba el milagro que queríamos. Venían los hombres. Hombres a centenares. Hombres del este y hombres del sur, hombres que manaban de entre las colinas, hombres del *fyrð* de Wessex que acudían a la orden de su rey para salvar el país.

—¡Ahora ya sólo dos granjeros por cada guerrero! —dijo Pyrlig alegremente.

—Hasta el culo —dijo Leofric

Pero ya no estábamos solos. El *fyrð* se reunía.

CAPÍTULO XII

La mayoría de los hombres llegaban en grandes grupos, comandados por sus *thane*, mientras que otros venían en pequeñas bandas, pero juntos conformaban por sí solos un ejército. Arnulf, *ealdorman* de Suth Seaxa, trajo cerca de cuatrocientos hombres y se disculpó porque no fueran más, pero había barcos daneses en la costa y se había visto obligado a dejar parte de su *fyrð* para guardar la orilla. Los hombres de Wiltunscir habían sido convocados por Wulfhere para unirse al ejército de Guthrum, pero el alguacil, un hombre adusto llamado Osric, había buscado en el sur de la comarca y conseguido que unos ochocientos desoyeran las órdenes del *ealdorman* y acudieran en auxilio de Alfredo. Llegaron más hombres del lejano Sumorsaete para unirse al *fyrð* de Wiglaf, que sumaba ahora mil soldados, y la mitad de esa cifra se presentaron desde Hamptonscir, incluida la guarnición de Burgweard, entre los que se contaban Eadric y Cenwulf, tripulantes del Heahengel: ambos me abrazaron, y con ellos venía el padre Willibald, emocionado y nervioso. Casi todos los hombres llegaron a pie, cansados y hambrientos, con las botas hechas pedazos, pero venían con espadas, hachas, lanzas y escudos, y a media tarde teníamos cerca de tres mil hombres en el valle del Wilig y vi que llegaban más cuando cabalgué hasta la colina, donde me había parecido ver a los exploradores daneses.

Alfredo me envió a explorar y, en el último momento, el padre Pyrlig se ofreció a acompañarme. El rey se sorprendido, pareció pensar en ello durante un instante, y después asintió.

—Traed a Uhtred a salvo, padre —había dicho con formalidad.

No dije nada mientras cruzábamos el campamento cada vez más grande, pero en cuanto nos quedamos solos le dediqué a Pyrlig una mirada de amargura.

—Eso estaba preparado —le dije.

—¿En serio?

—Que vos vinierais conmigo. ¡Hasta tenía vuestro caballo ensillado! ¿Así que, qué quiere Alfredo?

Pyrlig sonrió.

—Quiere que os convirtáis al cristianismo, por supuesto. El rey tiene una fe enorme en mi labia.

—Soy cristiano —le contesté.

—¿Lo sois?

—Estoy bautizado, ¿no? Y dos veces, además.

—¡Dos veces! Doblemente santo, ¿eh? ¿Y por qué fuisteis bautizado dos veces?

—Porque me cambiaron el nombre cuando era niño y mi madrastra pensó que el cielo no me reconocería por mi antiguo nombre.

Se rió.

—¿Así que os quitaron el diablo la primera vez y os lo derramaron encima la segunda? —No contesté, y Pyrlig cabalgó en silencio durante un rato—. Alfredo quiere que os convierta en un buen cristiano —dijo al cabo de un rato— porque quiere la bendición de Dios.

—¿Cree que Dios lo va a castigar porque lucho para él?

Pyrlig sacudió la cabeza.

—Sabe, Uhtred, que los enemigos son paganos. Si ganan, Cristo habrá sido vencido. No sólo es una guerra por la tierra, es una guerra por Dios. Y Alfredo, el pobre hombre, es un sirviente de Cristo, así que hará todo lo que pueda por su señor, y eso implica intentar convertirnos en un pío ejemplo de humildad cristiana. Si consigue que vos os arrodilléis, será fácil postrar a los daneses.

Me reí, como él quería.

—Si eso va a animar a Alfredo —dije—, decidle que soy un buen cristiano.

—Pensaba decírselo de todos modos —contestó Pyrlig—, para animarlo un poco, pero lo cierto es que quería acompañaros.

—¿Por qué?

—Porque echo de menos esta vida. ¡Dios, si la echo de menos! Me encantaba ser guerrero. ¡Cuánta irresponsabilidad! La disfrutaba mucho. Matar y fabricar viudas, ¡asustar a los niños! Era buenísimo, y lo echo de menos. Y siempre fui buen explorador. Veíamos a los sajones llegar con tanta discreción como una piara de cerdos y jamás descubrían que los observábamos. No os preocupéis, no voy a hablaros de Cristo, me da igual lo que quiera el rey.

Nuestra tarea consistía en encontrar daneses, si es que estaban cerca. Alfredo había marchado hasta el valle del Wilig para bloquear cualquier avance que hiciera Guthrum en el corazón de Wessex, pero seguía temiendo que los daneses se resistieran al anzuelo de destruir su pequeño ejército, y que nos rodearan para tomar el sur de Wessex, lo que nos habría dejado abandonados y expuestos a las guarniciones danesas. Esa incertidumbre provocaba que Alfredo se mostrara desesperado por noticias del enemigo, así que Pyrlig y yo cabalgamos hacia el noreste del valle, hasta que llegamos a unos prados donde un río más pequeño discurría hacia el sur para unirse al Wilig, y seguimos un arroyo hasta una población grande que había sido reducida a cenizas. El río atravesaba buenos campos, pero no había ganado, ni ovejas y la tierra estaba sin arar y llena de hierbas. Íbamos despacio, pues los caballos estaban cansados y nos encontrábamos bastante al norte del ejército. El sol estaba bajo en el cielo del oeste, aunque ya estábamos en mayo y los días se alargaban. Las efímeras abundaban en la superficie del río, las truchas subían a alimentarse, y un pequeño jaleo nos hizo detenernos, pero no eran más que dos crías de nutria escurriéndose hacia el agua bajo las raíces de un sauce. Las palomas anidaban en el espino, las currucas gritaban desde la orilla del río, y en alguna parte,

un pájaro carpintero tamborileaba intermitentemente. Cabalgamos en silencio durante un rato, nos separamos del río y nos metimos en un huerto, donde los torcecuellos cantaban entre las flores rosas.

Pyrlig metió a su caballo bajo unos árboles y señaló una parte fangosa de la hierba, y pude ver pisadas de caballo mezcladas con pétalos caídos. Las huellas eran frescas, y había muchas.

—Los muy cabrones han estado aquí, ¿verdad? —dijo—. Y no hace mucho.

Levanté la vista para examinar el valle. No se veía a nadie. Las colinas se alzaban empinadas a cada lado con densos bosques en las laderas inferiores. Tuve la sensación repentina e incómoda de que estábamos siendo observados, de que estábamos armando ruido y los lobos andaban cerca.

—Si fuera danés —Pyrlig hablaba en voz baja, y me pareció que compartía mi incomodidad—, me pondría allí. —Señaló con la cabeza hacia los árboles al oeste.

—¿Por qué?

—Porque cuando los habéis visto, ellos nos han visto a nosotros, y ésa es la dirección por la que nos han visto. ¿Tiene sentido? —Se rió irónicamente—. No sé, Uhtred, sólo creo que los muy cabrones están ahí.

Así que nos desplazamos hacia el este, íbamos lentamente, como si no tuviéramos ninguna preocupación en el mundo, pero en cuanto nos metimos en el bosque, giramos hacia el norte. Ambos inspeccionamos el terreno en busca de más huellas, pero no vi ninguna, y la sensación de ser observados había desaparecido, aunque sí esperamos un buen rato para intentar adivinar si alguien nos seguía. Sólo el viento en los árboles. Aun así, sabía que los daneses andaban cerca, justo como los perros de caza saben que hay lobos en la cercana oscuridad. Se les eriza el pelo del cuello, enseñan los dientes, tiemblan.

Llegamos al lugar en que terminaban los árboles y desmontamos, atamos a los caballos, nos acercamos al borde del bosque y nos quedamos mirando.

Y al final los vimos.

Había treinta o cuarenta daneses al otro extremo del valle, encima de los bosques; estaba claro que habían subido al borde de las colinas para otear hacia el sur, y que ahora regresaban. Bajaban a caballo en una línea desperdigada para meterse en el bosque.

—Una partida de expedición —dijo Pyrlig.

—No pueden haber visto demasiado desde aquella colina.

—Nos han visto a nosotros —dijo.

—Sí, eso creo.

—¿Y no nos han atacado? —parecía sorprendido—. ¿Por qué no lo han hecho? —Miradme.

—Tengo el placer todos los días.

—Han pensado que era danés —dije. No llevaba malla ni casco, así que me caía la melena por la espalda cubierta de cuero, y en los brazos me brillaban los brazaletes—. Y probablemente han pensado que vos seáis mi oso bailarín —añadí.

Se rió.

—¿Pues los seguimos?

El único riesgo era cruzar el valle, pero si el enemigo nos veía, seguirían pensando que era uno de los suyos, así que nos metimos en terreno abierto y subimos hasta el otro extremo del bosque. Los oímos antes de verlos. Iban sin cuidado, hablando y riendo, sin ser conscientes de que había sajones cerca. Pyrlig se metió el crucifijo bajo el cuero. Después, esperamos hasta que el último de los daneses pasara, antes de espolear a los caballos colina arriba para encontrar sus huellas y seguir las. Las sombras se alargaban, y eso me indicó que el ejército danés debía de andar cerca, pues la partida de exploradores querría regresar al campamento antes de que se hiciera de noche; sin embargo, cuando el montañoso terreno se volvió llano, vimos que no tenían ninguna intención de unirse a las fuerzas de Guthrum aquella tarde. Los daneses de la patrulla tenían su propio campamento, y cuando nos acercamos a él casi nos sorprende otro grupo de exploradores montados que venía del este. Oímos a los recién llegados, nos ocultamos en un matorral y observamos a la docena de hombres llegar a caballo; sólo entonces desmontamos y nos agachamos entre los árboles para ver cuánta gente formaba el campamento.

Habría quizás unos ciento cincuenta daneses en el pequeño pasto. Empezaban a encender hogueras, lo que sugería que pensaban pasar la noche donde estaban. .

—Son todo exploradores —dedujo Pyrlig.

—Seguros de sí, los muy cabrones —comenté. Aquellos hombres habían sido enviados a explorar las colinas, y les pareció seguro acampar a cielo abierto, convencidos de que ningún sajón los atacaría. Y tenían razón. El ejército sajón estaba muy al sur, y no teníamos ninguna cuadrilla de guerra en la zona, así que los daneses pasarían una noche tranquila; por la mañana, sus exploradores volverían a vigilar los movimientos de Alfredo.

—Pero están aquí —prosiguió Pyrlig—, lo que significa que Guthrum les sigue.

—Quizá —dije. También era probable que Guthrum estuviera marchando hacia el este o el oeste, y que hubiese enviado a estos hombres para asegurarse de que Alfredo desconocía sus movimientos.

—Tendríamos que volver —dijo Pyrlig—. Pronto oscurecerá.

Pero yo había oído voces y levanté una mano para silenciarlo, después me desplazé a la derecha, manteniéndonos donde la maleza era más espesa, y escuché lo que me parecía haber oído. Inglés.

—Aquí hay sajones —dije.

—¿Los hombres de Wulfhere?

Cosa que tenía sentido. Estábamos en Wiltunscir, y los hombres de Wulfhere conocían el territorio, y ¿quién mejor para guiar a los daneses que vigilaban a Alfredo?

Los sajones venían del bosque y nos quedamos detrás de los matojos de espinos hasta que oímos el sonido de hachas. Cortaban leña. Eran unos doce. La mayor parte de los hombres que seguían a Wulfhere se mostrarían reacios a luchar contra Alfredo, pero algunos habían abrazado la nueva causa de su *ealdorman*, y sin duda eran los hombres que habrían enviado a guiar a las tropas danesas. Wulfhere sólo habría enviado hombres de su confianza, en el temor de que los menos leales desertaran para unirse a Alfredo o salieran huyendo, así que aquellos sajones eran probablemente de las tropas de la casa, los guerreros que más partido sacarían de estar en el lado vencedor en una guerra entre los daneses y los sajones.

—Tendríamos que regresar con Alfredo antes de que oscurezca del todo —susurró Pyrlig.

Pero entonces oímos una voz, cercana y petulante. —Iré mañana —dijo la voz.

—No iréis, señor —respondió el hombre. Se oyeron salpicaduras y comprendí que uno de los hombres se había acercado a los arbustos a mear, y que el otro le seguía.

—Mañana no iréis a ningún sitio —repitió el segundo hombre—. Os quedaréis aquí.

—¡Sólo quiero verlos! —suplicó la voz caprichosa.

—Los veréis pronto. Pero no mañana. Os quedaréis aquí con los guardias.

—No podéis obligarme.

—Puedo hacer lo que quiera con vos, señor. Mandaréis aquí, pero aun así seguís mis órdenes. —La voz del hombre era dura y profunda—. Y mis órdenes son que os quedáis aquí.

—Iré si quiero —insistió débilmente la primera voz, aunque no pareció conseguir que le hicieran caso.

Muy lentamente, de modo que la hoja no hiciera ningún ruido al salir de la vaina, extraje a *Hálito-de-Serpiente*. Pyrlig me observaba, sorprendido.

—Apartaos —le susurré—, y haced algo de ruido. —Frunció el ceño sin comprender, pero yo le hice un gesto con la cabeza y confió en mí. Se puso en pie y caminó hacia nuestros caballos, silbando suavemente, e inmediatamente los dos hombres lo siguieron. El de la voz profunda estaba al mando. Era un viejo guerrero, con el rostro surcado de cicatrices, y era enorme.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¡Para! —Y justo entonces salí de detrás de un espino y, con un certero molinete de *Hálito-de-Serpiente*, le metí un tajo entre la barba y la garganta, fue tan profundo que la sentí chocar contra la columna. La sangre, repentina y reluciente en el atardecer primaveral, se extendió sobre el mantillo de hojas. El

hombre cayó al suelo como un buey en el matadero. El segundo hombre, el mimado, le seguía de cerca y se quedó tan conmocionado y asustado que no se le ocurrió siquiera huir, así que lo cogí del brazo y lo metí bajo los arbustos.

—No puedes... —empezó a decir, y yo le puse la parte plana de *Hálito-de-Serpiente*, aún ensangrentada, en la boca, y empezó a gimotear de terror.

—Ni un ruido —le dije—, o estás muerto. —Pyrlig regresó entonces, espada en mano.

El monje miró al muerto, que llevaba los calzones aún sin atar. Se inclinó sobre él, y le hizo la señal de la cruz en la frente. Había muerto rápido, y la captura de su compañero había sido silenciosa, ninguno de los que cortaban leña había reparado en ella. Las hachas seguían golpeando, reverberando en el bosque.

—Este se lo vamos a llevar a Alfredo —le dije a Pyrlig, y desplacé la espada hasta la garganta de mi cautivo—. Emite un solo sonido —le dije apretando la hoja contra la piel—, y te rajo desde tu gastada garganta a tu gastada ingle. ¿Me entiendes?

Asintió.

—Porque te estoy devolviendo el favor que te debo —le aclaré, y sonreí con amabilidad.

Pues mi cautivo era Etelwoldo, el sobrino de Alfredo y pretendiente al reino de los sajones del oeste.

* * *

El hombre que había matado se llamaba Osbergh, y había sido el comandante de las tropas personales de Wulfhere. Su tarea en el día de su muerte consistía en asegurarse de que Etelwoldo no se metiera en problemas.

Etelwoldo tenía talento para la desgracia. Por derecho, hubiese tenido que ser rey de Wessex, aunque me atrevería a decir que habría sido el último, pues era impetuoso y un cabeza de chorlito, y sus dos consuelos por haber perdido el trono a manos de su tío Alfredo eran la cerveza y las mujeres. Aun así, siempre había querido ser guerrero. Alfredo le había negado la oportunidad, pues no se atrevía a permitir que Etelwoldo se labrara un nombre en el campo de batalla. Etelwoldo, el auténtico rey, tenía que seguir haciendo el ridículo para que ningún hombre viera en él un rival para Alfredo. Habría sido mucho más fácil matar a Etelwoldo, pero Alfredo era un sentimental con la familia. O quizá fuera la conciencia cristiana. Fuera cual fuera el motivo, al joven Etelwoldo se le había permitido seguir con vida, y él había recompensado a su tío poniéndose en ridículo constantemente.

Sin embargo, los últimos meses, en los que se había visto libre de la correa de Alfredo, habían alentado su ambición truncada. Vestía malla y llevaba espadas. Era un hombre atractivo y alto, y representaba bien el papel de guerrero, aunque no

poseía un alma acorde. Se había meado encima cuando le puse a *Hálito-de-Serpiente* en la garganta, y ahora era mi cautivo, así que no plantaba cara. Estaba asustado, dócil y contento de ser guiado.

Nos contó cuánto había incordiado a Wulfhere para que le dejara luchar, y cuando envió a Osbergh y a veinte hombres más a guiar a los daneses por las colinas, le entregaron el mando honorífico.

—Wulfhere dijo que estaba al mando —nos contó ridículamente enojado—, pero tenía que obedecer a Osbergh.

—Wulfhere es un completo merluzo por dejar que te alejaras tanto de él —le dije.

—Creo que estaba cansado de mí —admitió Etelwoldo.

—¿Cansado de ti? ¿Te estabas cepillando a su mujer?

—¡Sólo es una sirvienta! Pero quería unirme a los exploradores, y Wulfhere me dijo que aprendería mucho de Osbergh.

—Acabas de aprender a no mear nunca en un espino —le dije—, y eso es de mucha utilidad.

Etelwoldo montaba el caballo de Pyrlig, y el cura galés conducía a la bestia por las riendas. Le habíamos atado las manos. Aún quedaba una chispa de luz en el cielo del oeste, lo suficiente para bajar hasta el pequeño río con facilidad. Le expliqué a Pyrlig quién era aquel joven, y el cura le sonrió.

—¿Así que sois príncipe de Wessex?

—Tendría que ser rey —replicó Etelwoldo enfurruñado.

—No, no tendrías —contesté yo.

—¡Mi padre lo era! Y Guthrum prometió que me coronaría.

—Y si le creíste —le dije—, eres más tonto de lo que imaginan todos. Serás rey mientras te necesite, después serás un cadáver.

—Y ahora Alfredo me matará —se lamentó.

—Debería hacerlo —le dije—, pero te debo un favor.

—¿Crees que puedes convencerle de que me perdone la vida? —preguntó aferrándose a un clavo ardiendo.

—Tú vas a convencerle —le dije—. Te arrodillarás ante él, y le dirás que has estado esperando una oportunidad para escapar de los daneses y que, al final, la has encontrado; te escapaste y diste con nosotros, y has venido a ofrecerle tu espada. Se me quedó mirando.

—Te debo un favor —le expliqué—, así que te ofrezco la vida. Voy a desatarte, tú te acercarás a Alfredo y le dirás que te unes a él porque es lo que has querido hacer desde Navidad. ¿Lo entiendes?

Etelwoldo frunció el ceño.

—¡Pero si me odia!

—Claro que te odia —coincidí—, pero si te arrodillas ante él y le juras que jamás

rompiste tu juramento, ¿qué va a hacer? Abrazarte, recompensarte, y sentirse orgulloso de ti.

—¿Lo crees de verdad?

—Siempre y cuando le digáis dónde están los daneses —intervino Pyrlig.

—Eso es fácil —contestó Etelwoldo—. Vienen del sur desde Cippanhamm. Han salido esta mañana.

—¿Cuántos?

—Cinco mil.

—¿Vienen hacia aquí?

—Van a ir dondequiera que esté Alfredo. Creen que tienen una oportunidad de acabar con él, y después podrán dedicarse todo el verano a las mujeres y la plata. —Dijo las últimas palabras en tono lastimero, y me di cuenta de que le encantaba la idea de saquear Wessex—. ¿Y con cuántos hombres cuenta Alfredo?

—Tres mil —contesté.

—Cristo bendito —dijo muerto de miedo.

—Siempre has querido ser guerrero —le dije—, y menudo nombre te vas a hacer luchando por un ejército más pequeño.

—Cristo bendito...

La última luz se extinguió. No había luna, pero si manteníamos el río a la izquierda sabíamos que no podíamos perdernos, y al cabo de un rato vimos las hogueras sobre las colinas y supimos que veíamos el campamento de Alfredo. Me volví sobre la silla, y me pareció ver otro brillo similar al norte: sólo podía ser el ejército de Guthrum.

—Si me dejas ir —me preguntó Etelwoldo de mala gana—, ¿qué me detiene para regresar con Guthrum?

—Absolutamente nada —le dije—, salvo la certeza de que voy a perseguirte y matarte.

Lo pensó durante un instante.

—¿Estás totalmente seguro de que mi tío va a darme la bienvenida?

Pyrlig respondió por mí.

—¡Con los brazos abiertos! —exclamó—. Será como el retorno del hijo pródigo. Os darán la bienvenida sacrificando terneros y cantando salmos de gracias. Sólo tenéis que contarle a Alfredo lo mismo que a nosotros, que Guthrum marcha hacia aquí.

Alcanzamos el Wilig y el camino resultó más fácil, pues la luz del campamento iluminaba nuestros pasos. Liberé a Etelwoldo al borde del campamento, y le devolví sus espadas. Llevaba dos, como yo, una larga y un sax corto.

—Bueno, mi príncipe —le dije—, es hora de postrarse.

Encontramos a Alfredo en el centro del campamento. Allí no había pompa. No

teníamos animales para arrastrar carros cargados de tiendas y muebles, así que Alfredo estaba sentado sobre una capa extendida entre dos hogueras. Parecía desanimado; más tarde me enteré de que había convocado al ejército al anochecer y les había dado un discurso, pero incluso Beocca admitió que no había tenido demasiado éxito.

—Ha sido más un sermón que un discurso —me contó Beocca con tristeza.

Alfredo había invocado a Dios, hablado de la doctrina de san Agustín sobre la guerra justa, y de Boecio y el rey David, y las palabras no habían hecho mella alguna en las tropas, cansadas y hambrientas. Ahora Alfredo se sentaba con los comandantes del ejército, y todos comían pan rancio y anguilas ahumadas. El padre Adelbert, el cura que nos había acompañado a Cippanhamm, tocaba un lamento en una pequeña arpa. Una mala elección musical, pensé. Entonces Alfredo me vio, e indicó a Adelbert que dejara de tocar.

—¿Tienes noticias? —me preguntó.

Como respuesta me hice a un lado y le hice un gesto a Etelwoldo.

—Señor —le dije a Alfredo—, os traigo a vuestro sobrino.

Alfredo se puso en pie. Se quedó sorprendido, especialmente porque estaba claro que Etelwoldo no era prisionero, dado que llevaba las dos espadas. Etelwoldo tenía buen aspecto, de hecho, parecía más rey que Alfredo. Era de constitución fuerte y atractivo, mientras que Alfredo era demasiado delgado y su rostro estaba tan consumido que parecía mucho mayor. Y de los dos, fue Etelwoldo el que supo cómo comportarse en aquel momento. Se desabrochó las espadas y las lanzó con gran estrépito a los pies de su tío. Se puso de rodillas, unió las manos y levantó la vista para mirar al rey a los ojos.

—¡Os he encontrado! —dijo con lo que parecía auténtica alegría y convicción.

Alfredo, desconcertado, no sabía qué decir, así que di un paso al frente.

—Lo hemos descubierto, señor, en las colinas. Os estaba buscando.

—Escapé de Guthrum —dijo Etelwoldo—. Alabado sea Dios, escapé del pagano. —Empujó las espadas hacia Alfredo—. Mis espadas son vuestras, mi señor el rey.

Aquel extravagante despliegue de lealtad no le dio a Alfredo otra opción que la de hacer levantar a su sobrino y abrazarlo. Los hombres sentados alrededor de las hogueras aplaudieron. Entonces Etelwoldo entregó sus noticias, que eran bastante útiles. Guthrum estaba de camino y Svein el del Caballo Blanco venía con él. Sabían dónde estaba Alfredo, así que venían con cinco mil hombres para presentar batalla en las colinas de Wiltunscir.

—¿Cuándo van a llegar? —quiso saber Alfredo.

—Deberían llegar a estas colinas mañana, señor —contestó Etelwoldo.

Así que Etelwoldo se sentó junto al rey y recibió agua para beber, que no era ni mucho menos una bienvenida adecuada para un príncipe pródigo, lo que provocó que

me lanzara una mirada amarga, y fue entonces cuando vi a Harald, alguacil de la comarca de Defnascir, entre los compañeros del rey.

—¿Estáis aquí? —le pregunté sorprendido.

—Con quinientos hombres —contestó orgulloso. No esperábamos hombres ni de Defnascir ni de Thornsaeta, pero Harald, el alguacil de la comarca, había traído cuatrocientos de su propio *fyrð* y cien más de Thornsaeta— Quedan suficientes para proteger la costa de la flota pagana —dijo—, y Odda insistió en que ayudáramos a derrotar a Guthrum.

—¿Cómo está Mildrith?

—Reza por su hijo —repuso Harald—, y por todos nosotros.

Hubo oraciones tras la cena. Siempre había oraciones cuando Alfredo andaba cerca, e intenté escaquearme, pero Pyrlig me hizo quedar.

—El rey quiere hablar con vos —me dijo.

Así que esperé mientras el obispo Alewold nos dormía, y después Alfredo quiso saber si Etelwoldo había escapado realmente de los daneses.

—Eso me dijo, señor —contesté—, y sólo puedo decir que lo encontramos.

—No huyó de nosotros —contribuyó Pyrlig—, y podría haber salido corriendo.

—Así que hay bien en el chico —dijo Alfredo.

—Alabado sea Dios por ello —añadió Pyrlig.

Alfredo se detuvo, mirando las ascuas de una de las hogueras del campamento.

—Esta noche he dirigido unas palabras a mi ejército —nos dijo.

—Me lo han contado, señor —le dije.

Me miró fijamente.

—¿Y qué te han contado?

—Que les habéis dado un sermón, señor.

Se estremeció, después pareció aceptar la crítica.

—¿Qué crees que quieren oír? —preguntó.

—Quieren oír —respondió Pyrlig—, que estáis dispuesto a morir por ellos.

—¿Morir?

—Los hombres siguen, los reyes comandan —contestó Pyrlig. Alfredo esperó—. No les importa san Agustín —prosiguió el cura—. Sólo les importa que sus mujeres e hijos estén a salvo, igual que sus tierras, y saber que tendrán un futuro propio. Quieren saber que van a ganar. Quieren saber que los daneses van a morir. Quieren oír que se van a hacer ricos saqueando.

—¿Avaricia, venganza y egoísmo? —preguntó Alfredo.

—Si tuvierais un ejército de ángeles, señor —prosiguió Pyrlig—, un elevado discurso sobre Dios y san Agustín prendería sin duda su ardor, pero tenéis que luchar con simples hombres, y no hay nada tan bueno como la codicia, la venganza y el egoísmo para inspirar a los mortales.

A Alfredo no le hizo demasiada gracia el consejo, pero no discutió.

—¿Así que puedo confiar en mi sobrino? —me preguntó.

—Yo no sé si podéis confiar en él —le dije—, pero tampoco puede Guthrum. Y Etelwoldo ha venido en vuestra busca, señor, así que contentaos con eso.

—Lo haré, lo haré. —Nos deseó buenas noches y se marchó a su duro lecho.

Las hogueras en el valle se extinguían.

—¿Por qué no le habéis contado a Alfredo la verdad sobre Etelwoldo? —le pregunté a Pyrlig.

—Porque me ha parecido que podía confiar en vuestro juicio —contestó.

—Sois un buen hombre. —Y eso me sorprende constantemente. Fui a buscar a Iseult, y me dormí agarrado a ella.

* * *

Al día siguiente, todo el cielo del norte estaba encapotado; en las colinas que nos rodeaban, sin embargo, igual que sobre nuestro ejército, brillaba el sol.

El ejército de Wessex, compuesto entonces de casi tres mil quinientos hombres, marchó Wilig arriba, y luego siguió el pequeño arroyo que Pyrlig y yo habíamos explorado la tarde anterior. Vimos a los exploradores daneses en las colinas, y supimos que estarían enviando mensajeros a Guthrum.

Conduje cincuenta hombres hasta una de las colinas. Íbamos todos montados, todos armados, todos con escudos y cascos, cabalgábamos listos para la batalla, pero los exploradores daneses rindieron el terreno. Sólo eran una docena, y abandonaron la cumbre mucho antes de que llegáramos nosotros, donde una hueste de mariposas azules revoloteaba sobre la hierba primaveral. Miré hacia el norte, al ominoso cielo oscuro, y vi un gavián encorvarse. El ave se lanzó al vacío, seguí su vuelo y de repente, bajo las alas plegadas y las garras abiertas del ave, vi a nuestro enemigo.

El ejército de Guthrum marchaba hacia el sur.

El miedo llegó entonces. El muro de escudos es un lugar terrible. Es donde un guerrero se labra la reputación, y la reputación nos es algo muy caro. La reputación es honor, pero para conseguir el honor un hombre debe aguantar en el muro, donde la muerte corre rampante. Había estado en el muro de escudos de Cynuit, y conocía su olor, el hedor de la muerte, la incertidumbre de sobrevivir, el horror de hachas, espadas y lanzas, y tenía miedo. La batalla estaba cerca.

Por las tierras bajas al norte de las colinas, en el terreno verde que se extendía uniforme hasta Cippanhamm, había un gran ejército. El gran ejército, lo llamaban los daneses, los guerreros paganos de Guthrum y Svein, la salvaje horda de hombres fieros del otro lado del mar.

Eran una mancha oscura en el paisaje. Venían atravesando los campos, grupos de jinetes se dispersaban por el paraje, y como sus cabecillas empezaban a surgir a la

luz, parecía que la horda llegara de la oscuridad. Lanzas, cascos, malla y metal proyectaban los rayos del sol en una miríada de reflejos rotos que se extendían y multiplicaban a medida que llegaban más hombres de debajo de los nubarrones. Iban casi todos montados.

—Jesús, María y José —exclamó Leofric.

Steapa no dijo nada. Se limitó a mirarlos con odio.

Osric, el alguacil de la comarca de Wiltunscir, se persignó.

—Alguien tiene que decírselo a Alfredo.

—Yo iré —se ofreció el padre Pyrlig.

—Decidle que los paganos han cruzado el Afen —dijo Osric—. Decidle que se dirigen hacia... —se detuvo, intentando calcular hacia dónde iría la horda— Ethandun —concluyó.

—Ethandun —repitió Pyrlig.

—Y recordadle que allí hay un antiguo fuerte de las gentes antiguas —añadió Osric. Aquélla era su comarca, su tierra, conocía las colinas, los campos, y parecía pensar en lo peor, sin duda preguntándose qué ocurriría si los daneses encontraban la antigua fortaleza y la ocupaban—. Que Dios nos ayude —dijo Osric—. Estarán en las colinas mañana por la mañana, decídselo.

—Mañana por la mañana en Ethandun —repitió Pyrlig, que dio la vuelta a su caballo y salió al galope. Osric señaló un punto en la lejanía.

—Podéis verla. —Desde aquella distancia la antigua fortaleza no parecía más que una deformación del terreno. Por todo

Wessex podía uno encontrar ese tipo de bastiones, con enormes muros de tierra, y aquél estaba construido en lo alto de un terreno escarpado que ascendía desde las tierras bajas, un lugar que guardaba el abrupto borde de las formaciones calizas—. Algunos de esos cabrones llegarán allí esta noche —dijo Osric—, pero la mayoría no lo logrará hasta mañana. Esperemos que no se fijen en el fuerte.

Todos pensamos que Alfredo encontraría un lugar en el que Guthrum le atacara, una ladera apropiada para la defensa, un lugar en el que nuestro número reducido se apoyara en un terreno dificultoso, pero la visión del lejano fuerte nos recordó que Guthrum podía adoptar la misma táctica. Podría encontrar un lugar que nos resultara difícil de atacar, y las posibilidades de Alfredo serían entonces bien negras. Atacar significaría cortejar el desastre, mientras que la retirada lo garantizaría. Se nos acabaría la comida en un día o dos, y si intentábamos retirarnos al sur por las colinas, Guthrum soltaría una horda de jinetes tras nosotros. E incluso si el ejército de Wessex conseguía escapar incólume, sería un ejército derrotado. Si Alfredo reunía el *fyrd*, y se retiraba del enemigo, los hombres lo interpretarían como una derrota y empezarían a desertar para proteger sus hogares. Teníamos que luchar, pues no presentar batalla suponía el fracaso.

El ejército acampó aquella tarde al norte de los bosques donde había encontrado a Etelwoldo. Ahora formaba parte del cortejo del rey, y se acercó con Alfredo y sus jefes guerreros a la cumbre en la que estábamos para observar la maniobra del ejército danés, que empezaba a rodear las colinas. Alfredo pasó un buen rato mirando.

—¿A qué distancia deben de estar?

—Desde aquí —respondió Osric—, a siete kilómetros. De vuestro ejército, a diez.

—Mañana, entonces —declaró Alfredo, y se persignó. Las nubes del norte se extendían, oscureciendo la tarde, pero la luz reflejaba lanzas y hachas en la fortaleza de las gentes antiguas. Después de todo, parecía que Guthrum sí había reparado en el lugar.

Regresamos al campamento para descubrir que llegaban más hombres. No demasiados, sólo pequeños grupos, pero seguían llegando, y uno de aquellos grupos, cansados y polvorientos por el viaje, había venido a caballo, dieciséis hombres con cotas de malla y buenos cascos.

Eran mercios, se habían dirigido al este y, tras cruzar el Temes y rodear completamente Wessex, siempre evitando a los daneses, llegaban en ayuda de Alfredo. Su jefe era un hombre bajito, de hombros anchos, la cara redonda y una expresión belicosa. Se arrodilló ante Alfredo, después me sonrió, y reconocí a mi primo Æthelred.

Mi madre era mercia, aunque jamás la conocí, y su hermano Æthelred era un poderoso señor en la parte sur de aquel país. Yo había pasado una breve temporada en su casa cuando huí la primera vez de Northumbria. Entonces me había peleado con mi primo, llamado Æthelred como su padre, pero parecía haber olvidado nuestra enemistad juvenil y me abrazó con fuerza. Su cabeza me llegaba al cuello.

—Hemos venido a pelear —me dijo con la voz amortiguada por mi pecho.

—Tendréis pelea —le prometí.

—Señor. —Me soltó y volvió con Alfredo—. A mi padre le habría gustado enviar más hombres, pero debía proteger sus tierras.

—Sin duda —repuso Alfredo.

—Aun así, ha enviado lo mejor que tiene —prosiguió Æthelred. Era joven y engreído, con tendencia a pavonearse, pero su confianza complació a Alfredo, como el reluciente crucifijo de plata que colgaba por encima de su cota—. Permitidme que os presente a Tatwine —prosiguió mi primo—, el jefe de las tropas personales de mi padre.

Recordaba a Tatwine, un hombre que era un tonel y un guerrero magnífico, cuyos brazos estaban marcados de manchas negras, cada una de ellas, grabada con una aguja y tinta; respondía a un hombre muerto en batalla. Me dedicó una sonrisa torcida.

—¿Aún vivo, señor?

—Aún vivo, Tatwine.

—Será bueno volver a luchar a vuestro lado.

—Lo que es bueno es tenerte aquí —le dije, y lo era. Pocos hombres son guerreros de nacimiento, y los hombres como Tatwine valían como una docena de los otros.

Alfredo había ordenado al ejército que volviera a formar. Lo hizo en parte para que los hombres vieran su número y se animaran, y también lo hizo porque sabía que el discurso de la noche anterior había dejado a los hombres confundidos y no les había inspirado. Lo intentaría otra vez.

—Ojalá no lo haga —rezongó Leofric—. Sabe dar sermones, pero no discursos.

Nos reunimos al pie de una pequeña colina. Empezaba a oscurecer. Alfredo había plantado sus dos estandartes, el dragón y la cruz, en la cumbre de la colina, pero había poco viento, así que las banderas apenas se movían. Subió y se irguió entre ambos. Estaba solo, vestido con cota de malla, sobre la que llevaba la capa azul, ahora descolorida. Un grupo de sacerdotes empezó a seguirle, pero él les indicó con un gesto que se quedaran al pie. Entonces nos contempló apiñados en el prado debajo de él; durante unos instantes no dijo nada, y yo presentí la incomodidad en las filas. Querían que les metieran fuego en las almas, y esperaban agua bendita.

—¡Mañana! —dijo de repente. Su voz era aguda, pero suficientemente clara—. ¡Mañana lucharemos! ¡Mañana! ¡En la festividad de san Juan Apóstol!

—Oh, Dios —farfulló Leofric a mi lado—, hasta el culo de santos otra vez.

—¡San Juan Apóstol fue condenado a muerte! —prosiguió Alfredo—. ¡Condenado a morir en aceite hirviendo! ¡Y aun así sobrevivió a la tortura! ¡Lo tiraron al aceite hirviendo y siguió vivo! ¡Y salió del caldero convertido en un hombre más fuerte! Y vamos a hacer lo mismo. —Se detuvo, observándonos, y nadie respondió. Nos lo quedamos mirando todos, y debió de darse cuenta de que la homilía sobre san Juan no estaba funcionando, pues hizo un gesto abrupto con la mano derecha, como si apartara de golpe a todos los santos—. ¡Y mañana —dijo—, es también un día para los guerreros! Un día para matar a vuestros enemigos. ¡Un día para hacer que los paganos deseen no haber oído hablar jamás de Wessex! —Se detuvo de nuevo, y esta vez se oyeron algunos murmullos de aprobación—. ¡Esta es nuestra tierra! ¡Luchamos por nuestros hogares! ¡Por nuestras esposas! ¡Por nuestros hijos! ¡Luchamos por Wessex!

—Claro que sí —gritó una voz.

—¡Y no sólo por Wessex! —Su voz había cobrado fuerza—. ¡Tenemos hombres de Mercia, de Northumbria y de la Anglia Oriental! —No conocía a nadie de la Anglia Oriental y sólo Beocca y yo éramos de Northumbria, pero a nadie pareció importarle—. Somos los hombres de Inglaterra —gritó Alfredo—, y luchamos por

todos los sajones.

De nuevo silencio. A los hombres les gustaba lo que oían, pero la idea de Inglaterra estaba en la cabeza de Alfredo, no en la suya. Soñaba con un país, pero era un sueño demasiado grande para el ejército del prado.

—¿Por qué creéis que están aquí los daneses? —preguntó Alfredo—. Quieren a vuestras mujeres para su placer, a vuestros hijos como sus esclavos, y vuestras casas para ellos, ¡pero no nos conocen! —pronunció las últimas cuatro palabras lentamente, gritando cada una con toda claridad—. No conocen nuestras espadas —prosiguió—, no conocen nuestras hachas, nuestras lanzas, ¡nuestra ferocidad! ¡Mañana se las vamos a mostrar!

¡Mañana los mataremos! ¡Mañana los vamos a reducir a pedazos! ¡Mañana teñiremos la tierra de rojo con su sangre! ¡Y los oiremos gimotear! ¡Mañana les haremos pedir clemencia!

—¡Y no tendrán ninguna! —se oyó a otro hombre.

—¡Ninguna! —gritó Alfredo, y yo me di cuenta de que no lo decía en serio. Les ofrecería clemencia a los daneses, les ofrecería el amor a Dios, e intentaría razonar con ellos, pero, por lo menos en los últimos minutos había aprendido a dirigirse a los guerreros—. Mañana —gritó—, ¡no lucharéis por mí! ¡Yo lucharé por vosotros! ¡Lucharé por Wessex! ¡Lucharé por vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros hogares! ¡Mañana lucharemos, y os juro sobre la tumba de mi padre y las vidas de mis hijos que vamos a ganar!

Y eso disparó los vítores. No era, con toda honestidad, el mejor de los discursos de batalla, pero era el mejor que había dado Alfredo y funcionó. Los hombres patearon el suelo, y los que llevaban escudos los golpearon contra espadas y lanzas, de modo que el crepúsculo se llenó de un batir rítmico mientras los hombres gritaban «¡Sin compasión!». El eco reverberaba en las colinas. «¡Sin compasión, sin compasión!».

Estábamos listos. Y los daneses también.

Aquella noche, el cielo se cubrió de nubes. Las estrellas desaparecieron una tras otra, y la débil luna quedó engullida por la oscuridad. Costaba dormir. Me senté con Iseult, que limpiaba mi cota de malla mientras yo afilaba ambas espadas.

—Mañana ganaréis —me dijo con su vocecilla.

—¿Lo has soñado?

Sacudió la cabeza.

—Los sueños no han vuelto desde que me bauticé.

—¿Así que te lo has inventado?

—Lo creo así —me dijo.

La piedra de afilar rasgaba las hojas. A mi alrededor, otros hombres afilaban también sus armas.

—Cuando esto termine —le dije—, tú y yo nos marcharemos. Construiremos una casa.

—Cuando esto termine —me contestó—, irás al norte. Siempre al norte. De vuelta a tu hogar.

—Pues vendrás conmigo.

—Quizá. —Cambió de posición la cota para empezar con otro trozo, rascaba con un pedazo de lana para sacar brillo a los eslabones—. No veo mi propio futuro. Está todo oscuro.

—Serás la dama de Bebbanburg —le dije—, te vestiré con pieles y te coronaré con plata brillante.

Sonrió, pero vi lágrimas en su rostro. Lo interpreté como miedo. De eso teníamos de sobra aquella noche en el campamento, especialmente cuando los hombres miraban el brillo de las hogueras que los daneses habían encendido en las colinas cercanas. Dormimos, pero me despertó mucho antes del alba una llovizna. Nadie siguió durmiendo, todos se levantaron y se armaron para la guerra.

Marchamos bajo una luz gris. La lluvia iba y venía, maliciosa y helada, pero siempre de espaldas. La mayoría íbamos a pie, usábamos los caballos para cargar escudos. Osric y sus hombres iban delante, pues conocían la comarca. Alfredo había dicho que los hombres de Wiltunscir estarían en el lado derecho de la línea de batalla, y con ellos los hombres de Suth Seaxa. Alfredo era el siguiente, comandando su guardia personal, compuesta de los hombres que habían acudido a él en Æthelungaeg, y con él iba Harald y los hombres de Defnascir y Thornsaeta. Burgweard y los hombres de Hamptonscir también lucharían con Alfredo, como mi primo Æthelred de Mercia, mientras que el flanco izquierdo lo ocuparía el poderoso *fyrð* de Sumorsaete, al mando de Wiglaf. Tres mil quinientos hombres. Las mujeres venían con nosotros. Algunas cargaban las armas de los hombres; otras poseían las suyas propias.

Nadie hablaba demasiado. Hacía frío aquella mañana, y la lluvia volvía la hierba resbaladiza. Los hombres estaban hambrientos y cansados. Todos teníamos miedo.

Alfredo me había dicho que reuniera a cincuenta hombres, pero Leofric no se veía con ánimo de prescindir de tantos, así que se los cogí a Burgweard. Elegí a los hombres que habían luchado conmigo en el Heahengel cuando se había convertido en el *Jyrdraca*, y veintiséis de ellos procedían de Hamtun. Steapa estaba con nosotros, pues me había cogido un cariño perverso, y también contaba con el padre Pyrlig, vestido de guerrero, no de cura. Éramos menos de treinta hombres, pero al subir un túmulo verde de las gentes antiguas, Etelwoldo se nos acercó.

—Alfredo ha dicho que puedo luchar contigo —me dijo.

—¿Eso ha dicho?

—Me ha sugerido que no abandone tu compañía.

Sonreí. Si quería un hombre a mi lado, sería Eadric, Cenwulf, Steapa o Pyrlig,

hombres en los que podía confiar que mantendrían sus escudos firmes.

—No abandones mis espaldas —le dije a Etelwoldo.

—¿Tus espaldas?

—Y en el muro de escudos, quédate cerca. Listo para ocupar mi lugar.

Lo interpretó como un insulto.

—Quiero estar en primera fila —insistió.

—¿Has luchado alguna vez en un muro de escudos?

—Sabes que no.

—Pues entonces no quieres estar en primera fila —le dije—, y, además, si Alfredo muere, ¿quién será el rey?

—Ah. —Casi sonrió—. ¿Así que me quedo detrás de ti?

—Detrás de mí.

Iseult guiaba mi caballo, Hild la acompañaba.

—Si perdemos —les dije—, os subís las dos a la silla y salís al galope.

—¿Hacia dónde?

—Vosotras corred. Y llevaos el dinero —les dije. Mi plata y mis tesoros, todo lo que poseía, iban en las alforjas de mi caballo—. Te lo llevas y te marchas con Hild.

Hild sonrió. Estaba pálida y tenía el pelo rubio pegado al cráneo por la lluvia. No llevaba sombrero, e iba vestida con una enagua blanca atada con un cordel. Me había sorprendido que decidiera acompañar al ejército, pues pensaba que preferiría buscar un convento, pero había insistido en venir.

—Quiero verlos muertos —me dijo sin más—. Y al que llaman Erik voy a matarlo yo misma. —Le dio una palmada al largo y estrecho cuchillo que le colgaba del cinto.

—Erik es el que... —empecé a decir, y luego vacilé.

—El que me prostituyó —respondió ella.

—¿Así que no era el que matamos aquella noche?

Sacudió la cabeza.

—Ese era el timonel del barco de Erik. Pero lo encontraré, y no voy a regresar a un convento hasta que lo vea aullando en su propia sangre.

—Está llena de odio —me dijo el padre Pyrlig mientras seguíamos a las muchachas colina arriba.

—¿No es eso malo en una cristiana?

Pyrlig se rió.

—¡Para un cristiano es malo estar vivo! Decimos de las personas que son santas si son buenas, ¿pero cuántos de nosotros nos convertimos en santos? ¡Medidos por esa regla, todos somos malos! Sólo que algunos intentamos ser buenos.

Miré a Hild.

—Es una lástima que sea monja —comenté.

—Os gustan delgaditas, ¿eh? —dijo Pyrlig divertido—. Ay, ¡a mí me gustan rollizas como terneras bien alimentadas! Dadme una buena britana morena con caderas como dos barriles de cerveza, y seré un cura feliz. Pobre Hild. Tan delgada como un rayo de sol, vaya que sí, pero siento compasión por el danés que se cruce hoy en su camino.

Los exploradores de Osric regresaron con Alfredo. Se habían adelantado y habían visto a los daneses. El enemigo esperaba, anunciaron, al borde del terreno pronunciado, donde las colinas eran más elevadas y donde se encontraba la fortaleza de las gentes antiguas. Sus estandartes, dijeron los exploradores, eran incontables. También habían visto exploradores daneses, así que Guthrum y Svein debían de saber que nos acercábamos.

Avanzamos, cada vez más arriba, subiendo por las colinas calizas, y la lluvia cesó, pero el sol no apareció, pues el cielo entero se agitaba entre el gris y el negro. El viento soplaba del oeste. Dejamos atrás toda una fila de tumbas de los tiempos antiguos, y me pregunté si contendrían guerreros que habían marchado hacia la batalla como nosotros, y si en los miles de años por venir, otros hombres subirían aquellas colinas armados con espadas y escudos. La guerra no tiene fin; escruté el cielo oscuro buscando una señal de Thor u Odín, con la esperanza de ver un cuervo volar, pero no había aves. Sólo nubes.

Y entonces vi a los hombres de Osric inclinarse hacia la derecha. Estaban en un pliegue de las colinas y rodeaban la que había a la derecha; al llegar a la hondonada entre ambas, vi también el terreno llano, y allí, delante de mí, estaba el enemigo.

Adoro a los daneses. No hay mejores hombres con los que luchar, beber, reír o vivir. Con todo, aquel día, como tantos otros de mi vida, eran el enemigo, y me esperaban en un gigantesco muro de escudos dispuesto alrededor de la elevación. Había miles de daneses, daneses de lanza y espada, daneses que habían venido para hacer suya aquella tierra, y nosotros estábamos allí para seguir conservándola.

—Que Dios nos dé fuerzas —dijo el padre Pyrlig cuando vio al enemigo, que había empezado a gritar al vernos. Hicieron chocar lanzas y espadas contra la madera de tilo de los escudos, y la cima de la colina atronó. El antiguo fuerte estaba en el flanco derecho del enemigo, y los hombres se apiñaban en los muros de hierba verde. Muchos de aquellos hombres lucían escudos negros, y encima de ellos había un estandarte del mismo color, así que allí era donde estaba Guthrum, mientras que su flanco izquierdo, que quedaba a nuestra derecha, estaba desplegado en el terreno abierto, y allí vi el estandarte triangular, sostenido por un hasta en forma de cruz, que lucía el caballo blanco. Así que Svein comandaba la izquierda, mientras que a la derecha danesa, nuestra izquierda, el terreno escarpado descendía hasta las llanuras de los ríos. Era un montículo empinado, una colina para caer rodando. No teníamos esperanzas de superar su flanco por aquel lado, pues nadie podría luchar en una

ladera como aquélla. Teníamos que atacar de frente, directamente hacia el muro de escudos, contra las murallas de tierra y las lanzas, espadas y hachas de nuestro muy numeroso enemigo.

Busqué el estandarte del ala de águila de Ragnar, y me pareció verlo en el fuerte, pero era difícil estar seguro, pues todas las tripulaciones de daneses erguían el suyo; las pequeñas banderas estaban apiñadas juntas y la lluvia había empezado de nuevo, desdibujando los símbolos, pero bastante a mi derecha, fuera del fuerte y cerca del gran estandarte del caballo blanco, había una insignia sajona. Era una bandera verde con un águila y una cruz, lo que significaba que Wulfhere estaba allí con la parte del *fyrð* de Wiltunscir que le seguía. Había otros estandartes sajones en la horda enemiga. No demasiados, quizás una veintena, y supuse que los daneses habrían traído hombres de Mercia para luchar contra ellos. Todos los estandartes sajones estaban en terreno abierto; ninguno dentro del fuerte.

Estaban aún bastante lejos, mucho más lejos de la distancia que podía cubrir el disparo de un arco, y ninguno oía lo que gritaban los daneses. Los hombres de Osric estaban formando nuestra ala derecha, mientras Wiglaf ordenaba al *fyrð* de Sumorsaete que se dirigiera hacia la izquierda. Formábamos una fila para enfrentarnos a la suya, pero inevitablemente la nuestra sería más corta. No eran exactamente dos daneses por cada sajón, pero se acercaba.

—Que Dios nos ayude —dijo Pyrlig tocándose el crucifijo.

Alfredo convocó a sus comandantes y los reunió bajo el empapado estandarte del dragón. Los atronadores daneses seguían montando escándalo con sus armas y escudos, mientras el rey pedía consejo a los jefes de su ejército.

Arnulf de Suth Seaxa, un hombre peludo con barba corta y cara de perro perpetua, aconsejó atacar.

—Ataquemos y punto —dijo señalando el fuerte—. Perderemos algunos hombres en las murallas, pero vamos a perder hombres igualmente.

—Perderemos demasiados —advirtió mi primo Æthelred. Sólo comandaba una pequeña cuadrilla, pero su estatus como hijo de un *ealdorman* mercio le garantizaba la inclusión en el consejo de guerra de Alfredo.

—Nos irá mejor defendiendo —gruñó Osric— Dadle un pedazo de tierra que defender a un hombre y aguantará, así que dejemos que los cabrones vengan a por nosotros. —Harald mostró su acuerdo asintiendo.

Alfredo le dedicó una cortés mirada a Wiglaf de Sumorsaete, que parecía sorprendido de ser consultado.

—Nosotros cumpliremos con nuestro deber, señor —dijo—, cumpliremos con nuestro deber sea cual sea vuestra decisión. —Leofric y yo nos hallábamos presentes, pero el rey no nos consultó, y nos quedamos callados.

Alfredo observó al enemigo, después se volvió hacia nosotros.

—En mi experiencia —dijo—, el enemigo espera algo de nosotros. —Hablaban con tono pedante, el mismo que utilizaba cuando discutía de teología con sus curas—. Esperan que actuemos de un modo determinado, y por tanto estarán preparados para ello, pero ¿cuál?

Wiglaf se encogió de hombros, mientras que Arnulf y Osric parecían divertidos. Esperaban algo más fiero por parte de Alfredo. La batalla, para la mayoría de nosotros, era una furia desenfrenada, nada inteligente, una orgía de muerte, pero Alfredo la veía como una competición de sabiduría, o quizá como un juego de *tafl* que requería de la astucia para ganar. Así, estoy seguro, era como veía nuestros dos ejércitos, como piezas de *tafl* en un tablero adamascado.

—¿Y bien?

—¡Esperan que ataquemos! —exclamó Osric algo inseguro. —Esperan que ataquemos a Wulfhere —repuse. Alfredo me recompensó con una sonrisa.

—¿Por qué a Wulfhere?

—Porque es un traidor, un cabrón y un pedazo de mierda de cabra engendrado por una puta —contesté.

—Porque no creemos —me corrigió Alfredo—, que los hombres de Wulfhere luchan con la misma pasión que los daneses. Y tenemos razón. No lo van a hacer. A sus hombres les costará matar a sus iguales sajones.

—Pero Svein está con él —proseguí.

—¿Y eso qué nos indica?

Los otros se lo quedaron mirando. Conocía la respuesta, pero no podía evitar dárseles de maestrillo, así que esperó a que contestáramos.

—Nos indica —volví a intervenir— que quieren que les ataquemos por la izquierda, pero no desean romper esa ala. Por eso está Svein allí. Nos contendrá y, mientras tanto, los del fuerte lanzarán un asalto contra el flanco de nuestro ataque. Eso rompería nuestra derecha: después llegarán todos en tromba para fulminarnos.

Alfredo no respondió, pero parecía preocupado, lo que sugería que estaba de acuerdo conmigo. Los demás se dieron la vuelta para escrutar a los daneses, como si alguna respuesta mágica pudiera aparecer por sí sola, pero no llegó.

—Así que, como sugiere el señor Arnulf —intervino Harald—, atacaremos el fuerte.

—Las murallas son pronunciadas —advirtió Wiglaf. El *ealdorman* de Sumorsaete era un hombre de disposición dicharachera, que reía a menudo y mostraba una generosidad natural, pero ahora, con sus hombres dispuestos enfrente de las fortificaciones verdes del bastión, estaba hundido.

—A Guthrum le encantaría que asaltáramos el fuerte —observó el rey.

Esto provocó cierta confusión, pues parecía, según Alfredo, que los daneses deseaban que les atacáramos por la derecha tanto como por la izquierda. Los daneses,

mientras tanto, se burlaban de nosotros por no atacarles. Uno o dos corrieron hacia nuestra fila y empezaron a insultarnos a gritos, y el muro de escudos al completo seguía aporreando sus armas con un ritmo constante y amenazador. La lluvia volvía más oscuros los colores de los escudos. Negro, rojo, azul, marrón y amarillo sucio.

—Bueno, ¿entonces qué hacemos? —preguntó Æthelred quejumbroso.

Se hizo el silencio, y yo reparé en que Alfredo, aunque entendía el problema, no tenía respuesta para él. Guthrum quería que atacáramos, y probablemente no le importaba que atacáramos por la izquierda o por las zanjias pronunciadas y resbaladizas que había frente a las murallas del fuerte. Guthrum, además, debía saber que no osábamos retirarnos porque sus hombres nos perseguirían y destruirían como una horda de lobos masacrando un rebaño asustado.

—Atacaremos por la izquierda —dije.

Alfredo asintió como si hubiera llegado a la misma conclusión.

—¿Y? —me invitó a seguir.

—Atacaremos con todos los hombres que tenemos —dije. Había probablemente unos dos mil hombres fuera del fuerte, y al menos la mitad de aquellos eran sajones. Pensaba que debíamos asaltarlos en un avance violento, y superarlos en número. Entonces la debilidad de la posición danesa se haría evidente, pues se encontraban en el borde justo del despeñadero y, en cuanto los obligáramos a retroceder, no tendrían más remedio que bajar la larga y pronunciada pendiente. Podríamos acabar con aquellos dos mil, y formar de nuevo para la más dura tarea de atacar a los tres mil de dentro del fuerte.

—¿Con todos nuestros hombres? —preguntó Alfredo—. Pero entonces Guthrum atacará nuestro flanco con todos los hombres que posea.

—No, no va a hacerlo —contesté—. Enviaré a algunos hombres para atacar nuestro flanco, pero mantendrá a la mayoría de las tropas dentro del fuerte. Es cauteloso. No va a abandonar el fuerte, y no se arriesgará demasiado para salvar a Svein. No se gustan demasiado.

Alfredo pensó en ello, pero me di cuenta de que no le hacía gracia apostar tan fuerte. Temía que, si atacábamos a Svein, los demás daneses cargaran desde el fuerte y superaran a nuestro flanco. Sigo pensando que tendría que haber seguido mi consejo, pero el destino es inexorable y decidió imitar la cautela de Guthrum.

—Atacaremos por nuestra derecha —dijo—, y nos quitaremos de en medio a los hombres de Wulfhere, pero debemos estar preparados para su contraataque, así que nuestra izquierda se quedará donde está.

Y eso se decidió. Osric y Arnulf, con los hombres de Wiltunscir y Suth Seaxa, presentarían batalla ante Svein y Wulfhere en terreno abierto, al este de la fortaleza, pero sospechábamos que algunos daneses saldrían de detrás de los muros de tierra para atacar el flanco de Osric, así que Alfredo conduciría su propia guardia personal a

modo de baluarte contra aquel asalto. Wigulf, mientras tanto, se quedaría donde estaba, lo que significaba que un tercio de nuestros hombres no haría nada.

—Si podemos vencerlos —dijo Alfredo—, los restos de su ejército se retirarán al fuerte y podremos sitiarlos. Dentro no tienen agua, ¿verdad?

—No —confirmó Osric.

—Así que están atrapados —dijo Alfredo, como si se hubiera resuelto todo el problema y la batalla estuviera prácticamente ganada. Se volvió hacia el obispo Alewold—. Obispo, una oración, si sois tan amable.

Alewold rezó, la lluvia cayó, los daneses siguieron burlándose, y yo supe que el terrible momento, el gran estrépito de los muros de escudos, se avecinaba. Toqué el martillo de Thor y la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente*, pues la muerte nos acechaba. Que Dios me ayude, pensé, volviéndome a tocar el martillo. Thor, ayúdanos a todos, pues no pensaba que fuéramos a ganar.

CAPÍTULO XIII

Los daneses se concentraron en el estruendo previo a la batalla, y nosotros rezamos. Alewold arengó a Dios durante un buen rato, básicamente rogándole que nos enviara ángeles con espadas en llamas, y desde luego nos habrían venido bien, pero no apareció ninguno. Nos tocaría a nosotros hacer la faena.

Nos preparamos para la batalla. Recogí el casco y el escudo del caballo que guiaba Iseult, pero antes le corté un grueso mechón de cabello negro.

—Confía en mí —le dije, porque estaba nerviosa, y empleé un pequeño cuchillo para cortarle el mechón. Até un extremo a la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente*, y enrollé el resto. Iseult me miraba.

—¿Para qué? —me preguntó.

—Puedo enrollármelo en la muñeca. —Le enseñé cómo—. Y así no perderé la espada. Tu pelo me traerá suerte.

El obispo Alewold exigía enfurecido que las mujeres se retiraran. Iseult se puso de puntillas para abrocharme bien el casco de lobo. Después, me agachó la cabeza y me besó por el hueco de la visera.

—Rezaré por ti —dijo.

—Yo también —añadió Hild.

—Rezad a Odín y a Thor —les rogué, después observé mientras se llevaban el caballo. Las mujeres guardarían los caballos a unos quinientos metros de nuestro muro de escudos, y Alfredo insistió en que se retiraran más para que ningún hombre se viera tentado de salir corriendo a por un caballo y huir al galope.

Era el momento de formar en el muro de escudos, y aquello era un asunto más bien engorroso. Algunos hombres se ofrecían para estar en primera fila, pero la mayoría intentaba ponerse detrás, y Osric y sus jefes de batalla empujaban y gritaban mientras intentaban situar a los hombres.

—¡Dios está con nosotros! —les gritaba Alfredo. Seguía montado y recorría el muro de Osric, que formaba lentamente, para animar al *fyrð*—. ¡Dios está con nosotros! —gritó otra vez—. ¡No podemos perder! ¡Dios está con nosotros! —La lluvia cayó con más fuerza. Los curas recorrían las filas ofreciendo bendiciones y haciendo frente común con el aguacero, salpicando los escudos con agua bendita. El *fyrð* de Osric era casi de cinco filas de espesor, y detrás había unos cuantos hombres desperdigados con lanzas. Su trabajo, cuando ambas partes se encontraran, era arrojar las lanzas por encima de las cabezas de sus compañeros, y los daneses tendrían lanceros parecidos poniendo a punto sus propias lanzas—. ¡Dios está con nosotros! —gritó Alfredo—. ¡Dios está de nuestro lado! ¡El cielo nos protege! ¡Los santos rezan por nosotros! ¡Los ángeles nos guardan! ¡Dios está con nosotros! —Se había quedado ya ronco. Los hombres se tocaban amuletos de la suerte, cerraban los ojos en

silenciosa oración, y se abrochaban las hebillas. En la fila de enfrente, apoyaban los escudos en los escudos vecinos de manera obsesiva. Se suponía que el extremo derecho del escudo de cada hombre se solapaba con el del vecino, de modo que los daneses se enfrentaban con un muro sólido de madera de tilo reforzada de hierro. Los daneses formaban igual, pero seguían burlándose de nosotros, nos retaban a atacar. Un joven salió a trompicones por la parte de atrás del *fyrð* de Osric y vomitó. Dos perros corrieron a comerse el vómito. Un lancero estaba hincado de rodillas, temblando y rezando.

El padre Beocca se colocó junto a los estandartes de Alfredo, con las manos levantadas en oración. Yo estaba en frente de los estandartes, con Steapa a la derecha y Pyrlig a la izquierda.

—¡Arroja fuego sobre ellos, oh, Todopoderoso! —aullaba Beocca—. ¡Arroja fuego sobre ellos y derrótalos! Castígalos por todas sus iniquidades. —Tenía los ojos bien cerrados y el rostro levantado hacia la lluvia, así que no vio a Alfredo galopar hasta nosotros otra vez y abrirse paso entre nuestras filas. El rey seguiría montado para ver qué ocurría, y Leofric y una docena más de hombres también irían a caballo para poder proteger a Alfredo con sus escudos, hachas y lanzas.

—¡Adelante! —se desgañitó Alfredo.

—¡Adelante! —repitió Leofric porque el rey estaba ya ronco.

Nadie se movió. Correspondía a Osric y a sus hombres comenzar el avance, pero los hombres siempre se muestran reacios a enfrentarse contra un muro de escudos enemigo. Ayuda estar borracho. He estado en batallas en que ambas partes avanzaban a trompicones apestando a vino de abedul y cerveza, pero nosotros no teníamos nada de aquello: había que invocar nuestro coraje desde corazones sobrios y no nos quedaba demasiado en aquella fría mañana.

—¡Adelante! —rugió de nuevo Leofric, y esta vez Osric y sus comandantes repitieron el grito y los hombres de Wiltunscir arrastraron los pies unos cuantos pasos hacia delante. El tableteo de los daneses al cerrar filas y formar su muro, su *skjaldborg*, frenó el avance. Así llaman los daneses al muro, el *skjaldborg* o fuerte de escudos. Los daneses se burlaron a grito pelado, y dos de sus guerreros más jóvenes salieron de la fila para mofarse e invitarnos a un duelo—. ¡Quedaos en el muro! —aulló Leofric.

—¡No les hagáis caso! —bramó Osric.

Bajaron unos jinetes del fuerte, quizás un centenar, y trotaron tras el *skjaldborg* formado por los guerreros de Svein y los sajones de Wulfhere. Svein se unió a los jinetes. Vi su caballo blanco, la blanca capa, y el blanco penacho de cola de caballo. La presencia de los jinetes me indicó que Svein esperaba que nuestra línea se rompiera, y quería perseguir a nuestros fugitivos del mismo modo en que sus jinetes habían acabado con los britanos desbandados de Peredur en Dreyndynas. Los daneses

estaban cargados de confianza, y así debía ser, pues nos superaban en número y eran todos guerreros, mientras que nuestras filas estaban formadas por hombres más acostumbrados al arado que a la espada.

—¡Adelante! —gritó Osric. Su fila se movió, pero no avanzó más de un metro.

La lluvia me goteaba desde el borde del casco. Corría por dentro de la visera, se metía dentro de la cota de malla y bajaba en hilillos hasta mi pecho y estómago.

—¡Dales fuerte, Señor! —gritaba Beocca—. ¡Mátalos sin piedad! ¡Destrózalos!

Pyrlig rezaba, o eso me parecía, porque hablaba en su propia lengua, pero le oí repetir la palabra *duw* una y otra vez, y sabía, por Iseult, que *duw* era la palabra britana para dios. Etelwoldo estaba detrás de Pyrlig. En teoría debía estar detrás de mí, pero Eadric había insistido en protegerme la espalda, de modo que Etelwoldo cubriría a Pyrlig. No dejaba de hablar, intentando disimular su nerviosismo, y me volví hacia él.

—Mantén el escudo arriba —le dije.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Le proteges la cabeza a Pyrlig, ¿lo entiendes?

—¡Ya lo sé! —Le irritaba el consejo—. Ya lo sé —repitió irascible.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritó Osric. Como Alfredo, iba montado y recorría la fila de arriba abajo, espada en mano, y pensé que atizaría con gusto a sus hombres con la hoja para hacerlos avanzar. Avanzaron unos cuantos pasos, los escudos daneses volvieron arriba, la madera de tilo emitió un ruido seco al formar el *skjaldborg* y nuestra fila volvió a titubear. Svein y sus jinetes estaban ahora en el flanco más alejado, pero Osric había situado a un grupo de guerreros escogidos en aquel lugar, listos para guardar el extremo abierto de su fila.

—¡Por Dios! ¡Por Wiltunscir! —rugió Osric—. ¡Adelante!

Los hombres de Alfredo estaban a la izquierda del *fyrð* de Osric, donde nuestro muro se doblaba ligeramente hacia atrás, listos para recibir el esperado ataque por el flanco desde el fuerte. Avanzamos con bastante diligencia, pero nosotros éramos casi todos guerreros, y sabíamos que no podíamos adelantarnos a las inquietas tropas de Osric. Casi pisé un agujero en el suelo donde, increíblemente, había tres lebratos agachados y temblando. Los miré y confié en que los hombres detrás de mí evitaran pisarlos, pero sabía que no podrían evitarlo. No sé por qué las liebres dejan a sus crías a cielo abierto, pero lo hacen, y allí estaban, tres pulcros lebratos en un hueco en las colinas, sin duda las primeras víctimas en morir en aquel día de viento y lluvia.

—¡Gritadles! —bramó Osric—. ¡Decidles que son unos cabrones! ¡Llamadlos hijos de puta! ¡Decidles que son mierda del norte! ¡Gritadles! —Sabía que ésa era una manera de poner a los hombres a andar. Los daneses nos gritaban, nos llamaban mujeres, nos decían que no teníamos valor, y nadie de nuestras filas les devolvía los insultos, pero los hombres de Osric empezaron, entonces, y la lluvia se llenó del

estrépito de armas golpeando escudos y exabruptos de los sajones.

Me había colgado a *Hálito-de-Serpiente* a la espalda. En la refriega, es más fácil desenvainar desde el hombro que desde la cadera, y el primer golpe puede ser así despiadado. Llevaba a *Aguijón-de-Avispa* en la mano derecha. La espada corta, de recia hoja, era adecuada para clavar y, en la prensa de hombres que se enfrenta a un muro de escudos enemigo, una espada corta puede hacer más daño que una larga. Sostenía el escudo, recubierto de hierro por el borde, con el antebrazo izquierdo, mediante dos cinchas de cuero. El escudo llevaba una embozadura de metal del tamaño de la cabeza de un hombre, un arma en sí misma. Steapa, a mi derecha, iba armado con una espada larga, no tan larga como aquella con la que se había enfrentado a mí en Cippanhamm, pero aun así una hoja contundente, aunque en su manaza parecía casi ridícula. Pyrlig cargaba con una lanza para jabalíes, corta, recia y de hoja ancha. Repetía la misma frase una y otra vez.

—*Ein tad, yr hwn zvyt yn y nefoedd, sancteiddier dy enw.* —Más tarde supe que era la oración que Jesús había enseñado a sus discípulos. Steapa murmuraba que los daneses eran unos cabrones.

—Cabrones —decía, y después—: Que Dios me ayude, cabrones. —Una y otra vez, una y otra vez—. Cabrones, que Dios me ayude, cabrones. —Yo tenía la boca demasiado seca para hablar, el estómago revuelto y las tripas sueltas.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaba Osric, y avanzamos arrastrando los pies, con los escudos juntos, y ya se veían los rostros enemigos. Vimos las barbas descuidadas, los gruñidos de dientes amarillos, las cicatrices en las mejillas, la piel marcada y las narices rotas. Mi visera sólo me permitía mirar hacia delante. A veces es mejor pelear sin protección facial, para ver los ataques desde todas partes, pero en el choque del muro de escudos la visera resulta muy útil. El casco estaba, además, forrado de cuero. Las flechas salieron disparadas desde las filas danesas. No tenían demasiados arqueros, y los proyectiles se desperdigaron, pero levantamos los escudos para proteger nuestros rostros. Ninguna llegó cerca de mí, aun así retrocedimos hacia atrás y doblamos la fila para observar las murallas verdes de la fortaleza, hasta arriba de hombres, completamente llenas de daneses de espada, y por fin pude ver el estandarte del ala de águila de Ragnar allí; me pregunté qué ocurriría si me encontraba cara a cara con él. Vi las hachas, lanzas y espadas, las hojas en busca de nuestras almas. La lluvia repiqueteaba sobre cascos y escudos.

La fila se detuvo de nuevo. El muro de escudos de Osric y el *skjaldborg* de Svein estaban separados sólo por veinte pasos, y los hombres veían a sus enemigos inmediatos, veían el rostro del hombre que debían matar o del que los mataría. Ambas facciones gritaban, escupían ira e insultos, y los lanceros arrojaron sus primeros proyectiles.

—¡Manteneos juntos! —gritó alguien.

—¡Que los escudos se toquen!

—¡Dios está con nosotros! —gritó Beocca.

—¡Adelante! —Otros dos pasos, aunque era más un arrastrar de pies que pasos.

—Cabrones —dijo Steapa—. Que Dios me ayude, cabrones.

—¡Ahora! —gritó Osric—. ¡Ahora! ¡Adelante, adelante, matadlos! ¡Adelante y matadlos! ¡Vamos, vamos, vamos! —Y los hombres de Wiltunscir se lanzaron. Emitieron un aterrador grito de guerra, tanto para animarse ellos como para asustar al enemigo, y de repente, después de tanto rato, el muro de escudos avanzó deprisa, entre aullidos humanos; las lanzas llegaron desde la fila danesa, nuestras propias lanzas fueron arrojadas, y entonces llegó el fragor, el auténtico sonido atronador en una batalla, cuando el muro de escudos choca contra el *skjaldborg*. El impacto de la colisión sacudió al completo nuestra fila, de modo que incluso mis tropas, que aún no estaban enzarzadas, se tambalearon. Oí los primeros gritos, el entrechocar de armas, los golpes del metal despedazando madera de escudo, los gruñidos de los hombres, y entonces vi a los daneses salir de las verdes murallas, una marea de daneses cargando contra nosotros, con la intención de romper el flanco de nuestro ataque, pero ése era el motivo por el que Alfredo nos había puesto a la izquierda de Osric.

—¡Escudos! —rugió Leofric.

Alcé el escudo, lo coloqué en posición entre el de Steapa y el de Pyrlig, y me agaché para recibir la carga. Con la cabeza gacha y el cuerpo protegido por la madera, las piernas falcadas y *Aguijón-de-Avispa* lista. Tras nosotros y a nuestra derecha los hombres de Osric luchaban. Olía a sangre y a mierda. Esos son los olores de la batalla. Entonces olvidé la lucha de Osric porque la lluvia me daba en la cara, y los daneses bajaban a todo correr, sin muro, una carga presa del frenesí, decidida a ganar la batalla en un furioso asalto. Había cientos de ellos, y nuestros lanceros arrojaron sus armas.

—¡Ahora! —grité, dimos un paso al frente para recibir la carga, y un danés me aplastó el brazo contra el pecho, escudo contra escudo, él me asestó un hachazo hacia abajo y yo embestí con *Aguijón-de-Avispa* hacia delante, por detrás de su escudo, en su flanco, y su hacha se clavó en el escudo de Eadric, que me protegía la cabeza. Retorcí a *Aguijón-de-Avispa*, la liberé y volví a hincársela. Su aliento fétido olía a cerveza. El rostro era una mueca. Liberó el hacha. Metí otro tajo y retorcí la punta del *sax* cuando choqué con malla o hueso, no sabría decir qué—. Tu madre era un pedazo de mierda de cerdo —le dije al danés, él gritó con rabia e intentó hundirme el hacha en el casco, pero yo me agaché y empujé, Eadric me protegió con el escudo, *Aguijón-de-Avispa* se pringó de sangre, cálida y pegajosa, y rajé hacia arriba.

Steapa gritaba incoherentemente, metía tajos a diestro y siniestro, y los daneses lo evitaban. Mi enemigo dio un traspiés, cayó de rodillas y le aticé con la embozadura del escudo, rompiéndole nariz y dientes, después le hincué mi *sax* en la boca

ensangrentada. Otro hombre ocupó su lugar inmediatamente, pero Pyrlig le hundió la lanza para jabalíes en el vientre al recién llegado.

—¡Escudos! —aullé, y Steapa y Pyrlig alinearon los suyos instintivamente con el mío. No tenía ni idea de lo que ocurría en ninguna otra parte de la colina. Sólo de lo que quedaba al alcance de *Aguijón-de-Avispa*.

—¡Uno atrás! ¡Uno atrás! —gritó Pyrlig, y dimos un paso atrás para que los siguientes daneses que ocuparan el lugar de los heridos o muertos tropezaran con los cuerpos caídos de sus camaradas; después dimos otro paso adelante cuando llegaron, para recibirlos al perder el equilibrio. Esa era la manera de hacerlo, el arte del guerrero, y nosotros, como la fuerza de choque de Alfredo, éramos sus mejores guerreros. Los daneses habían cargado contra nosotros a lo bruto, sin molestarse en cerrar los escudos convencidos de que se bastarían con su furia para superarnos. También los había atraído la visión de los estandartes de Alfredo y la certeza de que, si aquellas banderas gemelas caían, la batalla estaría prácticamente ganada; pero su asalto tropezó con nuestro muro de escudos como un océano contra un acantilado, y allí se rompió en pedazos. Dejó hombres en el suelo y sangre en la hierba, y por fin los daneses formaron un muro como es debido y llegaron a nosotros con ritmo más constante.

Oí alinearse los escudos enemigos, vi los ojos enloquecidos de los daneses por encima de los bordes redondos, sus muecas al reunir fuerzas. Entonces gritaron y vinieron a por nosotros.

—¡Ahora! —grité, y empujamos hacia delante para recibirlos.

Los muros de escudos chocaron. Eadric estaba a mi espalda, empujándome hacia delante, y el arte de la batalla consistía ahora en mantener un espacio entre mi cuerpo y mi escudo con un brazo izquierdo fuerte, y después clavar a *Aguijón-de-Avispa* por debajo del escudo. Eadric podía luchar por encima de mi hombro con la espada. Yo tenía espacio a la derecha porque Steapa era zurdo, lo que significaba que cargaba el escudo con el brazo derecho, y lo fue apartando poco a poco de mí para tener espacio y poder atacar con su espada larga. Aquel agujero, que no era mayor que un pie de hombre, suponía una invitación para los daneses, pero les asustaba Steapa y ninguno intentó colarse por el pequeño hueco. Su altura lo hacía destacar, y su cráneo de piel estirada lo volvía temible. Aullaba como un ternero al que estuvieran degollando, mitad berrido, mitad agresividad, invitando a los daneses a venir y morir. Se negaban. Habían aprendido el peligro que suponíamos Pyrlig, Steapa y yo, y se mostraban cautelosos. En el resto del muro de escudos de Alfredo había hombres muriendo y gritando, espadas y hachas que sonaban como campanas, pero ante nosotros los daneses retrocedían y sólo nos azuzaban con lanzas para mantenernos controlados. Les grité que eran unos cobardes, pero eso no los animó a acercarse a *Aguijón*, y yo miré a derecha e izquierda y vi que a lo largo de toda la fila de Alfredo los

conteníamos. Nuestro muro de escudos era fuerte. Toda aquella práctica en Æthelungaeg estaba dando resultados, y para los daneses la batalla se puso cada vez más complicada porque tomaban la iniciativa, y para llegar a nosotros tenían que superar los cuerpos de sus propios muertos y heridos. Los hombres no ven dónde pisan en la batalla porque miran al enemigo, y algunos daneses tropezaban, otros resbalaban en la lluvia mojada, y cuando perdían el equilibrio, atizábamos fuerte, lanzas y espadas como lenguas de serpiente que fabricaban más y más cadáveres para que el enemigo tropezara.

Los de las tropas de Alfredo éramos buenos. Éramos constantes. Estábamos derrotando a los daneses, pero detrás de nosotros, en la fuerza mayor de Osric, Wessex moría.

Pues el muro de escudos de Osric se había roto.

* * *

Lo habían conseguido los hombres de Wulfhere. No rompieron el muro de Osric luchando contra él, sino intentando unirse a él. Pocos querían luchar por los daneses, ahora que la batalla estaba en pleno fragor; les gritaron a sus paisanos que no eran el enemigo y que querían cambiar de bando, el muro se abrió para dejarlos pasar, y los hombres de Svein se colaron por los huecos como gatos salvajes. Uno tras otro, aquellos huecos se abrieron a medida que los daneses de espada se abrían paso. Se cargaron a los de Wulfhere por detrás; abrieron brechas en las filas de Osric y repartieron muerte como en una plaga. Los vikingos de Svein eran guerreros entre granjeros, halcones entre palomas, y el ala derecha de Alfredo al completo se desmoronó. Arnulf salvó a los hombres de Suth Seaxa guiándolos hacia nuestra retaguardia, y allí estaban a salvo, desde luego, pero el *fyrð* de Osric quedó roto, y fue hostigado y dispersado hacia el este y el sur.

La lluvia había cesado y un viento húmedo y frío recorrió el borde de las colinas. Los hombres de Alfredo, reforzados por los cuatrocientos de Arnulf y una docena de los fugitivos de Osric, se quedaron solos cuando el *fyrð* de Wiltunscir se batió en retirada. Los alejaban de nosotros, y Svein y sus jinetes sembraban el pánico entre ellos. El *fyrð* había estado compuesto por ochocientos hombres formados en una fila firme, y ahora estaban desperdigados en pequeños grupos que se apiñaban para protegerse e intentaban evitar a los jinetes al galope, que les arrojaban sus largas lanzas. Había cadáveres por todas partes. Algunos de los hombres de Osric estaban heridos y reptaban hacia el sur, como si allí pudieran encontrar la seguridad; en esa zona, las mujeres esperaban con los caballos protegiéndose en los túmulos de la gente antigua, pero los jinetes dieron la vuelta y los ensartaron en las lanzas, y los daneses a pie formaban nuevos muros de escudos para impedir la huida a los fugitivos. No podíamos hacer nada por ayudarles, pues seguíamos peleando contra los hombres de

Guthrum que bajaban del fuerte y, aunque ganábamos aquella batalla, no podíamos dar la espalda al enemigo. Así que empujamos, cortamos y lanzamos; retrocedieron lentamente, y entonces repararon en que estaban muriendo uno a uno, y oí los gritos daneses de retirada. Los dejamos ir. Retrocedieron, caminando de espaldas, y cuando vieron que no podíamos seguirlos, se dieron la vuelta y corrieron hacia los muros verdes. Dejaron una ordenada fila de cadáveres, sesenta o setenta daneses en el suelo, y nosotros no habíamos perdido más de veinte hombres. Recogí una cadena de plata de un cadáver, dos brazaletes de otro y un bonito cuchillo con empuñadura de hueso y ámbar de un tercero.

—¡Atrás! —gritó Alfredo.

No fue hasta que nos retiramos hasta donde habíamos empezado la batalla cuando reparé en el desastre a nuestra derecha. Nosotros éramos el centro del ataque de Alfredo, pero ahora éramos el ala derecha, y lo que había sido nuestro fuerte flanco derecho estaba despedazado en el caos. Muchos de los hombres de Osric se habían retirado hasta donde esperaban las mujeres y los caballos, y allí habían formado un muro de escudos que, por el momento, les protegía, pero la mayor parte del *fyrð* había huido más hacia el este y los estaban trinchando hasta convertirlos en grupitos cada vez más pequeños.

Svein reunió por fin a sus hombres, que abandonaron la persecución, aunque para entonces nuestra ala derecha había prácticamente desaparecido. Muchos de aquellos hombres seguían con vida, pero habían sido apartados del campo de batalla y les costaría regresar para recibir más castigo. El mismo Osric estaba entre ellos, y trajo de vuelta a Alfredo a los doscientos que se habían retirado con las mujeres y los caballos, pero eso era todo lo que quedaba. Svein formó de nuevo a sus hombres, de cara a nosotros, y lo vi arengándolos.

—Ahora vienen a por nosotros —dije.

—Dios nos protegerá —contestó Pyrlig. Tenía sangre en la cara. Una espada o un hacha le había perforado el casco y le había abierto el cuero cabelludo, de modo que tenía sangre seca en la mejilla izquierda.

—¿Dónde estaba tu escudo? —le pregunté a Etelwoldo.

—Lo tengo —contestó. Parecía pálido y asustado.

—¡Se supone que tienes que proteger la cabeza de Pyrlig! —le rugí.

—No es nada. —Pyrlig intentaba calmar mi furia.

Etelwoldo parecía estar a punto de replicar, pero de repente se inclinó hacia delante bruscamente y vomitó. Me aparté de él. Estaba enfadado, pero también decepcionado. El miedo que te suelta las tripas había desaparecido, pero la lucha me había parecido inefectiva y poco entusiasta. Habíamos ahuyentado a los daneses que nos habían atacado, aunque no les habíamos hecho suficiente daño como para que abandonaran la pelea. Quería sentir la furia de la batalla, la alegría exultante de la

matanza, pero todo parecía lento y difícil.

Había buscado a Ragnar durante la pelea, pues temía tener que luchar contra mi amigo, y cuando los daneses regresaron al fuerte vi que estaba en otra parte de la fila. Ahora lo veía, en la muralla, observándonos. Después miré a la derecha, esperaba ver a Svein comandar a sus hombres en un asalto contra nosotros, pero lo vi galopando hacia el fuerte, y sospeché que iba a pedir refuerzos a Guthrum.

La batalla no llevaba más de una hora en marcha, e hicimos una pausa. Algunas mujeres nos trajeron agua y pan mohoso, mientras los heridos buscaban cualquier ayuda de la que pudieran echar mano. Le envolví un trapo alrededor del brazo izquierdo a Eadric, donde un hacha había atravesado el cuero de su manga.

—Iba dirigido a vos, señor —me dijo con una sonrisa sin dientes.

Le terminé de atar el trapo.

—¿Te duele?

—Un poquito —contestó—, pero no es grave. No es grave. —Flexionó el brazo, descubrió que funcionaba y recogió el escudo.

Volví a mirar a los hombres de Svein, que no parecían tener prisa por reanudar el ataque. Vi a un hombre beber de un pellejo de agua o cerveza. Justo delante de nosotros, entre la fila de muertos, un soldado se incorporó de repente. Era danés, llevaba el pelo negro recogido en trenzas y decorado con cintas. Pensaba que estaba muerto, pero se sentó, nos miró con cara de indignación y pareció bostezar. Me miraba directamente, con la boca abierta, y un chorro de sangre se derramó por su boca y le empapó la barba. Puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás. Los hombres de Svein seguían sin moverse. Aún era el ala izquierda del ejército de Guthrum, pero era un ala mucho más pequeña ahora que cuando estaba hinchada por los hombres de Wulfhere, así que me di la vuelta y me abrí paso entre nuestras filas para encontrarme con Alfredo.

—¡Señor! —le grité, y capté su atención— ¡Atacad a esos hombres! —señalé las tropas de Svein. Estaban a sus buenos doscientos pasos del fuerte y, al menos por el momento, sin jefe, porque Svein se había dirigido a las murallas. Alfredo me miró desde lo alto del caballo y yo lo apremié para que los atacáramos con todos los hombres de nuestra división central. Los daneses tenían el despeñadero a su espalda, y pensaba que podíamos hacerlos retroceder por aquella pendiente traicionera. Alfredo me escuchó, miró a los hombres de Svein, y sacudió la cabeza como atontado. Beocca estaba de rodillas, con las manos bien abiertas y el rostro bien apretado por la intensidad de la oración.

—Podemos alejarlos, señor —insistí.

—Vendrán del fuerte —contestó Alfredo, y quería decir que los daneses de Guthrum bajarían a ayudar a los hombres de Svein.

Algunos bajarían, pero dudaba de que llegaran suficientes.

—¡Pero los queremos fuera del fuerte! —insistí—. ¡Son más fáciles de matar en campo abierto!

Alfredo sacudió la cabeza otra vez. Creo que en aquel momento estaba prácticamente paralizado por miedo a cometer un error, así que decidió no hacer nada. Llevaba un casco simple, sólo con protección nasal y tenía un aspecto mortalmente pálido. No era capaz de ver una oportunidad clara, así que permitiría que el enemigo tomara la siguiente decisión.

Y ése fue Svein. Consiguió más daneses del fuerte, trescientos o cuatrocientos. La mayoría de los hombres de Guthrum se quedaron tras las murallas, pero aquellos que habían atacado a la guardia de Alfredo bajaron a terreno abierto, donde se unieron a las tropas del immaculado Svein, y allí formaron en un muro de escudos. Vi el estandarte de Ragnar entre ellos.

—Van a atacar, ¿verdad? —dijo Pyrlig. La lluvia le había lavado buena parte de la sangre de la cara, pero la brecha en el casco tenía un aspecto horrendo—. Estoy bien —me dijo al verme mirar la herida—. He recibido golpes peores en peleas con mi mujer. Pero esos cabrones vienen, ¿no es cierto? Quieren seguir matándonos por la derecha.

—Podemos vencerlos, señor —le grité a Alfredo—. Poned a todos nuestros hombres contra ellos. ¡A todos!

Parecía no escuchar.

—¡Traed al *fyrd* de Wiglaf, señor! —le rogué.

—No podemos mover a Wiglaf —repuso indignado.

Temía que si desplazábamos al *fyrd* de Sumorsaete de su lugar frente al fuerte, Guthrum conduciría a sus hombres a asaltar nuestro flanco izquierdo, pero yo sabía que Guthrum era demasiado cauteloso como para hacer algo parecido. Se sentía seguro tras las murallas de tierra y quería quedarse a salvo mientras Svein ganaba la batalla por él. Guthrum no se movería hasta que nuestro ejército estuviera destrozado; y entonces lanzaría un asalto. Pero Alfredo no me escuchaba. Era un hombre inteligente, quizás uno de los más inteligentes que he conocido, pero no entendía la batalla. No entendía que la batalla no es una cuestión de números, no es como mover piezas en un tablero de *tafl*, y que no es ni siquiera una cuestión de quién posee ventaja sobre el terreno, sino de pasión, locura y una furia exaltada e indomable.

Y hasta el momento no había sentido ninguna de aquellas cosas. Los de las tropas de Alfredo habíamos peleado bien, pero no habíamos hecho otra cosa que defendernos. No habíamos desatado la muerte sobre el enemigo, y sólo cuando atacas, ganas. Ahora, al parecer tendríamos que volver a defendernos, y Alfredo se espabiló para ordenarme a mí y a mis hombres que nos pusiéramos a la derecha de su fila.

—Deja los estandartes conmigo —dijo— y asegúrate de que nuestro flanco esté a

salvo.

Había honor en aquello. El extremo derecho de la fila era el lugar en que el enemigo intentaría rodearnos, y Alfredo necesitaba buenos hombres para contener aquel flanco, así que formamos un férreo muro allí. Bien lejos, al otro lado de la colina, vi los restos del *fyrð* de Osric. Nos observaban. Algunos de ellos, pensé, regresarían si pensaban que ganábamos, pero por el momento estaban demasiado asustados para unirse de nuevo al ejército de Alfredo.

Svein cabalgaba con su caballo blanco arriba y abajo, recorriendo su muro de escudos. Gritaba a sus tropas, los animaba. Les decía que éramos debiluchos y que con un solo empujón nos derrumbarían.

—«Y vi aparecer un caballo blanco —me dijo Pyrlig—. Y su jinete era la muerte.» —Me quedé anonadado—. Está en el evangelio —me aclaró avergonzado—, me acaba de venir a la cabeza.

—Pues sacad eso de vuestra cabeza —le espeté—, porque nuestro trabajo es matarlo, no tenerle miedo. —Me di la vuelta para decirle a Etelwoldo que se asegurara de mantener bien arriba el escudo, pero vi que había tomado otra posición en la última fila. Estaba mejor ahí, decidí, así que lo dejé en paz. Svein gritaba que éramos corderos esperando en el matadero, y sus hombres habían empezado a golpear los escudos con las armas. En sus filas quedarían poco más de mil hombres, y asaltarían la división de Alfredo, que sumaría el mismo número, pero los daneses seguían conservando la ventaja, pues todos los hombres del muro de escudos eran guerreros, mientras que la mitad de los nuestros procedía de los *fyrðs* de Defnascir, Thornsæta, y Hamptonscir. Si hubiéramos traído al *fyrð* de Wiglaf, habríamos superado a Svein, pero eso, nos habría hundido, porque Guthrum habría reunido valor para abandonar el fuerte. Ambas partes se mostraban cautelosas. Ninguna estaba dispuesta a arriesgarlo todo en la batalla por miedo a perderlo todo.

Los jinetes de Svein estaban en su flanco izquierdo, enfrente de mis hombres. Quería que nos acobardaran los jinetes, pero los caballos no cargaban contra los muros de escudos. Se daban la vuelta, y yo prefería jinetes a soldados. Un caballo sacudía la cabeza y le vi sangre en el cuello. Otro estaba muerto donde el frío viento azotaba los cadáveres, que traía los primeros cuervos del norte. Alas negras sobre cielo gris. Las aves de Odín.

—¡Venid a morir! —gritó de repente Steapa—. ¡Venid a morir, cabrones! ¡Venga!

Sus gritos animaron a otros de nuestra fila a insultar a los daneses. Svein se dio la vuelta, aparentemente sorprendido por nuestro desafío repentino. Sus hombres habían avanzado, pero se habían vuelto a detener, y reparé, con sorpresa, en que nos tenían tanto miedo como nosotros a ellos. Siempre había admirado a los daneses, los consideraba los mejores guerreros bajo el sol. Alfredo, en un momento duro, me dijo en una ocasión que hacían falta cuatro sajones para vencer a un danés, y había verdad

en aquello, pero no era una verdad inapelable, y aquel día no era cierto, pues no había pasión en los hombres de Svein. Estaban descontentos, se mostraban reacios a avanzar, y supuse que Guthrum y Svein habrían peleado. O quizás el frío y húmedo viento hubiese apagado el ardor que solía caracterizarlos.

—¡Vamos a ganar esta batalla! —grité, y fui el primer sorprendido.

Los hombres me miraban, preguntándose si mi dios me habría enviado una visión.

—¡Vamos a ganar! —Casi no podía ni hablar. No era mi intención dar un discurso, pero lo di—. ¡Nos tienen miedo! —grité—. ¡La mayoría se esconde en el fuerte porque no se atreven a enfrentarse a las hojas sajonas! Y esos hombres — señalé las filas de Svein con *Aguijón-de-Avispa*— ¡saben que van a morir! ¡Van a morir! —Me adelanté unos cuantos pasos hacia delante y extendí los brazos para captar la atención de los daneses—. ¡Vais a morir! —les grité en danés, tan alto como pude, y lo repetí en inglés—. ¡Vais a morir!

Y todos los hombres de Alfredo adoptaron aquel grito.

—¡Vais a morir! ¡Vais a morir!

Algo extraño ocurrió entonces. Beocca y Pyrlig aseguraron que el espíritu de Dios sobrevoló nuestro ejército, y puede que ocurriera, eso o que de repente empezamos a creer en nosotros mismos. Creímos que podíamos ganar y mientras entonábamos aquel canto contra el enemigo, empezamos a avanzar, paso a paso, golpeando espadas contra escudos y aullando que el enemigo iba a morir. Yo iba al frente de mis hombres, hostigando al enemigo, gritándoles, bailando mientras avanzaba, y Alfredo me gritó que regresara a las filas. Más tarde, cuando terminamos, Beocca me dijo que Alfredo me había llamado repetidas veces, pero yo saltaba y gritaba, lejos, sobre la hierba, donde yacían los cuerpos, y no pude oírle. Y los hombres de Alfredo me seguían, aunque no había habido orden alguna de avanzar.

—¡Cabrones! —les grité—, ¡cagarros de cabra! ¡Peleáis como chicas! —No sé cuántos insultos proferí aquel día, sólo que insulté a mansalva, y avancé, por mi cuenta, pidiéndole a uno solo de ellos que se enfrentara conmigo hombre a hombre.

Alfredo jamás aprobaba aquellos duelos entre los muros de escudos. Quizá, sensatamente, los desaprobaba porque sabía que no habría podido enfrentarse a uno, pero también porque los consideraba irresponsables. Cuando un hombre invita al campeón del enemigo a luchar, hombre a hombre, invita también a su propia muerte, y si muere, arrebató el ánimo a su facción y da valor al enemigo, así que Alfredo nos prohibía siempre aceptar desafíos enemigos; sin embargo, en aquella fría mañana, un hombre aceptó mi desafío.

Y ese hombre fue el propio Svein. Svein el del Caballo Blanco, que dio la vuelta a su caballo y salió al galope hacia mí con su espada en la mano derecha. Oí los cascos retumbar en la tierra, vi los terrones de hierba húmeda salir disparados detrás, vi el

vaivén de las bridas del semental, y el casco de jabalí de Svein por encima del borde de su escudo. Hombre y caballo venían a por mí, los daneses se burlaban y justo entonces me gritó Pyrlig:

—¡Uhtred! ¡Uhtred!

No me di la vuelta para mirarlo. Estaba demasiado ocupado envainando *Aguijón-de-Avispa* y a punto de sacar a *Hálito-de-Serpiente*, pero justo entonces la recia lanza para jabalíes de Pyrlig llegó patinando a mis pies sobre la hierba húmeda, y comprendí lo que quería decirme. Dejé a *Hálito-de-Serpiente* en la funda de mi hombro, y agarré la lanza del britano justo cuando Svein se lanzaba sobre mí. Sólo oía el atronar de los cascos, veía la capa blanca al viento, el brillo reluciente de la hoja gacha, el ondear del penacho de cola de caballo, los ojos blancos del noble bruto, mostrando los dientes, y entonces Svein hizo girar el caballo hacia la izquierda con un golpe seco de las riendas y me asestó un tajo con la espada. Sus ojos ardían tras la visera del casco al inclinarse para matarme, pero al bajar la espada me tiré hacia su caballo y embestí con la lanza las tripas del animal. Tuve que hacerlo con una mano, pues llevaba el escudo en el brazo izquierdo, pero el arma perforó piel y músculos mientras yo aullaba, intentando hincarla más profundamente, y entonces la espada de Svein me golpeo en el escudo levantado con la fuerza de un martillo y con la rodilla derecha me dio un golpe en el casco, de modo que me lanzó hacia atrás con fuerza y quedé tendido boca arriba en la hierba. Tuve que soltar la lanza, pero estaba ya bien clavada en el vientre del caballo, que relinchaba y temblaba, caracoleaba y se sacudía: un chorro de sangre recorría el asta de la lanza, que rebotaba sobre la hierba.

El caballo se desbocó. Svein consiguió mantenerse sobre la silla. Había sangre en el vientre de la bestia. No había herido a Svein, ni siquiera lo había tocado, pero huía de mí, o más bien lo hacía su caballo, que se había desbocado presa del pánico, y enfiló directamente contra su propio muro de escudos. Un caballo vira instintivamente ante un muro de escudos, pero aquel animal estaba cegado por el dolor, y entonces, justo antes de llegar a los escudos daneses, resbaló. Patinó en la hierba húmeda y chocó con fuerza contra el *skjaldborg*, partiéndolo en dos. Los hombres se apartaron aterrados. Svein se cayó de la silla, el caballo consiguió ponerse en pie de algún modo, retrocedió y relinchó. La sangre salía disparada de la blanca panza, coceaba a los daneses, y entonces cargamos contra ellos a todo correr. Yo ya estaba de pie, con *Hálito-de-Serpiente* en la mano derecha, el caballo se retorció y pateaba, los daneses se apartaban de él, y eso abrió su muro de escudos justo cuando recibió nuestro impacto.

Svein se ponía en pie en el momento en que llegaron los hombres de Alfredo. Yo no lo vi, pero los hombres me contaron que la espada de Steapa se llevó por delante la cabeza de Svein de un tajo, tan fuerte que cabeza y casco salieron volando por los aires. Quizá fuera cierto, pero lo que sí era seguro es que la pasión se había

apoderado de nosotros: la pasión ciega y ferviente de la batalla. La lujuria de sangre, la rabia asesina y el caballo hacían el trabajo por nosotros despedazando el muro de escudos, de modo que sólo teníamos que embestir hacia los huecos y matar.

Y matamos. No era la intención de Alfredo. Quería esperar a que el ejército danés atacara y confiaba en que resistiéramos, pero nos habíamos liberado de su correa para hacer su trabajo, y reunió el suficiente seso para enviar a los hombres de Arnulf por la derecha porque mis hombres estaban entre el enemigo. Los jinetes habían intentado rodearnos, pero los hombres de Suth Seaxa los ahuyentaron con escudos y espadas, y vigilaron el flanco abierto mientras todos los hombres de Alfredo de Æthelingæg y todos los de Harald de Defnascir y Thornsæta se unían a la matanza. Mi primo estaba allí, con sus mercios, y resultó ser un guerrero fornido. Lo vi parar, atacar, tumbar a un hombre, emprenderla con otro, matarlo y proseguir en esa línea. Estábamos enriqueciendo la colina con sangre danesa, porque nosotros poseíamos la furia y ellos no, y los hombres que habían abandonado la batalla, los de Osric, regresaban para unirse de nuevo a la pelea.

Los jinetes se marcharon. No los vi retirarse, aunque su historia será contada. Yo luchaba, gritaba, retaba a los daneses a que vinieran a morir, tenía a Pyrlig a mi lado, con una espada en esta ocasión, la parte izquierda del muro de escudos de Svein estaba rota y sus supervivientes se agrupaban en pequeñas formaciones. Les atacamos. Cargué contra un grupo con mi escudo, hice retroceder a un danés con la embozadura mientras clavaba a *Hálito-de-Serpiente* y sentía cómo rompía la malla y el cuero. Leofric apareció desde alguna parte, haciendo molinetes con el hacha, y Pyrlig le picó a otro la cara con la punta de la espada. Por cada danés había dos sajones, y el enemigo no tenía ninguna posibilidad. Un hombre pidió clemencia y Leofric le partió el casco en dos con el hacha, de modo que sangre y sesos rezumaron por los jirones de metal. Aparté al hombre de una patada y le hundí a *Hálito-de-Serpiente* en la ingle a otro hasta que gritó como una mujer dando a luz. Los poetas cantan a menudo sobre aquella batalla, y por una vez en su vida, aciertan al hablar de la alegría de la espada, la canción de las armas, la matanza. Redujimos a los hombres de Svein a pulpa sanguinolenta, y lo hicimos con pasión, maestría y brutalidad. La calma de la batalla me había poseído por fin, y era imposible fallar. *Hálito-de-Serpiente* había cobrado vida propia, y se la robaba a los daneses que intentaban enfrentarse a mí, pero aquellos daneses estaban despedazados y huían, y toda el ala izquierda de las tan alabadas tropas de Svein había sido derrotada.

De repente no me quedaban enemigos cerca, salvo los muertos y heridos. El sobrino de Alfredo, Etelwoldo, pinchaba a uno de los daneses heridos con una espada.

—O lo matas —le rugí—, o lo dejas con vida. —El hombre tenía una pierna rota y un ojo colgando en la mejilla ensangrentada, y no era ya un peligro para nadie.

—Tengo que matar a un pagano —dijo Etelwoldo. Le dio la vuelta al hombre con la punta de la espada, yo le di una patada al arma, y habría ayudado al herido, pero en ese momento vi a Haesten.

Estaba en el borde de la colina, era un fugitivo, y grité su nombre. Se dio la vuelta y me vio, o vio a un guerrero cubierto de sangre con cota de malla y un casco con forma de lobo, y se me quedó mirando. Quizás entonces reconociera el casco, porque salió huyendo.

—¡Cobarde! —le grité—. ¡Cabrón cobarde y traicionero! ¡Me juraste fidelidad! ¡Te hice rico! ¡Salvé tu vida de mierda!

Entonces se dio la vuelta, medio me sonrió, y me saludó con el brazo izquierdo, de donde colgaban los restos de un escudo. Después corrió hacia lo que quedaba del lado derecho del muro de escudos de Svein, que aún aguantaba, pues los escudos se cerraron con fuerza. Había unos quinientos o seiscientos hombres allí, se habían dado la vuelta, y se habían retirado hacia el fuerte, pero entonces se detuvieron porque los hombres de Alfredo, al no tener nada que matar, se dirigieron hacia ellos. Haesten se unió a las filas danesas, abriéndose paso entre los escudos; vi el estandarte del águila encima de ellos y supe que Ragnar, mi amigo, comandaba a aquellos supervivientes.

Me detuve. Leofric gritaba a los hombres que formaran un muro de escudos, y yo sabía que el ataque había perdido su furia, pero les habíamos hecho daño. Habíamos matado a Svein y a un buen número de sus hombres, y los daneses estaban ahora acorralados contra el fuerte. Me acerqué al borde del despeñadero, siguiendo el rastro de sangre sobre la hierba húmeda, y vi que el caballo blanco se había desbocado cerca del borde y ahora yacía, grotescamente patas arriba y con la piel blanca embadurnada de sangre, a unos cuantos metros terraplén abajo.

—Ese era un buen caballo —comentó Pyrlig. Se había unido a mí junto al terraplén. Pensaba que aquella elevación era la cumbre del despeñadero, pero la tierra era muy uniforme allí, como si un gigante le hubiera pegado una patada a la colina con una bota enorme. El terreno descendía para formar un pronunciado valle que, de repente, volvía a subir en una cresta aún más alta que era la auténtica cumbre. El pronunciado valle descendía hacia la esquina este de la fortaleza, y me pregunté si ofrecería una entrada al bastión. Pyrlig seguía mirando el caballo muerto—. ¿Sabéis qué decimos en casa? —me preguntó—. Decimos que un buen caballo equivale a dos buenos hombres, que una mujer equivale a dos buenos perros, y que un buen perro equivale a dos buenos caballos.

—¿Decís qué?

—No importa. —Me tocó el hombro—. Para ser sajón, Uhtred, peleáis bien. Como un britano.

Decidí que el valle no ofrecía ninguna ventaja para un asalto directo, y me di la vuelta para ver que Ragnar se retiraba paso a paso hacia el fuerte. Sabía que ése era el

momento de atacarle, de mantener la furia de la batalla viva y la matanza fresca, pero nuestros hombres saqueaban a los muertos y moribundos y nadie tenía energía para renovar el asalto, aunque nos quedaba aún la más dura tarea de matar daneses protegidos por una muralla. Pensé en mi padre, muerto en un ataque a una muralla. No había demostrado demasiado aprecio por mí, probablemente porque era un niño pequeño cuando murió, y ahora debía seguirle a la trampa mortal de un muro bien protegido. El destino es inexorable.

El estandarte de Svein del caballo blanco había sido capturado y un hombre lo ondeaba ante los daneses. Otro había colocado el casco de Svein sobre una lanza, y al principio pensé que llevaba la cabeza dentro, pero luego me di cuenta de que era sólo el casco. El penacho de cola de caballo era ahora de color rosa. El padre Willibald alzaba las manos al cielo, en una oración de gracias, y me pareció prematuro, pues lo único que habíamos hecho era quebrar a los hombres de Svein; las tropas de Guthrum seguían esperándonos detrás de las murallas. Y Ragnar también estaba allí, seguro en el fuerte. Las murallas formaban un semicírculo que se integraba en las colinas y terminaba al borde del despeñadero. Eran murallas altas, protegidas por una zanja.

—Salvar esos muros va a ser una putada —dije.

—A lo mejor no tenemos que hacerlo —respondió Pyrlig.

—Claro que tendremos que hacerlo.

—No si Alfredo puede convencerlos para que salgan de ahí —repuso Pyrlig, señaló y vi que el rey, acompañado de dos curas, Osric y Harald, se acercaba al fuerte —. Les va a permitir rendirse.

No podía creer lo que veía: ése no era momento para hablar. Era la hora de la matanza, no de las negociaciones.

—No se van a rendir —le dije— ¡Claro que no! Aún creen que pueden vencernos.

—Alfredo intentará convencerlos —dijo Pyrlig.

—No —sacudí la cabeza—. Les va a ofrecer una tregua. —Estaba enfadado—. Les ofrecerá aceptar rehenes. Les predicará, es lo que siempre hace. —Pensé en unirme a él, aunque sólo fuera para añadir amargura a sus sugerencias razonables, pero no era capaz de reunir fuerzas. Tres daneses se habían acercado a hablar con él, pero sabía que no aceptarían su oferta. No estaban derrotados; ni de lejos. Aún seguían teniendo más hombres que nosotros y controlaban las murallas del fuerte, así que la batalla seguía siendo suya.

Entonces oí los gritos. Gritos de furia y de dolor, y me di la vuelta para ver que los jinetes daneses habían llegado a nuestras mujeres, ellas gritaban y no había nada que pudiéramos hacer.

* * *

Los jinetes daneses habían intentado masacrar a los restos rotos del muro de

escudos de Alfredo, pero los que acabaron masacrados fueron los hombres de Svein, y los jinetes, rodeando el flanco izquierdo, se habían retirado por detrás de las colinas. Probablemente, pretendían evitar a nuestro ejército por detrás para reunirse con Guthrum por el oeste, y de camino se habían encontrado con nuestras mujeres y caballos: botín fácil.

Con todo, nuestras mujeres poseían armas, y había unos cuantos heridos con ellas, así que juntos resistieron. Había tenido lugar una pequeña matanza. Después, los jinetes daneses, con nada que lucir tras el ataque, se marcharon hacia el oeste. No habían sido más que unos instantes, pero Hild había agarrado una lanza y embestido contra un jinete, entre gritos de odio por los horrores que los daneses le habían infligido en Cippanhamm, y Eanflaed, que lo vio todo, me contó que Hild le hundió la lanza a un danés en una pierna y el danés se defendió con la espada. Iseult, que había acudido a ayudar a Hild, paró el golpe con una espada, y un segundo danés le metió un hachazo por detrás. Entonces una jauría de mujeres enfurecidas ahuyentó a los daneses. Hild estaba viva, pero a Iseult le habían abierto una brecha y partido el cráneo casi en dos. Había muerto.

—Ahora está con Dios —me dijo Pyrlig cuando Leofric nos trajo las noticias. Lloraba, pero no sabía si era la pena o la ira lo que me consumía. Pyrlig me sostuvo por los hombros—. Está con Dios, Uhtred.

—Entonces los hombres que la han enviado allí van a ir al infierno —espeté—. A cualquier infierno. Helado o en llamas. ¡Hijos de puta!

Me quité de encima a Pyrlig y me acerqué a Alfredo a grandes zancadas. Allí estaba también Wulfhere. Era prisionero, vigilado por dos de los guardaespaldas de Alfredo, y se animó al verme, como si pensara que era su amigo, pero yo le escupí y lo dejé atrás.

Alfredo puso mala cara cuando llegué junto a él. Iba escoltado por Osric y Harald, el padre Beocca y el obispo Alewold, ninguno de los cuales hablaba danés, pero uno de los daneses sabía inglés. Eran tres, todos desconocidos para mí, pero Beocca me dijo que su portavoz se llamaba Hrothgar Ericson, y yo sabía que era uno de los jefes de Guthrum.

—Han atacado a las mujeres —le dije a Alfredo. El rey se me quedó mirando atontado, quizá sin entender lo que acababa de decir—. ¡Han atacado a las mujeres!

—Lloriquea —comunicó el intérprete danés a sus compañeros— porque han atacado a las mujeres.

—Si yo lloriqueo —me volví hacia el danés con furia—, tú vas a gritar —le dije en danés—. Te voy a sacar las tripas por el culo, te las voy a enrollar en ese cuello asqueroso y le voy a dar de comer a mis perros tus ojos. Ahora, si quieres traducir, alfeñique hijo de la gran puta, traduce bien, o vuelve a tus vómitos.

El hombre parpadeó, pero no dijo nada. Hrothgar, resplandeciente en su malla y

su casco argentados, medio sonrió.

—Dile a tu rey —dijo—, que podríamos acceder a retirarnos hasta Cippanhamm, pero que queremos rehenes.

Me volví hacia Alfredo.

—¿Cuántos hombres le quedan a Guthrum? Seguía molesto por mi presencia, pero se tomó la pregunta en serio.

—Suficientes —contestó.

—Suficientes para mantener Cippanhamm y media docena más de ciudades. Nos los cargamos ahora.

—Puedes intentarlo —respondió Hrothgar cuando le tradujeron mis palabras.

Me volví hacia él.

—Maté a Ubba —dije—, y he tumbado a Svein, y lo próximo que voy a hacer es degollar a Guthrum y enviarlo con la puta de su madre. Claro que vamos a intentarlo.

—Uhtred. —Alfredo no sabía qué había dicho, pero entendió mi tono e intentaba calmarme.

—Tenemos trabajo que hacer, señor —contesté. Era la ira lo que hablaba por mí, una ira de igual calibre contra los daneses como contra Alfredo, que volvía a ofrecerles la paz. ¡Cuántas veces lo había hecho ya! Los vencía en la batalla e inmediatamente firmaba una tregua porque creía que se convertirían en cristianos y viviríamos en paz fraternal. Ese era su deseo, vivir en una Britania cristiana devota y piadosa, pero aquel día yo tenía razón. Guthrum no estaba vencido, seguía superándonos en número, y era preciso destruirlo.

—Diles —me indicó Alfredo—, que pueden rendirse a nosotros ahora. Diles que pueden abandonar las armas y salir del fuerte.

Hrothgar trató la propuesta con el desdén que merecía. La mayoría de los hombres de Guthrum aún no había peleado. Estaban muy lejos de la derrota, y las murallas verdes eran altas y las zanjas profundas, y había sido la visión de aquellas murallas lo que había impulsado a Alfredo a hablar con el enemigo. Sabía que los hombres debían morir, muchos hombres, y ése era el precio que no había estado dispuesto a pagar un año antes, cuando Guthrum quedó atrapado en Exanceaster. Pero era un precio que había que pagar. El precio de Wessex.

Hrothgar no tenía nada más que decir, así que se dio la vuelta.

—Decidle al conde Ragnar —le grité—, que sigo siendo su hermano.

—Sin duda lo verás algún día en el Valhalla —me contestó, y me hizo un gesto despreocupado con la mano. Sospechaba que los daneses en ningún momento habían estado dispuestos a negociar una tregua, por no hablar de una rendición, pero cuando Alfredo les ofreció negociar, aceptaron encantados: eso les daba tiempo a organizar sus defensas.

Alfredo me puso mala cara. Estaba claramente molesto porque hubiera

intervenido, pero antes de que dijera nada, habló Beocca.

—¿Qué les ha pasado a las mujeres? —preguntó.

—Se han enfrentado a esos hijos de puta —contesté—, pero Iseult está muerta.

—Iseult —repitió Alfredo, y entonces vio las lágrimas en mis ojos y no supo qué decir. Se estremeció, tartamudeó incoherentemente, después cerró los ojos en oración—. Me alegro —dijo tras ordenar sus pensamientos—, de que muriera como cristiana.

—Amén —asintió Beocca.

—Yo preferiría que siguiera viva como pagana —rugí, y después regresé con mis hombres, y Alfredo volvió a convocar a sus comandantes.

En realidad no teníamos elección. Teníamos que atacar el fuerte. Alfredo habló durante un rato de establecer un sitio, pero no era práctico. Teníamos que mantener a un ejército en la cumbre de las colinas y, aunque Osric insistía en que el enemigo no poseía manantiales dentro del fuerte, tampoco nosotros teníamos agua cerca. Ambos ejércitos estarían sedientos, y no poseíamos suficientes hombres para evitar que los daneses bajaran por la empinada orilla del río a por agua. Si el sitio duraba más de una semana, los hombres del *fyrd* empezarían a volver a casa para cuidar sus campos, y Alfredo se sentiría tentado hacia el perdón, especialmente si Guthrum prometía convertirse al cristianismo.

Así que apremiamos a Alfredo para que atacara. Nada demasiado historiado. Había que formar los muros de escudos y enviar a los hombres contra las murallas, y Alfredo sabía que debían atacar todos los hombres del ejército. Wiglaf y los hombres de Sumorsaete atacarían por la izquierda, los hombres de Alfredo por el centro y Osric, cuyo *fyrd* se había vuelto a reunir y se veía ahora reforzado por los hombres que habían desertado del ejército de Guthrum, atacaría por la derecha.

—Sabéis cómo hacerlo —ordenó Alfredo sin ningún entusiasmo, pues sabía que nos enviaba a un festín de muerte—. Poned a los mejores hombres en el centro, dejad que ellos guíen, y que los demás empujen por detrás y por los lados.

Nadie dijo nada. Alfredo sonrió con amargura.

—Dios nos ha sonreído hasta el momento —dijo—, y no va a abandonarnos ahora.

Aun así había abandonado a Iseult. La pobre y frágil Iseult, una reina de las sombras y un alma perdida, y yo empujé desde la fila central porque lo único que podía hacer ahora por ella era vengarme. Steapa, tan cubierto de sangre como yo, empujaba desde la fila a mi lado. Leofric estaba a mi izquierda y Pyrlig detrás de mí.

—Lanzas y espadas largas —nos aconsejó Pyrlig—, nada de esas cosas cortas.

—¿Por qué no? —preguntó Leofric.

—Subiremos ese muro empinado —dijo—, y lo único que podremos hacer es tirar a los tobillos. Hacerlos caer. Lo he hecho antes. Se necesitan armas con buen

alcance y buenos escudos.

—Que Dios nos ayude —exclamó Leofric. Todos teníamos miedo, pues hay pocas cosas tan temibles en la guerra como el asalto a una fortaleza. Si hubiera estado en mi sano juicio, me habría mostrado reacio a atacar, pero estaba lleno de pena por Iseult y nada más que la venganza llenaba mi mente.

—Vamos —dije—. Vamos.

Pero no podíamos ir. Los hombres recogían las lanzas arrojadas en la escaramuza anterior, y los arqueros se adelantaron. Cada vez que atacáramos, queríamos una lluvia de lanzas que nos precediera y una nube de flechas para incordiar al enemigo, pero llevaba tiempo organizar a los lanceros y arqueros detrás de los hombres que se encargarían del asalto.

Entonces, por desgracia para nuestros arqueros, empezó a llover de nuevo. Los arcos seguirían funcionando, pero el agua debilitaba las cuerdas. El cielo se volvió más oscuro cuando la enorme panza negra de una nube se posó sobre la colina, y la lluvia comenzó a tamborilear sobre nuestros cascos. Los daneses se apiñaban en las murallas, armando ruido con sus armas y escudos a medida que nuestro ejército rodeaba la fortaleza.

—¡Adelante! —gritó Alfredo, y subimos hacia las murallas hasta detenernos justo a tiro de arco. La lluvia perlaba el borde de mi escudo. Había una nueva y brillante cicatriz en el metal que recubría el borde, pero yo no sabía cuándo me la habían hecho. Los daneses se burlaban de nosotros. Sabían lo que se avecinaba, y probablemente lo esperaban con ganas. Desde el momento en que Guthrum subió al despeñadero y descubrió la fortaleza, habría imaginado a los sajones de Alfredo asaltando sus murallas mientras sus hombres nos masacraban al intentar salvar las empinadas protecciones. Aquélla era ahora la batalla de Guthrum. Había colocado a su rival, Svein, y a su aliado sajón, Wulfhere, fuera del fuerte, y sin duda confiaba en que destruyeran buena parte de nuestro ejército antes del asalto a las murallas, y poco le importaba a Guthrum que aquellos hombres se hubiesen destruido entre ellos. Ahora sus hombres se enfrentarían en la batalla que había visto desde el principio.

—¡En el nombre de Dios! —gritó Alfredo, y no dijo nada más porque de repente estalló un trueno, un ruido ensordecedor que consumió los cielos y provocó que algunos nos estremeciéramos. Un rayo pareció hacer saltar chispas en el interior de la fortaleza. La lluvia caía como chuzos de punta, un arrebato que martilleaba y nos empapaba, y más truenos sonaron en la distancia. Quizá pensáramos que aquel ruido salvaje que siguió al estallido de luz era un mensaje de Dios, porque de repente el ejército al completo avanzó. Nadie había dado la orden, a menos que la invocación de Alfredo fuera tal. Sencillamente, avanzamos.

Los hombres gritaban al avanzar. No insultaban, sólo armaban jaleo para reunir valor. No corríamos, caminábamos, pues había que mantener los escudos juntos.

Entonces otro trueno hizo temblar la tierra, y la lluvia pareció cobrar una intensidad despiadada. Calaba a los muertos y a los vivos, y estábamos cerca, muy cerca, pero la lluvia era tan densa que resultaba difícil ver siquiera a los daneses. Entonces vi la zanja, ya inundada, sonaron los arcos, volaron las lanzas, chapoteábamos junto a la zanja y las lanzas danesas nos caían encima. Una dio en mi escudo, cayó, tropecé con el asta, casi me caí al agua, me recuperé y empecé a trepar.

No todo el ejército intentó cruzar la zanja. El valor de muchos hombres se quebró al borde de ella pero una docena o más de grupos prosiguió con el ataque. Éramos lo que los daneses llaman *svinjylkjas*, las cuñas de cerdos salvajes, los guerreros de élite que intentan perforar el *skjaldborg* como un jabalí con sus colmillos abrir agujeros en el cazador. Pero en esta ocasión no sólo había que abrir el *skjaldborg*, también cruzar una zanja inundada por la lluvia y trepar por un muro.

Mantuvimos los escudos sobre nuestras cabezas mientras chapoteábamos en la zanja. Entonces trepamos, pero el talud estaba tan resbaladizo que caíamos continuamente, las lanzas danesas no dejaban de llegar, y alguien tiró de mí y acabé a cuatro patas con el escudo sobre la cabeza. El escudo de Pyrlig me cubría la columna, oí los golpes encima y pensé que era el trueno. Sólo que el escudo no dejaba de darme contra el casco y entonces comprendí que tenía a un danés atizándome encima, intentando romper la madera de tilo para clavarme el hacha o espada en la columna, así que volví a trepar, levanté el extremo más bajo del escudo y vi botas. Tiré con *Hálito-de-Serpiente*, intenté ponerme en pie, noté un golpe en la pierna y volví a caer. Steapa rugía a mi lado. Tenía barro en la boca, y la lluvia seguía machacándonos. Oía el estrépito de las hojas hundiéndose en los escudos, y supe que habíamos fracasado, pero intenté volverme a poner en pie, volví a atacar con la espada, y a mi izquierda Leofric emitió un grito agudo y vi sangre manar sobre la hierba. La sangre se diluyó inmediatamente en la lluvia, y otro trueno estalló por encima de nuestras cabezas cuando resbalé de nuevo hacia la zanja.

El talud estaba lleno de surcos por allí donde habíamos intentado trepar; la hierba había desaparecido hasta mostrar la caliza blanca. Habíamos fracasado en nuestro primer intento, y los daneses nos desafiaban a gritos. Entonces otra oleada de hombres cruzó la zanja y el estruendo de escudos y armas comenzó de nuevo. Trepé una segunda vez, intentando aferrar las botas en la piedra, tenía el escudo levantado y no vi a los daneses bajar a por mí, y lo primero que supe de ellos fue un hachazo que golpeó mi escudo con tanta fuerza que los tablones se partieron. Un segundo hachazo llegó al casco, caí hacia atrás, y habría perdido a *Hálito-de-Serpiente* de no haber sido por el mechón de cabello de Iseult que la ataba a mi muñeca. Steapa consiguió hacerse con una lanza danesa y tiró a su propietario abajo, donde una docena de sajones lo aniquilaron con una furia tal que la zanja hervía de agua, sangre y espadas. Alguien gritó que volviéramos a la carga, vi que era Alfredo, a pie, que venía a cruzar

la zanja, y yo les rugí a mis hombres que lo protegieran.

Pyrlig y yo conseguimos ponernos delante del rey y nos quedamos allí, protegiéndole, mientras intentábamos salvar aquel talud manchado de sangre por tercera vez. Pyrlig aullaba en su lengua materna, yo maldecía en danés, y de algún modo conseguimos subir hasta la mitad y ponernos en pie. Alguien, quizá fuera Alfredo, me empujaba desde detrás. La lluvia nos empapaba, caía sobre nosotros como un martillo. Otro trueno sacudió la tierra bajo nuestros pies mientras azuzaba con *Hálito-de-Serpiente*, intentando abrir un hueco entre los escudos daneses. Volví a atacar, y el golpe de la hoja al golpear la embozadura de un escudo me sacudió el brazo. Un danés, todo barba y ojos desorbitados, me intentó clavar una lanza. Hice lo propio con la espada, grité el nombre de Iseult, intenté trepar, y el danés de la lanza volvió a embestir con ella. Me dio en la parte frontal de casco, la cabeza me fue hacia atrás, y otro danés me golpeó en un costado de la cabeza. El mundo se volvió impreciso y oscuro, resbalé y sólo reparé a medias en que caía a la zanja llena de agua. Alguien tiró de mí y me arrastró de nuevo hasta el otro lado de la zanja. Allí intenté ponerme en pie, pero volví a caer.

El rey. El rey. Había que protegerlo, y estaba en la zanja la última vez que lo había visto. Y sabía que Alfredo no era ningún guerrero. Era valiente, pero no amaba la matanza como un guerrero. Intenté ponerme en pie de nuevo, y esta vez lo conseguí, pero la bota derecha escupió sangre por el borde cuando apoyé el peso sobre aquella pierna. El fondo de la zanja estaba a rebosar de muertos y moribundos, la mitad ahogados por el diluvio, pero los vivos habían huido de la zanja y los daneses se reían de nosotros.

—¡A mí! —aullé. Había que hacer un último esfuerzo. Steapa y Pyrlig cerraron filas junto a mí, Eadric estaba allí, y yo estaba aturdido, me zumbaba la cabeza y notaba el brazo desfallecer, pero teníamos que hacer un último esfuerzo—. ¿Dónde está el rey? —pregunté.

—Lo he sacado de la zanja —me dijo Pyrlig.

—¿Está a salvo?

—Les he dicho a los curas que lo retengan. Que le aticen si vuelve a intentarlo.

—Un ataque más —dije. Aunque no quería hacerlo. No quería pisar por encima de los muertos de la zanja e intentar trepar por aquel muro imposible; sabía que era estúpido, que moriría si volvía a intentarlo, pero éramos guerreros, y los guerreros no son vencidos. Es la reputación. Es el orgullo. Es la locura de la batalla. Empecé a golpear mi escudo con *Hálito-de-Serpiente*, y otros hombres se sumaron al ritmo, y los daneses, tan cerca, nos invitaban a subir a morir. Les grité que allá íbamos.

—Que Dios nos ayude —dijo Steapa.

—Que dios nos ayude —coreó Pyrlig.

No quería ir. Estaba asustado, pero temía más ser llamado cobarde de lo que

temía las murallas, así que les grité a mis hombres que mataran a esos cabrones y corrí. Corrí y salté por encima de los cadáveres de la zanja, perdí pie en el otro extremo, caí sobre mi escudo y me di la vuelta para que ningún danés me clavara una lanza en la espalda descubierta. Volví a ponerme en pie, el casco se me había torcido al caer, de modo que la visera casi me cegaba, me lo coloqué recto con la empuñadura de la espada mientras empezaba a trepar, y Steapa estaba allí, y Pyrlig conmigo, y esperé el primer golpe danés.

No llegó. Me mantuve a duras penas sobre el talud, con el escudo cubriéndome la cabeza, esperaba el golpe mortal, pero sólo había silencio, así que levanté el escudo y pensé que había muerto, pues lo único que veía era el cielo abriéndose en dos. Los daneses habían desaparecido. Un instante antes estaban burlándose de nosotros, llamándonos mujeres y cobardes, jactándose de cómo nos rajarían la panza y alimentarían con nuestras tripas a los cuervos, y ahora habían desaparecido. Trepé a duras penas hasta lo alto de la muralla, vi una segunda zanja y un segundo muro, y a los daneses que trepaban por ese muro interior. Supuse que intentaban armar allí la defensa, pero desaparecieron detrás de él y Pyrlig me cogió de un brazo y tiró de mí.

—¡Están corriendo! —gritó—. ¡Por Dios que los muy cabrones están huyendo! —Tenía que gritar para que lo oyera.

—¡Vamos, vamos! —aulló alguien, así que corrimos hasta la segunda zanja inundada y subimos la segunda muralla, y allí vi que los hombres de Osric, el *fyrð* de Wiltunscir que había sido derrotado al principio de la batalla, había conseguido cruzar los muros de la fortaleza. Luego supimos que habían ido hasta el valle donde yacía muerto el caballo blanco, y que bajo la lluvia cegadora se habían abierto paso hasta la esquina este del fuerte que, al considerarla inaccesible, no estaba bien defendida. La muralla era más baja allí, apenas poco más que un montículo de hierba en la ladera del valle, y Osric y sus hombres se habían colado en masa y atacado por detrás a los defensores.

Los daneses corrían. Si se hubiesen quedado, habrían sido masacrados uno a uno, así que huyeron por el amplio interior del fuerte; los que más tardaron en darse cuenta de que la batalla estaba perdida, quedaron atrapados. Yo sólo quería matar para vengar a Iseult; tumbé a dos fugitivos, rajándolos con *Hálito-de-Serpiente* con tanta fuerza que les abrió malla, cuero y carne como si fuera un hacha. Gritaba de ira, quería más víctimas, pero éramos demasiados y los daneses atrapados muy pocos. La lluvia seguía cayendo y los truenos rugiendo mientras buscaba más enemigos que matar, y entonces vi un último grupo, espalda contra espalda, defendiéndose de una marabunta de sajones. Corrí hacia ellos y de repente vi su estandarte. Un ala de águila. Era Ragnar.

Sus hombres, inferiores en número y desbordados, morían.

—¡Dejadlo vivo! —grité—. ¡Dejadlo vivo! —Tres sajones se volvieron y, al ver

el pelo largo y los brazaletes en los brazos cubiertos de malla, debieron de pensar que era danés, pues corrieron hacia mí. Paré al primero con *Hálito-de-Serpiente*. El segundo me atizó un mazazo en el casco con el hacha, el tercero me rodeó, yo me di la vuelta rápido, usando a *Hálito-de-serpiente* como una guadaña, y les grité que era sajón, pero no me oyeron. Entonces Steapa se les echó encima y se desperdigaron, y Pyrlig me cogió del brazo, pero yo me zafé de él y corrí hacia Ragnar, que rugía desde el centro del círculo de enemigos, invitándolos a que intentaran matarlo. Su estandarte había caído, su tripulación estaba muerta, pero él parecía un dios de la guerra con la cota brillante, el escudo a pedazos, la larga espada y su rostro desafiante, y entonces el círculo empezó a cerrarse. Corrí, gritando, él se volvió hacia mí, pensando que iba a matarlo, levantó la espada y yo desvié el golpe con el escudo, le eché los brazos encima y lo tumbé a tierra.

Steapa y Pyrlig nos guardaban. Steapa y Pyrlig rechazaron a los sajones, les dijeron que buscaran otras víctimas, y yo me aparté de Ragnar, que se sentó y me miró sorprendido. Vi que tenía la mano del escudo ensangrentada. Una hoja había atravesado el escudo y le había partido la palma, un tajo entre los dedos, de modo que parecía como si tuviera dos manos en lugar de una.

—Hay que vendar esa herida —le indiqué.

—Uhtred —se limitó a decir él, como si no pudiera creer que era yo.

—Te he buscado porque no quería luchar contra ti. Se estremeció al sacudirse los restos del escudo roto de la mano herida. Vi al obispo Alewold corriendo por el fuerte con el hábito manchado de barro, elevando los brazos al cielo y gritando que Dios nos había entregado a los paganos.

—Le dije a Guthrum que peleáramos fuera del fuerte —comentó Ragnar—. Os habríamos matado a todos.

—Desde luego —coincidí. Al quedarse dentro del fuerte, Guthrum había permitido que derrotáramos a su ejército pedazo a pedazo, pero aun así era un milagro que el día fuera nuestro.

—Estás sangrando —señaló Ragnar. Me había llevado un lanzazo en la parte de atrás del muslo derecho. Aún conservo la cicatriz.

Pyrlig cortó un pedazo de tela del jubón de un muerto y lo usé para vendarle a Ragnar la mano. Él quería vendarme el muslo, pero la hemorragia había parado, y podía ponerme en pie, aunque el dolor, que no había sentido desde el momento en que me hirieron, de repente empezó a torturarme. Me toqué el martillo de Thor. Habíamos ganado.

—Han matado a mi mujer —le conté a Ragnar. El no dijo nada, sólo se quedó a mi lado, y como el muslo me hacía retorcerme de dolor y de repente me sentí débil, le puse un brazo alrededor de los hombros—. Se llamaba Iseult —le dije—, y mi hijo también está muerto. —Me alegré de que lloviera, mis lágrimas pasaban

desapercibidas—. ¿Dónde está Brida?

—La envié colina abajo —me dijo Ragnar. Cojeábamos juntos hacia la muralla norte del fuerte.

—¿Y tú te quedaste?

—Alguien se tenía que quedar para cubrir la retaguardia —dijo débilmente. Creo que también él lloraba, por la vergüenza de la derrota. Era una batalla que Guthrum no podía perder. Y aun así, la había perdido.

Pyrlig y Steapa seguían conmigo, y vi a Eadric despojar a un danés muerto de su cota de malla, pero no había señal de Leofric. Le pregunté a Pyrlig dónde estaba, y Pyrlig me devolvió una mirada afligida y sacudió la cabeza.

—¿Muerto? —pregunté.

—Un hachazo —contestó—, en la columna. —Estaba consternado, demasiado para hablar, pues no me parecía posible que el indestructible Leofric estuviera muerto, pero lo estaba, y deseé poder darle un funeral danés, un funeral de fuego, para que el humo de su cadáver se elevara hasta los salones de los dioses—. Lo siento —se lamentó Pyrlig.

—El precio de Wessex —contesté, y después subimos a las murallas del norte, abarrotadas con los soldados de Alfredo.

La lluvia remitía, aunque aún caía en grandes cortinas por la llanura de abajo. Era como si estuviéramos en el borde del mundo y, delante de nosotros, se extendiera una inmensidad de nubes y lluvia. En la larga y pronunciada ladera, cientos de daneses huían despavoridos hasta el pie del despeñadero, donde habían dejado los caballos.

—Guthrum —exclamó Ragnar con amargura.

—¿Está vivo?

—Fue el primero en salir huyendo —respondió—. Svein le dijo que lucháramos fuera de las murallas —prosiguió—, pero Guthrum temía la derrota mucho más de lo que deseaba la victoria.

Se oyeron gritos de júbilo cuando llevaron los estandartes de Alfredo a través del fuerte capturado hasta las murallas del norte. Alfredo, a caballo otra vez, y con un aro de bronce alrededor del casco, cabalgaba con las insignias. Beocca, de rodillas en el barro sangriento, daba gracias mientras Alfredo lucía una sonrisa atarantada y mirada incrédula. Y juro que, en el momento en que clavaron sus estandartes sobre el montículo del fin del mundo, lloró. El dragón y la cruz ondearon por encima de su reino, un reino que casi había perdido y que había salvado en el último momento. Así que aún quedaba un rey sajón en Inglaterra.

Pero Leofric estaba muerto e Iseult era un cadáver, y una lluvia copiosa anegaba la tierra que habíamos salvado.

Wessex.

NOTA HISTÓRICA

El caballo blanco de Westbury está labrado en la piedra caliza del despeñadero que hay detrás de Bratton Camp, al borde de las colinas de Wiltshire. Desde el norte puede verse a kilómetros de distancia. El actual caballo, un animal muy elegante, tiene unos treinta metros de largo y casi sesenta de alto, y fue grabado en la década de 1770, lo que lo convierte en el más antiguo de los diez caballos blancos de Wiltshire, pero la leyenda local dice que sustituyó a un caballo mucho más viejo que fue labrado en la loma de piedra caliza tras la batalla de Ethandun, en 878.

Me gusta pensar que la leyenda es cierta, pero ningún historiador está seguro de la ubicación de la batalla de Ethandun, donde Alfredo se enfrentó a los daneses de Guthrum, aunque Bratton Camp, encima del pueblo de Edington, es el primer candidato. Bratton Camp es una fortaleza de la Edad de Hierro que aún se mantiene en pie, justo encima del caballo blanco de Westbury. John Peddie, en su útil libro *Alfred, Warrior King*, sitúa Ethandun en Bratton Camp, y la piedra de Egberto en Kingston Deverill, en el valle del Wylye, y a mí me convence su razonamiento.

No hay debate en cuanto a la ubicación de Æthelingæg. Es hoy Athelney, en las llanuras de Somerset, cerca de Taunton, y si Bratton Camp permanece básicamente inalterado desde 878, las llanuras han cambiado por completo. Hoy en día, sobre todo gracias a los monjes medievales que construyeron diques y drenaron la tierra, son una extensa y fértil llanura, pero en el siglo noveno eran un enorme pantano que se mezclaba con las marismas, una ciénaga casi impenetrable en la que Alfredo se retiró tras los desastres de Chippenham.

Aquel desastre fue el resultado de su generosidad al acceder a una tregua que permitió a Guthrum abandonar Exeter y retirarse a Gloucester, en la Mercia danesa. Aquella tregua quedó sellada con rehenes daneses, pero Guthrum, del mismo modo que había roto la tregua firmada en Wareham en 876, volvió a demostrar el escaso valor de sus promesas e, inmediatamente después de la duodécima noche de Navidad, atacó y capturó Chippenham, precipitando así la mayor crisis del largo reinado de Alfredo. El rey fue derrotado y la mayor parte de su país cayó en manos danesas. Algunos grandes hombres, Wulfhere, *ealdorman* de Wiltshire, entre ellos, se pasaron al enemigo, y el reino de Alfredo quedó reducido a los eriales acuáticos de las llanuras de Somerset. Con todo, en primavera, sólo cuatro meses después del desastre en Chippenham, Alfredo reunió un ejército, lo condujo a Ethandun, y allí derrotó a Guthrum. Todo eso sucedió. Lo que probablemente no ocurrió, por desgracia, fue el episodio de la quema de tortitas. Esa historia, que cuenta cómo una campesina atizó a Alfredo al quemar sus tortas, es la anécdota popular más famosa que se le atribuye al rey, pero la fuente es muy tardía y, por tanto, poco fidedigna.

Alfredo, Ælswith, Wulfhere, Etelwoldo y el hermano (más tarde obispo) Asser

existieron realmente, como Guthrum. Svein es un personaje ficticio. Los grandes enemigos daneses antes de Guthrum habían sido los tres hermanos Lothbrok, y la derrota del último de ellos en la batalla de Cynuit tuvo lugar mientras Alfredo se encontraba en Athelney. Por cuestiones de la trama, adelanté esa victoria sajona un año, y compone el final de *Northumbria, el último reino*, la novela que precede a ésta, lo que significaba que debía inventar un personaje, Svein, y una escaramuza, la quema de barcos de Svein, para sustituir la batalla de Cynuit.

Las dos fuentes principales para el reinado de Alfredo son la crónica anglosajona y la biografía del rey elaborada por el obispo Asser, y ninguna, por desgracia, nos cuenta demasiado sobre cómo Alfredo derrotó a Guthrum en Ethandun. Ambos ejércitos, para los estándares posteriores, eran pequeños, y es casi seguro que Guthrum superara en número a Alfredo. El *fyrð* de Wessex que ganó en Ethandun había salido sobre todo de Somerset, Wiltshire y el oeste de Hampshire, lo que sugería que todo el este de Wessex, y buena parte del norte del país, había quedado sometido a los daneses. Sabemos que el *fyrð* de Devonshire permanecía intacto (había ganado la batalla de Cynuit), como el *fyrð* de Dorset, y aun así ninguno de los dos se menciona como parte del ejército de Alfredo, lo que sugiere que tuvieron que quedarse en sus tierras para rechazar un posible ataque por mar. La ausencia de los *fyrds* de aquellas dos poderosas comarcas, si es que realmente no acudieron, sólo confirma lo notable de la victoria de Alfredo.

Los sajones llevaban en Britania desde el siglo V. Hacia el siglo IX gobernaban casi todo lo que hoy es Inglaterra, pero entonces llegaron los daneses y los reinos sajones se derrumbaron. *Northumbria, el último reino* narra la derrota de Northumbria, Mercia y la Anglia Oriental, y *Svein, el del Caballo Blanco* describe cómo Wessex casi siguió a sus vecinos del norte al olvido de la historia. Durante unos cuantos meses, al comienzo de 878, la idea de Inglaterra, su cultura y lenguaje, quedaron reducidos a unos cuantos kilómetros cuadrados de pantano. Una derrota más, y probablemente jamás habría existido una entidad política llamada Inglaterra. Habríamos tenido *Dinaterra*, en cambio, y esta novela estaría escrita en danés. Con todo, Alfredo sobrevivió, venció, y por ese motivo la Historia le concedió el apelativo de «el Grande». Sus sucesores concluirían su tarea. Recuperarían los tres reinos del norte y así, por primera vez, unirían los territorios sajones en un único reino llamado Inglaterra, pero esa tarea fue comenzada por Alfredo el Grande.

Aun así, en 878, incluso tras la victoria en Ethandun, aquello debió de parecer un sueño imposible. Hay un largo camino desde el caballo blanco de Ethandun hasta los inhóspitos páramos que se extienden al norte de la muralla de Adriano, de modo que Uhtred y sus compañeros deben iniciar otra campaña.